

Louisa May Alcott

Una Niña
Anticuada

 LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA NIÑA ANTICUADA

LOUISA MAY ALCOTT

PUBLICADO: 1869
FUENTE: DOMINIO PÚBLICO
EDICIÓN: EDICIONES HYMSA, BARCELONA, 1944

I

LA LLEGADA DE POLLY

—Es hora de ir a la estación, Tom.

—Pues, venga, vamos.

—Oh, yo no voy. Hace mucha humedad y se me desharían los rizos si saliera en un día como este. Quiero estar presentable cuando llegue Polly.

—No querrás que vaya yo solo y traiga a una desconocida a casa, ¿no? —Tom estaba alarmado, como si su hermana le hubiera propuesto escoltar a una mujer salvaje de Australia.

—Pues claro que sí. Debes ir a recogerla tú. Y, si no fueras un oso, hasta te gustaría.

—¡Qué cara que tienes! Supongo que debería ir, pero tú dijiste que también vendrías. ¡La próxima vez no pienso preocuparme por tus amigas! ¡No, señor! —Tom se levantó resuelto del sofá pese a su indignación, aunque el efecto de esta quedaba empañado en cierto modo por una cabeza despeinada y por el aparente descuido de sus ropas en general.

—Venga, no te enfades. Convenceré a mamá para que permita que venga a visitarte ese tal Ned Miller, que tan bien te cae, cuando

se haya ido Polly —dijo Fanny con la esperanza de apaciguar su malhumor.

—¿Cuánto tiempo se quedará? —exigió Tom, arreglándose con una sacudida.

—Un mes o dos, probablemente. Es tan agradable... se quedará mientras se sienta a gusto.

—Entonces no se quedará mucho tiempo si puedo evitarlo —murmuró Tom, que consideraba a las chicas la parte superflua de la creación. Los chicos de catorce años tienden a opinar de ese modo, lo que tal vez resulte bastante adecuado dado que, como suelen cambiar radicalmente, tienen la oportunidad de dejarse llevar por una buena chica, metafóricamente hablando, cuando, tres o cuatro años después, se convierten en los más serviles esclavos de «esas molestas chicas».

—¡Venga ya! ¿Cómo voy a reconocer a la criatura? No la he visto nunca y ella no me ha visto nunca a mí. Tienes que venir tú también, Fan —añadió mientras se dirigía a la puerta, aterrado ante la terrible idea de que quizás debería dirigirse a varias chicas desconocidas antes de dar con la que debía encontrar.

—La encontrarás rápidamente. Seguramente nos estará buscando mientras espera. Y creo que te reconocerá, seguro, aunque yo no esté allí, porque te he descrito.

—Entonces no me reconocerá —dijo Tom, mirándose en el espejo mientras se atusaba enérgicamente su cabellera rizada, convencido de que su hermana no le habría hecho justicia. Las hermanas nunca lo hacen, como sabemos «nosotros, los chicos».

—Andando o llegarás demasiado tarde y, entonces, ¿qué pensará Polly de mí? —le espetó Fanny, con la impaciencia que tanto incomoda a la dignidad masculina.

—Pensará que te importan más tus rizos que tus amigas, y seguramente tendrá razón.

Con la sensación de que había dicho algo lo suficientemente escueto y cortante, Tom se fue paseando, sin prisa, perfectamente consciente de que era tarde, pero sin apresurarse mientras pudieran verle, aunque más tarde tuviera que correr para compensarlo.

—Si fuera Presidente, haría una ley para hacer callar a todos los chicos hasta que se hicieran mayores, porque son los sapos más

irritantes del mundo —dijo Fanny mientras miraba la figura de su hermano arrastrando los pies por la calle. Sin embargo, podría haber cambiado de opinión si lo hubiera seguido, ya que, en cuanto dobló la esquina, su aspecto cambió por completo: sacó las manos de los bolsillos, dejó de silbar, se abrochó la chaqueta, se ajustó la gorra y empezó a caminar a un ritmo más apresurado.

El tren acababa de detenerse cuando Tom llegó a la estación, jadeando como si fuera un caballo de carreras y tan rojo como una langosta a causa del viento y de la carrera.

—Supongo que llevará moño y un chisme de esos en la cabeza, como todas las demás, ¿cómo la voy a reconocer? ¡Es lamentable que Fan me obligara a venir solo!, pensó Tom mientras observaba a la gente que se arremolinaba en la estación, sintiéndose un tanto intimidado ante la colección de señoritas que pasaban por su lado. Como tenía la impresión de que ninguna de ellas estaba buscando a nadie, no hizo ademán de aproximarse a ninguna, aunque dirigió una mirada martirizada a cada grupito. Es esa, se dijo a sí mismo al ver a una chica bellamente ataviada, de pie, con las manos entrelazadas y con un sombrerito en lo alto de un gran moño o «chig-non», como lo pronunciaba Tom.

—Supongo que tengo que hablar con ella, así que ahí vamos. — Y, preparándose para tal empresa, Tom se aproximó lentamente a la damisela, cuyo vestido parecía haberlo hecho jirones el viento, de la cantidad de fajines, festones, volantes, rizos, bucles y plumas de que estaba compuesto.

—Disculpe, ¿podría indicarme si es usted Polly Milton? —le preguntó Tom con aire sumiso a la desconocida de aire despreocupado.

—No, no lo soy —le respondió la joven dama, dirigiéndole una gélida mirada que le dejó totalmente helado.

—¿Dónde diablos estará? —rezongó Tom mientras se alejaba enojado. El repiquetear de unos pasos apresurados a su espalda le obligaron a darse la vuelta a tiempo de ver a una chiquilla con la cara lavada corriendo desde el otro extremo de la estación, en lo que parecía encontrar un gran deleite. Al sonreírle y saludarle, equipaje en mano, Tom se quedó donde estaba y la esperó, mientras se decía a sí mismo: «¡Vaya! ¿Es esa Polly?».

Cuando la chiquilla llegó a su lado, alargando la mano y con una mirada a un tiempo tímida y alegre que se reflejaba en sus ojos azules, le preguntó:

—Eres Tom, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo has sabido? —Y Tom, completamente sorprendido, logró superar el recelo de darle la mano sin tan siquiera reparar en ello.

—Oh, Fan me dijo que tenías el cabello rizado y una nariz muy graciosa, que silbabas continuamente y que llevabas una gorra gris que te tapaba los ojos, así que te reconocí de inmediato. —Polly asentía con la cabeza en su dirección del modo más afectuoso, absteniéndose, educadamente, de calificar el pelo de «calabaza», la nariz «chata» y la gorra de «vieja», detalles que Fanny había guardado en su memoria meticulosamente.

—¿Dónde está el resto de tu equipaje? —le preguntó Tom al recordar cuál era su deber cuando ella le entregó su bolsa, la cual él no se había ofrecido a llevar.

—Padre me dijo que no esperara a nadie o no podría disponer de carruaje, así que solicité uno a ese hombre y ahí está con mi equipaje. —Y Polly se adelantó tras la única y modesta maleta que conformaba su equipaje, seguida de Tom, un tanto deprimido por su propia negligencia en lo que a atenciones amables se refiere.

—¡Gracias a Dios que no es para nada una de esas señoritas! Fan no me dijo que era guapa. No se parece en nada a las chicas de ciudad ni actúa como ellas —pensó mientras caminaba penosamente tras ella y observaba con agrado los rizos castaños que se movían de un lado a otro frente a él.

Cuando el carruaje se puso en marcha, Polly dio un saltito sobre el asiento mientras se reía; feliz como una niña.

—Me encanta subirme a los carruajes y ver todas las cosas bonitas y pasármelo bien, ¿tú no? —le dijo, y al instante se calmó como si de pronto recordara que estaba de visita.

—No mucho —contestó Tom, sin importarle lo que acababa de decirle. Se sentía agobiado por el hecho de verse encerrado con una desconocida en un carruaje.

—¿Cómo está Fan? ¿Por qué no ha venido ella también? —preguntó Polly, esforzándose por ofrecer una apariencia recatada

pese a que sus ojos, muy a su pesar, no dejaban de ir de un lado a otro.

—Tenía miedo de estropear sus rizos —sonrió Tom ya que traicionar su confianza le hacía sentir que volvía a tener las riendas.

—A ti y a mí no nos importa la humedad. Te agradezco que hayas venido a recogerme.

Tom sabía que Polly había sido muy amable al hacer aquel comentario, ya que su cabellera pelirroja era un tema delicado y al estar junto a los hermosos rizos castaños de Polly parecía que disminuían el tono cobrizo de los suyos. Además, no había hecho por ella más que llevarle un rato la bolsa, pero ella se lo agradecía de todos modos. Se sentía agradecido, de modo que en un arranque de confianza le ofreció unos cuantos cacahuetes, pues siempre guardaba en los bolsillos cierta cantidad de aquella exquisitez, lo cual ayudaba a localizarlo en cualquier parte gracias a las cáscaras que iba dejando a su paso.

En cuanto hizo aquel gesto, recordó que Fanny lo consideraba vulgar y creyó haber hecho caer en desgracia a su propia familia. Así que sacó la cabeza por la ventanilla y permaneció de aquel modo hasta que Polly le preguntó si le ocurría algo. «¡Da igual! A quién le importa una palurda de pueblo como ella», se dijo Tom, haciéndose el milhombres, y, a continuación, se apoderó de él un espíritu travieso.

—Está bastante borracho, pero supongo que será capaz de dominar a los caballos —le contestó aquel chico de mente perversa con un aire de calma resignación.

—¿Está bebido? ¡Ay, ay! ¡Bajemos! ¿Están mal los caballos? Estamos muy altos. ¿Crees que es seguro? —gritaba la pobre Polly, deformando su sombrerito al sacar la cabeza por la ventanilla medio abierta que tenía a su lado.

—Muchos vendrían a recogernos si nos pasara algo, pero quizás sería más seguro si saliera yo y me sentara junto al hombre. —Tom casi resplandecía por la brillante idea que había tenido.

—¡Oh, sí, sí, si no te da miedo! ¡Madre se preocuparía mucho si me pasara algo, estando tan lejos! —lloraba Polly, muy afectada.

—No te preocupes. Me encargaré de este tipo y también de los caballos. —Y abriendo la puerta, Tom desapareció en la parte

superior del carruaje, dejando a la pobre Polly temblando de miedo, mientras él gozaba de su libertad y de sus cacahuetes en el exterior junto al viejo y serio conductor.

Fanny bajó como una exhalación las escaleras para encontrarse con su «querida Polly» mientras Tom la presentaba graciosamente con un «¡Ya la tengo!» y los aires de un intrépido cazador que muestra los triunfos de su destreza. Polly fue al instante conducida al piso de arriba y Tom, tras limpiarse las botas en la alfombrilla de la entrada, se retiró al salón para reponer fuerzas con media docena de galletas.

—¿No estás agotada? ¿No quieres tumbarte? —le dijo Fanny, sentándose en la cama en la habitación de Polly y parlotando sin parar, mientras pasaba revista a todo lo que llevaba puesto su amiga.

—No, en absoluto. Ha sido un viaje muy entretenido, sin problemas, a excepción del cochero bebido, pero Tom salió y lo controló, así que no tuve mucho miedo —contestó la inocente Polly, sacándose el sencillo y práctico abrigo y el sombrero sin adornos, ni siquiera una pluma.

—¡Bobadas! No estaba bebido y Tom lo hizo para quedarse solo. No soporta a las chicas —le dijo Fanny con aires de superioridad.

—¿Qué? ¡Pero a mí me ha parecido muy agradable y solícito! —Polly abrió mucho los ojos con expresión de sorpresa.

—Es un chico horroroso, querida, y si tienes algo que ver con él, te atormentará de por vida. Todos los chicos son horrorosos, pero él lo es aún más.

Fanny asistía a una escuela prestigiosa donde las jovencitas estaban tan ocupadas aprendiendo francés, alemán e italiano que no tenían tiempo para practicar un buen inglés. Polly, al sentir que había perdido la confianza en aquel joven, tomó la decisión de olvidarse de él y, mientras contemplaba con admiración la espaciosa y magnífica habitación, cambió el tema de la conversación diciendo:

—¡Qué espléndida! Nunca había dormido en una cama con cortinas o con un tocador como este.

—Me alegro de que te guste, pero, por lo que más quieras, ¡no digas estas cosas delante de las otras chicas! —le replicó Fanny, deseando que Polly llevara pendientes como todas las demás.

—¿Por qué no? —preguntó el ratón de campo al ratón de ciudad, preguntándose qué había de malo en el hecho de que te gustaran las cosas hermosas que otros tenían y admitirlo.

—Oh, se ríen de todo aquello que les suena un poco raro y no es agradable. —Fanny no dijo «de pueblo» pero era lo que quería decir y Polly se sintió incómoda. Así que sacudió su pequeño vestido de seda negra con rostro pensativo y decidió no hacer referencia a su propio hogar si podía evitarlo.

—Estoy tan mal que mamá dice que no es necesario que vaya a la escuela cada día mientras estés aquí, solo un par o tres de veces por semana, para mantener mi nivel de música y de francés. Tú también puedes venir, si quieres. Lo ha dicho Papá. Hazlo, ¡es tan divertido! —exclamó Fanny, sorprendiendo a su amiga con aquel inesperado interés por la escuela.

—Me daría miedo si todas las chicas se vistieran tan elegantemente como tú y supieran tanto —dijo Polly, quien solo con pensarlo ya había empezado a sentir timidez.

—¡Venga, chica! No debes preocuparte por eso. Me encargaré de ti y te arreglaré para que no tengas un aspecto tan raro.

—¿Soy rara? —preguntó Polly, sorprendida por la palabra y con la esperanza de que no significara nada muy malo.

—Eres un encanto y estás mucho más guapa que el verano pasado, lo que pasa es que te has criado de un modo diferente del nuestro, ¿sabes? —empezó Fanny, a quien se le hacía difícil de explicar.

—¿Cómo diferente? —volvió a preguntar Polly, pues le gustaba entender las cosas.

—Bueno, para empezar, te vistes como una niña.

—Soy una niña, ¿por qué no debería vestirme como tal? —Y Polly contempló, confusa, su sencillo vestido azul de lana, las gruesas botas y el pelo corto.

—Tienes catorce años y, con esa edad, nosotras ya nos consideramos señoritas —continuó Fanny, examinando con satisfacción su cabello recogido, el flequillo de ricitos que le caía sobre la frente y el ondulante mechón que le bajaba por la espalda; de igual manera, su traje escarlata y rojo, con su grueso fajín, su pequeño pannier, sus brillantes y pequeños botones en forma de

rosa... y solo el cielo sabe qué más. Al cuello llevaba un medallón, unos pendientes que tintineaban en las orejas y diversos anillos en las manos que mejorarían con un poco de agua y jabón.

Los ojos de Polly iban de una a otra y pensó que, de las dos, Fanny era la que tenía el aspecto más extraño, pues Polly vivía en una pequeña y tranquila localidad en el campo y sabía muy poco de las modas de ciudad. Estaba un tanto impresionada por la elegancia que la rodeaba, ya que no había visto nunca la casa de Fanny, pues se habían conocido cuando Fanny estaba de visita en casa de una amiga que vivía cerca de Polly. Aun así, no permitió que la diferencia entre ella y Fan le preocupara en lo más mínimo, ya que, al minuto, se echó a reír y le dijo, con satisfacción:

—A mi madre le gusta que me vista con sencillez y a mí no me importa. No sabría qué hacer arreglada como tú. ¿No te olvidas nunca de alzar el fajín y arreglarte esas cosas mullidas cada vez que te sientas?

Antes de que Fanny pudiera contestarle, un grito procedente del piso de abajo hizo que ambas se detuvieran a escuchar.

—Es solo Maud. Se pasa el día armando escándalo —empezó a decir Fanny, pero apenas habían salido las palabras de sus labios cuando se abrió la puerta de golpe y apareció una niña de unos seis o siete años hablando a gritos. Se detuvo en cuanto vio a Polly, la miró durante un instante, y continuó con su vocerío justo donde lo había dejado, lanzándose a las faldas de Fanny y exclamando con furia—: ¡Tom se está riendo de mí! ¡Haz que pare!

—¿Qué has hecho para que se riera de ti? ¡No grites así que asustarás a Polly! —y Fan zarandeo a la pequeña, lo que finalmente hizo que consiguiera obtener una explicación.

—Solo dije que habíamos tomado nata fría anoche en la fiesta... ¡y se burló de mí!

—¡Helado, niña! —y Fanny siguió el reprochable ejemplo de su hermano.

—Me da igual, estaba fría, y calenté el mío con el aire caliente y entonces sabía mejor, pero ¡Willy Bliss lo tiró sobre mi nuevo abgigo! —y Maud se lamentó de nuevo de sus penas acumuladas.

—¡Ves con Katy, por favor! ¡Estás tan pesada como un osezno! —le decía Fanny mientras la sacaba de allí.

—Katy me abugue y no puedo abuguirme porque soy displicente. ¡Lo dijo mamá! —sollozaba Maud, evidentemente, convencida de que la displicencia era una enfermedad de lo más interesante.

—Baja y tómate la cena, así no te aburrirás —Fanny se levantó, arreglándose como si fuera un ave antes de emprender el vuelo.

Polly esperaba que el «horrible chico» no estuviera presente, pero lo estaba y la estuvo mirando durante toda la cena del modo más desafiante.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó el señor Shaw, un caballero con aspecto de estar muy ocupado—. Espero que te lo estés pasando muy bien —y luego parece ser que se olvidó de ella por completo. La señora Shaw, una anciana de aspecto tranquilo, ataviada con un imponente sombrero, exclamó al ver a Polly:

—¡Cielo Santo! La viva imagen de su madre, una mujer encantadora. ¿Cómo está, querida? —Lo hizo con la mirada fija en la recién llegada, por encima de las gafas, hasta que, entre la señora y Tom, Polly perdió el apetito.

Fanny hablaba continuamente y Maud no dejaba de jugar, hasta que Tom propuso esconderla bajo la tapa de la bandeja de la comida, lo que provocó tal explosión que la muy sufrida Katy tuvo que llevarse a la niña, quien no paraba de chillar. En resumen, resultó una cena bastante incómoda y Polly se alegró mucho cuando se acabó. Cada uno se dirigió a sus tareas y, tras hacer los honores de la casa, Fanny tuvo que ir a la modista, dejando a Polly sola en el inmenso salón.

Polly se alegró de quedarse unos minutos sola y, tras haber examinado todas las cosas bonitas a su alrededor, empezó a caminar sobre la suave alfombra decorada con dibujos de flores, canturreando para sí mientras la luz del día se iba apagando y solo el rojizo resplandor del fuego llenaba el lugar. Entonces entró la señora y se sentó en el sofá mientras le decía:

—Es una hermosa melodía. Cántamela, querida. Hacía mucho que no la oía.

A Polly no le gustaba cantar delante de desconocidos, porque no había recibido jamás lecciones de canto, a excepción de las que su madre le había impartido, pero como le habían enseñado a mostrar el máximo respeto por la gente mayor y, al no tener razón alguna

para negarse, se dirigió directamente al piano e hizo lo que le habían pedido.

—Eso es exactamente el tipo de música que resulta un placer escuchar. Cántame alguna más, querida —le pidió amablemente la señora al acabar la anterior.

Contenta al oír tal comentario, Polly cantó con una vocecita fresca que llegaba directamente al corazón de quien la escuchaba y permanecía allí. Formaban el repertorio de Polly las antiguas y dulces melodías que uno jamás se cansaba de escuchar, siendo sus favoritas las que tenían un cierto aire escocés, como «Yellow-haired Laddie», «Jock o’Hazledean», «Down among the Heather» y «Birks of Aberfeldie». Cuanto más cantaba, mejor lo hacía y, cuando acabó con «A Health to King Charlie», la sala resonaba con la emocionante música producida por el gran piano y la pequeña doncella.

—¡Por San Jorge! ¡Eso es una canción alegre! Cántala otra vez, por favor —resonó la voz de Tom y ahí estaba su pelirroja cabeza, emergiendo de improviso tras el alto respaldo de la silla tras la que se había escondido.

Polly dio un respingo en su asiento, pues creía que nadie más que la anciana señora dormitando cerca del fuego la estaba escuchando.

—No puedo cantar más, estoy cansada —le dijo y salió de la sala hasta donde estaba la señora, en la otra habitación. La cabeza pelirroja desapareció como si de un meteorito se tratara, ya que el tono de Polly había sido gélido.

La anciana le tendió la mano a Polly y, atrayéndola hacia su rodilla, la miró a la cara con ojos que destilaban tal ternura que hicieron olvidar a Polly el impresionante sombrero y le sonrió, confiada, pues se dio cuenta de que su sencilla música había complacido a su oyente y ello le complacía.

—No debe importunarte que te mire fijamente, querida —le dijo la señora, pellizcándole la mejilla sonrosada—. Hace tanto que no veo a una niña como tú que mirarte le hace bien a mis viejos ojos.

A Polly le pareció muy extraño lo que le decía y no pudo evitar preguntarle:

—¿Que no son niñas también Fan y Maud?

—¡Oh, querida, no! No lo que yo denominaría niñas Fan lleva siendo una señorita dos años y Maud es una cría mimada. Tu madre es una mujer sensata, mi niña.

«¡Qué señora más rara!», pensó Polly, pero le contesto afirmativamente con el mayor respeto y se quedó contemplando el fuego.

—No entiendes lo que quiero decir, ¿a que no? —le preguntó la señora, tocándole la barbilla.

—No, no mucho.

—Bueno, querida, te lo explicaré. En mis tiempos, las niñas de catorce o de quince años no se vestían siguiendo la última moda, ni acudían a las fiestas como si fueran adultos, ya que podían acabar siendo unas holgazanas de primera, ligeras de cascos, llevando una vida poco saludable y hastiadas de todo lo que les rodeaba al llegar a los veinte. Éramos niños hasta prácticamente los dieciocho, trabajábamos y estudiábamos, nos vestíamos y jugábamos como niños, honrábamos a nuestros padres y los días duraban mucho más entonces que ahora, me parece a mí.

La anciana señora pareció olvidarse de Polly al final de su discurso, ya que estaba sentada dando palmaditas a la rechoncha manita que sujetaba entre las suyas, absorta, contemplando el viejo retrato de un caballero de antaño que portaba una camisa de volantes y una coleta.

—¿Era su padre, señora?

—Sí, querida, mi honorable padre. Le hice los lazos hasta el día de su muerte y el primer dinero que gané fueron los cinco dólares que ofreció como premio a aquella de sus seis hijas que lograra hacer el zurcido más hermoso en sus medias de seda.

—¡Qué orgulloso debió de haberse sentido! —exclamó Polly, apoyándose en la rodilla de la señora con el rostro lleno de interés.

—Sí, y todas aprendimos a hacer pan, a cocinar y a llevar vestidos de cretona, y fuimos siempre tan felices y alegres como gatitos. Todas nos hemos hecho abuelas y padres y yo soy la última. Cumpliré setenta en mi próximo cumpleaños, querida, pero todavía no estoy consumida, aunque mi hija Shaw es inválida a sus cuarenta años.

—Así es cómo me han educado y supongo que esa es la razón por la que Fan me llama anticuada. Cuénteme más cosas sobre su papá, por favor. Me gusta —le dijo Polly.

—«Padre». Jamás le llamamos «papá», y si uno de mis hermanos le hubiera llamado «viejo» como hacen los chicos de hoy en día, creo que lo hubiera desheredado.

La señora alzó la voz al decir aquello y asintió significativamente, aunque el apagado ronquido que provenía de la otra habitación pareció asegurarle que la indirecta había sido una pérdida de tiempo.

Antes de que pudiera continuar, apareció Fanny con la fantástica noticia que Clara Bird las había invitado a ir al teatro aquella misma tarde y que las vendría a buscar a las siete en punto. Polly estaba tan contenta por la repentina inmersión en el entretenimiento que podía ofrecer la vida de ciudad que anduvo revoloteando como una mariposa distraída y de poco se enteró hasta que se encontró sentada ante la gran cortina verde del deslumbrante teatro. El viejo señor Bird estaba sentado a un lado, Fanny al otro, pero ambos la dejaron tranquila, algo que agradeció inmensamente, ya que tenía toda su atención puesta en lo que la rodeaba y no podía ni articular palabra.

Polly no había ido mucho al teatro y las pocas obras que había visto eran los antiguos cuentos de hadas adaptados al escenario para un público joven, es decir, alegres, brillantes y repletos de las tonterías que hacen reír sin sonrojarse. Aquella noche vio uno de aquellos nuevos espectáculos que últimamente se han convertido en lo más popular durante cientos de noches, deslumbrando, emocionando y desmoralizando al espectador con toda triquiñuela que la ingenuidad francesa pueda inventar y la prodigalidad americana ejecutar. Poco importa cuál era su nombre, era espectacular, muy vulgar y estaba muy de moda, así que, naturalmente, era muy admirado y todo el mundo iba a verlo. Al principio, Polly creía que se encontraba en el país de las hadas y solo podía ver a las resplandecientes criaturas que danzaban y cantaban en un mundo de luz y de belleza, pero, poco después, prestó atención a las canciones y a las conversaciones, y el espejismo se evaporó, ya que aquellos espíritus encantadores

cantaban las melodías de los negros, hablaban en argot y eran la desgracia de todos los buenos y anticuados elfos que ella conocía tan bien y a los que tanto quería.

Nuestra muchachita era demasiado inocente para entender la mitad de las bromas y, a menudo, se preguntaba de qué se estaba riendo la gente. Sin embargo, en cuanto se desvaneció el encantamiento inicial, Polly empezó a sentirse incómoda, ya que estaba segura de que a su madre no le gustaría que estuviera allí, y deseó no haber venido nunca. De algún modo, las cosas empeoraban cada vez más a medida que la obra avanzaba y nuestra pequeña espectadora se percataba de lo que ocurría, cada vez más rápido, gracias a los cuchicheos de su alrededor, a lo que veía y a su instinto. Cuando aparecieron en el escenario veinticuatro chicas disfrazadas de jockeys, cabriolando, haciendo vibrar sus látigos, asentando con fuerza las suelas de sus botas de montar y guiñando el ojo al público, Polly ya no lo consideró divertido sino desagradable y se alegró cuando desaparecieron de escena. No obstante, cuando apareció otro grupo, estas ataviadas con unas alas de gasa y una franja dorada al cinto, la pobre Polly no sabía qué hacer: ahora se sentía a la vez atemorizada e indignada, así que bajó la vista hacia el programa de la obra que tenía en las manos, sintiendo cómo se le sonrojaba el rostro cada vez más.

—¿Por qué estás tan sonrojada? —le preguntó Fanny cuando desaparecieron las sílfides maquilladas.

—Me siento tan avergonzada por esas chicas —susurró Polly, dando un largo respiro de alivio.

—Angelito... así es cómo lo hacen en París, y el baile es espléndido. Al principio parece un poco raro pero te acostumbrarás, como me pasó a mí.

—No volveré a venir —dijo Polly con decisión, pues su naturaleza inocente se rebelaba contra dicho espectáculo que, por el momento, le había producido más dolor que placer. No sabía lo fácil que era «acostumbrarse», como Fanny, y le parecía adecuado que no se le ofreciera dicha tentación a menudo. No podía explicar lo que sentía, pero se alegró cuando se acabó el espectáculo y ya estaban a salvo en casa, donde la amable abuela las esperaba para llevarlas a dormir confortablemente.

—¿Te lo pasaste bien, querida? —le preguntó, observando las mejillas sonrojadas de Polly y los ojos desorbitados.

—No quiero ser maleducada, pero no —respondió Polly—. En parte fue espléndido, pero la mayor parte del tiempo desee esconderme bajo el asiento. A la gente pareció gustarle, pero yo no creo que fuera adecuado.

Mientras Polly se desahogaba e ilustraba su opinión con un decidido golpe de la bota que se acababa de quitar, Fanny se puso a reír y dijo, mientras daba unas cuantas piruetas por la habitación como Mademoiselle Thérèse:

—Polly estaba conmocionada, abuela. Tenía los ojos abiertos como platos, la cara tan roja como mi fajín y, por un momento, creí que iba a ponerse a llorar. Parte del espectáculo era un poco raro, pero naturalmente que era adecuado, sino nuestro grupo no hubiera asistido nunca. Oí como la señora Smythe Perkins decía: «Encantador, como en nuestro querido París», y ella ha vivido en el extranjero, así que, por supuesto, sabe de qué habla.

—Me da igual. ¡Sé que no era adecuado para las niñas porque, si no, no me hubiera sentido tan avergonzada! —exclamó la tenaz Polly, perpleja, aunque no convencida, ni tan siquiera por la señora Smythe Perkins.

—Creo que tienes razón, querida, pero has vivido en el campo y no has aprendido todavía que la modestia ya no está de moda. —Y con un beso de buenas noches, la abuela dejó que Polly tuviera una pesadilla en la que bailaba con disfraz de yóquey en un gran escenario donde Tom tocaba un gran tambor en la orquesta y todo el público lucía los rostros de su padre y de su madre, mirándola con cara de pena, con los ojos como platos y los rostros tan enrojecidos como el fajín de Fanny.

NUEVAS MODAS

—Esta mañana voy a la escuela, de modo que levántate y ve preparándote —dijo Fanny uno o dos días después al abandonar la mesa de un desayuno tardío.

—Estás muy guapa. ¿Qué tienes que hacer? —le preguntó Polly, siguiéndola hasta el vestíbulo.

—Acicalarse durante media hora y ponerse postizos —contestó el irreverente Tom, cuya preparación para ir a la escuela consistía en calarse la gorra y atar unos cuantos libros voluminosos que tenían el aspecto de ser empleados, en ocasiones, como armas de defensa.

—¿Qué son postizos? —inquirió Polly mientras Fanny marchaba al frente sin dignarse a contestar.

—El cabello de alguien colocado sobre la cabeza de quien no le corresponde —contestó Tom mientras se marchaba, silbando con aire de sublime indiferencia ante el estado de su «rizada cabezota».

—¿Por qué tienes que vestirme de un modo tan elegante para ir a la escuela? —le preguntó Polly mientras observaba cómo Fan se arreglaba los ricitos del flequillo y se recolocaba los diversos lazos y festones de su vestido.

—Todas las chicas lo hacen y es lo apropiado. Nunca sabes a quién vas a encontrarte. Después de clase saldremos a pasear, así que me gustaría que llevaras tu mejor sombrero y tu mejor bolso —le contestó Fanny mientras trataba de colocarse el sombrero en un ángulo que desafiaba las leyes de la gravedad.

—Claro, si crees que este no es lo suficientemente bonito. Prefiero el otro porque lleva una pluma, pero este me abriga más, así que lo llevaré cada día. —Y Polly también se dirigió a su habitación a acicalarse, temiendo que su amiga pudiera avergonzarse de su sencillo vestido.

—¿No tendrás frío en las manos con esos guantes tan finos? —le dijo mientras caminaban por la calle nevada, acompañadas del

gélido viento que les congelaba el rostro.

—Sí, un frío espantoso, pero mi manguito es tan grande que no pienso ponérmelo. Mamá no quiere estrecharlo y el armiño lo reservo para las mejores ocasiones —dijo Fanny acariciando sus pequeños guantes.

—Supongo que mi ardilla gris también es demasiado grande, pero es muy agradable y calentita, y tú también puedes calentarte las manos con ella si quieres —le dijo Polly, examinando sus nuevos guantes de lana con aire de poca satisfacción pese a haberlos considerado muy elegantes.

—Tal vez lo haga. Venga Polly, no seas tímida. Solo te voy a presentar a dos o tres chicas y no tienes que preocuparte lo más mínimo por el anciano Monsieur, ni leer si no te apetece. Estaremos en la antesala, así que solo verás a una docena y estarán tan ocupadas que no te prestarán ninguna atención.

—Creo que no leeré, solo me sentaré a mirar. Me gusta observar a la gente. Aquí todo es tan nuevo y tan raro.

Pero Polly se sintió y se mostró muy tímida al entrar en una clase llena de señoritas, tal y como Polly las consideraba, ya que todas iban muy arregladas, hablaban entre ellas y se giraron para examinar a la recién llegada con una mirada fría que parecía estar tan de moda como los monóculos. Asintieron afables cuando Fanny la presentó, dijeron algo correcto y le hicieron un hueco en la mesa donde estaban sentadas esperando a Monsieur. Algunas de las chicas más atrevidas estaban imitando los pasos de baile de la Danza Griega, otras estaban concentradas leyendo unas notitas, casi todas comían dulces y las doce al completo parloteaban como cotorras. En cuanto le administraron amablemente una cantidad de caramelos, Polly se sentó, observando y escuchando, sintiéndose muy joven y pueblerina entre aquellas señoritas tan elegantes.

—Chicas, ¿sabéis que Carrie se ha ido al extranjero? Había tantas habladorías que su padre no pudo soportarlo y se llevó a toda la familia. ¿No es genial? —dijo una vivaracha damisela que acababa de entrar.

—Yo creo que era mejor que se fueran. Mi mamá dice que si yo hubiera ido a esa escuela, me habría sacado de allí de inmediato —respondió otra chica dándose importancia.

—Carrie se fugó con un profesor de música italiano y la historia apareció en los periódicos creando un gran revuelo —le explicó a Polly, un tanto turbada, la chica con la que había hablado en primer lugar.

—¡Qué horror! —exclamó Polly.

—Pues yo creo que fue divertido. Ella solo tenía dieciséis años y él era magnífico. Ella tiene mucho dinero y todo el mundo hablaba de ello y allá donde iba todo el mundo la miraba, ya sabes, y a ella le gustaba. Pero su padre es un cascarrabias, así que los ha enviado a todos lejos. Es un fastidio porque era la chica más divertida que haya conocido jamás.

Polly no tenía nada que decir a la ufana señorita Belle, por lo que se limitó a observar.

—Me encanta leer sobre esas cosas pero resulta tan inconveniente que ocurra justo aquí. Nos pone las cosas más difíciles a todas nosotras. Ojalá hubieras escuchado lo que me dijo mi papá. Me amenazó con hacer que me acompañara una doncella a la escuela cada día, como hacen en Nueva York, para asegurarse de que llego bien. ¿Os lo podéis creer?

—Eso es porque trascendió que Carrie solía falsificar sus justificaciones con la letra de su madre para poder ir a pasear con su Orestes cuando creían que estaba a salvo en la escuela. ¿A qué fue descarada? —exclamó Belle, como si más bien admirara el apañío.

—Creo que no está mal divertirse un poco y que no hay ninguna necesidad de convertirse en la comidilla de nadie si, de vez en cuando, alguien se escapa como Carrie. Los chicos hacen lo que quieren, y no entiendo por qué las chicas tienen que estar tan resguardadas. ¡Me gustaría ver quién se atrevería a vigilarme y acompañarme a mí! —añadió otra atrevida jovencita.

—Tendría que ser un policía para poder hacer eso, Trix, o un hombre muy bajito con un sombrero muy alto —dijo Fanny astutamente, lo que provocó una risa general e hizo que Beatrice moviera la cabeza con coquetería.

—Oh, ¿has leído La novia fantasma? ¡Da mucho miedo! Todo el mundo lo está pidiendo en la biblioteca, aunque las hay que prefieren Despedazar una mariposa. ¿Cuál te gusta más? —le

preguntó a Polly una chica pálida en uno de los pocos respiros que se produjeron.

—No, no he leído ninguno de los dos.

—Pues tienes que hacerlo. Adoro los libros de Guy Livingston, y los de Yates. Los de Ouida me encantan, pero son tan largos que me agoto antes de poder terminarlos.

—No he podido leer nada más que una de las novelas de Muhlbach desde que llegué. Me gustan porque contiene detalles históricos —dijo Polly, feliz de poder aportar algo de sí misma a la conversación.

—Esas están bien porque aprendes leyendo, pero a mí me gustan las novelas apasionadas, ¿a ti no?

A Polly le salvó la aparición de Monsieur. De no ser así, tendría que haber admitido, mortificada, que no había leído ninguna de aquellas novelas. Monsieur era un anciano francés de cabellos grises que llevaba a cabo su tarea de maestro con el aire resignado de aquel que está acostumbrado a ser la víctima de unas niñas y sus risitas. Las jovencitas cotorreaban durante la clase, hicieron un ejercicio y leyeron algo de historia francesa. Sin embargo, no daba la impresión de que les importara mucho, aunque Monsieur estaba más que dispuesto a explicar, y Polly se sonrojó por su amiga cuando, al preguntarle qué famoso francés había luchado en nuestra Revolución, respondió Lamartine en lugar de Lafayette.

Pronto se acabó la hora de clase y, después que Fan acabara su lección de música en otra aula mientras Polly hacía de oyente, llegó la hora del descanso. Las chicas más jóvenes paseaban de un lado a otro del patio, cogidas del brazo, comiendo pan con mantequilla; otras se quedaron en clase leyendo y cotilleando, pero Belle, Trix y Fanny salieron a almorzar a una cercana heladería de moda y Polly las siguió dócilmente, sin atreverse a hacer alusión alguna al pan de jengibre que la abuela le había metido en el bolsillo para el almuerzo. De este modo, las sencillas galletas de color marrón quedaron relegadas a la oscuridad mientras Polly trataba de satisfacer su apetito con un helado y tres mostachones.

Las chicas parecían estar muy animadas, especialmente cuando apareció un caballero de poca estatura con un rostro tan joven que Polly habría dicho que se trataba de un chico si no hubiese sido

porque llevaba un sombrero alto de caballero. Escoltada por este joven tan impresionante, Fanny dejó a sus desafortunadas amigas, quienes debían regresar a la escuela, y se fue a caminar, como se denominaba al hecho de pasear lentamente por las calles más concurridas. Polly caminaba discretamente detrás, en un segundo plano, divirtiéndose mirando su reflejo en los escaparates de las tiendas hasta que Fanny, recordando sus propios modales, aun en un momento tan interesante, la llevó a una galería de arte y le pidió que se entretuviera mirando las obras mientras descansaban. La obediente Polly se paseó por la sala varias veces, examinando, aparentemente, las pinturas con el interés de un especialista y procurando no prestar atención al suave parloteo de la pareja sentada en el asiento circular. Aun así, no podía evitar preguntarse qué era lo que Fan encontraba tan absorbente en la historia de un alemán y por qué tenía que prometer de manera tan solemne no olvidarse del concierto de aquella tarde.

Cuando por fin Fanny se levantó para marcharse, el rostro fatigado de Polly fue todo un reproche, así que se despidió rápidamente del bajito caballero y se dirigió a casa, diciéndole a Polly confidencialmente, mientras apoyaba una mano sobre su manguito:

—No debes decir ni una palabra sobre Frank Moore o papá me cortará la cabeza. No es que me guste ni nada por el estilo, además, a él le gusta Trix, lo que pasa es que se han peleado y él quiere darle celos flirteando conmigo. Ya le he reprendido por eso y me ha prometido que hará las paces con ella. Iremos todos a los conciertos de la tarde y nos lo pasaremos de fábula, además se supone que Trix y Belle estarán allí, así que tú tranquila, todo irá bien.

—Me temo que no —empezó Polly, quien, al no estar acostumbrada a los secretos, se le hacía muy difícil guardar uno, aunque fuera muy pequeño.

—No te preocupes, niña. No es asunto tuyo, así que podemos ir y divertirnos con la música y, si otros flirtean, no será culpa nuestra — le contestó Fanny con impaciencia.

—Claro que no, pero entonces, si a tu padre no le gusta que hagas eso, ¿deberías ir?

—Se lo he dicho a mamá y a ella no le importa. Papá se escandaliza por todo y la abuela tiembla con cada cosa que hago. Pero tú tendrás la boca cerrada, ¿a que sí?

—Sí, claro que sí, jamás me chivo. —Polly mantuvo su palabra, convencida de que Fan no pretendía engañar a su padre, pues se lo había contado todo a su madre.

—¿Con quién irás? —le preguntó la señora Shaw cuando Fanny mencionó que había concierto aquel día antes de las tres de la tarde.

—Solo con Polly. Le gusta la música y, como la semana pasada hubo tormenta, no pude ir, ya sabes —contestó Fan, añadiendo, mientras salían de casa—: Pero si nos encontramos con alguien por el camino, no podré evitarlo, ¿verdad?

—Puedes decir que no, ¿verdad?

—Pero eso es muy desconsiderado. ¡Madre mía! Por ejemplo, el hermano de Belle, Gus, él siempre va. ¿Llevo bien el pelo? ¿Y el sombrero?

Antes de que Polly pudiera decir nada, el señor Gus se les unió como si tal cosa y pronto Polly se quedó rezagada tras ellos, con el presentimiento de que las cosas no iban «bien», aunque no sabía cómo arreglarlo. Como le gustaba mucho la música, se imaginaba, la muy inocente, que todo el mundo asistiría por la misma razón, por eso encontró tan irritante que los jóvenes a su alrededor no dejaran de cuchichear. Belle y Trix estaban allí, vestidas de etiqueta y, en las pausas entre las diferentes melodías, los señores Frank y Gus, junto a otros «atractivos caballeros», deleitaban a las señoritas con interesantes noticias y cotilleos de la vida universitaria, a juzgar por la atención que les prestaban ellas a sus elocuentes afirmaciones. Polly lo observaba todo aterrada. Aunque no era del todo ignorada en atención a su género, evidentemente, la consideraban tan solo «una cosita silenciosa», de modo que, como no la tenían por alguien con que hablar en sociedad, simplemente ignoraban a la guapa chiquilla y se dedicaban a las jóvenes señoritas. Por suerte para Polly, se olvidó de todos ellos gracias a lo que estaba disfrutando con la música, la cual sentía más que entendía, así que allí estaba, sentada con una cara de felicidad tal que varios amantes de la música la miraban sonriéndole, porque su corazón daba una cálida

bienvenida a la melodía que los instrumentos transmitían. Ya había anochecido cuando salieron y Polly se sintió realmente aliviada cuando vio el carruaje que les esperaba, pues nunca le había gustado hacer de vela y ya había tenido suficiente por un día.

—Me alegro de que se hayan ido esos hombres. No me gustaba que hablaran cuando lo que yo quería era escuchar la música — comentó Polly mientras se alejaban.

—¿Cuál te gustó más? —le preguntó Fanny con un cierto tono de lánguida superioridad.

—El más normalito, el que no hablaba mucho. Me recogió el manguito cuando se me cayó y se ocupó de mí entre el gentío. A los demás no les importé en absoluto.

—Imagino que creían que eras una niña pequeña.

—Mi madre dice que un auténtico caballero es tan educado con una niña pequeña como con una mujer por eso el que mejor me cayó fue el señor Sydney, porque fue muy amable conmigo.

—Qué niña más observadora eres, Polly. Nunca hubiera pensado que te fijarías en detalles como ese —le dijo Fanny, quien empezaba a entender que en una niña pequeña podía haber mucho de mujer.

—Estoy acostumbrada a los buenos modales, aunque viva en el campo —le contestó Polly un tanto azorada, pues no le gustaba que fueran condescendientes con ellas, ni tan siquiera sus amigos.

—La abuela dice que tu madre es toda una señora y tú eres exactamente igual que ella, así que no te enfades con esos pobres chicos, ya me encargaré yo de que se comporten mejor la próxima vez. Tom no tiene modales, pero no te quejas de él —añadió Fanny riéndose.

—Me da lo mismo si los tiene o no. Es un chico y actúa como tal y con él puedo llevarme mucho mejor que con cualquiera de esos hombres.

Fanny iba a reprender a Polly por decir «esos hombres» de un modo tan despectivo, pero ambas se sobresaltaron al oír un ahogado «¡jaja-ja-ja-ja!» procedente del asiento de enfrente.

—¡Es Tom! —gritó Fanny, y en aquel instante apareció aquel chico tan incorregible, con el rostro enrojecido y aguantándose la risa. Tras sentarse, miró a las chicas como si se sintiera satisfecho

con el éxito de su travesura y esperara que le felicitaran por ello—. ¿Has oído algo de nuestra conversación? —le preguntó Fanny, preocupada.

—¡Pues claro! ¡Cada palabra! —exclamó Tom visiblemente rebosante.

—Polly, ¿habías visto alguna vez a un sapo tan irritante? Ahora supongo que irás con la gran historia a papá.

—Tal vez sí, tal vez no. ¡Menudo respingo dio Polly al verme! La oí chillar y acurrucarse.

—Y también oíste cómo alabábamos tus modales, ¿no es cierto? —le preguntó Polly con intención.

—Sí, los considerabas adecuados, de modo que no voy a chivarme de ti —le contestó Tom con una inclinación de cabeza tranquilizadora.

—No hay nada que contar.

—¿Qué no hay nada? ¿Qué suponéis que os dirá el viejo cuando sepa que salís con esos dandis? Os he visto.

—¿Qué viejo? ¿De qué habla? —preguntó Polly, tratando de aparentar que estaba tan confusa como revelaban sus palabras.

—¡Venga ya! Ya sabes a quién me refiero, así que no intentes engañarme como hace la abuela.

—Tom, hagamos un trato —exclamó Fanny entusiasmada—. No fue culpa mía que Gus y Frank estuvieran allí y no podía evitar que me dirigieran la palabra. Lo hago lo mejor que puedo y papá no tiene por qué enfadarse, porque siempre me porto mucho mejor que algunas de las chicas. ¿A que sí, Polly?

—¿Un trato? —observó Tom pensando en clave de negocios.

—Si no dices nada y no armas un escándalo, explicando lo que no tenías derecho a escuchar (¡estuvo muy mal que escucharas a escondidas, deberías sentirte avergonzado!), te ayudaré a seguir dando la lata con el velocípedo y no diré ni una palabra en contra cuando mamá y abuelita le supliquen a papá que no te lo dejen.

—¿Lo harías? —Y Tom se detuvo a considerar la oferta con todos los pros y los contras.

—Sí, y Polly me ayudará, ¿a que sí?

—Preferiría no tener nada que ver con eso, pero no diré ni haré nada que pueda perjudicarle.

—¿Por qué no? —le preguntó Tom con curiosidad.

—Porque me parece un engaño.

—Bueno, papá no tiene motivo para ser tan quisquilloso —dijo Fan con petulancia.

—Después de saber lo de esa Carrie y todo lo demás, no me sorprende que sea quisquilloso. ¿Por qué no se lo cuentas de buenas a primeras y no lo haces más si no quiere que lo haga? —le dijo Polly persuasiva.

—¿Tú se lo cuentas todo a tu padre y a tu madre?

—Sí, y me ahorra muchos problemas.

—¿No te dan miedo?

—Claro que no. A veces me cuesta explicarles las cosas, pero me siento tan bien cuando lo he hecho.

—¡Vamos! —fue el breve consejo de Tom.

—¡Madre mía! ¡Qué jaleo por nada! —dijo Fanny a punto de llorar de pura irritación.

—No, nada no. Sabes que tienes prohibido salir tan a menudo con esos tipos y por eso ahora estás en un aprieto. No voy a hacer ningún trato y lo voy a contar todo —replicó Tom con un repentino ataque de firmeza moral.

—¿Y si te prometo que nunca, nunca jamás voy a volver a hacerlo? —le preguntó Fanny ingenuamente, ya que cuando Thomas tomaba las riendas, su hermana acababa accediendo muy a su pesar.

—Lo pensaré y, si te portas bien, tal vez no lo haga. Puedo vigilarte mejor que papá, de modo que si lo vuelves a intentar, dependerá de usted, señorita —dijo Tom, incapaz de resistirse al placer de tiranizarla un poco cuando tenía la oportunidad.

—No lo hará. No la molestes más y se portará bien contigo cuando te metas en líos —le contestó Polly al tiempo que rodeaba a Fan con el brazo.

—Nunca lo hago y, si lo hiciera, no le pediría ayuda a una chica.

—¿Por qué no? Yo te pediría ayuda si tuviera problemas —dijo Polly, confiada.

—¿Sí? Bueno, te haría una prueba, como me llamo Tom Shaw. Venga, vamos. No te resbales, Polly. —Y el señor Thomas les ayudó con una amabilidad poco habitual, pues le había gustado el tono de

sus palabras. Sentía que había una persona que le apreciaba y aquella sensación tuvo un efecto positivo en sus modales y en su humor, los cuales, normalmente, se encontraban endurecidos y beligerantes a fuerza de toparse con desaires y contrariedades.

Aquella tarde, después del té, Fanny propuso que Polly les enseñara a hacer caramelo de melaza, ya que era el día libre de la cocinera y no habría moros en la costa. Con la esperanza de ablandar a su atormentador, Fan invitó a Tom a unirse a la fiesta y Polly suplicó que Maud pudiera estar también con ellos y participar de la diversión, así que los cuatro bajaron a la gran cocina, armados con delantales, martillos, cucharas y sartenes, asumiendo Polly el control de las unidades. Tom estaba encargado de romper las nueces y Maud de separar las cáscaras, ya que el caramelo iba a ser de primera. Fan asistía a Polly en los fogones, asomando la cabeza sobre la olla donde hervía la melaza hasta que se le quedó la cara roja como una peonía.

—Ahora, verted las nueces —dijo al fin y Tom vació el plato en el jarabe espumoso mientras los demás asistían a la misteriosa cocción de tan preciado dulce—. Lo verteré sobre la sartén con mantequilla, ¿veis? Y, al enfriarse, ya podemos comérselo —explicó Polly, ejemplificando lo que acababa de contar.

—Pero... ¡Está lleno de cáscaras! —exclamó Maud, mirando el interior de la sartén.

—¡Oh, rayos! Debo de haberlas puesto por equivocación y me habré comido las nueces sin pensar —dijo Tom, tratando de ocultar la satisfacción que sentía por a travesura mientras las chicas miraban la sartén con el rostro lleno de decepción y desesperación.

—Lo has hecho a propósito. ¡Eres horrible! ¡No volveré a permitir que te diviertas conmigo nunca más! —le grito Fan acalorada, tratando de alcanzarle y zarandearle mientras este la eludía y se reía a carcajadas.

Maud empezó a gimotear por el dulce perdido y Polly, seria, removía lo que se había echado a perder, que había quedado hecho un desastre. Pero, de repente, dirigió su atención a la pelea que estaba teniendo lugar en el rincón, en la que Fanny, olvidando que era una señorita y que tenía dieciséis años, le había abofeteado, y Tom, ofendido por el insulto, la había obligado a sentarse sobre el

capacho de carbón, donde la retenía con una mano mientras le devolvía la bofetada con la otra. Los dos estaban muy enfadados y se insultaban con cualquier tipo de agravio que se les pudiera ocurrir, mientras se reprendían el uno al otro y se peleaban, ofreciendo un espectáculo de lo más deplorable.

Polly no era una niña modelo ni mucho menos, tenía sus momentos de cólera como todos nosotros, pero jamás se peleaba, chillaba o insultaba a sus hermanos y hermanas de aquel modo tan terrible, así que le sorprendió sobremanera ver a su elegante amiga presa de tal virulencia.

—¡Oh, no! ¡Por favor, no! ¡Tom, le harás daño! ¡Déjalo estar, Fanny! ¡Los caramelos no importan, podemos hacer más! —gritaba Polly, tratando de separarlos y con el rostro tan afectado que no tardaron mucho en dejar de pelear, avergonzados, y se disculparon con ella por haber presenciado aquella furia.

—No me vas a echar, así que déjame en paz, Fan —dijo Tom, separándose con un gesto amenazador de la cabeza, y añadiendo, en un tono diferente—: Solo puse las cáscaras por diversión, Polly. Si pones a hervir otra olla, recogeré un buen puñado de nueces, ¿de acuerdo?

—Es mucho trabajo y muy acalorado y es una lástima malgastar las cosas, pero lo volveré a intentar si tú quieres —le contestó Polly con un suspiro cargado de paciencia, ya que tenía los brazos cansados y le ardía la cara.

—No te queremos aquí, ¡márchate! —le dijo Maud, agitando una cuchara pegajosa en su dirección.

—Quietecita, llórica. Me voy a quedar y voy a ayudar. ¿A que sí, Polly?

—A los osos les gustan las cosas dulces, por eso supongo que quieres caramelos. ¿Dónde está la melaza? Hemos usado toda la que quedaba en la jarra —dijo Polly, conciliadora, empezando de nuevo.

—Abajo, en la bodega. Iré a por ella. —Y cogiendo la lámpara y la jarra, Tom marchó a cumplir con su deber como un santo.

En cuanto desapareció la luz, Fanny cerró la puerta, diciendo con desdén:

—Ahora estamos a salvo de más trucos. Dejad que aporree la puerta y que llame, le está bien empleado. Cuando tengamos el caramelo hecho, dejaremos salir al muy pillo.

—¿Cómo lo vamos a hacer sin melaza? —preguntó Polly, creyendo que así se acabaría el tema.

—Queda un montón en la despensa. Y no, no le vas a dejar que suba hasta que esté preparada. Tiene que aprender que no me voy a dejar abatir por un pequeñajo como él. Prepara tu caramelo y dejémosle tranquilo o iré y se lo contaré a papá y entonces Tom sí que recibirá una buena reprimenda.

Polly creyó que no era justo, pero Maud reclamaba su caramelo y, al darse cuenta de que no podría hacer nada por convencer a Fan, Polly se dedicó a cocinar hasta que las nueces estuvieron a salvo dentro de la sartén y está dispuesta en el jardín para que se enfriara. Unos cuantos golpes a la puerta cerrada a cal y canto, unas cuantas amenazas de venganza por parte del prisionero, como, por ejemplo, prender fuego a la casa, beberse todo el vino y romper todos los tarros de mermelada y, de repente, todo quedó en calma, de tal modo que las chicas se olvidaron de él, emocionadas como estaban con su obra.

—Es imposible que escape a ningún sitio y, en cuanto hayamos cortado el caramelo, desatrancaremos la puerta y saldremos corriendo. Venga, trae un plato bonito para servirlo —dijo Fan cuando Polly propuso ir a medias con Tom antes de que este irrumpiera en la cocina de alguna manera y se hiciera con todo.

Cuando bajaron con el plato en el que servirían su dulce y abrieron la puerta trasera, cuál fue su sorpresa al descubrir que había desaparecido la sartén, el caramelo, todo, ¡total y misteriosamente!

Todas se lamentaron cuando, tras buscar cuidadosamente, perdieron la esperanza, ya que era evidente que los hados habían decidido que el tema del caramelo no iba a prosperar aquella noche tan poco propicia.

—Quizás la sartén caliente se ha derretido y se ha hundido en la nieve —dijo Fanny, excavando en el montón donde lo habían dejado.

—Supongo que aquellos viejos gatos se habrán hecho con ello — sugirió Maud, demasiado hundida a causa de aquel segundo golpe como para ponerse a gimotear otra vez.

—La puerta no está atrancada y algún mendigo lo habrá robado. Espero que le aproveche —añadió Polly tras regresar de la expedición en su busca.

—Si Tom pudiera salir, creería que ha sido él, pero, como no es una rata, no puede pasar por los agujeritos de las ventanas, así que no pudo ser él —dijo Fanny desconsolada, pues ya empezaba a creer que esta doble pérdida no era sino un castigo por dejarse llevar por una furia descontrolada.

—Abramos la puerta y confesémoselo —propuso Polly.

—Se reirá de nosotras. No, la abriremos y nos iremos a la cama y que salga cuando quiera. ¡Alborotador! Si no nos hubiera molestado de ese modo, nos lo habríamos pasado en grande.

Tras desatrarcar la puerta, las chicas anunciaron al cautivo invisible que ya habían acabado y se marcharon deprimidas. A mitad de camino del segundo tramo de las escaleras, se detuvieron en seco, como si hubieran visto un fantasma, pues, mirándolas desde la barandilla, vieron la cara de Tom, sucia pero triunfante y, en cada mano, un tarro viejo lleno de caramelos que balanceaba sobre sus cabezas, para desaparecer casi al instante con un comentario para su tormento:

—¿No os gustaría comeros alguno?

—¿Cómo ha logrado salir de allí? —exclamó Fanny, calmándose tras el arrebató que casi había hecho caer a las tres de las escaleras.

—¡El agujero para el carbón! —respondió una voz espectral procedente de la oscuridad que se avecinaba en lo alto.

—¡Madre mía! Debe de haber sacado la tapa, salido a la calle, robado el caramelo y haberse colado por la ventana del cobertizo mientras estábamos buscando el caramelo.

—Lo cogieron los gatos, ¿verdad? —se mofaba la voz en un tono que hizo que Polly se sentara y se riera hasta que no pudo más.

—Solo dale a Maud un poco, está tan decepcionada. Fan y yo estamos ya hartas, como lo estarás tú si te lo comes todo —le gritó Polly cuando logró recuperar el aliento.

—Vete a la cama, Maudie, y mira debajo de la almohada cuando llegues —fue la respuesta oracular que les llegó cuando la puerta de Tom se cerró tras un solo de júbilo de la sartén de hojalata.

Las chicas se fueron a la cama agotadas, y Maud se quedó dormida plácidamente, abrazada al envoltorio pegajoso, encontrado caramelos de melaza donde no se descubren a menudo. Polly estaba muy cansada y pronto cayó dormida, pero Fanny, que dormía con ella, se quedó despierta durante más tiempo del habitual, pensando en sus problemas, pues le dolía la cabeza y la falta de satisfacción que viene después de la ira no le dejaba descansar con la tranquilidad con la que el rostro sonrosado que tenía a su lado, con el gorro de dormir puesto, ofrecía una bonita estampa mientras descansaba a su lado. Apagaron la lámpara, pero Fanny vio una figura envuelta en un manto gris pasar por la puerta, para regresar enseguida, detenerse y echar un vistazo.

—¿Quién anda ahí? —exclamó tan alto que hasta despertó a Polly.

—Solo yo, querida —respondió la voz atenuada de la abuela—. El pobre Tom tiene un terrible dolor de muelas y he bajado a buscarle algo de creosota. Me dijo que no os dijera nada, pero no logro encontrar la botella y no quiero despertar a mamá.

—Está en mi armario. El Viejo Tom pagará por su truco esta vez —dijo Fanny con tono satisfecho.

—Creía que ya había tomado demasiados caramelos —se rio Polly y se quedaron dormidas, dejando a Tom con las delicias del dolor de muelas y la tierna compasión de la anciana abuela.



LOS PROBLEMAS DE POLLY

Polly no tardó en darse cuenta de que había llegado a un mundo nuevo, un mundo donde los modales y las costumbres eran tan distintas del modo sencillo en que se hacían las cosas en casa, que pronto se sintió como una extraña en tierra extraña y a menudo deseó no haber venido. En primer lugar, no tenía nada que hacer más que gandulear y cotillear, leer novelas, pasear por las calles y vestirse. Pero tras una semana ya estaba más que harta de todo aquello, como cualquier persona sana que intentara alimentarse únicamente de chucherías. A Fanny le gustaba porque estaba acostumbrada y nunca había conocido nada mejor, pero Polly sí que lo había vivido y muchas veces se sentía como un pajarito en una jaula de oro. Aun así, estaba realmente impresionada con los lujos que la rodeaban, los disfrutaba y deseaba que fueran suyos, aunque se preguntaba por qué los Shaw no eran una familia más feliz. No era lo suficientemente sabia como para saber dónde radicaba el problema, y tampoco intentaba decidir cuál de las dos vidas era la correcta, solo sabía cuál le gustaba más y suponía que aquello era debido a sus maneras «anticuadas».

Los amigos de Fanny no le interesaban mucho. Más bien le daban un poco de miedo, parecían mucho mayores y más sabios que ella, hasta los que en realidad eran de una edad inferior a la suya. Hablaban de cosas de las que ella no tenía ni idea y, cuando Fanny trataba de explicárselas, no las encontraba interesantes. Ciertamente, algunos la asombraban y la desconcertaban a la vez, así que las chicas la dejaron de lado, aunque cuando se encontraban, se saludaban educadamente, a pesar de que creyeran que era demasiado «rara» como para pertenecer a su grupo. Así que se volcó en Maud en busca de compañía, pues la hermana pequeña era una compañía excepcional, y Polly la quería muchísimo. Pero la señorita Maud estaba demasiado absorta con sus propias cosas, puesto que ella también pertenecía a un

«grupo», y estos pequeños de cinco o seis años disponían de sus «musicales», sus fiestas, recepciones y paseos como sus mayores, siendo el principal objetivo de sus pequeñas vidas, según parece, el imitar las tonterías que estaban tan de moda, aunque deberían ser demasiado inocentes para entenderlas. Maud tenía una cajita con tarjetas de presentación y de visitas, «como Mamá y Fan», su caja de delicados guantes, su cajón para las joyas, sus propias horquillas, un fondo de armario tan elegante y precioso como el de una muñeca parisina, además de una doncella francesa que la vestía. Al principio, Polly no se llevaba bien con ella porque Maud no parecía una niña y a menudo corregía a Polly en lo que a sus conversaciones y a sus modales se refiere, aunque los de la pequeña mademoiselle distaban mucho de ser perfectos. De vez en cuando, cuando Maud se sentía mal o sufría de «iguitabilidad», pues sufría de los «nervios» como su mamá, se iba con Polly para que la «divigtiera», porque, al ser tan calmada y tener tanta paciencia, lograba tranquilizar a la elegante y pequeña señorita. Polly disfrutaba de esos momentos y le contaba historias, jugaba con ella o salían a caminar, lo que Maud quisiera, ganándose, poco a poco, el afecto de la niña y librando a la casa de la pequeña tirana que la gobernaba.

Pronto Tom dejó de observar a Polly y, al principio, dejó de hacerle caso ya que, en su opinión, «las chicas no eran para tanto», aunque, teniendo en cuenta el tipo de chica que mejor conocía, Polly no le caía tan mal. En ocasiones se permitía tomarle un poco el pelo, para ver cómo reaccionaba, causando a Polly un auténtico disgusto al no saber qué era lo próximo que este iba a hacer. Aparecía de pronto de detrás de las puertas, la asustaba como si fuera un fantasma cuando entraba en un lugar a oscuras, le agarraba los pies cuando subía las escaleras, la sorprendía con agudos silbidos o le estiraba del pelo de repente cuando se la encontraba por la calle. Y, cuando estaban sentados a la mesa para la cena, clavaba los ojos en ella y no los apartaba hasta conseguir reducirla a un patético estado de aflicción y confusión. Polly solía pedirle que dejara de molestarla, pero él le contestaba que lo hacía por su propio bien, que era demasiado tímida y que, como el resto de las chicas, necesitaba endurecerse en ese aspecto. Se reía de

ella en su cara, se ponía de punta su pelirroja melena y se la quedaba mirando hasta que se marchaba consternada.

Aun así, a Polly le caía bien Tom, ya que no tardó en darse cuenta de que estaba descuidado, apartado y un tanto obligado a cuidar de sí mismo. A menudo, se preguntaba por qué su madre no lo mimaba como mimaba a las chicas, por qué su padre le trataba como si fuera un rebelde y tenía tan poco interés en su único hijo. Fanny lo consideraba un oso y se avergonzaba de él, pero nunca trató de enseñarle buenos modales, y tanto Maud como él vivían juntos como el perro y el gato que no pertenecieran a una «familia feliz». La abuela era la única que se ponía de parte del pobre Tom y, en más de una ocasión, Polly lo había descubierto realizando alguna tarea para la Señora, aunque se sentía muy avergonzado cuando era descubierto. De ningún modo era respetuoso: la llamaba «la vieja señora» y le decía que «no quería que le prestara atención», pero, cuando pasaba algo, siempre acudía a «la vieja señora» y agradecía «la atención prestada». Por esta razón le caía bien a Polly y quiso contarle muchas veces, pero tenía la sensación de que no sería una buena idea, ya que, al alabar el cariño que mostraba, recriminaba la falta del mismo por parte de otros, así que se callaba y se dedicaba a reflexionar.

La abuela también estaba un tanto descuidada y quizás esa fuera la razón por la que Tom y ella eran tan buenos amigos. Ella era todavía más anticuada que Polly, pero a la gente no parecía importarle tanto, ya que se suponía que su época ya había pasado y nada se esperaba de ella excepto que no entorpeciera a nadie y que fuera elegantemente vestida cuando apareciera «ante la gente». La abuela llevaba una vida tranquila y solitaria en sus habitaciones, rodeada de muebles antiguos, cuadros, libros y reliquias de un pasado que no importaba a nadie más que a ella. Su hijo la visitaba cada tarde, era muy amable con ella y procuraba que no le faltara nada que el dinero pudiera comprar, pero era un hombre muy ocupado, tan absorto en ganar dinero que no tenía tiempo de disfrutar de lo que ya poseía. La Señora jamás se quejó, interfirió o hizo sugerencias al respecto, pero de ella emanaba una cierta quietud, en sus ojos pagados se adivinaba la melancolía, como si quisiera algo que el dinero no pudiera comprar y, cuando los niños

andaban cerca, procuraba no alejarse demasiado, evidentemente, con la esperanza de poder mimarlos y acariciarlos como solo saben hacer las abuelas. Polly podía sentirlo y, como ella misma echaba de menos los mimos de casa, se mostraba satisfecha al ver el rostro de la anciana señora iluminarse cuando entraba en la habitación solitaria, donde pocos niños acudían, excepto los fantasmas de los pequeños hijos e hijas que, para el corazón maternal que los amaba, jamás desaparecían o crecían. A Polly le hubiera gustado que los niños fueran más amables con la abuela, pero ella no era nadie para decírselo, aunque le preocupaba mucho, así que solo podía procurar compensarlo siendo tan obediente y cariñosa como si se tratara de su propia abuela.

Otra de las cosas que preocupaban a Polly era la falta de ejercicio. Vestirse y pasear a diario por ciertas calles durante una hora, quedarse hablando en los portales o ir sentada en un elegante carruaje, no eran el tipo de ejercicio que le gustaba hacer, pero Fan no practicaba otro. De hecho, se quedó tan consternada un día que Polly propuso una carrera por la calle, que su amiga no se atrevió a proponer algo semejante nunca más. En casa, Polly corría y cabalgaba, se deslizaba cuesta abajo y patinaba, saltaba a la cuerda y rastrillaba heno, trabajaba en el jardín y remaba en barca, así que no debería sorprendernos que quisiera hacer algo más movido que un paseo diario con un grupo de chicas atolondradas con sus botas de tacón alto y sus vestidos que hacían avergonzar a Polly cuando la veían en su compañía. Así que, a veces, salía sola, cuando Fanny estaba absorta en sus novelas, con visitas o con sus sombreros, y se iba a caminar por el parque, por el lado menos de moda, donde llevaban a jugar a los bebés, o se adentraba en el mismo para ver a los chicos corretear, momento en que deseaba poder hacer lo mismo, como en casa. Nunca se alejaba mucho y siempre regresaba sonrojada y alegre.

Una tarde, antes de cenar, se sentía tan cansada de no hacer nada que se escapó a echar una carrera. Había sido un día aburrido, pero había salido el sol, brillante tras las nubes. Hacía frío pero era un día tranquilo y Polly correteaba por la calle, cubierta de suave nieve, canturreando para sí misma y procurando no añorarse de su hogar. Los chicos jugaban a deslizarse por la nieve con todas

sus fuerzas y ella los miraba hasta que las ganas de unirse a ellos se hizo irresistible. En la colina, algunas niñas estaban jugando con sus trineos (eran niñas de verdad, calentitas bajo las capuchas y los abrigo, con las botas de goma y los guantes) y Polly no pudo resistirlo y se acercó a ellas a pesar del miedo por lo que diría Fan.

—Quiero bajar pero no me atrevo, es tan empinado —dijo una de aquellas «niñas comunes», como Maud las llamaba.

—Si me prestas tu trineo y te sientas en mi regazo, bajaremos juntas sin problema —le contestó Polly con un tono lleno de confianza.

Las niñas se la quedaron mirando, parece que se dieron por satisfechas y aceptaron su oferta. Polly miró a un lado y a otro con cautela para comprobar que no hubiera alguien que no estuviera pasado de moda que estuviera observando aquella acción tan reprobable, pero, al ver que se encontraba a salvo de miradas indiscretas, colocó la carga y se lanzó colina abajo, sintiendo la agradable emoción de la velocidad, que hace que deslizarse en trineo sea uno de los pasatiempos favoritos de la mayor parte de la población infantil con dos dedos de frente. Una detrás de otra, se deslizó colina abajo con cada una de las pequeñas, para volver a arrastrarlas colina arriba de nuevo, mientras la miraban como si se tratara de un ángel con abrigo gris que había descendido para su propio beneficio. Polly ya estaba a punto de acabar con un delicioso «adelante» ella sola cuando oyó un silbido familiar detrás de ella y, antes de que pudiera bajarse, llegó Tom, tan asombrado como si se la hubiera encontrado subida a lomos de un elefante.

—¡Hola, Polly! ¿Qué dirá Fan de ti? —fue su saludo más cordial.

—Ni lo sé ni me importa. Deslizarse en trineo no hace daño a nadie, me gusta y voy a seguir haciéndolo, ahora que tengo la oportunidad, así que... ¡Márchate! —Y de este modo la independiente Polly se marchó, con la melena al viento y con una expresión de auténtica felicidad, que de ningún modo se veía mermada por una nariz muy roja.

—¡Bien hecho, Polly! —Y montando en su propio trineo, sin la menor preocupación por sus costillas, Tom se deslizó tras ella casi volando hasta que la alcanzó, justo cuando Polly frenaba su «General Grant» en el amplio camino que había al pie de la colina.

—¿No se darán cuenta cuando llegues a casa? —exclamó el joven antes de cambiar su elegante actitud.

—No si tú no dices nada, aunque por supuesto que lo contarás —añadió Polly, quedándose sentada, inmóvil, mientras su rostro cambiaba la expresión de felicidad por una de sincera preocupación.

—Pues entonces no diré nada —le contestó Tom con la perversidad natural de los de su tribu.

—Si me preguntan, se lo contaré, por supuesto. Si no preguntan, no creo que haya nada malo en mantener la boca cerrada. No lo habría hecho si mi madre no hubiera querido que lo hiciera, pero no quiero preocupar a tu madre contándoselo. ¿Crees que hago mal? —le preguntó Polly.

—Creo que fue increíblemente divertido y no pienso contar nada si tú no quieres. Venga, vamos otra vez —dijo Tom animado.

—Solo una vez más, las niñas se quieren ir y este trineo es suyo.

—Deja que se lo lleven, pues no es muy bueno, y te subes al mío. Mazeppa es increíble, ya lo verás.

Así que Polly se sentó delante, Tom logró colocarse detrás de algún modo misterioso y Mazeppa demostró merecer los sinceros aunque poco elegantes halagos de su dueño. Ahora sí que se llevaban más que bien, pues Tom estaba en su ambiente y mostraba su mejor lado, comportándose con educación, del modo en que un chico como él puede llegar a comportarse de la manera más natural, mientras que Polly se había olvidado de mostrarse tímida y disfrutaba aquel modo de «fortalecerse» mucho más que el otro. Se reían y hablaban y no podían parar de deslizarse en trineo «una vez más» hasta que se puso el sol y los relojes dieron la hora de la cena.

—Vamos a llegar tarde, será mejor que corramos —dijo Polly cuando llegaron al sendero tras la última bajada.

—Quédate quieta y te llevaré a casa en un periquete. —Y antes de que pudiera darse cuenta, Tom la llevó trotando a buen ritmo.

—¡Fíjate que mejillas tan sonrosadas! Ya me gustaría que las tuyas tuvieran el mismo color, Fanny —dijo el señor Shaw al ver a Polly entrar en el salón después de acicalarse el cabello.

—Tienes la nariz tan roja como la salsa de arándanos —le contestó Fan, incorporándose en la gran silla donde había

permanecido acurrucada durante una o dos horas, enfrascada en El secreto de Lady Audley.

—Pues sí —dijo Polly, entrecerrando un ojo para ver la ofensiva nariz—. Pero no importa, me lo he pasado muy bien —añadió, balanceándose un tanto en la silla.

—No sé qué tienen de divertidas esas carreras que tanto te gustan con este frío —dijo Fanny bostezando y estremeciéndose.

—Quizás lo supieras si lo probaras. —Polly se rio mirando a Tom.

—¿Fuiste sola, querida? —le preguntó la abuela, dando unas palmaditas a la sonrosada mejilla que tenía a su lado.

—Sí, señora, pero me encontré a Tom y volvimos juntos a casa.

—Los ojos de Polly chispearon cuando lo dijo y Tom casi se atragantó con la sopa.

—¡Thomas, levántate de la mesa! —le ordenó el señor Shaw mientras su incorregible hijo carraspeaba y jadeaba tras la servilleta.

—Por favor, no le eche, señor. He sido yo quien le ha hecho reír —confesó Polly arrepentida.

—¿Y cuál es la broma? —preguntó Fanny, despertándose por fin.

—No puedo creer que le hayas hecho gracia cuando él siempre te está haciendo gracia —observó Maud, que acababa de entrar.

—¿Qué ha estado haciendo ahora, señor? —le exigió el señor Shaw cuando vio aparecer a Tom, sonrojado y solemne, de su breve oscuridad.

—Nada, solo deslizamos con el trineo —contestó con la voz ronca, porque papá siempre le sermoneaba y dejaba que las chicas hicieran lo que quisieran.

—Y Polly también, yo la vi. ¡Yo y Blanche volvíamos a casa y vimos a Tom y a ella bajando la colina con el trineo, y luego él la llevó a casa hasta aquí! —exclamó Maud con la boca llena.

—No es verdad. —Y Fanny dejó caer el tenedor con el rostro escandalizado.

—Sí, y me gustó muchísimo —contestó Polly, nerviosa pero decidida.

—¿Te vio alguien? —exclamó Fanny.

—Solo unas niñas y Tom.

—Ha sido tremendamente inadecuado y Tom debería habértelo dicho si tú no lo sabías. Me sentiré mortalmente mortificada si

alguna de mis amigas te ha visto —añadió Fan, muy molesta.

—Vamos, no te enfades. No tiene nada de malo y, si quiere, Polly puede ir en trineo, ¿no es así, abuela? —exclamó Tom, acudiendo galantemente al rescate y asegurándose un poderoso aliado.

—Mi madre me deja y, si no voy con chicos, no sé qué mal puede haber en ello —dijo Polly antes de que la Señora pudiera contestar.

—La gente hace muchas cosas en el campo que aquí no son adecuadas —empezó la señora Shaw en tono de reproche.

—Deja que la chiquilla lo haga si quiere y que se lleve a Maud con ella. Me gustaría que hubiera otra chica tan alegre en mi casa — interrumpió el señor Shaw y aquello puso fin a la discusión.

—Gracias, señor —dijo Polly agradecida y asintió a Tom, quien le telegrafió un «muy bien» y se lanzó hacia su cena con un apetito digno de un lobezno.

—¡Oh! ¡Qué picara! Estás flirteando con Tom, ¿a que sí? — susurró Fanny a su amiga, como si le divirtiera.

—¡Qué! —Y Polly se mostró tan sorprendida e indignada que Fanny sintió vergüenza de sí misma y cambió de tema, diciéndole a su madre que necesitaba unos guantes nuevos.

Después de aquello, Polly se quedó muy callada y, en cuanto se acabó la cena, salió de la sala para irse a «pensar» tranquilamente sobre todo aquello. A mitad de la escalera, vio cómo Tom venía tras ella e inmediatamente se sentó para protegerse los pies. Él se puso a reír y le dijo, mientras se encaramaba en el poste de la barandilla:

—No te voy a agarrar, por mi honor. Solo quería decirte que si sales mañana, podríamos pasárnoslo bien en el trineo.

—No —dijo Polly—. No puedo ir.

—¿Por qué no? ¿Estás enfadada? No me he chivado. —Y Tom contempló atónito el cambio que se había producido en ella.

—No, mantuviste tu palabra y me apoyaste como un buen chico. Tampoco estoy enfadada, pero no voy a volver a hacerlo. A tu madre no le gustó.

—Esa no es la razón, lo sé. Asentiste hacia mí cuando dijo lo que pensaba y tú querías ir. Venga, ¿qué ha pasado?

—No te lo voy a contar, pero no pienso ir —dijo Polly con determinación.

—Bueno, y yo que pensaba que tenías más cabeza que la mayoría de las chicas, pero parece que no, y no daría ni media por ti.

—Que amable —dijo Polly, que empezaba a estar molesta.

—Bueno, es que odio a los cobardes.

—No soy una cobarde.

—Sí que lo eres. Ahora te da miedo lo que puedan pensar, ¿no?

Polly sabía que así era y mantuvo la calma, aunque quería hablar, pero ¿cómo iba a hacerlo?

—Ah, sabía que te echarías atrás. —Y Tom se alejó, airado, lo que le llegó a Polly al alma.

—¡Qué mal! Ahora que empezaba a ser amable conmigo y que me lo iba a pasar bien, se ha estropeado todo por culpa de las tonterías de Fan. A la señora Shaw no le gusta, y a la abuela tampoco, creo. Se armará un revuelo si voy y Fan no dejará de molestarme, así que lo dejaré correr y haré que Tom piense que tengo miedo. ¡Dios! Jamás había conocido a gente tan ridícula.

Polly dio un portazo a la puerta, sintiéndose con ganas de llorar de rabia porque su diversión se viera estropeada por una idea tan absurda, ya que de todas las absurdidades de aquella época tan acelerada, la de los niños que juegan a enamorarse es una de las más tontas. A Polly le habían enseñado que era algo muy serio y sagrado y, según sus creencias, resultaba mucho más inadecuado flirtear con un chico que ir en trineo con una docena. Se había quedado asombrada el día antes al oír a Maud decirle a su madre:

—Mamá, ¿debo tener un novio? Todas las niñas lo tienen y me han dicho que yo debería tener a Fweddy Lovell, pero no me gusta tanto como Hawry Fiske.

—Oh, sí, yo tendría un amorcito, querida, es tan buena idea —le contestó la señora Shaw. Poco después, Maud anunció que estaba comprometida con «Freddy, porque Hawry la había abofeteado» cuando se lo propuso.

En aquel momento, Polly se había reído junto al resto, pero después, cuando pensó en ello y se preguntó qué habría dicho su propia madre si la pequeña Kitty hubiera preguntado eso mismo, ya no lo encontró tan buena idea ni tan divertido, sino ridículo y artificial. Así se sentía ahora mismo y, cuando se acabó la primera

petulancia, resolvió dejar los trineos y todo lo demás antes de que pasara cualquier tontería con Tom, quien, gracias a su educación tan negligente, sabía tan poco como ella misma de los encantos que aquel nuevo divertimento tenía para los niños. Así que Polly trató de consolarse saltando a la cuerda en el patio trasero y jugando al pilla-pilla en el jardín, donde le enseñaba «sia-gim-na» como decía Maud, que tan bien le hacía. A veces Fanny acudía y les enseñaba un nuevo pase de baile y, más de una vez, acababa jugando con ellas ruidosamente, y no se le daba nada mal. Sin embargo, Tom pasó a ignorar a Polly y dejó bien claro, con sus modales caballerosos, que de ella pensaba «que no valía la pena».

Otra de las cosas que preocupaban a Polly era su ropa, ya que, aunque nadie decía nada, ella sabía que era demasiado normal y, de vez en cuando, le hubiera gustado que sus merinos color azul y gris fueran más elegantes, su faja tuviera unos lazos más grandes y las ondulaciones de sus vestidos tuvieran más adornos. Suspiraba por un broche y, por primera vez en su vida, pensó seriamente en peinarse con los rizos hacia arriba y hacerse un pequeño «tupé». Sin embargo, dejó de demostrar su descontento ante estas cosas tras haber escrito a su madre para preguntarle si podía modificar su mejor vestido y dejarlo como el de Fanny, y recibir la siguiente respuesta:

«No, querida, el vestido ya está bien como está y ya es suficientemente adecuado, ya que la antigua moda de la sencillez es la mejor para nosotras. No quiero que aprecien a mi Polly por sus vestidos, sino por ella misma, así que lleva los sencillos vestidos que Madre confeccionó para ti y deja los panniers. Hasta el más insignificante tiene algo de influencia en este gran mundo y quizás mi pequeña pueda contribuir con algo bueno al mostrar a los demás que un corazón contento y un rostro feliz son mejores adornos que lo que cualquier París puede ofrecer. Como quieres un broche, querida, te envío uno que mi madre me dio hace años. Verás el rostro de Padre a un lado y el mío al otro, así, cuando haya algo que te preocupe, observa tu talismán y seguro que volverá a brillar el sol».

Por supuesto que volvió a brillar el sol, pues la mejor magia estaba encerrada en aquel pequeño broche antiguo que Polly

llevaba bajo su vestido y que besaba con ternura cada noche y cada mañana. El pensar que, aunque fuera alguien tan insignificante como ella, podía aportar algo bueno, la hizo extremadamente cuidadosa tanto en sus actos como en sus palabras y, al sentirse tan ansiosa por tener el corazón contento y el rostro feliz, se olvidó de su ropa y provocó que a los demás les pasara lo mismo. No lo sabía, pero la antigua moda de la sencillez hizo que los vestidos que llevaba fueran hermosos y que la gracia de la inconsciencia embelleciera a la pequeña con el encanto que convierte la niñez en lo más dulce para todos aquellos que la aprecian y reverencian de verdad. Una tentación a la que Polly ya se había rendido antes de que llegara la carta y de la que se arrepintió profundamente después.

—Polly, me gustaría que me dejaras llamarte Marie le dijo Fanny un día que iban juntas de compras. —Puedes llamarme Mary si quieres, pero no dejaré que le pongas ninguna ie a mi nombre. En casa soy Polly, y me gusta que me llamen así, pero Marie suena a afrancesado y tonto.

—Pues yo escribo mi nombre con ie, como todas las chicas.

—Y menudo conjunto de Netties, Nellies, Hatties y Sallies hay. ¡Cómo sería «Pollie» si se escribiera así!

—Bueno, no importa, no era eso lo que quería decir. Hay una cosa que necesitas: las botas de color bronce —dijo Fan, tratando de impresionarla.

—¿Por qué si no me hacen falta?

—Porque están de moda y no puedes ir bien vestida sin ellas. Voy a comprarme un par y tú deberías adquirir unas.

—¿No son muy caras?

—Creo que ocho o nueve dólares. Las mías ya están pagadas, pero no te preocupes si no tienes suficiente, puedo prestarte dinero.

—Tengo diez dólares para gastármelos en lo que quiera, pero quería comprar algunos regalos para los niños. —Y Polly sacó el monedero, indecisa.

—Ya les harás regalos. La abuela sabe hacer cosas muy bonitas. Eso servirá y así podrás comprarte tus botas.

—Bueno, les echaré un vistazo —dijo Polly, entrando en la tienda detrás de Fanny, sintiéndose elegante y rica comprando de un modo

tan elegante.

—¿No son encantadores? Tu pie queda divino en esa bota. Polly. Llévalos en mi fiesta, bailarás como un hada —susurró Fan.

Polly observó la delicada y brillante bota, con su punta curvada, el elegante tacón, el delicado pie, pensó que le quedaba realmente bien y, tras una breve pausa, dijo que se los quedaba. Todo fue de perlas hasta que llegó a casa y se quedó a solas; fue entonces cuando, al mirar dentro del monedero, vio el dólar y la lista de cosas que tenía intención de comprar para Madre y los niños. ¡Qué mala impresión hacía el dólar allí solo! Y qué larga se hacía la lista cuando no había nada con que comprarlos.

—No puedo fabricar unos patines para Ned, ni un pupitre para Will y esas eran las cosas que tanta ilusión les hacía. El libro de Padre y el collar de Madre son imposibles ahora, y yo soy tan egoísta que me gasto todo el dinero en mí misma. ¿Cómo he podido hacerlo? — Y Polly observaba las nuevas botas con rencor, colocadas en la primera posición, como si estuvieran preparadas para la fiesta—. Son preciosas, pero dudo que me hagan sentir bien, porque todo el rato estaré pensando en los regalos que he perdido —suspiró Polly, apartando de su vista las encantadoras botas—. Le preguntaré a la abuela qué puedo hacer, porque tengo que hacer algo para cada uno, así que tengo que empezar ahora mismo o no acabaré. —Y se dio prisa, feliz de poder olvidar su remordimiento con el trabajo duro.

La abuela estuvo de acuerdo en la urgencia del asunto y planeó algo para todo el mundo, administrando los materiales, el gusto y la habilidad del modo más encantador. Polly se sintió mucho más calmada, pero, mientras empezaba a tejer para su madre un hermoso par de calcetines blancos para dormir, atados con unos lazos de color rosa, reflexionó con calma sobre la tentación y, si alguien le hubiera preguntado en aquel momento por qué suspiraba, como si algo le pesara en la conciencia, habría respondido: «botas de color bronce».

IV

PEQUEÑAS COSAS

—Llueve tanto que no puedo salir y todo el mundo está tan enfadado que no quieren jugar conmigo —contestó Maud a Polly cuando esta se la encontró lamentándose en las escaleras y le preguntó por la causa de sus penas.

—Ya jugaré yo contigo, pero no grites. Despertarás a tu madre. ¿A qué quieres jugar?

—No lo sé, todo me abugue. Todos mis juguetes están gotos y todas mis muñecas enfegmas salvo Claga —se quejaba Maud, zarandeando la muñeca de París de una pierna, sosteniéndola boca abajo, del modo menos maternal.

—Voy a vestir una muñequita para mi hermana pequeña. ¿Te gustaría ver cómo lo hago? —le preguntó Polly, tratando de persuadirla, con la esperanza de distraer a la niña que refunfuñaba y acabar así su trabajo a la vez.

—No debería, porque estará más guapa que mi Claga. No puedo sacarle la ropa y Tom las estropeó jugando con ella como si fuera una pelota en el patio.

—¿Y no te gustaría sacarle esas ropas y dejar que te enseñe a hacer ropa nueva, para que puedas vestir y desvestir a Clara cuantas veces quieras?

—Sí, me encantaría cortar. —Y la cara de Maud se iluminó, ya que la destrucción es una de las características más tempranas de la infancia y rasgar era uno de los pasatiempos favoritos de Maud.

Así que, sentadas en el salón, ahora desierto, las niñas se dispusieron a trabajar y, para cuando Fanny las encontró, Maud se estaba riendo a carcajadas de la pobre Clara que, sin sus adornos, estaba haciendo toda clase de piruetas de manos de su jovial y pequeña dueña.

—Creía que te daría vergüenza jugar con muñecas, Polly. Hace mucho que no toco ni una —dijo Fanny, mirándola con aire de superioridad.

—No me da vergüenza porque hace feliz a Maud y a mi hermana Kitty le gustará. Además, creo que coser es mejor que «disfrazarse» o leer novelas tontas —dijo Polly sin dejar de coser con aire decidido. Ella y Fanny habían tenido una pequeña discusión porque Polly no había dejado que Fanny la peinara como a «las otras chicas» ni que le hiciera agujeros en las orejas.

—No te enfades, querida, pero ven y hagamos algo, hoy me aburro mucho —dijo Fanny, ansiosa porque volvieran a ser amigas de nuevo, ya que sin Polly era el doble de aburrido.

—No puedo, estoy ocupada.

—Siempre estás ocupada. No había conocido nunca a una chica así. ¿Cómo te las ingenias para tener siempre algo que hacer? —le preguntó Fanny, observando con interés la ropa de merino rojo con que Polly estaba vistiendo a la muñeca.

—Muchas cosas, pero a veces también me gusta holgazanear tanto como a ti, quedarme tumbada en el sofá y leer cuentos de hadas o no pensar en nada. ¿Le pondrías un delantal de muselina blanco o de seda negra?

—Muselina, con bolsillos y lacitos azules. Te enseñaré cómo. Y, olvidándose de su desdén por las muñecas, Fanny se sentó junto a ellas y pronto se quedó tan absorta como las otras dos.

Después de aquello, el día gris se iluminó y el tiempo pasó agradablemente a medida que las lenguas y las agujas avanzaban. La abuela sonrió al ver a un grupo tan hacendoso, y les dijo:

—Seguid cosiendo, queridas, las muñecas son buenas compañeras y la costura una tarea que lamentablemente hoy en día se ha perdido. Haz las puntadas más cortas, Maud; hermosos ojales, Fan; corta con cuidado, Polly, y no malgastes la tela.

Esforzaos y a la mejor costurera le daré un pedazo de satén blanco para que lo use como sombrero de su muñeca.

Fanny fue la que mejor lo hizo y ganó el premio, pues Polly descuidó su trabajo al ayudar a Maud. Pero no le importó demasiado, pues el señor Shaw, al ver los tres rostros tan iluminados sentados a la mesa, dijo:

—Supongo que hoy Polly os ha regalado la luz del sol.

—No, señor, no he hecho nada, de verdad, tan solo he vestido a la muñeca de Maud.

Y la verdad es que Polly no creía que hubiera hecho mucho, pero se trataba de una de aquellas pequeñas cosas que siempre se espera que se hagan en este mundo, donde abundan los días de lluvia, donde los espíritus desfallecen y el deber no suele ir acompañado de placer. Las pequeñas cosas como esas son, básicamente, el buen trabajo de la gente pequeña; un pensamiento pequeño y amable, un pequeño acto de generosidad, una pequeña palabra de ánimo, todo eso es tan dulce y agradable que no hay nadie que pueda evitar sentir su belleza y el afecto por quien lo da, independientemente de lo insignificante que pueda parecer. Las madres suelen hacerlo muchas veces, sin ser vistas, sin que se les dé las gracias, pero se siente y se recuerda mucho tiempo después, no se pierde jamás, pues esta es la sencilla magia que une los corazones y mantiene la felicidad en los hogares. Polly disfrutaba haciendo «pequeñas cosas» que otros no veían, o que estaban demasiado ocupados para considerar, y, al llevarlas a cabo sin esperar que le dieran las gracias, traía la luz del sol para ella y para los demás. Había tanto amor en su hogar, que no tardó en darse cuenta de la falta del mismo en el hogar de Fanny y empezó a preguntarse por qué aquella gente no era amable y paciente entre ellos. No trató de plantear la cuestión, pero hizo cuanto estuvo en su mano por amar, ayudar y contentar a cada uno de ellos, y la buena voluntad, el amable corazón, la sencillez y los modales de nuestra Polly se ganaron el corazón de todos, porque dichas virtudes, incluso en una niña pequeña, son queridas y anheladas.

El señor Shaw era muy amable con ella porque le gustaban sus modales modestos y respetuosos, y Polly se sentía tan agradecida por sus múltiples favores que no tardó en olvidar el miedo y le

mostró su afecto con una multitud de detalles que este apreció enormemente. Solía acompañarle por el parque cuando se dirigía a su oficina por la mañana, hablando sin parar durante el trayecto y despidiéndose de él con un «adiós» y una sonrisa frente al gran portal. Al principio, al señor Shaw no le importaba mucho, pero pronto empezó a echarla de menos si no le acompañaba, además de descubrir que algo fresco y agradable parecía iluminar su día si lo hacía a través del parque invernal, aquella figurita vestida con un abrigo gris, de rostro inteligente y voz alegre, que deslizaba su manita en la suya con toda confianza. Cuando llegaba tarde a casa, le gustaba ver la cabecita de rizos castaños que le miraba desde la ventana, encontrarse con sus zapatillas preparadas, el periódico en su sitio y unos piecitos dispuestos a ayudarlo. «Ojalá Fanny se pareciese más a ella», se decía a sí mismo mientras observaba a las niñas y estas pensaban que estaría cavilando sobre política o sobre el estado del mercado de valores. El pobre señor Shaw había estado tan preocupado en hacerse rico que no había encontrado el tiempo para enseñarles a sus hijos a quererle. Ahora que tenía menos trabajo, y que sus hijas y su hijo se estaban haciendo mayores, es cuando más echaba de menos aquellas cosas. De un modo inconsciente, Polly le estaba mostrando lo que era y el cariño de sus hijos se le antojaba tan dulce que ya no podía vivir sin ello, pero no sabía cómo ganarse la confianza de sus hijos, pues estos siempre habían creído que estaba muy ocupado y que era alguien indiferente y ausente.

Una noche, cuando las niñas iban a acostarse, Polly dio un beso a la abuela, como siempre, y Fanny se rio de ella diciéndole:

—¡Menuda niña! Somos muy mayores para esas cosas.

—No creo que jamás seamos demasiado mayores para dar un beso a nuestro padre o a nuestra madre —fue su rápida réplica.

—Exacto, pequeña Polly. —Y el señor Shaw le extendió la mano con una mirada tan afable que Fanny se quedó mirándole, sorprendida, y luego le dijo, algo tímida: Creía que no le gustaba, padre.

—Pues sí, querida. —Y el señor Shaw le tendió la otra mano a Fanny, que le dio un beso propio de una hija, olvidándose de todo a excepción de la ternura del sentimiento que surgió en su corazón al

retomar la costumbre infantil para la que nunca debemos ser demasiado mayores.

La señora Shaw era una mujer inválida, nerviosa y exigente que quería algo cada cinco minutos, de modo que Polly descubrió multitud de pequeñas cosas que hacer por ella, y las hacía con tanta alegría que a la pobre señora le encantaba tener cerca a aquella niña, tan silenciosa y servicial, que la atendía, le leía, le hacía los recados o le alcanzaba los siete chales distintos que se ponía o se quitaba continuamente.

La abuela también se alegraba de haber encontrado unas manos y unos pies dispuestos a ayudarla, de modo que Polly pasó muchas horas felices en las antiguas habitaciones, aprendiendo toda clase de hermosas artes y escuchando agradables conversaciones, sin reparar en la luz que le había traído a la solitaria anciana.

Tom era la roca con la que Polly se topó durante mucho tiempo porque siempre aparecía por sorpresa en un lugar nuevo y uno nunca sabía dónde encontrarle. La atormentaba y, aun así, la divertía; un día era amable y, al día siguiente, un oso. A veces ella se imaginaba que no iba a volver a ser malo otra vez, pero lo siguiente que sabía de él es que se había vuelto a meter en líos y que se alteraba ante la idea de arrepentirse y reformarse. Polly dio su caso por perdido, pero tenía tal costumbre de ayudar a cualquiera que tuviera problemas que era buena con él sencillamente porque no podía evitarlo.

—¿Qué sucede? ¿Es muy difícil la lección? —le preguntó una tarde cuando un gruñido le obligó a mirar por encima de la mesa, hacia donde estaba sentado Tom, refunfuñando sobre un montón de libros dilapidados, con las manos entre el cabello, como si su cabeza corriera el peligro de echar a volar por el descomunal esfuerzo que estaba haciendo.

—¡Difícil! Supongo. ¿Qué canastos me importan a mí los cartagineses? Regulus no era malo. ¡Pero estoy harto de él! —Y Tom le dio un golpe a su Manual de latín Harkness, lo que expresaba sus sentimientos mejor que las palabras.

—A mí me gusta el latín y solía hacerlo bien cuando lo estudiaba con Jimmy. Quizás pueda ayudarte un poco —dijo Polly mientras

Tom se pasaba una mano por el rostro acalorado y se refrescaba con un cacahuete.

—¿Tú? ¡Anda ya! El latín de las chicas no es para tanto de todos modos —fue su agradecida respuesta.

Sin embargo, Polly ya estaba acostumbrada a él y, sin desfallecer, echó un vistazo a la desastrosa página en mitad de la cual se había quedado Tom. Lo leyó tan bien que el jovencito dejó de masticar para quedarse mirándola con asombro y respeto y, cuando terminó, le dijo con suspicacia:

—Eres muy picara, Polly. Te lo has estudiado antes para poder presumir delante de mí. Pues no me lo creo, no señora. Ves doce páginas más adelante y vuelve a intentarlo.

Polly obedeció y lo hizo todavía mejor que antes. Alzó la cabeza y, riéndose, le dijo:

—He estudiado todo el libro, Tom, así que no me vas a pillar.

—A ver, ¿cómo es que sabes tanto? —preguntó Tom, francamente impresionado.

—Estudié con Jimmy, y seguía su ritmo, ya que Padre nos dejaba estar juntos en todas nuestras lecciones. ¡Era tan agradable, y aprendí tan rápido!

—Háblame de Jimmy. Es tu hermano, ¿no es así?

—Sí, pero murió. Otro día te hablaré de él. Ahora tienes que estudiar, y tal vez pueda ayudarte —dijo Polly con un ligero temblor en los labios.

—Si estuviera en tu lugar, no pensaría en eso. —Y Tom abrió el libro con actitud grave y profesional, pues sentía que Polly había sacado lo mejor de él, y le convenía esforzarse para salvaguardar el honor de su sexo. Se dedicó a la lección con toda su voluntad, y en poco tiempo dejó atrás las dificultades, ya que Polly le ayudó aquí y allá, hasta topar con algunas reglas que debían aprender. Polly las había olvidado, de modo que ambos se dedicaron a estudiarlas de memoria. Tom, con las manos en los bolsillos, se balanceaba adelante y atrás, susurrando rápidamente, y Polly jugueteaba con el pequeño tirabuzón de su frente mientras miraba fijamente la pared, farfullando esforzadamente.

—¡Ya está! —gritó Tom poco después.

—¡Ya está! —repitió Polly, y, a continuación, escucharon al otro mientras recitaba hasta que lo hicieron a la perfección.

—Ha sido muy divertido —dijo Tom alegremente, apartando de en medio al pobre Harkness y con la sensación de que el agradable entusiasmo fruto del compañerismo podía incluso convertir la gramática latina en apasionante.

—Ahora, señorita, pasemos al álgebra. Me gusta tanto como odio el latín.

Polly aceptó la invitación y no tardó en comprender que Tom la superaba en aquella materia. Aquel hecho restauró la ecuanimidad, pero él no se regocijó, ni mucho menos, sino que la ayudó con una paciencia paternal que hizo que los ojos de ella brillaran de alegría contenida mientras él le explicaba e ilustraba sobriamente, imitando de un modo inconsciente a Dominie Deane, hasta que a Polly le resultó imposible seguir conteniendo la risa.

—Podemos repetirlo cuando quieras —observó generosamente Tom mientras guardaba el libro de álgebra bajo el de latín.

—Entonces vendré cada tarde. Me encantará hacerlo, ya que no he estudiado nada desde que llegué. Tú intentarás que me guste el álgebra y yo intentaré que te guste el latín. ¿De acuerdo?

—Oh, si alguien me lo explica, seguro que acabará gustándome. El viejo Deane nos lo hace estudiar muy rápido y no deja que hagamos preguntas cuando alguien lee.

—Pregúntale a tu padre. Él sabe.

—No lo creo. Y aunque supiera, no me atrevería.

—¿Por qué no?

—Me estiraría de las orejas y me llamaría «estúpido» o me diría que no le molestase.

—No creo que lo hiciera. Es muy amable conmigo, y eso que le hago muchas preguntas.

—Le caes mucho mejor que yo.

—¡Venga ya, Tom! No debes decir eso. Por supuesto que te quiere mucho más que a mí —le gritó Polly reprobadoramente.

—Entonces ¿por qué no lo demuestra? —susurró Tom mientras miraba de reojo melancólica y desafiadoramente la puerta de la biblioteca, la cual permanecía entreabierta.

—Si tú tampoco lo haces, ¿por qué tendría que hacerlo él? —dijo Polly tras una pausa en la que reflexionó sobre la pregunta de Tom. Al no dar con una respuesta mejor, solo se le ocurrió esa.

—¿Por qué no me da mi velocípedo? Dijo que si me portaba bien en la escuela durante un mes, me lo devolvería, y he estado clavado en la silla durante más de seis semanas pero él no hace nada. Las chicas consiguen sus trapos porque le engañan. Yo no haría eso, por supuesto, pero tampoco voy a desfallecer estudiando sin conseguir nada a cambio.

—No está bien, pero deberías hacerlo porque es lo correcto, sin esperar una recompensa —empezó Polly intentando que sonara aleccionador pero simpatizando secreta y efusivamente con el pobre Tom.

—No me des sermones, Polly. Si el gobernador se fijara en mí, y se preocupara por cómo me van las cosas, no me importarían las recompensas. Pero no se preocupa lo más mínimo, y nunca me pregunta cómo me fue la declamación, y eso que me aprendí «La batalla del Lago Regillus» porque dijo que a él le gustaba.

—¡Oh, Tom! ¿Cómo has dicho? ¡Es espléndido! Jim y yo solíamos declamar a Horacio juntos, y era tan divertido. Recítamela, me encantan los «Cantos de Macaulay».

—Es terriblemente largo —empezó Tom, pero su rostro se iluminó, pues el interés de Polly calmó sus ofendidos sentimientos, y, además, se alegraba de poder demostrar sus dotes de elocuencia. Empezó sin demasiado empeño, pero pronto el poder marcial de los versos se apoderó de él y, antes de darse cuenta, se había puesto en pie agitando los brazos con estilo, mientras Polly escuchaba con el rostro encendido y atención absorta. Tom declamó bien, ya que a punto estuvo de olvidarse de sí mismo al recitar la conmovedora balada con una energía que ruborizó y le puso la piel de gallina a Polly fruto de la admiración y el deleite, y casi electrizó a otro oyente, alguien que había oído todo lo ocurrido y que observaba la pequeña escena oculto tras el periódico.

Mientras Tom se detenía, exhausto, y Polly aplaudía con entusiasmo, el sonido reverberó sonoramente detrás de ellos. Ambos se dieron la vuelta y allí estaba el señor Shaw, de pie junto a la puerta, aplaudiendo con todas sus fuerzas.

Tom parecía avergonzado y no dijo una palabra, pero Polly corrió hacia el señor Shaw y bailó frente a él, al tiempo que le decía con avidez:

—¿No ha sido espléndido? ¿No lo ha hecho estupendamente? ¿No podría darle ahora su velocípedo?

—Primoroso, Tom. Llegarás a ser un gran orador. Aprende otra pieza como esa y acudiré a presenciar cómo la recitas. ¿Estás preparado para tu velocípedo?

Polly tenía razón. Tom comprendió que «el gobernador» era afable, que sentía afecto por él y que no había olvidado completamente su promesa. El chico se puso colorado por la emoción y jugueteó con los botones de su chaqueta mientras escuchaba elogios tan inesperados, pero cuando habló, miró a su padre directamente a la cara mientras la suya resplandecía de placer al responder atropelladamente:

—Gracias, señor. Lo haré, señor. ¡Supongo que lo estoy!

—Muy bien. Entonces mañana prepárate para tu nueva montura, señor. —Y el señor Shaw le acarició la enmarañada cabeza pelirroja con mano gentil, sintiendo un placer paternal con la convicción de que, pese a todo, aquel chico valía para algo.

Tom obtuvo el velocípedo al día siguiente, lo bautizó con el nombre de Black Auster en memoria del caballo de «La batalla del lago Regillus» y sufrió un accidente en cuanto empezó a montar en su nuevo corcel.

—Sal y mírame —le susurró Tom a Polly tras tres días de práctica en la calle, pues ya había aprendido a montar en él.

Polly y Maud acudieron de buena gana y presenciaron sus esfuerzos con gran interés, hasta que un disgusto casi le quita las ganas de montar en el velocípedo para siempre.

—¡Hola! ¡Auster se acerca! —gritó Tom mientras pasaba a toda velocidad por la larga y empinada calle que bordea el parque.

Se echaron a un lado y él pasó zumbando, agitando alocadamente brazos y piernas y con el aspecto general de una locomotora fuera de control. Habría sido un descenso triunfante si un perro enorme no hubiera salido súbitamente de una bocacalle, enviando toda la empresa directamente al traste. Polly reía mientras se apresuraba a contemplar el desastre, ya que Tom yacía de

espaldas, con el velocípedo encima de él, mientras el enorme perro le ladraba salvajemente y el amo del mismo le reprendía por su torpeza. Pero cuando vio la cara de Tom, Polly se asustó, pues estaba completamente pálido, sus ojos tenían un aspecto extraño y aturdido y le empezó a manar sangre de un gran corte en la frente. El hombre también lo vio y le ayudó a incorporarse inmediatamente, pero Tom no se sostuvo en pie. Miraba en derredor como si estuviese mareado y se sentó en el bordillo mientras Polly le sujetaba su pañuelo contra la frente y le suplicaba patéticamente que le dijera si estaba malherido.

—No asustes a madre. Estoy bien. He tenido un contratiempo, ¿verdad? —preguntó poco después mirando el velocípedo con más ansiedad por los daños que había sufrido que por los suyos.

—Sabía que te harías daño con esa cosa horrible. Déjalo ahí y entra en casa, te sangra la cabeza y todo el mundo nos está mirando —le susurró Polly mientras intentaba atarle el pequeño pañuelo para cubrirle el feo corte.

—Vamos entonces. ¡Por Júpiter! ¡La cabeza me da vueltas! Ayúdame a levantarme, por favor. Maud, deja de gritar y ven aquí. Pat, coge la máquina y te pagaré. —Mientras hablaba, Tom se puso lentamente en pie y estabilizándose sobre el hombro de Polly, dio sus órdenes y la procesión inició la marcha. En primer lugar, el perro enorme, que ladraba a intervalos; a continuación, el bondadoso irlandés, quien hizo rodar «aquél molinete del infierno», como denominó irrespetuosamente a su adorado velocípedo; después el héroe herido, auxiliado por la fiel Polly, y en la retaguardia, Maud, con el rostro bañado de lágrimas y portando la gorra de Tom.

Por desgracia, la señora Shaw estaba paseando con la abuela y Fanny estaba con unas visitas, de modo que Polly tuvo que sujetar ella sola a Tom cuando el ama de llaves se mareó ante la visión de la sangre y la doncella se aturulló con el frenesí. Era un corte profundo y debía ser cosido de inmediato, dijo el médico en cuanto llegó.

—Alguien tiene que sujetarle la cabeza —añadió el médico mientras enhebraba su extraña agujita.

—Me quedaré inmóvil, pero si alguien tiene que sujetarme, que sea Polly. No tienes miedo, ¿verdad? —preguntó Tom con una

mirada implorante, ya que no sentía ninguna fascinación ante la idea de que le cosieran.

Polly estuvo a punto de negarse, diciendo «¡Oh, no puedo!», pero entonces recordó que Tom le había llamado cobarde en una ocasión. Aquella era la oportunidad de demostrarle que no lo era; además, el pobre Tom no tenía a nadie más que le ayudara, de modo que se aproximó al sofá donde yacía y asintió de modo tranquilizador mientras colocaba una suave manita a cada lado de su dañada cabeza.

—Eres un as, Polly —le susurró Tom. Entonces apretó los dientes, cerró los puños, se quedó inmóvil y lo soportó como un hombre. Todo terminó en uno o dos minutos, y tras beber una copa de vino y acomodarse perfectamente en su cama, se sintió bastante bien pese al dolor de cabeza. Aunque le habían obligado a guardar silencio, le susurró a Polly:

—Muchísimas gracias, Polly —y la miró con agradecimiento mientras ella salía de la habitación.

Tuvo que quedarse en casa una semana, y durante todo ese tiempo permaneció tendido con un interesante vendaje negro que le cubría la frente. Todo el mundo lo mimaba, pues el doctor había dicho que si el golpe hubiera sido un centímetro más cerca de la sien, podría haber sido fatal, y la sola idea de perderle tan repentinamente convirtió al embaucador Tom en alguien muy querido de la noche a la mañana. Su padre le preguntaba cómo se encontraba unas doce veces al día; su madre hablaba sin parar de «cómo su querido hijo se había librado por los pelos»; la abuela lo agasajaba con todas las delicadezas que podía inventar y las chicas no se apartaban de su lado como esclavas devotas. El nuevo tratamiento surtió un efecto excelente, ya que cuando era víctima de algún descuido, Tom se sobreponía a la sorpresa inicial ante el cambio de costumbres, florecía de un modo delicioso, como en ocasiones les ocurre a los enfermos, y sorprendía a su familia con una actitud inesperadamente paciente, agradecida y afable. Nadie supo nunca hasta qué punto aquella experiencia lo transformó, pues los chicos no son muy dados a las confidencias de este tipo salvo con sus madres, y la señora Shaw aún no había dado con la llave de su corazón. Sin embargo, se plantó una semilla que más tarde

echaría raíces, y aunque creció muy lentamente, al final dio sus frutos. Tal vez Polly ayudó un poco. Las tardes siempre eran el peor momento, ya que la necesidad de ejercicio le sumía en un estado de agitación y nerviosismo que solo es posible en un joven saludable con tan poco tiempo de reposo. Como no podía dormir, las chicas le entretenían: Fanny tocaba el piano y leía en voz alta, Polly cantaba y contaba historias, y hacía esto último tan bien que se transformó en una costumbre el que empezara a hacerlo en cuanto el sol se ponía, instalando a Tom en su lugar favorito en el sofá de la abuela.

—Dispara, Polly —dijo el joven sultán una tarde mientras su pequeña Scheherazade se instalaba en una silla baja tras atizar el fuego hasta conseguir que la habitación estuviera iluminada y acogedora.

—No tengo ganas de historias esta noche, Tom. Ya he contado todas las que conozco y no se me ocurren más —respondió Polly apoyando la cabeza sobre la mano con una expresión afligida desconocida para Tom. La observó durante un minuto, y después le preguntó con curiosidad:

—¿En qué pensabas ahora, cuando te has sentado frente al fuego tan serio?

—Estaba pensando en Jimmy.

—¿Te importaría hablarnos de él? Recuerda que dijiste que lo harías un día de estos, pero no lo hagas si no estás de humor —dijo Tom moderando el tono de voz respetuosamente.

—Me gusta hablar de él, pero no hay mucho que decir —empezó Polly, agradeciendo su interés—. Estar sentado a tu lado me recuerda al modo en que solía sentarme a su lado cuando estaba enfermo. Nos lo pasábamos muy bien, y es tan agradable pensar en eso ahora.

—Era un niño muy bueno, ¿verdad?

—No, no lo era, pero lo intentaba, y Madre dice que con eso tienes ganada la mitad de la batalla. Solíamos acabar agotados de intentarlo, pero seguíamos haciendo buenos propósitos y nos esforzábamos por cumplirlos. Creo que yo nunca lo conseguí, pero Jimmy sí, y todos le querían.

—¿No reñáis nunca, como nosotros?

—Sí, por supuesto que sí. De vez en cuando. Pero no podíamos estar enfadados mucho tiempo y al final siempre hacíamos las paces en cuanto podíamos. Jimmy solía acercarse primero y decir «Todo despejado, Polly» de un modo tan amable y jovial que no podía evitar echarme a reír y volver a ser amigos otra vez.

—¿Sabía muchas cosas?

—Sí, creo que sí, porque le gustaba estudiar y quería continuar para ayudar a Padre. La gente decía que era un buen chico, y yo me sentía muy orgullosa cuando lo oía, pero no sabían hasta qué punto era inteligente porque no le gustaba alardear. Supongo que todas las hermanas sienten admiración por sus hermanos, pero no creo que muchas tuvieran tantos motivos como yo.

—Casi todas las chicas sienten una total indiferencia por sus hermanos, lo que demuestra que no sabes mucho sobre el tema.

—Bueno, pues si no lo hacen, deberían, lo que sería mucho más fácil si los chicos fueran tan cariñosos como Jimmy lo era conmigo.

—¿Por qué? ¿Qué hacía?

—Quererme con locura, y no avergonzarse por demostrarlo — gritó Polly con un sollozo que dio elocuencia a su respuesta.

—¿De qué murió, Polly? —preguntó Tom, circunspecto, tras una pausa.

—Se hizo daño con el trineo el pasado invierno, pero nunca dijo qué chico lo había hecho, y solo vivió una semana. Ayudé a cuidar de él. Fue muy paciente, y solía entretenerle porque sufría unos dolores terribles. Me regaló sus libros y su perro y sus gallinas moteadas y su gran cuchillo, y me dijo «Adiós, Polly» y me besó por última vez, y entonces... ¡Oh, Jimmy! ¡Jimmy! ¡Si pudiera volver!

Los ojos de la pobre Polly se habían ido inundando de lágrimas, los labios cada vez más temblorosos, y cuando llegó a aquel «adiós», no pudo continuar. Se cubrió el rostro con las manos y lloró como si el corazón fuera a partírsele en dos. Tom sentía una gran compasión, pero no sabía cómo demostrarla, de modo que se quedó sentado mientras agitaba la botella de alcanfor, intentado pensar en algo adecuado y reconfortante que decir. Fanny llegó al rescate y acunó a Polly entre sus brazos, colmándola de tranquilizadoras palmaditas, susurros y besos hasta que cesaron las lágrimas y Polly dijo con un suspiro:

—No pretendía hacerlo, y no volverá a ocurrir. He estado pensando toda la tarde en mi querido hermano, pues Tom me recuerda a él.

—¿A mí? ¿Cómo puede ser si no me parezco en nada a él? —gritó Tom sorprendido.

—En algunos aspectos sí.

—Ojalá fuese cierto, pero no puede ser, porque él era bueno, ya sabes.

—Y tú también lo eres, cuando quieres. Fan, ¿no es cierto que ha sido bueno y paciente? ¿No nos gusta a todos mimarlo cuando demuestra que es inteligente? —dijo Polly, cuyo corazón aún sufría por su hermano y que estaba dispuesto a hallar virtudes incluso en el martirizante Tom.

—Sí, últimamente no lo reconozco, pero cuando se recupere volverá a ser tan malo como antes —replicó Fanny, quien no confiaba demasiado en el arrepentimiento de los convalecientes.

—Como si tú me conocieras —gruñó Tom al tiempo que volvía a tenderse en el sofá, pues cuando Polly hizo la sorprendente declaración de que él era como su amado Jimmy, se había erguido inmediatamente. Aquella historia tan sencilla tuvo un impacto profundo en Tom, y su lacrimosa conclusión vino a clavarse en la zona sensible que todos los chicos ocultan con tanto celo. Resulta enormemente agradable ser amado y admirado, muy placentero pensar que nos echarán de menos y que llorarán nuestra pérdida. A Tom le poseyó el deseo repentino de imitar a aquel chico, quien no había hecho nada fuera de lo común pero que, pese a todo, era tan querido por su hermana que esta lloraba su pérdida un año después de su muerte, de ser tan aplicado e inteligente que la gente le consideraba «un buen chico», y el afán de ser una buena persona que continuara perseverando hasta conseguir ser incluso mejor que Polly, a quien Tom consideraba secretamente, comparada con las chicas que conocía, un modelo de virtud.

—Me hubiera gustado tener una hermana como tú —dijo repentinamente.

—Y a mí me gustaría tener un hermano como Jimmy —gritó Fanny, pues percibió el reproche en las palabras de Tom y sabía que lo merecía.

—No pensé que envidiarais a nadie, pues os tenéis el uno al otro —dijo Polly con una expresión tan melancólica que obligó a Tom y Fanny a preguntarse por qué no se habían llevado mejor y por qué no se lo habían pasado tan bien como Polly y Jim.

—Fan solo se preocupa por sí misma —dijo Tom.

—Tom es un oso —replicó Fanny.

—Yo no diría esas cosas, porque si algo le ocurriera a alguno de los dos, el otro se sentiría muy culpable. Ahora recuerdo todas las cosas desagradables que le dije y desearía no haber dicho.

Dos lágrimas enormes resbalaron por las mejillas de Polly que esta secó rápidamente, pero creo que sirvieron para regar aquel sentimiento llamado amor fraternal, el cual hasta el momento había sido rechazado por los corazones de aquellos hermanos. No dijeron nada, ni hicieron planes, ni confesaron faltas, pero cuando se separaron para acostarse, Fanny le dio una palmadita afable en la cabeza herida (Tom jamás le habría perdonado si le hubiera besado) y le dijo en un susurro:

—Espero que duermas bien, Tommy, querido.

Y Tom le contestó con un asentimiento y un caluroso:

—Lo mismo digo, Fan.

Eso fue todo, pero significaba mucho, pues las voces fueron amables y los ojos se encontraron con aquel afecto que convierte las palabras en innecesarias. Polly se dio cuenta, y aunque no supo que ella había sido la responsable de aquel rayo de sol, la bañó de un modo tan agradable que se quedó dormida plácidamente pese a que su Jimmy no estaba allí para desearle las «buenas noches».

V

EMBROLLOS

Tras ser inusualmente buenos, los niños suelen cambiar completamente de tercio y compensarlo comportándose como Sancho. Durante la semana posterior al percance de Tom, los jóvenes se portaron bastante bien, tanto que la abuela comentó sentirse preocupada porque «algo fuera a sucederles». La adorable anciana no tendría que haberse preocupado, dado que aquella virtud excesiva nunca se perpetúa lo suficiente como para provocar la reforma, salvo en los pequeños mojigatos de los cuentos, y en cuanto Tom volvió a ponerse en pie, todo el grupo se descarrió, lo que tuvo consecuencias en forma de numerosas tribulaciones.

Todo empezó con la «estupidez de Polly», como Fan la denominó posteriormente. Justo cuando Polly se apresuraba una tarde a encontrarse con el señor Shaw, y mientras le ayudaba a ponerse el abrigo, sonó el timbre y un magnífico ramo de flores de invernadero fue posado en sus manos, pues Polly era incapaz de aprender las normas de la ciudad y siempre abría ella misma la puerta.

—¡Vaya! ¿Qué es esto? Mi pequeña Polly empieza pronto, después de todo —dijo el señor Shaw con una carcajada al observar cómo en el rostro de la joven aparecían dos hoyuelos y cómo se sonrojaba al oler el hermoso buqué y se fijaba en la nota medio oculta entre el heliotropo.

Por tanto, si Polly no hubiese sido «estúpida», como dijo Fan, habría estado alerta y lo habría dejado ahí, pero, como veis, Polly era un alma cándida y en ningún momento consideró la necesidad de ocultar nada, respondiendo de la forma más directa:

—Oh, no son para mí, señor, sino para Fan. Del señor Frank, supongo. Fan estará encantada.

—¿Ese joven le envía cosas de este tipo? —El señor Shaw no parecía muy satisfecho al coger la nota y abrirla con frialdad.

Polly tenía sus reservas respecto a la opinión de Fan sobre aquellas «cosas de este tipo», pero no se atrevió a decir nada. Recordó cómo solía mostrarle a su padre las divertidas tarjetas que le enviaban los chicos y cómo se reían juntos de ellas. Sin embargo, el señor Shaw no rio al acabar de leer los versos sentimentales que acompañaban el ramo, y su rostro inquietó bastante a Polly cuando preguntó agriamente:

—¿Cuánto tiempo hace que dura esta mascarada?

—No lo sé, señor, se lo aseguro. Fan no pretendía ofenderle. ¡Ojalá no hubiera dicho nada! —tartamudeó Polly recordando la promesa que le hiciera a Fanny el día del concierto. Lo había olvidado completamente; se había habituado a ver a los «chicos mayores», como denominaba al señor Frank y a sus amigos, con las chicas en todas las ocasiones. En aquel momento comprendió repentinamente que el señor Shaw no aprobaba tales diversiones y que había prohibido a Fan relacionarse con ellos. «¡Oh, Dios! Se pondrá como loca. Bueno, no puedo hacer nada. Las chicas no deberían ocultar nada a sus padres, de ese modo nunca se producirían alborotos», pensó Polly mientras observaba cómo el señor Shaw arrugaba la nota rosa y volvía a depositarla en el ramo. Tras lo cual, se lo arrebató de las manos y le dijo con premura:

—Dile a Fanny que la espero en la biblioteca.

—¡Lo has estropeado todo, niña estúpida! —le gritó Fanny, molesta y consternada, cuando le transmitió el mensaje.

—¿Por qué? ¿Qué otra cosa podía hacer? —preguntó Polly, francamente preocupada.

—Hacerle creer que el ramo iba dirigido a ti. De ese modo no habría habido ningún problema.

—Pero entonces tendría que haber inventado una mentira, que es mucho peor que decir una.

—No seas boba. Me has metido en un buen embrollo y tienes que ayudarme a salir de él.

—¡Lo haría si pudiera, pero no mentiré por nadie! —gritó Polly, cada vez más exaltada.

—Nadie quiere que lo hagas. Solo mantén la boca cerrada y déjame a mí manejar la situación.

—Entonces será mejor que no baje —empezó Polly, pero una voz severa procedente del piso de abajo, como la de Barbazul, la interrumpió:

—¿Vas a bajar?

—Sí, señor —respondió una voz sumisa, y Fanny cogió a Polly del brazo y le susurró—: Debes venir conmigo. Cuando habla de ese modo, siento un miedo de muerte.

—De acuerdo —susurró «la hermana Ann», y ambas bajaron las escaleras con el corazón encogido.

El señor Shaw las esperaba de pie sobre la alfombra con expresión adusta. El ramo estaba sobre la mesa, y junto a este, una nota remitida por «Frank Moore, Cab.», con mano decidida y una rúbrica enérgica tras el «Cab.». Señalando aquella epístola tan impresionante, el señor Shaw se dirigió a Fanny arqueando sus negras cejas:

—Voy a poner fin a estos disparates de una vez, y si vuelve a repetirse, te enviaré a una escuela en un convento canadiense.

Aquella terrible amenaza estuvo a punto de dejar a Polly sin respiración, pero Fanny la había oído muchas veces y, como era una chica con temperamento, replicó con descaro:

—Sé que no he hecho nada tan espantoso. No puedo evitar que los chicos me envíen obsequios como hacen a las otras chicas.

—La nota no dice nada de obsequios. Aunque esa no es la cuestión. Te prohíbo que tengas cualquier tipo de relación con ese Moore. No es un chico, sino un hombre hecho y derecho, y no quiero saber nada de él. Lo sabías, y aun así, me has desobedecido.

—No lo veo casi nunca —empezó Fanny.

—¿Es eso cierto? —preguntó el señor Shaw dirigiéndose repentinamente a Polly.

—Oh, por favor, señor, no me pregunte a mí. Le prometí que no... eso es... Fanny se lo dirá —gritó Polly, sonrojada por la angustia de la situación en la que se encontraba.

—Olvida tu promesa. Dime todo lo que sepas de este absurdo asunto. A Fanny le hará más bien que mal. —Y tras decir esto, el señor Shaw se sentó y adoptó una expresión más afable, pues la consternación de Polly le había conmovido.

—¿Puedo? —le preguntó a Fanny en un susurro.

—Me da igual —contestó esta, disgustada y avergonzada a un tiempo mientras se dedicaba a hacer nudos a su pañuelo con resentimiento.

De modo que Polly relató, con bastante renuencia y muchas preguntas, todo lo que sabía sobre los paseos, comidas, encuentros y notas. No era mucho, y evidentemente tenía mucha menos importancia de la que le atribuía el señor Shaw. Mientras ella hablaba, el semblante del señor Shaw fue relajándose y, en más de una ocasión, sus labios se torcieron como si fuera a echarse a reír, ya que, después de todo, resultaba bastante cómico descubrir cómo la gente joven imitaba a sus mayores, sumergiéndose en aquellos juegos a la moda, completamente ignorantes de su auténtica belleza, poder y santidad.

—Oh, señor, por favor, no se enfade con Fan, pues le aseguro que ella no es ni la mitad de tonta que Trix y las otras chicas. Se negó a ir a montar en trineo, pese a todas las burlas del señor Frank y aunque lo deseaba más que nada. Está arrepentida, lo sé, y si le perdona esta vez, no volverá a olvidar nunca más lo que le ha dicho gritó Polly con gran seriedad cuando terminó de relatar aquella historia tan insensata.

—No veo cómo podría negarme cuando defiendes su causa tan enérgicamente. Ven aquí, Fan, y métete esto en la cabeza. Olvida todas esas tonterías y dedícate a tus libros, porque si no te mandaré a Canadá, y te aseguro que allí el invierno no es muy agradable.

Mientras hablaba, el señor Shaw había ido acariciando la enfurruñada mejilla de su hija, esperando obtener de ella alguna señal de arrepentimiento. Sin embargo, Fanny se sentía injustamente tratada y no estaba dispuesta a mostrarse arrepentida, de modo que se limitó a decir malhumorada:

—Ahora que el alboroto ha quedado atrás, supongo que puedo quedarme las flores.

—Regresarán por donde han venido, con una nota mía que evitará que ese joven vuelva a enviar más. —El señor Shaw tocó la campanilla, entregó el desdichado ramo y se dirigió a Polly, diciéndole afable pero gravemente—: Haz que esta hija mía tan ridícula tenga un buen ejemplo. La ayudarás, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo, señor? —preguntó Polly, preparada pero desconcertada ante cómo debía empezar.

—Haz que se parezca a ti tanto como sea posible, querida. Nada me agradaría más. Ahora marchaos y olvidemos todos estos disparates.

Se marcharon en silencio, y el señor Shaw no volvió a saber nada más de aquel asunto, no como la pobre Polly, pues Fan la reprendió hasta tal punto que Polly consideró seriamente la posibilidad de hacer las maletas y partir a la mañana siguiente. No soy capaz de reproducir los terribles reproches de que fue víctima, los desaires que sufrió, ni las veces en que le dio la espalda los días venideros. El corazón de Polly estaba destrozado, pero no se lo dijo a nadie y sufrió en silencio sus penalidades, sintiendo la ingratitud e injusticia de su amiga profundamente.

Tom descubrió el origen de la disputa y se puso del lado de Polly, lo que desencadenó el embrollo número dos.

—¿Dónde está Fan? —preguntó el jovencito mientras entraba a toda prisa en la habitación de su hermana, donde Polly estaba sentada en un sofá, intentando olvidar sus preocupaciones con un interesante libro.

—En el piso de abajo. Tiene visitas.

—¿Por qué no estás tú también?

—No me gusta Trix, y no conozco a sus elegantes amigos de Nueva York.

—Y tampoco te apetece, ¿por qué no lo reconoces?

—No es educado.

—¿A quién le importa eso? Venga, Polly, baja y pásatelo bien.

—Prefiero leer.

—Eso tampoco es muy educado.

Polly se rio y pasó una página. Tom silbó durante un minuto y después suspiró profundamente antes de llevarse una mano a la frente, la cual seguía adornada con la venda negra.

—¿Te duele la cabeza? —preguntó Polly.

—Terriblemente.

—Será mejor que te tumbes, entonces.

—No puedo, estoy inquieto y quiero «paságmelo bien», como diría Pug.

—Espera a que termine el capítulo y entonces iré —dijo Polly lastimeramente.

—De acuerdo —respondió el descalabrado chico, quien había descubierto que a veces una cabeza rota era mucho más útil que una sana. Satisfecho con su sencilla estratagema, se paseó por la habitación hasta detenerse en la cómoda de Fan. Esta estaba cubierta de todo tipo de adornos, pues Fan se había vestido apresuradamente y lo había dejado todo manga por hombro. Un chico de comportamiento ejemplar lo habría dejado como estaba, o un hermano recto lo habría puesto en su sitio. No obstante, al no ser ni una cosa ni la otra, Tom hurgó todo lo quiso hasta dejar los cajones de Fan como si alguien hubiese estado separando el heno de la paja sobre ellos. Se probó pendientes, lazos y collares; le dio cuerda al reloj pese a que no era necesario; se quemó su inquisitiva nariz con sales perfumadas; inundó su mugriento pañuelo con la mejor agua de colonia de Fan; se ungió los rizos con aceite capilar; se espolvoreó la cara con un polvo violeta y lo remató colocándose unos rizos postizos que Fanny intentaba mantener en secreto. Los estragos causados por aquel malvado muchacho resultan difíciles de expresar en palabras, pues se deleitó con el contenido de los cajones, cajas y estuches que salvaguardan los tesoros de su hermana.

Cuando se hubo colocado los rizos, tras varios pinchazos en los dedos, y añadió un lazo azul, á la Fan, se contempló en el espejo con satisfacción y concluyó que el efecto era tan adecuado que se atrevió a llevar un poco más lejos la metamorfosis. El vestido que Fan se había quitado estaba sobre una silla, y en él se metió Tom, riendo ahogadamente pues Polly estaba inmersa en la lectura y las cortinas de la cama ocultaban su iniquidad. El conjunto quedó completado con el mejor abrigo de terciopelo de Fan, los manguitos de armiño y un cojín del sofá a modo de cesta. Dando traspiés y con los codos separados del cuerpo, Tom apareció frente a Polly cuando esta terminaba el capítulo. Polly encontró la broma tan divertida que Tom olvidó las consecuencias y le propuso bajar al salón para sorprender a las chicas.

—¡Por el amor de Dios, no! Fanny nunca nos perdonaría si mostraras sus rizos y abalorios a esa gente. Hay caballeros entre

ellos, y no sería adecuado —dijo Polly alarmada con solo pensar en ello.

—Pues será aún más divertido. Fan no te ha tratado bien, y le servirá de lección si me presentas como tu querida amiga, la señorita Shaw. Venga, nos lo pasaremos en grande.

—No lo haría por nada del mundo. Sería algo terrible. Quítate esa ropa, Tom, y cantaré para ti lo que quieras.

—No voy a desvestirme así como así. Estoy adorable y la gente tiene que admirarme. Acompáñame abajo, Polly, y veamos si no me consideran «una dulce criatura».

Tom tenía un aspecto tan absolutamente ridículo atusándose los rizos y dando saltitos que Polly fue presa de otro ataque de risa, aunque mientras reía, resolvió que no le permitiría mortificar a su hermana.

—Muy bien, entonces aparta de en medio si no vas a venir. Allá voy —dijo Tom.

—No, no irás a ninguna parte.

—¿Y cómo lo evitará, señorita Mojigata?

—Así. —Y Polly cerró la puerta con llave, se guardó ésta en el bolsillo y asintió en su dirección con aire desafiante.

Por lo que se refiere al carácter, Tom era un tarro de guindillas, y cualquier cosa que interpretara como oposición siempre tenía un efecto nefasto. Olvidando que llevaba puesto el vestido, cruzó la habitación a grandes zancadas hasta colocarse frente a Polly y, con un amenazador movimiento de cabeza, le dijo:

—Nada de eso. No lo permitiré.

—Prométeme que no ofenderás a Fan y te dejaré salir.

—No prometeré nada. Dame esa llave o te la quitaré.

—Venga, Tom, no te comportes como un salvaje. Solo quiero evitar que te metas en un embrollo, pues Fan se pondrá como una furia si vas. Quítate sus cosas y lo dejaré estar.

Tom no dijo nada, sino que se dirigió a la otra puerta, que estaba cerrada, como sabía Polly, y miró por la ventana del tercer piso. Al no encontrar escapatoria, regresó junto a Polly con expresión airada.

—¿Me vas a dar esa llave?

—No, no lo haré —dijo Polly valerosamente.

—Soy más fuerte que tú, de modo que lo mejor es que me la entregues.

—Sé que lo eres, pero sería una cobardía que un chico de tu edad robara a una chica.

—No deseo hacerte ningún daño, pero, por San Jorge, ¡no permitiré esto!

Tom se detuvo mientras Polly hablaba, evidentemente, avergonzado de sí mismo, pero estaba de mal humor y no quería ceder. Si Polly hubiera gritado un poco, habría bajado los brazos; por desgracia, empezó a reírse por la bajo, ya que la feroz actitud de Tom contrastaba de un modo tan ridículo con el vestido que no pudo evitarlo. Aquella fue la gota que colmó el vaso. Ninguna chica debería reírse de él, y, menos aún, encerrarlo en una habitación como si fuera un crío. Sin decir palabra, Tom agarró a Polly del brazo, pues esta mantenía la mano con la llave aún en el bolsillo. Con la otra mano sujetó el vestido y, durante un minuto, resistió resueltamente. No obstante, los fuertes dedos de Tom eran inexorables. El bolsillo se rasgó, la mano quedó libre y, con un grito de Polly, la llave cayó al suelo.

—Si te he hecho daño es culpa tuya. No pretendía hacerlo —dijo Tom en un susurro al tiempo que abandonaba la habitación a toda prisa, dejando a Polly gimiendo por culpa de su torcida muñeca. Tom bajó las escaleras pero no se dirigió al salón, pues a aquellas alturas la broma había perdido parte de su gracia, de modo que hizo reír a las chicas de la cocina y después volvió sobre sus pasos con la intención de arreglar las cosas con Polly. Sin embargo, esta se había marchado a la habitación de la abuela, ya que, aunque la anciana no estaba en casa, consideraba aquel lugar una especie de refugio. Tom tuvo el tiempo justo de ordenar las cosas antes de que llegara Fanny, quien estaba más enojada de lo habitual porque Trix le había estado contando todo tipo de diversiones de las que ella podría haber participado si Polly hubiera mantenido la boca cerrada.

—¿Dónde está? —preguntó Fan, deseando descargar su ira en su amiga.

—Abatida en su habitación, supongo —contestó Tom, quien aparentaba estar leyendo aplicadamente.

Sin embargo, mientras ocurría todo esto, Maud también se había metido en líos. Cuando la niñera la dejó sola para atender a una amiga en el piso de abajo, la señorita Maud se paseó por la habitación de Polly y se entretuvo haciendo travesuras. En mala hora Polly le permitió que jugara a los barcos con su gran baúl, el cual estaba vacío. Desde entonces, Polly había guardado algunos de sus más preciados tesoros en la bandeja superior, para asegurarse de mantenerlos alejados de ojos curiosos. Había olvidado cerrar el baúl con llave, y cuando Maud levantó la tapa para iniciar el viaje, sus ojos toparon con varios objetos de interés. Estaba inmersa en su investigación cuando apareció Fan y miró por encima de su hombro, demasiado molesta con Polly para reprender a Maud.

Dado que Polly no tenía dinero para comprar regalos, había recurrido a su ingenuidad para idear todo tipo de presentes, confiando en que la cantidad compensara cualquier deficiencia de calidad. Algunos intentos fueron satisfactorios, otros, simples fracasos, pero ella los guardó todos, excelentes o ridículos, segura de que los niños en casa disfrutarían con cualquier cosa novedosa. Algunos juguetes desechados de Maud habían sido cuidadosamente remendados para Kitty; algunos lazos viejos de Fan reconvertidos en vestidos de muñeca y las figuritas de Tom, talladas en madera en cuestión de minutos, guardados para que Will aprendiera lo que se puede hacer con una navaja.

—¡Cuánta porquería! —dijo Fanny.

—Es una chica muy rara, ¿verdad? —añadió Tom, quien se había acercado para ver qué ocurría.

—No os riáis de las cosas de Polly. Hace unas muñecas más bonitas que las tuyas, Fan, y sabe escribir y dibujar mucho mejor que Tom —gritó Maud.

—¿Cómo lo sabes? Yo nunca la he visto dibujar —dijo Tom.

—Aquí hay un libro con muchos dibujos. No entiendo que pone, pero los dibujos son muy divertidos.

Deseosa de mostrar los logros de su amiga, Maud extrajo un grueso librito con la inscripción «Diario de Polly» en la tapa y lo abrió sobre su regazo.

—Solo los dibujos. No hay ningún mal en contemplarlos —dijo Tom.

—Solo una ojeada —respondió Fanny, y un minuto después ambos reían ante un curioso esbozo de Tom tendido sobre la cuneta, con el perro enorme ladrando encima de él y el velocípedo alejándose. Era rudo e imperfecto, pero tan divertido que demostraba que el sentido del humor de Polly era robusto. Unas cuantas páginas más adelante aparecía Fanny y el señor Frank, ambos caricaturizados; a continuación, la abuela, representada con esmero; Tom recitando el fragmento de la batalla; el señor Shaw y Polly en el parque; Maud en brazos de Katy, y todas las colegialas representadas en situaciones ridículas con mano experta.

—Qué chica más malvada, reírse de nosotros a nuestras espaldas —dijo Fan, bastante molesta con la silenciosa represalia de Polly por los desaires cometidos tanto por ella como por sus amigas.

—Dibuja muy bien —dijo Tom examinando con ojo crítico un esbozo de un niño de rostro agradable, alrededor del cual Polly había trazado unos rayos de sol y bajo el cual había escrito «Mi querido Jimmy».

—No la admirarías tanto si supieras lo que ha escrito aquí sobre ti —dijo Fanny, cuyos ojos se habían desviado a la página escrita frente al dibujo y que permanecieron allí lo suficiente como para leer algo que excitó su curiosidad.

—¿Qué pone? —preguntó Tom, olvidando su noble resolución anterior.

—«Intento que Tom me guste, y cuando es amable nos llevamos bien, aunque no lo es durante mucho tiempo. Se enfada y se vuelve rudo, y es muy poco respetuoso con su padre y su madre, y acosa a las chicas, y es tan horrible que casi le odio. Sé que está mal, pero no puedo evitarlo». ¿Qué te parece? —preguntó Fanny.

—Sigue y verás lo que dice de ti, señorita —replicó Tom, quien había leído un poco más abajo.

—¿De verdad? —Y Fanny continuó leyendo rápidamente—. Y respecto a Fan, no creo que podamos seguir siendo amigas, ya que mintió a su padre y jamás me perdonará por no haberlo hecho también. Solía considerarla una chica muy educada, pero ya no. Si

continuara siendo como cuando la conocí, la querría de todos modos, pero no es amable conmigo, y aunque siempre está hablando de la cortesía, no creo que sea muy cortés tratar a una amiga como me trata ella a mí. Cree que soy rara y pueblerina, y aunque eso es lo que soy, yo jamás me reiría de la vestimenta de una muchacha porque fuera pobre, ni la mantendría alejada de mí porque no se comporta como las otras chicas de ciudad. He visto cómo se ríe de mí y ya no puedo sentir lo que sentía. Regresaría a casa, pero no quiero parecer desagradecida a ojos del señor Shaw y de la abuela, ya que les tengo en gran estima.

—Venga, Fan, es suficiente. Cierra el libro y vayámonos de aquí —gritó Tom, disfrutando enormemente de la situación pero, hasta cierto punto, sintiéndose culpable.

—Solo un poco más —susurró Fanny mientras pasaba una o dos páginas y deteniéndose en una que parecía emborronada, como si hubieran caído sobre ella varias lágrimas.

—Domingo por la mañana, a primera hora. Nadie se ha levantado aún para turbar mi tranquilidad y debo escribir en mi diario, ya que últimamente me he comportado tan mal que no me atrevía a hacerlo. Me alegro de que mi visita se acerque a su final, pues hay cosas aquí que me preocupan y no tengo a nadie que me ayude a corregirme cuando actúo mal. Antes envidiaba a Fanny, pero ya no lo hago, pues su padre y su madre no se ocupan de ella como lo hacen los míos conmigo. Le tiene miedo a su padre y manipula a su madre a su antojo. Pese a todo, me alegro de haber venido, porque he descubierto que el dinero no lo es todo, aunque me gustaría tener un poco, pues resulta tan agradable comprar cosas bonitas. Acabo de releer mi diario y me temo que no es adecuado. He dicho muchas cosas sobre la gente de esta casa y eso no está bien. Debería romperlo, pero prometí que escribiría en él y quiero hablar sobre cosas que me preocupan de Madre. Ahora me doy cuenta de que en gran medida ha sido culpa mía, ya que no he sido todo lo paciente y agradable que debería haber sido. De ahora en adelante lo intentaré con todas mis fuerzas, y seré tan buena y agradecida como pueda, porque deseo agradecerles, pese a que solo soy «una muchacha anticuada de campo».

Aquella última frase hizo que Fanny cerrara el diario con el semblante cargado de culpabilidad, pues había sido ella la autora de aquellas palabras en un arrebató de petulancia al que Polly no había replicado, aunque sus ojos se habían llenado de lágrimas y sus mejillas se sonrojaron. Fan abrió los labios para decir algo pero no salió de ellos sonido alguno. Polly estaba frente a ellos con una expresión que no habían visto hasta entonces.

—¿Qué estáis haciendo con mis cosas? —exigió en voz baja, con los ojos encendidos y el rostro pálido.

—Maud nos enseñaba un libro que ha encontrado, y solo estábamos mirando los dibujos —empezó Fanny soltando el diario como si le quemara entre las manos.

—Y leyendo mi diario, y riéndoos de mis regalos, y después echándole las culpas a Maud. ¡Es lo más horrible que he visto nunca! ¡No te perdonaré en toda mi vida!

Polly dijo esto en un torbellino indignado, y, a continuación, como si temiera haber hablado demasiado, salió de la habitación con una expresión tal de desdén, dolor e ira que los tres culpables se quedaron mudos de vergüenza. Tom ni siquiera fue capaz de silbar; Maud se asustó tanto ante el estallido de la gentil Polly que se quedó sentada más quieta que un ratón, mientras Fanny, con remordimientos de conciencia, recogió los humildes regalos con sumo cuidado, ya que, de algún modo, la pobreza de Polly se manifestó ante ella como nunca hasta entonces lo había hecho. Aquellos retazos, tan cuidadosamente atesorados para sus familiares, conmovieron a Fanny y adquirieron una gran belleza ante sus ojos. Mientras depositaba el librito en el baúl, las confesiones que contenía se erigieron en reproches mucho más afilados que cualquier palabra que Polly pudiera haberle dicho, porque era cierto que se había reído de su amiga, que incluso la había menospreciado de vez en cuando y se había mostrado intransigente ante una ofensa inocente. La última página, donde Polly asumía la culpa y prometía «intentar» ser más amable y paciente, llegó al corazón de Fanny, disipando todo el rencor acumulado. Únicamente fue capaz de apoyar la cabeza en el baúl y sollozar:

—No fue culpa de Polly, sino mía.

Tom, aún rojo de vergüenza por haber sido descubierto en semejante embrollo, dejó a Fanny con sus lágrimas y, valerosamente, fue en busca de la afligida Polly para confesarle sus múltiples transgresiones. Sin embargo, no pudo dar con ella. Pese a buscar con ahínco en todos y cada una de las habitaciones, no encontró rastro alguno de la chica y Tom empezó a preocuparse.

—No habrá regresado a casa, ¿verdad? —se dijo a sí mismo mientras se detenía frente al perchero. Vio colgado el sombrero redondo y Tom sufrió una punzada de remordimiento al recordar todas las ocasiones en que lo había retorcido o deslizado sobre los ojos de la pobre Polly—. Tal vez ha ido a la oficina, a contárselo todo a papá. Pero ella no es así. De todos modos, echaré una ojeada en la esquina.

Ansioso por coger sus botas, Tom abrió la puerta de un oscuro armario bajo las escaleras y casi se cae de espaldas de la impresión, pues en el suelo, con la cabeza apoyada en unas botas de agua, yacía Polly en actitud de desesperación. Aquel espectáculo lastimero hizo perder a Tom el hilo de su discurso de arrepentimiento y con un asombrado «¡Hola!» se quedó allí de pie, observándola en un silencio imponente. Polly no estaba llorando, y permanecía tan inmóvil que Tom empezó a sospechar que podía sufrir un ataque o sentirse mareada, de modo que se agachó con preocupación para inspeccionar aquel bulto tan patético. La vislumbre de unas pestañas secas, unas mejillas más sonrojadas de lo normal y unos labios entreabiertos fruto de una respiración fatigosa alejaron sus peores presagios; reuniendo coraje, se sentó en el sacabotas y rogó el perdón como un hombre.

Polly estaba muy enfadada, y creo que tenía derecho a estarlo, pero no era una chica resentida, y en cuanto le pasó el primer fogonazo, no tardó en sentirse mucho mejor. No era algo fácil de olvidar, pero mientras escuchaba las honestas palabras de Tom, cuya voz de vez en cuando dejaba escapar cierta aspereza, no pudo endurecer su corazón en su contra ni negarse a hacer las paces cuando él reconoció con toda franqueza que «fue una mezquindad intolerable leer su diario de aquel modo». A Polly le agradó que hubiera ido en su busca y que le pidiera perdón; había sido un acto muy generoso. Lo agradeció y le perdonó de todo corazón mucho

antes de hacerlo con los labios, ya que, a decir verdad, Polly poseía una propensión a la malicia infantil y se recreó contemplando cómo el dominante Tom mordía el polvo, para que le sirviera de lección, naturalmente. Creía necesaria aquella expiación, y consideraba perfectamente justo que Fan empapara uno o dos pañuelos y que Tom permaneciese cinco o diez minutos en un asiento incómodo mientras se echaba las culpas antes de ceder.

—Venga, dile algo a tu amigo. Además, estoy cargando con la peor parte, ya que Fan sigue llorando desconsoladamente arriba y tú aquí, escondida en un oscuro armario sin decir palabra, sin nadie que me ayude a consolaros. Me hubiera acercado a casa de los Smith para traer a mamá a casa y que ella arreglara las cosas, pero he pensado que sería como dar la espalda a los problemas y no lo he hecho —dijo Tom como último recurso.

Polly se alegró al oír que Fan estaba llorando. Le sentaría bien. Sin embargo, no pudo evitar sentir lástima por Tom, quien realmente parecía encontrarse en un apuro entre dos damiselas llorosas. Una sutil sonrisa empezó a formar un hoyuelo en la mejilla que no mantenía oculta, y, poco después, una mano apareció lentamente por debajo de la cabeza rizada y se alargó hacia él silenciosamente. Tom estaba a punto de darle un caluroso apretón cuando vio una marca roja en la muñeca y comprendió qué la había causado. Su rostro se transformó y cogió la mano regordeta con tal dulzura que Polly se asomó para comprobar qué ocurría.

—¿También me perdonarás por esto? —le preguntó en un susurro mientras le acariciaba la magullada muñeca.

—Sí, ya no me duele. —Y Polly retiró la mano lamentando que Tom la hubiera visto.

—¡Me he comportado como una bestia, ni más ni menos! —dijo Tom en un tono de gran disgusto, y, justo en aquel momento, el viejo abrigo de castor de su padre cayó sobre su cabeza y su rostro, aportando un elemento cómico a su diatriba autocondenatoria.

Por supuesto, ninguno de los dos pudo evitar reír, y cuando Tom emergió de debajo del abrigo, Polly ya estaba de pie, con un aspecto mucho mejor tras su tormenta que el que él parecía tener tras su eclipse.

—Fan se siente terriblemente mal. ¿Le darás un beso y seréis amigas si consigo que baje? —preguntó Tom al recordar a su compañera pecadora.

—Subiré yo. —Y Polly salió del armario con la misma premura con la que había entrado en él, dejando a Tom sentado en el sacabotas con un semblante radiante.

Nadie supo cómo se reconciliaron las chicas, pero tras muchas palabras y lágrimas, besos y risas, la brecha se cerró y se declaró la paz. Una ligera bruma persistió tras la tormenta, pues aquella noche Fanny se comportó tierna y humildemente; Tom, excesivamente pensativo, pero inquietantemente educado, y Polly magnánimamente cordial con todo el mundo, ya que la naturaleza generosa gusta en perdonar, y Polly disfrutó de los mimos tras el insulto como la chica humana que era.

Mientras se cepillaba el cabello antes de irse a la cama, se produjo un golpecito en la puerta y, al abrirla, tan solo encontró una botella alta y negra con una tira de franela atada alrededor a modo de corbata y una nota sobre el corcho. En su interior encontró estas líneas, escritas a la carrera con una tinta muy negra:

Querida Polly

El ungüento es lo mejor que hay para los esguinces. Empapa bien la franela y átatela a la muñeca. Por la mañana debería de estar mejor. ¿Vendrás mañana a montar en trineo conmigo? Siento mucho haberte hecho daño.

Tom

LA ABUELA

—¿Dónde está Polly? —preguntó Fan una tarde que nevaba al entrar en el comedor, donde Tom reposaba en el sofá con las botas sobre la mesa, absorto en uno de aquellos deliciosos libros en los cuales los chicos naufragan en islas desiertas, donde toda fruta, vegetal y flor se encuentra en perfecta disposición todo el año, o se pierden en bosques sin fin donde los jóvenes héroes tienen aventuras emocionantes, matan bestias imposibles y, cuando la inventiva del escritor así lo permite, encuentran inesperadamente el camino a casa cargados con pieles de tigre, mansos búfalos y otros satisfactorios trofeos fruto de su destreza.

—No lo sé —fue la breve respuesta de Tom, dado que en aquel momento estaba huyendo de un caimán de gran tamaño.

—Deja ese estúpido libro y hagamos algo —dijo Fanny tras un lánguido paseo por la habitación.

—¡Eh, lo han cogido! —fue la única respuesta del absorto lector.

—¿Dónde está Polly? —preguntó Maud, uniéndose al grupo con las manos llenas de muñecas de papel necesitadas de vestidos de baile.

—Dejadme en paz y no me molestéis —gritó Tom, exasperado por la interrupción.

—Entonces dínos dónde está. Estoy segura de que lo sabes, porque hace poco estaba aquí —dijo Fanny.

—Tal vez en la habitación de la abuela.

—¡Provocador! Lo sabías todo el rato y no nos lo has dicho para mortificarnos —le reprendió Maud.

Pero Tom estaba ahora bajo el agua, arremetiendo contra el caimán, y no se percató de la indignada marcha de las muchachas.

—Polly se pasa el día metiendo la nariz en la habitación de la abuela. No entiendo qué puede haber tan divertido allí —dijo Fanny mientras subían las escaleras.

—Polly es una niña muy rara, y la abuela la mima mucho más que a mí —indicó Maud con aire ofendido.

—Echemos un vistazo y veamos qué están haciendo —susurró Fan deteniéndose frente a la puerta entreabierta.

La abuela estaba sentada frente a un viejo y pintoresco armario, las puertas del cual permanecían completamente abiertas, revelando las descoloridas reliquias que atesoraba. Polly estaba sentada en un taburete a los pies de la anciana, mirando hacia arriba con semblante concentrado y ojos ansiosos, completamente absorta en la historia de un zapato de tacón con brocados que yacía en su regazo.

—Bueno, querida —estaba diciendo la abuela—, lo adquirió el mismo día que el tío Joe llegó mientras trabajaba y le dijo, «Dolly, debemos casarnos de inmediato». «Muy bien, Joe», dijo la tía Dolly, y después bajó al salón, donde la esperaba el ministro. No dejó de retocar el vestido que llevaba y, de hecho, se casó con las tijeras y el cojín en el bolsillo y el dedal en el dedo. Estaban en tiempo de guerra, era 1812, querida, de modo que el tío Joe estaba en el ejército y tenía que irse, pero se llevó aquel pequeño cojín con él. Aquí está, con la marca de la bala y todo, pues siempre dijo que este objeto de su Dolly le salvó la vida.

—¡Qué interesante! —gritó Polly examinando el descolorido cojín con el agujero.

—Abuela, ¿por qué nunca me has contado esa historia? —dijo Fanny entrando en la habitación al considerar aquello una agradable perspectiva para una tarde tormentosa.

—Nunca me has pedido que te cuente nada, querida, de modo que guardé mis historias para mí —respondió la abuela tranquilamente.

—Cuéntanos alguna ahora, por favor. ¿Podemos quedarnos y ver las cosas curiosas? —dijeron Fan y Maud observando con interés el armario abierto.

—Si Polly lo consiente. Ella me hace compañía, e intento entretenerla porque me agrada mucho tenerla aquí —dijo la abuela con su anticuada cortesía.

—¡Oh, sí! Que se queden a escuchar las historias. A menudo, les he contado lo bien que nos lo pasamos aquí y he intentado

convencerlas para que vinieran, pero creen que es muy aburrido. Venga, chicas, sentaos y dejad que la abuela continúe. Veréis, yo cojo algo del armario que me parece interesante y ella me cuenta cosas sobre él —dijo Polly, deseosa de incluir a las chicas en sus gustos y satisfecha de que se interesaran por los recuerdos de la abuela, ya que Polly sabía lo feliz que era la anciana al recordar su pasado y al tener a los chicos cerca.

—Hay tres cajones que aún no hemos abierto. Que cada uno elija uno y extraiga algo de él para que os cuente su historia —dijo la señora entusiasmada por aquel repentino interés en sus tesoros.

De modo que las chicas abrieron un cajón y revolvieron entre su contenido hasta hallar algo que les llamaba la atención. Maud fue la primera en decidirse y, sujetando en alto una bolsa de lino con una forma algo extraña y una gran letra F bordada en ella, exigió conocer su historia. La abuela sonrió mientras alisaba con ternura aquel objeto tan antiguo y empezaba la historia con evidente placer.

—Mi hermana Nelly y yo fuimos a visitar a una tía cuando éramos pequeñas, pero no nos lo pasamos demasiado bien porque era una mujer extremadamente estricta. Una tarde en que había salido a tomar el té y la vieja Debby, la criada, dormía en su habitación, nos sentamos en el umbral de la puerta, extrañando nuestro hogar y dispuestas a cualquier cosa que nos entretuviera. «¿Qué podemos hacer?», dijo Nelly. Y justo cuando decía aquello, una ciruela madura cayó en la hierba que teníamos delante, como respondiendo a su pregunta. Todo fue culpa de la ciruela, porque si no hubiera caído precisamente en aquel momento, jamás se me habría ocurrido una idea tan traviesa.

«Comamos todas las que queramos y venguémonos de la tía Betsey por ser tan malhumorada», dije y le entregué la mitad de aquella enorme ciruela madura.

«Sería una buena travesura», empezó Nelly, «pero supongo que no pasa nada», añadió mientras el dulce trago descendía por su garganta.

«Debby está dormida. Venga, ayúdame a sacudirlo», dije yo mientras me ponía en pie, deseosa de pasármelo bien.

Sacudimos y sacudimos hasta acabar sonrojadas, pero no cayó ninguna, ya que el árbol era alto y nuestros pequeños brazos no

eran lo suficientemente fuertes para agitar las ramas. Posteriormente lanzamos piedras, pero solo cayó una verde y otra medio madura, y mi último lanzamiento rompió la ventana del cobertizo, de modo que ahí terminó todo.

«Es tan irritante como la tía Betsey», dijo Nelly mientras nos sentábamos sin aliento.

«Ojalá soplara el viento y las hiciera caer», dije en un jadeo observando las ciruelas con ojos anhelantes.

«Si sirviera de algo, desearía que aparecieran de repente en mi regazo», añadió Nelly.

«Si eres tan perezosa para recogerlas tú misma, también podrías desear que aparecieran en tu boca y todo se habría acabado», dije decidida a hacerme con ellas.

«Sabes que no sirve de nada que lo agitemos, de modo que ¿para qué seguir hablando de ello? Fuiste tú quien tuvo la idea, veamos cómo lo consigues», replicó Nelly bastante molesta, ya que había dado un mordisco a la ciruela verde y le había hecho fruncir la boca.

«Espera un minuto y verás», grité cuando una nueva idea cruzó mi traviesa mente.

«¿Para qué te quitas los zapatos y los calcetines? No puedes subir al árbol, Fan».

«Deja de hacer preguntas y prepárate para ir recogéndolas a medida que caen, señorita Pereza».

Con aquel discurso misterioso, me metí a toda prisa en la casa, descalza y dándole vueltas a mi plan. Subí las escaleras hasta una ventana que daba al tejado del cobertizo. Salí por ella y, arrastrándome cuidadosamente hasta estar cerca del árbol, me puse en pie y cacareé como el pequeño gallo. Nelly levantó la vista y me vio ahí arriba; se echó a reír y aplaudió cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

«Resbalarás y te harás daño».

«No me importa. Conseguiré esas ciruelas aunque me rompa el cuello en el intento», y medio a rastras, medio caminando, bajé el inclinado tejado hasta que las ramas del árbol estuvieron a mi alcance.

«¡Hurra!», gritó Nelly bailando cuando mi primera sacudida envió una docena de ciruelas a su alrededor.

«¡Hurra!», grité yo mientras soltaba una rama para intentar alcanzar otra. Sin embargo, me resbaló el pie, y aunque intenté sujetarme a algo, no encontré nada, y caí con un grito sobre la hierba, como una ciruela enorme.

Por suerte, el cobertizo no era muy alto, la hierba estaba alta y el árbol detuvo la caída. Pese a todo, me hice un buen chichón y me di una buena sacudida. Nelly pensó que me había muerto y empezó a llorar con la boca llena de ciruelas. Pero me levanté en menos de un minuto, ya que estaba acostumbrada a aquel tipo de caídas y me sabía mucho peor la pérdida de las ciruelas que el dolor que podía sentir.

«¡Silencio! Debby te oirá y echará al traste toda la diversión. He dicho que las conseguiré y eso es que haré. Ves cuántas han caído conmigo».

Y así era, ya que mi caída había sacudido el árbol tanto como a mí, y estábamos completamente rodeadas de fruta verde y madura.

Para cuando el chichón de la frente tenía el tamaño de una nuez, nuestros delantales estaban medio llenos y nos sentamos para disfrutar de la captura. Aunque no lo conseguimos. ¡Oh, queridos, no! Porque la mayoría de las ciruelas no estaban maduras; algunas estaban picoteadas por los pájaros, otras más duras que una piedra. A Nelly le picó una abeja, a mí empezó a dolerme la cabeza, y nos miramos la una a la otra con expresión sombría cuando Nelly tuvo una brillante idea.

«Si las cocinamos estarán buenas, y entonces podremos guardar algunas en nuestros pequeños cubos para mañana».

«¡Eso sería maravilloso! En la cocina hay un fuego. Debby siempre deja el hervidor encima, y podemos usar su sartén. Sé dónde está el azúcar. Nos lo pasaremos en grande».

Entramos en la casa y empezamos a trabajar silenciosamente. Era un hogar grande y abierto, con el carbón muy bien cubierto, y con el gran hervidor hirviendo a fuego lento colgado del gancho. Destapamos el fuego, colocamos la sartén y, en esta, nuestras mejores ciruelas, cubiertas del agua suficiente para echarlas a perder. Aunque no lo sabíamos, y nos sentimos muy importantes mientras esperábamos que hirviera el agua, cada una armada de un cucharón y con el azúcar preparado para utilizarlo.

¡Dios santo, cuánto tardaban! Jamás había visto algo tan obstinado, pues no había forma de que se ablandaran, pese a que bailaban sin cesar en el agua hirviendo y se balanceaban contra la cubierta como si se esforzaran al máximo.

El sol empezó a ponerse y temíamos que Debby bajara, pero aquellas ciruelas seguían sin tener aspecto de salsa. Finalmente, empezaron a reventar, el agua se tornó de un bonito color púrpura y añadimos un montón de azúcar. Probamos continuamente el resultado hasta acabar con los delantales y la cara completamente rojos y los labios achicharrados por los cucharones.

«Hay demasiado jugo», dijo Nelly agitando la cabeza convencida. «Tendría que ser espeso y delicioso como el de mamá».

«Quitare un poco de jugo y podremos bebérselo», dije consciente de que había cometido un error.

Así que Nelly cogió un cazo, yo me hice con un trapo, y levanté la sartén con cuidado. Era muy pesada y estaba caliente, y aunque estaba un poco asustada, no dije nada. Justo cuando empezaba a verter el jugo, Debby nos llamó inesperadamente desde el piso de arriba:

«Niñas, ¿en qué andáis metidas?».

Nelly soltó el cazo y salió corriendo. Yo solté la sartén pero no corrí, ya que una parte del jugo caliente me salpicó los pies y las piernas desnudas y el terrible dolor me hizo gritar.

Debby bajó las escaleras precipitadamente y me encontró dando botes en la cocina con un gran chichón en la frente, un cucharón en la mano y los pies de un color violeta brillante. Las ciruelas estaban esparcidas por el suelo; la sartén en mitad de la habitación; el cuenco estaba roto y el azúcar vertido como si el cazo se hubiera volcado solo en un intento por endulzar aquel desastre por nosotras.

Debby se portó muy bien, pues no se detuvo a reprenderme sino que me sentó en el viejo sofá y vendó mis pobres piecitos con aceite y un paño de algodón. Nelly, al verme allí tumbada, pálida y débil, pensó que estaba agonizando y fue a casa del vecino en busca de tía Betsey. Interrumpió el té de las remilgadas ancianas gritando fuera de sí:

«¡Oh, tía Betsey, venga enseguida! ¡La sartén cayó del fuego y Fan tiene los pies de color violeta!».

Nadie rio ante aquel extraño anuncio. La tía Betsey corrió de vuelta a casa con el mollete en la mano y el ovillo en el bolsillo, aunque se olvidó de la calceta.

Aunque lo pasé bastante mal, no me arrepiento de nada porque al final aprendí a querer a tía Betsey. Me cuidó con ternura y la ansiedad que sintió por mí le hizo olvidar sus estrictas normas.

Tejió esta bolsa para mi comodidad, y la colgó del sofá donde pasé todos aquellos días aciagos. Para distraerme, la tía siempre la rellenaba con hermosos retales o, lo que me gustaba aún más, con galletas de jengibre y obleas de menta, aunque nunca le gustó demasiado consentir a los niños, como tampoco me gusta a mí ahora.

—Me ha gustado mucho, y desearía haber estado allí —fue el condescendiente comentario de Maud mientras devolvía la bolsita a

su lugar tras una cuidadosa inspección de su interior, como si esperara encontrar una vieja galleta de jengibre o una oblea de menta bien conservada en algún rincón de la misma.

—Aquel otoño tuvimos muchas ciruelas, pero no parecieron interesarse demasiado por ellas. Nuestra travesura se convirtió en una broma familiar y durante años no vimos ni una ciruela, aunque Nelly solía mirarme con una mueca y me susurraba: «¡Medias violetas, Fan!».

—Gracias, señora —dijo Polly—. Ahora, Fan, tu turno.

—Bueno, tengo un fajo de cartas y me gustaría saber si hay alguna historia detrás de ellas —respondió Fanny confiando en descubrir algún tipo de romance.

La abuela dio la vuelta al pequeño fajo atado con un lazo rosa descolorido, una docena de cartas escritas en papel grueso y rugoso, con láminas rojas en los pliegues, lo que demostraba claramente que habían sido escritas antes de la invención del papel de escribir y los sobres.

—No son cartas de amor, querida, sino misivas de mis compañeras después de abandonar el internado de la señorita Cotton. No creo que haya historias de ese tipo —y la abuela les dio la vuelta con las gafas frente a sus turbios ojos, tan jóvenes y despiertos cuando leyeron por primera vez aquellas mismas palabras.

Fanny estaba a punto de decir «Escogeré otra cosa» cuando la abuela empezó a reír tan efusivamente que las chicas creyeron que había recordado alguna historia alegre con la que las entretendría.

—Por el amor de Dios, no había pensado en esta aventurilla en los últimos cuarenta años. Pobre y frívola Sally Pomroy, ¡y ahora es bisabuela! —gritó la anciana tras leer una de las misivas y limpiar la niebla de sus gafas.

—Háblanos de ella, por favor. Si te hace reír de ese modo, debe de ser algo realmente gracioso —dijeron Polly y Fan al unísono.

—Bueno, fue realmente gracioso, y me alegro de haberlo recordado porque es justo la historia que deben escuchar unas jovencitas como vosotras.

—Sucedió hace muchos años —empezó la abuela vivamente—, y en aquel entonces los profesores eran mucho más estrictos que hoy

en día. En el internado de la señorita Cotton, a las chicas no se les permitía tener la luz encendida en su habitación pasadas las nueve de la noche, no podían salir solas y debían comportarse como modelos de buen decoro desde la mañana hasta la noche.

Como podréis imaginar, diez jovencitas llenas de vida y deseosas de pasárselo bien encontraban aquellas reglas difíciles de cumplir, y compensaban las buenas maneras en público con infinidad de aventuras en privado.

La señorita Cotton y su hermano solían sentarse en el salón trasero cuando se terminaban las clases y las jovencitas se marchaban a la cama. El señor John era sordo y la señorita Priscilla bastante corta de vista; dos aflicciones muy útiles para las chicas en determinadas ocasiones, aunque en una demostraron ser todo lo contrario, como descubriréis.

Nos habíamos comportado muy bien durante una semana, y nuestros contenidos espíritus no pudieron soportarlo más, de modo que planeamos hacer algo divertido, esforzándonos por diseñar una buena estrategia para su ejecución.

El primer obstáculo fue superado del siguiente modo. Como ninguna podía salir sola, decidimos bajar a Sally por su ventana, pues era una chica ligera, bajita y muy lista.

Con todo el dinero que disponíamos, Sally debía comprar frutos secos y caramelos, pasteles y fruta, empanadas y una vela, para poder tener una luz cuando Betsey se llevara la nuestra, como siempre.

Cubriríamos la ventana de la habitación interior, colocaríamos a un vigilante en la entrada, prenderíamos la vela y nos lo pasaríamos en grande.

A las ocho en punto de la tarde acordada, varias chicas aseguramos sentirnos muy cansadas y subimos a nuestras habitaciones, mientras las otras seguían cosiendo virtuosamente con la señorita Cotton, quien leía en voz alta Las obras sagradas de Hannah More, disponiendo a las oyentes para acudir a la cama con la misma eficacia que lo hubiera hecho el opio.

Siento decir que yo era una de las cabecillas, y en cuanto llegamos al piso de arriba, dispusimos la cuerda que teníamos lista para tal propósito e invitamos a Sally a bajar por ella. Era una casa

muy vieja, con una pendiente en la parte trasera, y la ventana que elegimos no estaba a muchos metros del suelo.

Era una tarde de verano, de modo que a las ocho aún era de día, pero no temíamos que nos descubrieran porque la calle era muy solitaria y nuestros únicos vecinos eran dos ancianas que corrían las cortinas cuando el sol se ponía y no miraban por la ventana hasta la mañana siguiente.

Habíamos sobornado a Sally con todas las «chucherías» que pudiera comer, y como era una cabeza loca, estuvo dispuesta a todo.

Le atamos la cuerda alrededor de la cintura, Sally salió por la ventana y la dejamos en el suelo con cuidado. Tras ella, bajamos una gran cesta, y vimos cómo daba la vuelta a la esquina con mi cofia de ala ancha y el chal de otra chica para pasar desapercibida.

Entonces nos pusimos los camisones sobre el vestido y cuando apareció Betsey, más pronto de lo habitual, estábamos tumbadas tranquilamente en la cama, pues era evidente que la señorita Cotton sospechaba de nuestro súbito cansancio.

Durante la media hora que esperamos la señal acordada con Sally, no dejamos de reír y cuchichear. Finalmente, oímos el estridente gorjeo de un grillo y cuando nos abalanzamos sobre la ventana, distinguimos una pequeña figura a la luz de la luna.

«¡Oh, rápido! ¡Rápido!», gritó Sally jadeando apresuradamente. «Subid la cesta y después a mí. He visto al señor Cotton en el mercado y he venido corriendo para llegar antes que él».

Subimos la pesada cesta, golpeando y rascando la pared exterior, y de su interior emergía un aroma delicioso. Volvimos a echar la cuerda y con un tirón largo, otro poderoso y otro todas juntas, subimos a Sally hasta mitad de camino, pero desgraciadamente la cuerda resbaló y Sally se precipitó al suelo. No se rompió ningún hueso porque cayó sobre el cono de heno que había bajo la ventana.

«¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! ¡Oh, venga, subidme, por el amor de dios!», gritaba Sally gateando con sus pies ilesos pero temblorosos.

Vimos cómo se aproximaba una figura oscura y tiramos de ella con algún que otro golpe y rasguño y la abrazamos con éxtasis,

pues habíamos conseguido que no nos descubriera el señor John, cuyos ojos eran tan penetrantes como embotado era su oído.

Oímos abrirse la puerta principal y después un murmullo de voces y después los pasos de Betsey subiendo las escaleras.

Ocultamos la cesta bajo la cama y las conspiradoras nos cubrimos con las sábanas. Nada podría haber resultado más decoroso que la apariencia de la habitación cuando Betsey asomó la cabeza.

«El amo es un viejo inquieto. Mira que enviarme otra vez escaleras arriba solo porque le ha parecido ver a alguien asomado por la ventana. Solo es una cortina agitándose, o una persiana. Las pobrecillas duermen como ovejitas».

Oímos cómo se decía esto a sí misma y una risa ahogada recorrió todos los cubrecamas en cuanto se hubo marchado.

Sally estaba exultante por el éxito de su misión y se puso a bailar como un elfo mientras se ponía el camisón sobre el vestido, se trenzaba el pelo en extraños tirabuzones y se colocaba el gran cojín de las agujas rojo en el pecho a modo de medalla en honor de las celebraciones.

Las otras chicas se marcharon a sus respectivas habitaciones, tal y como habían acordado, y en poco tiempo todo quedó a oscuras y en silencio en el piso de arriba. Mientras tanto, la señorita Cotton se disponía a disfrutar de su tiempo en el piso de abajo, como era su costumbre en cuanto «las jóvenes a su cargo» estaban perfectamente a salvo.

Entonces los fantasmas empezaron a caminar, y los ratones regresaron alarmados a sus agujeros, ya que diversas figuras blancas se deslizaban de una habitación a otra, hasta reunirse todas en la pequeña sala.

Una vigilante se apostó en la puerta principal, se acordó la señal, se prendió la vela y la fiesta comenzó sobre un periódico dispuesto en la cama, con la colcha dispuesta de tal modo que pudiera cubrir el refrigerio en el caso de que se diera la alarma.

¡Qué delicioso estaba todo! Creo que jamás he probado pasteles tan deliciosos como aquellos medio rotos, devorados apresuradamente, en aquella habitación que parecía un pequeño horno, con Sally haciendo bromas y las otras chicas disfrutando de

los dulces robados con placer infantil. Por supuesto que fue una travesura, pero debo contaros la verdad.

Acabábamos de empezar con el pastel cuando nos interrumpieron los fuertes arañazos de una rata.

«¡La señal! ¡Corred! ¡Volad! ¡Ocultaos! ¡Silencio, no riais!», gritaron varias voces, y nos metimos en la cama lo más rápida y silenciosamente que pudimos, con las manos y bocas llenas.

Una larga pausa seguida de más arañazos, pero como nadie aparecía, decidimos enviar a alguien para que averiguara lo que ocurría. Fui en busca de Mary, la vigía que habíamos elegido, y la encontré medio dormida y deseando formar parte también de la fiesta.

«Era un rata de verdad. Yo no he hecho ningún ruido. Vuelve a la habitación y acabad. Estoy cansada de esto», dijo Mary apartando con la mano los mosquitos.

Regresé apresuradamente con las buenas noticias. Todas salieron de la cama enérgicamente. Volvimos a prender la vela y reemprendimos nuestro festín. Pese a que las chucherías estaban algo dañadas después que Sally cayera sobre ellas, no nos importó y en poco tiempo acabamos con ellas.

«Ahora comámonos los frutos secos», dije yo buscando a tientas la bolsa de papel.

«Son almendras y cacahuetes. Podemos partarlos con los dientes. Asegúrate que coges la bolsa por el lado correcto», dijo Sally.

«Ya sé lo que hago», y para demostrárselo, agité la bolsa ligeramente y los frutos secos salieron volando, repiqueteando como una granizada sobre el suelo sin moqueta.

«¡Ahora sí que la has hecho buena!», gritó Sally mientras Mary arañaba como una rata enloquecida y una puerta crujía en el piso inferior, pues la señorita Cotton no era precisamente sorda.

¡Menuda actividad se inició entonces! Apagamos la vela y todas salimos de la habitación apresuradamente cargando con tantas chucherías como pudimos. Sally se zambulló en su cama, echando por tierra lo que quedaba del pastel y enviando la vela al otro lado de la habitación.

A la pobre Mary casi la pillan, ya que la señorita Cotton era más rápida que Betsey, y nuestra vigía tuvo que correr por su vida.

Nuestra habitación era la primera, y estaba ordenada, aunque los dos rostros acalorados sobre las almohadas resultaban bastante sospechosos. La señorita Cotton lo inspeccionó todo con la mirada. Tenía un aspecto tan gracioso sin su gorro que a mi compañera de cama se le habría escapado una risita si no le hubiera pellizcado bajo las sábanas.

«Jovencitas, ¿qué ha sido ese ruido indecoroso?».

Ninguna respuesta por nuestra parte salvo un débil ronquido. La señorita Cotton avanzó a la siguiente habitación, hizo la misma pregunta y obtuvo idéntica respuesta.

En la tercera habitación dormía Sally. Temblamos cuando se acercó a ella. Nos incorporamos sobre la cama y escuchamos sin osar respirar.

«Sarah, te ordeno que me digas que ha ocurrido».

Pero Sally se limitó a suspirar en sueños y a suspirar maliciosamente:

«Mamá, llévame a casa. En Cotton me muero de hambre».

«¡Tened misericordia! ¿Tendrá fiebre esta niña?», gritó la anciana, quien no se percató de los reveladores frutos secos esparcidos por el suelo.

«¡Tan aburrida, tan estricta! ¡Oh, llévame a casa!», dijo Sally en un gemido, agitando los brazos y balbuceando como una traviesa gitanilla.

Aquella última parte de su actuación arruinó toda la empresa, pues al levantar los brazos, reveló el gran cojín rojo de su pecho. Por muy corta de vista que fuera la señorita Cotton, aquel ridículo objeto no podía pasarle desapercibido, como tampoco lo hizo la naranja que cayó rodando de debajo de la almohada ni las botas que aparecieran bajo la cama.

Con energía renovada, la anciana apartó la colcha y Sally apareció vestida à la Topsy, con su absurda medalla y sus botas polvorientas entre papeles de caramelos, trozos de pastel y empanadas, naranjas y manzanas y una vela boca abajo que había dejado un agujero chamuscado en las sábanas.

Ante la horrorizada exclamación de la señorita Cotton, Sally se despertó y empezó a reír con tal alegría que el resto no pudimos evitar seguir su ejemplo, hasta que todos los dormitorios se llenaron

de risas durante varios minutos. No sé cuándo lo habríamos dejado si Sally no se hubiera atragantado con el fruto seco que tenía en la boca y nos hubiera asustado a todas.

—¿Qué ocurrió con las chucherías y cómo os castigaron? — preguntó Fan en mitad de una carcajada.

—Los restos de la fiesta fueron a parar a los cerdos, y estuvimos a pan y agua durante tres días.

—¿Y sirvió de algo?

—¡Oh, no, querida! Aquel verano tuvimos una docena más de aventuras, y aunque no puedo evitar reírme al recordarlo, no debéis pensar, jovencitas, que apruebo ese tipo de comportamiento o que lo acepto. No, no, queridas, todo lo contrario.

—¡A eso llamo yo una historia de primera! Vamos, abuela, cuéntenos una de chicos —interrumpió una nueva voz. Tom estaba sentado a horcajadas sobre una silla, escuchando y riendo con ganas pues había terminado de leer el libro y se había unido a la fiesta sin que nadie se percatara.

—Espera a tu turno, Tommy. Ahora le toca a Polly —dijo la abuela con una expresión tan saludable y feliz que resultaba evidente que «los recuerdos» le hacían mucho bien.

—Yo seré la última, dejad que Tom sea el siguiente —dijo Polly mirando a su alrededor e indicándole con un gesto que se aproximara.

Lo hizo y se sentó con las piernas cruzadas frente al cajón inferior del armario. La abuela lo abrió por él, diciéndole con un golpecito cariñoso en su rizada cabeza:

—Ahí, querido, es donde guardo los pequeños recuerdos de mi hermano Jack. Pobrecillo, se perdió en el mar, ¿sabéis? Bueno, escoge lo que quieras e intentaré recordar su historia.

Tom rebuscó en el interior del cajón rápidamente y pescó una pequeña pistola rota.

—¡Esto es perfecto para mí! Qué lástima que esté rota, sino nos lo pasaríamos en grande disparando a los gatos en el jardín. Adelante, abuela.

—Recuerdo una travesura de Jack en la que eso se utilizó muy eficazmente —dijo la abuela tras una pausa meditabunda durante la

cual Tom se burló de las chicas haciendo chasquear el martillo de la pistola ante sus caras.

—Érase una vez —continuó la abuela satisfecha por el corro de rostros interesados ante ella—, mi padre se marchó en viaje de negocios, dejando a mi madre, a mi tía y a nosotras al cuidado de Jack. Evidentemente, se sentía muy orgulloso ante aquella responsabilidad, y lo primero que hizo fue cargar esa pistola y ocultarla bajo su cama, lo que nos llenó a todas de una gran preocupación por si se disparaba accidentalmente. Durante una semana todo fue bien. Entonces supimos que un grupo de bandidos rondaba por la zona. Por el pueblo circulaban todo tipo de historias; en aquel entonces vivíamos en el campo. Algunos afirmaban que algunas casas eran marcadas con una cruz negra, y que esas acababan siendo asaltadas; otros aseguraban que había un niño en la banda que lo utilizaban para colarse por las ventanas más pequeñas. En cierto lugar, los ladrones celebraron una cena y dejaron jamón y pasteles en el jardín delantero. La señora Jones encontró el chal de la señora Smith en su huerto, con un martillo y una tetera desconocida a su lado. Un hombre informó de que alguien había golpeado su ventana por la noche y que había dicho en un susurro. «¿Hay alguien ahí?», y que cuando miró por ella, vio a dos hombres corriendo por el camino.

Vivíamos a las afueras del pueblo, en un paraje solitario. La casa era antigua, con prácticas ventanitas y cinco puertas que daban al exterior. Jack era el único hombre en la casa, y apenas llegaba a los trece años. Mamá y la tía eran muy tímidas, y los niños eran demasiado pequeños de modo que Jack y yo éramos los únicos guardianes de la casa y estábamos decididos a defender la familia valerosamente.

—¡Muy bien hecho! ¡Confío en que esos tipos vinieran! —grito Tom, encantado por cómo empezaba la historia.

—Cierta día, un hombre con un aspecto algo extraño se acercó a la casa y nos pidió algo de comer —continuó la abuela con un asentimiento misterioso—, y mientras comía me fijé en que lo observaba todo atentamente, desde los pomos de madera de la puerta trasera a la urna y jarras de plata en el aparador del comedor.

Me invadió una desconfianza repentina y le observé como un gato vigila a los ratones.

«Ha venido a examinar la casa, estoy segura, pero estaremos preparados», dije con ferocidad cuando le hablé de él a la familia.

Aquella idea nos persiguió a todos, y los preparativos fueron algo extraños. Mamá pidió prestado un sonajero y lo escondió bajo la almohada. La tía se llevó a la cama una gran campana. Los niños tenían al pequeño Jip, el terrier, para hacerles compañía, mientras Jack y yo hacíamos guardia, él con la pistola y yo con un hacha porque no me gustaban las armas de fuego. Bidy, que dormía en el ático, ensayó la huida por el tejado del cobertizo para poder escapar a las primeras de cambio. Cada noche colocábamos trampas para los ladrones, y todos nos íbamos a la cama cargados de platos, dinero, armas y demás para formar barricadas, como si estuviéramos en tiempos de guerra.

Esperamos una semana pero no ocurrió nada, y empezamos a sentirnos algo desairados, pues otras personas tuvieron «su sobresalto», como diría Tom, y después de todos los preparativos, nos sentimos algo decepcionados al no tener la oportunidad de demostrar nuestro valor. Finalmente, apareció la marca negra en nuestra puerta, lo que provocó un gran pánico pues sentimos que había llegado nuestra hora.

Aquella noche colocamos un cubo de agua al pie de las escaleras traseras y un montón de cacerolas de hojalata en la parte superior de las escaleras principales para que cualquier intento de subir por ellas provocara un chapoteo o un repiqueteo. Colgamos campanas en los pomos de las puertas, ramitas apiladas en oscuros rincones para que los ladrones tropezaran con ellas, y la familia se retiró, todos armados y provistos de lámparas y cerillas.

Jack y yo dejamos la puerta abierta y no dejamos de preguntarnos el uno al otro si no habíamos oído algo hasta que él se quedó dormido. Yo estaba desvelada y me quedé escuchando los grillos hasta que el reloj dio las doce, momento en el cual me quedé amodorrada. Estaba a punto de quedarme dormida cuando el sonido de pasos en el exterior me desveló completamente. Me arrastré hasta la ventana y pude ver, a la débil luz de la luna, una sombra deslizándose por la esquina. Un extraño estremecimiento

me recorrió todo el cuerpo pero decidí mantener la calma hasta estar segura de que algo iba mal. Eran tantas las alarmas falsas que había dado que no quería que Jack volviera a reírse de mí. Saqué la cabeza por la puerta, escuché atentamente y oí unos rasguños procedentes del cobertizo.

«Aquí están, pero no quiero despertar a nadie hasta que suenen las campanas o caigan las cacerolas. Los granujas no pueden ir muy lejos sin algún repiqueteo que otro, y si podemos atrapar a uno, conseguiremos la recompensa y la gloria», me dije a mí misma mientras sujetaba con fuerza el hacha.

Una puerta se cerró suavemente en el piso de abajo y unos pasos se aproximaron a las escaleras traseras. Convencida ya de la presencia de mi presa, estaba a punto de gritar «¡Jack!» cuando algo tropezó con el cubo de agua frente a las escaleras traseras.

En poco menos de un minuto todo el mundo estaba en pie, ya que Jack había disparado la pistola antes incluso de salir de la cama y había gritado «¡Fuego!» con tal energía que despertó a toda la casa. Mamá sacó su sonajero, la tía tocó su campana, Jip ladró como un loco y nosotros gritamos mientras subía del piso inferior un alarido típicamente irlandés.

Alguien trajo una lámpara e inspeccionamos con angustia la planta baja, aunque lo único que descubrimos fue a nuestra estúpida Biddy sentada en el cubo, retorciéndose las manos y lloriqueando tristemente.

Nos reímos tanto que apenas nos quedaron fuerzas para sacar a la pobre criatura del cubo o escucharla mientras nos explicaba cómo había salido por la ventana para encontrarse con Mike y cómo, a su regreso, la había encontrado cerrada. Se había quedado sentada en el tejado intentando descubrir la causa de aquel misterio hasta que se cansó y rodeó la casa, donde encontró la ventana de la bodega abierta, pese a todos nuestros esfuerzos. Y por ella penetró astutamente, o eso creía ella, pero el cubo era una nueva disposición con la que ella no contaba, y cuando cayó en el «susodicho» quedó tan desconcertada que lo único que pudo hacer fue lloriquear.

Aquel no fue el único daño, ya que la tía sufrió un mareo, mamá se cortó la mano con una lámpara rota, los niños se resfriaron al

brincar por las escaleras mojadas, Jip se quedó afónico de tanto ladrar, yo me torcí el tobillo y Jack no solo rompió un espejo con las balas sino que echó a perder la pistola al cargarla con munición demasiado potente. Tras reparar los daños y una vez el frenesí se hubo disipado, Jack confesó haber sido él quien marcó la puerta para pasárselo bien y para dejar a Bidy en el exterior como castigo por «callejear», pues no lo aprobaba en absoluto. ¡Aquel crío era un buen pillo!

—¿Pero los ladrones no vinieron nunca? —gritó.

Tom, disfrutando la historia pero decepcionado por el combate.

—Nunca, querido, pero tuvimos nuestro «sobresalto», y demostramos nuestro valor, lo que fue una gran satisfacción respondió la abuela plácidamente.

—Bueno, yo creo que eras la más valiente de todos. Me hubiera gustado verte paseándote por ahí con tu hacha —añadió Tom con admiración, y la anciana pareció agradecer el cumplido como lo haría una jovencita.

—Escojo esto —dijo Polly sosteniendo entre las manos un guante de niño largo y blanco, amarillento y consumido por el tiempo pero con un aspecto que prometía aventuras.

—¡Ah, eso sí tiene una historia digna de contar! —gritó la abuela, añadiendo con orgullo—: Trata ese viejo guante con respeto, querida, pues lo tocó la mano del distinguido Lafayette.

—Oh, abuela, ¿te lo pusiste? ¿Lo conociste? Cuéntanos la historia, seguro que es la mejor de todas —gritó Polly, a quien le encantaba la historia y conocía muchas cosas del galante francés y de su valerosa vida.

A la abuela le encantaba aquella historia y siempre que la contaba adoptaba una actitud imponente que hiciera honor al tema.

Poniéndose en pie, por tanto, se cruzó de brazos y, tras aclararse la garganta un par o tres de veces, inició el relato con la mirada ausente, como si sus ojos contemplaran un tiempo remoto que se iluminara a medida que lo observara.

—La primera visita de Lafayette fue antes de que yo naciera, por supuesto, pero oí tantas cosas de ella de mi abuelo que tuve la sensación de haberla presenciado. En aquel tiempo, nuestra tía Hancock vivía en la casa del gobernador, en Beacon Hill. —En este

punto, la anciana se puso aún más rígida, pues estaba muy orgullosa de «nuestra tía»—. ¡Ah, queridos, aquellos eran los buenos viejos tiempos! —continuó con un suspiro—. Aquellas comidas y reuniones de té, aquellos manteles de damasco y elegantes vajillas, aquellos muebles tan sólidos y hermosos, aquellos elegantes carruajes. El de la tía estaba forrado de terciopelo rojo, y cuando le quitaron el coche tras la muerte del gobernador, arrancó la tela y con ella hizo chaquetas para las chicas. Queridos niños, con qué alegría recuerdo jugar en el gran jardín de la tía, y perseguir a Jack por aquellas escaleras serpenteantes, y a mi adorado padre, enfundado en su abrigo color ciruela y sus hebillas en el pantalón, la cola que le hacía cada día, el modo en que acompañaba a la tía para comer, con aquel aspecto tan digno y espléndido.

La abuela pareció olvidar la historia momentáneamente y convertirse de nuevo en una niña pequeña, rodeada de compañeros de juego fallecidos años atrás. Polly indicó a los otros que guardaran silencio, y la anciana señora, tras un profundo suspiro, regresó al presente y continuó.

—Bueno, como iba diciendo, el gobernador quería ofrecer un desayuno a los oficiales franceses, y la señora, que era un alma hospitalaria, les preparó uno espléndido. Sin embargo, por omisión o accidente, se descubrió en el último instante que se había terminado la leche.

«Se necesitaba mucha, y poca podía comprarse o pedirse prestada, de modo que la desesperación cundió entre los cocineros y criadas. El gran desayuno habría sido un fracaso si la señora, con la presencia de mente típica de su sexo, no hubiese recordado las vacas que pacían en las tierras comunales.

»Evidentemente, pertenecían a sus vecinos, y no había tiempo para pedir permiso, pero se trataba de un asunto de importancia nacional. Nuestros aliados debían ser alimentados, y convencida de que sus patrióticos amigos entregarían dichosos sus vacas al altar de su país, la señora Hancock asumió la gloria al dar la orden, con toda la calma que pudo reunir, de que las vacas fueran ordeñadas.

»Así se hizo, para gran sorpresa de las vacas y la completa satisfacción de los invitados, entre los cuales se encontraba el

propio Lafayette.

»La proeza de las vacas fue un acontecimiento de tales proporciones que nadie pareció recordar mucho sobre la presencia del gran hombre, aunque uno de sus oficiales, un conde, se puso en evidencia al beber más de la cuenta y meterse en la cama con las botas y las espuelas puestas, lo que provocó la destrucción de la mejor colcha adamascada de la tía, dado que el agitado durmiente despertó rodeado de harapos a la mañana siguiente.

»Pese a que quedó hecho jirones, la tía supo de su valor y lo conservó como un recuerdo de sus distinguidos invitados.

»La primera vez que vi a Lafayette fue en 1825, y en aquella ocasión no hubo ningún conde borracho. El tío Hancock, un hombre dulce, queridos, aunque hoy en día hay quien le considera mezquino, había fallecido y la tía se había casado con el capitán Scott.

»No es precisamente lo mejor que podría haber hecho. Pero eso no es el tema que nos ocupa. Por entonces vivía en la calle Federal, una calle de lo más aristocrático en aquel tiempo, niños, y nosotros vivíamos muy cerca.

»El Viejo Josiah Quincy era el alcalde la ciudad, y le envió una nota a la tía en la que le comunicaba que el marqués Lafayette deseaba mostrarle sus respetos.

»Evidentemente, la tía estaba encantada, y todos nos dispusimos a prepararnos para su visita. Aunque la tía era una dama anciana, se arregló con esmero, ansiosa por parecer una jovencita».

—¿Qué se puso? —preguntó Fanny con interés.

—Llevaba un vestido de satén de color metálico, adornado con lazos negros y en su gorro llevaba prendida una insignia de Lafayette de satén blanco.

«Jamás olvidaré lo h-e-r-mosa que estaba sentada en el sofá del salón principal, justo debajo del retrato de su primer marido, rodeada por la señora Storer y la señora Williams, ambas de lo más elegantes en sus rígidas sedas, ricos lazos e imponentes turbantes. Hoy en día ya no vemos a damas mayores tan espléndidas...».

—En ocasiones sí —dijo Polly con astucia.

Aunque la abuela negó la cabeza, le complacía sobremanera ser objeto de admiración, pues había sido toda una belleza en su

juventud.

—Las chicas habíamos decorado la casa con flores. El viejo señor Coolidge envió una cesta llena de telas. Joe Joy suministró las insignias y la tía hizo traer vino Revolucionario de la vieja bodega de la calle Beacon.

»Yo me puse un vestido verde y blanco, con el pelo recogido muy arriba, las hermosas mangas en pico y esos guantes.

»El general se aproximó escoltado por el alcalde. ¡Queridos, aún puedo verlo! Un anciano de corta estatura, con pantalones y chaleco amarillo, una chaqueta larga de color azul y una camisa de volantes, apoyado en su bastón, pues era cojo, y sonriendo e inclinándose como un auténtico francés.

»Al acercarse más, las tres damas se pusieron en pie e hicieron una reverencia con la mayor dignidad. Lafayette se inclinó primero ante el retrato del gobernador y después ante la viuda de este, a quien también besó en la mano.

»Fue algo curioso, ya que en el reverso de su guante estaba estampado el retrato de Lafayette, de modo que el galante anciano besó su propio rostro.

»Entonces se presentó a algunas de las jóvenes damas, y, como si pretendiera evitar otro saludo a sí mismo, el marqués besó a las jovencitas en la mejilla.

»Sí, queridos, aquí es cuando el venerable anciano me saludó a mí. Me siento tan orgullosa de ello como me sentí entonces, pues era un hombre valeroso y bueno que nos ayudó en solventar nuestras contrariedades.

»No se quedó mucho tiempo, pero fuimos dichosas bebiendo a su salud, recibiendo sus cumplidos y disfrutando del honor que nos hacía.

»Por supuesto, en la calle se reunió una multitud y, cuando salió, querían dejar de lado los caballos y llevarlo a casa a hombros. Pero él no lo quiso, y mientras se decidía aquella cuestión, las chicas le lanzamos flores que cogimos de los jarrones, paredes y de nuestros propios pompones.

»Aquello le agradó, y nos sonrió y nos saludó con la mano mientras corríamos a su lado y le lanzábamos más y le rogábamos que volviera.

»Aquella noche los jóvenes perdimos la cabeza, por lo que no recuerdo cómo regresé a casa exactamente. Lo último que recuerdo es estar asomada a la ventana junto a un grupo de chicas observando cómo se alejaba el carruaje mientras la muchedumbre aclamaba como enloquecida.

«¡Cielo santo, me parece escucharlos ahora! ¡Viva Lafayette y el alcalde Quincy! ¡Viva la señora Hancock y las hermosas niñas! ¡Viva el coronel May! ¡Tres hurras por Boston! ¡Ahora y siempre! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!».

Y entonces la anciana dama se detuvo al quedarse sin aliento, con el gorro torcido, las gafas en la punta de la nariz y la calceta toda deshecha al haberla agitado con entusiasmo mientras se apoyaba en el brazo de su silla aclamando a un Lafayette imaginario.

Las chicas aplaudieron y Tom gritó un «viva» con todo su fervor, añadiendo en cuanto recuperó el aliento:

—Lafayette era todo un personaje. Siempre me ha gustado.

—¡Querido! Qué forma más irrespetuosa de referirse a un gran hombre —dijo la abuela sorprendida ante la irreverencia de los jóvenes americanos.

—Bueno, era un personaje, de eso no cabe duda, ¿por qué no debería llamarlo de ese modo? —preguntó Tom, convencido de que el término censurado era lo mejor que podía esperarse en la vida.

—Qué guantes más extraños se llevaban entonces —interrumpió Fanny, quien se había probado el distinguido guante y lo encontraba demasiado estrecho.

—Mucho mejores y más baratos que los de hoy en día —le contestó la abuela dispuesta a defender «los buenos tiempos pasados» contra cualquier insinuación—. Hoy en día sois muy extravagantes, y no sé adónde iremos a parar. Por cierto, en algún sitio tengo dos cartas escritas por dos jovencitas, una de 1517 y la otra de 1868. Creo que el contraste entre ambas os sorprenderá.

Tras una corta búsqueda, la abuela extrajo un antiguo portafolio, y tras seleccionar los documentos, leyó la siguiente carta, escrita por Ana Bolena antes de casarse con Enrique VIII, y ahora en manos de un reconocido anticuario:

Querida María:

Aunque llevo en la ciudad casi un mes, aún no he encontrado nada que me atraiga en Londres. Nos levantamos tan temprano por la mañana —apenas poco después de las seis— y nos acostamos tan tarde por las noches —pocos días antes de las diez— que ya no puedo soportarlo, y si no fuera por la cantidad de cosas hermosas que recibo cada día, estaría impaciente por regresar al campo.

Mi indulgente madre compró ayer, a un mercader de Cheapside, tres vestidos que costaron catorce peniques en total, y voy a tener un nuevo par de zapatos para el baile de Lord Norfolk que costaron tres chelines.

La vida disipada que he llevado desde mi llegada a este lugar ha acabado con mi apetito. Sabes que en el campo soy capaz de desayunar una libra de tocino y una jarra de cerveza, pero en Londres me cuesta incluso ingerir la mitad, aunque debo reconocer que espero con ansiedad la hora de la comida, la cual se retrasa hasta las doce en esta nuestra elegante sociedad.

Ayer por la noche jugué a la gallina ciega en casa de Lord Leicester. Lord Purrey también estaba allí, un hombre de gran elegancia que interpretó una canción compuesta por él mismo sobre la Hija de lord Kildare. Recibió muestra aprobación y mi hermano me susurró al oído que la hermosa Geraldine, por quien Lord Purrey profesa un amor sincero, es la mujer más distinguida de su generación. Me gustaría conocerla, pues he oído que es tan buena como hermosa.

Te ruego que cuides del potro durante mi ausencia. ¡Pobrecillos! Siempre me encargaba de darles de comer, y si Margery ha terminado las manoplas carmesí, me encantaría tenerlas aquí en cuanto fuera posible.

Adiós, querida Mary. Me voy a misa, y tú deberías decir tus plegarias inmediatamente, ahora que te envío mi afecto.

Ana Bolena

—¡En pie a las seis y creía que irse a la cama a las diez era tarde! Que chica más pueblerina debía de ser Ana. Tocino y cerveza para desayunar y la comida a las doce. ¡Qué forma más extraña de vivir! —exclamó Fanny—. Lord Surrey y Lord Leicester parecían elegantes, pero la gallinita ciega y manoplas rojas, y zapatos por tres chelines, ¡qué horror!

—A mí me gusta —dijo Polly pensativamente—, y me alegro de que la pobre Ana se lo pasara bien antes de que empezaran sus problemas. ¿Podría copiar esta carta algún día, abuela?

—Sí, querida, será un placer. Ahora pasemos a la otra, escrita por una chica moderna durante su primera visita a Londres. Esta será más de tu agrado, Fan —y la abuela leyó lo que una amiga le había enviado para completar el retrato algo reducido de Ana sobre la vida de Londres.

Querida Constance

Después de tres meses de intensa actividad, aprovecho la oportunidad para contarte qué me ha parecido mi primera visita a Londres. Al haber estudiado en el extranjero, tuve la sensación de llegar a una ciudad completamente extraña. Al principio, el humo, la suciedad y el ruido me resultaron de lo más desagradable, pero poco después me acostumbré a todo aquello y ahora encuentro todo lo que veo perfectamente fascinante.

Al llegar, nos sumergimos en un torbellino de actividades, y no he podido pensar en otra cosa a parte del placer. Nos encontramos en el punto álgido de la temporada, y cada hora del día está ocupada por los bailes, los conciertos, el teatro, las fiestas y la iglesia, o los preparativos correspondientes. A menudo, acudimos a dos o tres fiestas cada tarde, y en pocas ocasiones regresamos a casa antes de la mañana siguiente por lo que solemos levantarnos al mediodía. Esto nos deja muy poco tiempo para los recados, las compras y las visitas antes de la cena de las ocho, cuando empiezan de nuevo todas las actividades.

La última noche, en un baile en casa de Lady Russell, vi al Príncipe de Gales y bailé con él en la pista. Se está haciendo un hombre corpulento, aunque algo disoluto. Me decepcionó, ya que ni su apariencia ni su conversación me parecieron principescos. Me presentaron a un joven caballero muy brillante y agradable originario de América. Me pareció fascinante, y me sorprendió descubrir que era el autor de unos poemas que causaron gran admiración la temporada pasada; además, es el hijo de un rico sastre. ¡Qué extraños son estos americanos, con su dinero, talento e independencia!

Oh, querida, también debo hablarte del gran evento de mi primera temporada. ¡Me presentarán en la próxima Recepción! Imagina lo ocupada que estoy con los preparativos de ese gran acontecimiento. Mamá está decidida a organizarlo todo, y nos hemos pasado las dos últimas semanas visitando sombrererías y boneterías, mercaderes y joyeros. Llevaré un vestido de satén blanco y p fumas, perlas y rosas que cuesta cien libras o más, y es muy elegante.

Mis primas y amigas me han regalado cosas adorables, y cuando veas mis sedas y lazos, chucherías y sombreros franceses, por no mencionar los billets doux, fotografías y otras reliquias de la primera temporada de una joven belleza hasta tus ojos poco sofisticados quedaran asombrados.

Me preguntas si pienso en casa alguna vez. No tengo mucho tiempo, pero a veces echo de menos la tranquilidad, el aire puro y los divertimentos infantiles que solía disfrutar tanto. Una se vuelve pálida, y vieja, y terriblemente delgada con toda esta actividad, por muy agradable que sea. Ya me siento bastante displicente.

Sí pudieras enviarme las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y el espíritu alegre que siempre tuve en casa, te lo agradecería. Pero como no es posible, por favor, envíame una botella de agua de lluvia de junio, pues mi doncella dice que es el mejor cosmético que existe para el cutis, y el mío cada día que pasa está peor.

Supongo que un poco de fruto de nuestros árboles tampoco me iría mal, ya que no tengo apetito y mamá está desolée. No se puede vivir de la cocina francesa sin dispepsia, y aquí no se come nada sencillo, pues, como todo lo demás, la comida está regulada por la moda.

Adiós, ma chère. Debo vestirme para ir a la iglesia. Ojalá pudieras ver mi nuevo sombrero y acompañarme, pues Lord Rockingham prometió acudir.

Adiós, tuya para siempre,
Florence

—Sí, esta me gusta más. Me hubiera gustado estar en el lugar de esa chica, ¿a ti no, Polly? —dijo Fan cuando la abuela se quitó las gafas.

—Me hubiera gustado ir a Londres y pasármelo bien, pero no creo que hubiera gastado tanto dinero o hubiera visitado la Corte. Tal vez

lo haga cuando vaya, pues me gusta el esplendor y la diversión — añadió la modesta Polly sintiendo que el placer era algo muy tentador.

—La abuela parece cansada. Vayamos a jugar a la habitación del balancín —dijo Maud dándose cuenta de que la conversación la superaba.

—Antes de irnos, besemos todos a la abuela y démosle las gracias por una velada tan agradable —susurró Polly. Maud y Fanny estuvieron de acuerdo y la abuela parecía tan complacida que Tom las imitó, esperando a que «aquellas chicas» se hubieron marchado para darle a la anciana un cariñoso abrazo y un beso en la misma mejilla que besó Lafayette.

Cuando llegó a la habitación de los juegos, Polly estaba sentada en el balancín mientras decía, con gran seriedad:

—Siempre os he dicho que es muy divertido subir al dormitorio de la abuela, y ahora ya sabéis por qué. Ojalá fuerais más a menudo. Ella está encantada de que lo hagáis y le gusta contar historias y curiosidades, aunque cree que vosotros no tenéis interés por su forma tranquila de pasarlo bien. A mí me gusta, y creo que es la anciana más buena y cariñosa que ha existido. ¡La quiero con locura!

—Yo no he dicho que no lo sea, solo que la gente mayor suele ser tediosa y quisquillosa, por eso intento mantenerme alejada de ellos —dijo Fanny.

—Bueno, pues no deberías, porque te pierdes un montón de momentos divertidos. Mi madre dice que deberíamos ser amables y pacientes y respetuosos con la gente mayor solo porque son mayores, y yo siempre lo intento ser.

—Tu madre se pasa el día sermoneando —murmuró Fan, molesta por la conciencia de sus faltas con relación a su abuela.

—¡Ella no sermonea! —gritó Polly como movida por un resorte. Tan solo nos explica las cosas, y nos ayuda a ser buenos, y jamás nos regaña, y no la cambiaría por ninguna madre del mundo, pese a que no viste abrigos de terciopelo y espléndidos gorritos. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo, Polly! —dijo Tom, quien estaba colgado de cabeza para abajo de la barra instalada allí especialmente para él.

—¡Polly está enfadada! ¡Polly está enfadada! —cantó Maud mientras saltaba a la comba por toda la habitación.

—Si el señor Sydney pudiera verte en este momento, dejaría de creer que eres un ángel —añadió Fanny agitando un saquito de garbanzos y su cabeza al mismo tiempo.

Polly estaba enfadada. Tenía el rostro completamente rojo, los ojos muy brillantes y los labios en una mueca, pero contuvo su lengua y empezó a balancearse tan rápido como pudo, temiendo decir algo de lo que más tarde se arrepintiera. Durante unos minutos nadie dijo nada. Tom silbó, Maud canturreó, pero Fan y Polly se limitaron a darle vueltas a algo, pues habían llegado a una edad en que las chicas comienzan a observar, contrastar y especular sobre palabras, actos, modales y miradas de aquellos que las rodean. Muchos pensamientos cruzan las mentes de estas astutas jovencitas, y los mayores deben andarse con cuidado, pues son criticados agudamente e imitados de cerca.

Dos cosas que sucedieron aquel día, y la influencia de unas cuantas palabras y una acción imprudente, todavía seguían rondando las activas mentes de las chicas.

El señor Sydney les había hecho una visita, y mientras Fanny hablaba con él, vio cómo sus ojos se posaban en Polly, quien estaba sentada a un lado observando los rostros a su alrededor con la modestia e inteligencia que algunos consideran tan atractivas. Justo en aquel momento, la señora Shaw apareció y se detuvo a charlar con la jovencita. Polly se puso en pie y permaneció de aquel modo hasta que la señora se retiró.

—¿Se ríe usted de las remilgadas maneras de Polly? —había preguntado Fanny al ver al señor Sydney sonreír.

—No, estoy admirando los elegantes modales de la señorita Polly —contestó en un tono grave y respetuoso, lo que impresionó sobremanera a Fanny, pues el señor Sydney era considerado por todas las chicas como un modelo de buena educación y de aquella indefinible peculiaridad que algunos denominan «elegancia».

Fanny deseó haber sido ella la protagonista de aquel gesto y ganarse de ese modo tal aprobación, pues valoraba en alto grado la opinión del joven, tan difícil de obtener, por lo menos en su caso. De

modo que cuando Polly habló de la gente mayor, Fan recordó aquella escena y se enfurruñó.

Polly reflexionaba sobre el modo en que, cuando la señora Shaw llegó aquel día a casa enfundada en su mejor vestido de visita y Maud corrió hacia ella para saludarla con su efusividad habitual, la dama recogió las lustrosas sedas y la apartó de su lado, diciéndole con impaciencia: «No me toques, niña, tienes las manos sucias». Polly decidió en aquel momento que aquel abrigo de terciopelo no amparaba un corazón maternal, que el inquieto rostro bajo las balanceantes plumas violetas no desprendía ternura maternal alguna y que las manos envueltas en los guantes primaverales habían alejado algo muy dulce y precioso. Pensó en otra mujer, en una a quien no le importaba su vestido cuando unas mejillas húmedas debían apoyarse en él o cuando unas manitas anhelantes debían arrugarlo; cuyo rostro, pese a las muchas arrugas y blancos cabellos, jamás era agrio o desagradable cuando los ojos de los niños se posaban en él, y cuyas manos nunca estaban demasiado ocupadas, demasiado llenas ni demasiado arregladas para acoger y atender a los hijos e hijas que libremente le comunicaban sus esperanzas y miedos, sus pecados y pesares, a los que ella se enfrentaba con justicia y caridad y un amor prudente. «¡Ah, eso es una madre!», pensó Polly mientras el recuerdo invadía su corazón, haciéndola sentir a ella rica y apenada porque Maud fuera tan pobre.

Por ese motivo sintió tal indignación ante las funestas palabras de Fanny, y por eso la irascible Polly intentó calmar su ira para no utilizar con la madre de Fanny el tono irrespetuoso que habían usado contra la suya. Cuando el balancín se detuvo tras una docena de rápidos desplazamientos, Polly pareció encontrar una sonrisa oculta en algún lugar, ya que miró a Fan y le dijo en tono agradable al tiempo que detenía momentáneamente sus ejercicios aéreos:

—Ya no estoy enfadada. ¿Puedo agitar el saquito contigo?

—No, prefiero balancearme contigo —respondió Fanny, recogiendo generosamente el testigo lanzado por su amiga—. Eres un ángel y jamás volveré a ser grosera contigo —añadió mientras el brazo de Polly le rodeaba el hombro y le ofrecía gustosa la mitad del asiento.

—No, no lo soy, pero si alguna vez me convierto en uno, será gracias a los «sermones de mamá» —dijo Polly con una carcajada de felicidad.

—Bien hecho, Polly, la Pacificadora —gritó Tom citando a su padre y dándoles un tremendo impulso. Era su forma de expresar la aprobación que sentía por aquella reconciliación.

No se dijo nada más, pero, desde aquel día, en la familia creció lentamente un respeto cada vez mayor por la abuela, una mayor tolerancia por sus debilidades, un mayor interés por sus pequeñas historias, y la vieja dama disfrutó de muchas veladas con los niños reunidos frente a su hogar, durante demasiado tiempo solitario.

VII

DESPEDIDAS

—¡Oh, querida! ¿De verdad debes marcharte el domingo? —dijo Fan unos días después de lo que Tom denominó «la gran refriega».

—No me queda más remedio. Solo pretendía quedarme un mes y ya han pasado casi seis semanas —respondió Polly. Tenía la sensación de que llevaba un año fuera de casa.

—Haz que sean dos meses, así podrías pasar aquí las Navidades. Venga, por favor —le urgió Tom cariñosamente.

—Sois todos muy amables, pero no me perdería las Navidades en casa por nada del mundo. Además, mamá dice que no podrían hacerlo sin mí.

—Y nosotros tampoco. ¿No podrías engañar a tu madre y decidir quedarte? —empezó Fan.

—Polly no engañaría nunca a su madre. Dice que es egoísta, y ahora yo tampoco lo hago mucho —aportó Maud con aire virtuoso.

—No molestéis a Polly. Prefiere marcharse, y no me extraña. Intentemos ser lo más felices que podamos mientras siga aquí y acabemos con el tema de tu fiesta, Fan —dijo Tom en un tono que puso fin a la discusión.

Polly había esperado sentirse muy feliz durante los preparativos de la fiesta, pero cuando llegó el momento, se sintió decepcionada, pues, de algún modo, esa cosa desagradable llamada envidia vino a apoderarse de ella y le arruinó la diversión. Antes de salir de casa creía que su nuevo vestido de muselina blanco, con sus relucientes lazos azules, era la pieza más elegante y adecuada que podía existir. Sin embargo, cuando vio el vestido rosa de seda de Fanny, con una túnica de muselina blanca e innumerables borlas, lazos y serpentinas, su pequeño y sencillo vestido perdió todo su encanto, convirtiéndose en algo infantil y pasado de moda.

Incluso Maud iba mucho mejor vestida que ella. Estaba espléndida con su conjunto color cereza y blanco, y un fajín tan ancho que apenas podía caminar con él, y pequeños lazos blancos con botones rojos. Ambas llevaban collares y brazaletes, pendientes y broches, mientras Polly no llevaba ornamento alguno, salvo un sencillo relicario y un poco de terciopelo azul. Su fajín era simplemente un lazo ancho atado a una sencilla serpentina, y sus hermosos rizos estaban recogidos con una redecilla azul. Su único consuelo era saber que el modesto chal que le cubría los regordetes hombros era de encaje auténtico y que las botas color bronce costaban nueve dólares.

A la pobre Polly, pese a todos sus esfuerzos por consolarse y su indiferencia por tener un aspecto muy distinto del de los demás, le costó mucho mantener un semblante sonriente y una voz feliz aquella noche. Nadie percibió lo que ocurría bajo el vestido de muselina hasta que los sabios ojos de la abuela rastrearon la

pequeña sombra que se ocultaba en el alma de Polly e intuyó su causa. Cuando estuvieron vestidas, las tres chicas fueron a mostrar los vestidos a los mayores, quienes se encontraban en la habitación de la abuela, donde Tom estaba recibiendo ayuda con su agonizante alzacuellos.

Maud brincó como un pequeño pavo real y Fan hizo una espléndida reverencia cuando todo el mundo se dio la vuelta para contemplarla, pero Polly se quedó inmóvil y sus ojos recorrieron todas las caras con una actitud ansiosa y melancólica que parecía estar diciendo: «Sé que no estoy bien, pero espero no estar muy mal».

La abuela leyó su expresión al instante, y cuando Fanny dijo, con una sonrisa satisfecha: «¿Qué tal estamos?», la abuela le respondió cogiendo del brazo a Polly cariñosamente:

—Exactamente igual que los patrones de donde sacasteis los vestidos. Pero este pequeño conjunto es el que más me gusta.

—¿De verdad cree que es bonito? —Y la cara de Polly se iluminó, pues tenía en gran estima la opinión de la anciana.

—Sí, querida, tienes el aspecto que más aprecio en las personas de tu edad. Lo que me agrada especialmente es que te has mantenido fiel a la promesa que le hiciste a tu madre y no has dejado que nadie te convenza de llevar adornos prestados. Las jovencitas como tú no necesitan más ornamentos que los que llevas esta noche: juventud, salud, inteligencia y modestia.

Mientras hablaba, la abuela le dio un beso tierno a Polly que la hizo sonrojar como una rosa, y durante un minuto esta olvidó que en el mundo existían sedas rosas y pendientes de coral. Lo único que dijo fue lo siguiente:

—Gracias, señora —y le devolvió el beso sinceramente. Aquellas palabras le hicieron bien, transformando en un instante un sencillo vestido en algo encantador.

—Polly es tan hermosa que no importa lo que se ponga —observó Tom mientras la contemplaba desde su alzacuello con aire de tranquila aprobación.

—Su vestido no tiene borlas y el mío sí —dijo Maud colocando sus manos llenas de volantes sobre los hombros, los cuales parecían las alas color cereza de un robusto querubín.

—Me hubiera gustado que llevara mi conjunto azul; los lazos son muy sencillos, pero, como dice Tom, no importa demasiado. —Y Fanny le dio un eficaz golpecito al lazo que le caía sobre la sien izquierda.

—Podría llevar flores, siempre quedan muy bien en las jovencitas —dijo la señora Shaw, pensando privadamente que su hija tenía un aspecto mucho mejor, pese a reconocer que la saludable Polly tenía un rostro más atractivo.

—¡Cielo santo! He olvidado mi ramillete admirando a estas bellezas. Tom, cógelo por mí. —Y la señora Shaw señaló con la cabeza una interesante caja que había sobre la mesa.

Cogiéndolos por el lado equivocado, Tom presentó tres ramos, todos diferentes en tamaño, color y disposición.

—¡Oh, papá! Qué gentil por tu parte —gritó Fanny, quien no había osado recibir ni una hoja de geranio desde la última refriega.

—Tu padre era un joven caballero muy galante, hace mucho tiempo —dijo la señora Shaw con una sonrisa.

—¡Ah, Tom, es una buena señal que encuentres tiempo para agradar a tus pequeñas! —Y la abuela golpeó a su hijo en su calva cabeza como si no tuviera más de dieciocho años.

Al principio, Thomas, Jr. resopló desdeñosamente, pero cuando la abuela elogió a su padre, el joven se lo pensó mejor y observó las flores con mayor respeto, al tiempo que preguntaba:

—¿Para quién es cada cuál?

—Adivínalo —dijo el señor Shaw, satisfecho de que su inusual demostración tuviera un efecto tan positivo.

El mayor era un ramo de invernadero convencional compuesto por pimpollos de rosa, brezales sin aroma y zarzaparrilla; el segundo era un puñado de guisantes de olor y resedas con unos cuantos pensamientos de gran belleza y una fragante rosa en el centro; el tercero, un pequeño ramillete de verbenas escarlata, altamisas blancas y hojas verdes.

—No es muy difícil. El elegante es para Fan, el dulce para Polly y el alegre para Pug. Atención, chicas, aquí tenéis. —Y Tom procedió a entregar los ramilletes con la gracia que podía esperarse de un joven enfundado en su nuevo traje y sus altas botas.

—Con eso estáis perfectas. Ha sido un detalle precioso por parte de papá. Ahora bajad, pues he oído sonar el timbre, y recuerda no bailar demasiado, Fan, ser tan silencioso como puedas, Tom, y, Maud, no comas demasiado. La abuela atenderá a los invitados; mis pobres nervios no me permitirían bajar.

Con aquello, la señora Shaw se despidió de ellos, y los cuatro bajaron para recibir la primera oleada de visitantes: varias niñas pequeñas que habían sido requeridas especialmente para mantener a Maud alejada de su hermana. Asimismo, a Tom se le había permitido invitar a tres de sus mejores amigos, quienes eran conocidos con los moteos de la escuela: Rumble, Sherry y Spider.

—Servirán para entretener, pues hay pocos caballeros y la fiesta es en honor de Polly, así que tendré que invitar a algunos jóvenes por ella —había dicho Fanny al enviar las invitaciones.

Por supuesto, los chicos llegaron pronto y permanecieron en un rincón, con muchas más manos y piernas que las que podían controlar. Aunque Tom hizo todo lo posible para ser un buen anfitrión, la ceremonia oprimió su espíritu, y se vio obligado a oponerse valerosamente al deseo de proponer jugar a la pídola, ya que los grandes salones, despejados para el baile, le tentaban profundamente.

Polly se sentó donde le indicaron, y sufrió un vergonzoso martirio mientras Fan le presentaba educadas señoritas y agarrotados jovencitos. Todos pronunciaron idénticas palabras de cortesía y se olvidaron de ella con idéntica rapidez. Cuando empezó el baile, Fanny arrinconó a Tom, quien había estado eludiéndola porque sabía lo que esperaba de él, y le dijo en un susurro impaciente:

—Tom, debes bailar con Polly. Eres el joven caballero de la casa. Lo adecuado es que seas el primero en proponérselo.

—A Polly no le interesan esas cosas. No me gusta bailar, y no sé cómo hacerlo. Suéltame la chaqueta y no me molestes o me iré de aquí —gruñó Tom, intimidado ante la perspectiva de abrir el baile con Polly.

—Jamás te perdonaré si lo haces. Venga, no seas así, ayúdame. Sabes que ambos fuimos terriblemente groseros con Polly y acordamos ser todo lo amables y educados que pudiésemos con ella. Yo mantendré mi palabra y haré todo lo posible para que no se

sienta desplazada en mi fiesta. Quiero que me tenga aprecio y que se marche de aquí dichosa.

Aquella astuta arenga hizo mella en el rebelde Thomas, quien observó el radiante rostro de Polly, recordó su promesa y, con un bufido, decidió enfrentarse a su deber.

—De acuerdo, lo haré, pero me arrepentiré de ello pues no conozco ninguno de tus bailes antiguos.

—Sí que los conoces. Te he enseñado los pasos una docena de veces. Empezaré con una redova. A las chicas les encanta y es mucho más divertido que los bailes en grupo. Venga, ponte los guantes y ve a pedirle el baile a Polly como un caballero.

—¡Oh, cielos! —masculló Tom. Y tras colocarse los odiados guantes, reunió el valor necesario, se acercó a Polly, hizo una rígida reverencia, le ofreció el codo y le dijo solemnemente:

—¿Me concede este baile, señorita Milton?

Lo hizo con toda la ceremonia habitual de los caballeros, confiando en impresionar a Polly. Sin embargo, no lo consiguió. Tras mirarlo sorprendida, estalló en una carcajada y le dijo cariñosamente, tras aceptar su mano:

—Por supuesto, Tommy, pero no te comportes como un ganso.

—Bueno, Fan me dijo que fuera elegante y eso es lo que he hecho —dijo Tom en un susurro, añadiendo, mientras se agarraba a su pareja con desesperación—: Sujétate fuerte y todo habrá pasado en un momento.

La música empezó a sonar y la pareja salió a la pista, Tom moviéndose en una dirección y Polly en la otra del modo menos elegante posible.

—Sigue el ritmo de la música —jadeó Polly.

—No puedo, nunca he podido —le contestó Tom.

—Sigue mis pasos. Y no me golpees los talones —le suplicó Polly.

—Tranquila. Sigue balanceándote, ya iré cogiendo el ritmo poco a poco —dijo Tom entre dientes mientras daba a su infortunada pareja una súbita sacudida que a punto estuvo de acabar con ambos en el suelo.

Sin embargo, no «cogieron el ritmo poco a poco», pues Tom, en sus desesperados esfuerzos por cumplir con su deber, a punto

estuvo de aniquilar a la pobre Polly. Se movió pesadamente, se balanceó, patinó, la hizo girar a la derecha, la arrastró a la izquierda, hizo que se golpeará contra la gente y los muebles, le pisó los pies, le arrugó el vestido. En definitiva, se puso en un completo ridículo. Polly estaba muy agitada, pero como todo el mundo parecía estar también bailando, lo sobrellevó como pudo, sabedora de que Tom se había convertido en un mártir y agradecida por su sacrificio.

—Oh, detente. ¡Esto es terrible! —gritó Polly sin aliento tras unos cuantos giros vertiginosos.

—¿A que sí? —dijo Tom mientras se secaba el rostro sonrojado con una actitud de profundo alivio que hizo que Polly no fuese capaz de reunir el valor para reprimirlo.

—Gracias. —Fue lo único que pudo decir antes de volver a sentarse, completamente exhausta.

—Sé que me he comportado como un idiota, pero Fan ha insistido, temerosa de que te ofendieras si no te pedía el primer baile —dijo Tom, arrepentido, mientras observaba a Polly alisar el lazo de su fajín, el cual Tom había usado como una especie de agarradero para hacerla girar y dar vueltas—. Se me da muy bien el baile de los Lanceros, pero no creo que quieras volver a bailar conmigo —añadió al tiempo que empezaba a abanicarla tan violentamente que su cabello voló como llevado por un repentino vendaval.

—Claro que lo haré. Me encantaría, y deberías escribir tu nombre en el mango de mi abanico. Trix dice que es lo que se hace cuando no tienes una cartilla de baile.

Con un aspecto mucho más complacido, Tom extrajo el cabo de un lápiz de mina y escribió su nombre con una floritura. Mientras lo volvía a guardar, dijo:

—Ahora iré en busca de Sherry, o cualquier otro chico que se le dé bien la redova, así podrás disfrutar del baile antes de que termine la música.

Tom se alejó, pero antes de que pudiera encontrar a una pareja libre, Polly consiguió al mejor bailarín de la sala. El señor Sydney había visto y oído todo lo que ocurría, y pese a que sonrió para sí, lo que más le agradaba del honesto Tom y de la afable Polly era su extremada sencillez. Los pies de Polly seguían el ritmo de la música,

y sus ojos estaban fijos melancólicamente en las parejas que se deslizaban suavemente frente a ella, cuando el señor Sydney se acercó y le dijo en el tono agradable y respetuoso que ella apreciaba tanto:

—Señorita Polly, ¿me concedería este baile?

—Oh, por supuesto, me muero por otro. —Y Polly se puso en pie de un salto, con ambas manos extendidas y un semblante de tal gratitud que el señor Sydney se convenció de que podría tener tantos bailes como quisiera.

En aquella ocasión todo fue bien, y Tom, al regresar de una búsqueda infructuosa, se sorprendió al descubrir a Polly girando con elegancia por la sala en compañía de la pareja más distinguida.

—Ah, se hace de ese modo —pensó mientras observaba las botas color bronce retrocediendo y avanzando en perfecta armonía con la música—. ¡Ves cómo la dirige Sydney perfectamente! ¡Debe de ser de lo más divertido! ¡Por Júpiter que aprenderé! —añadió Shaw, Jr. con un gesto enfático que hizo saltar el último botón de sus guantes.

Polly disfrutó del baile hasta que la música se detuvo, y antes de poder darle las gracias al señor Sydney con la afectuosidad que deseaba, Tom apareció y dijo, con gran caballerosidad:

—Bailas espléndidamente, Polly. Dime ahora alguien que te guste y lo conseguiré por ti, no importa quién sea.

—No quiero a ningún caballero. Son demasiado estirados, y tampoco quieren bailar conmigo. Sin embargo, me gustan aquellos chicos de allí. Bailaré con cualquiera de ellos si así lo desean —dijo Polly tras una inspección de la sala.

—Te los traeré a todos. —Y Tom acompañó gustoso a sus amigos hasta donde se encontraba Polly. Todos ellos la admiraron inmensamente y se mostraron agradecidos por haber sido elegidos en lugar de al resto de «grandes caballeros».

Tras aquello, no hubo un momento de descanso para Polly. Los jóvenes fueron sucediéndose a un ritmo vertiginoso, y se sintió tan feliz que no se fijó ni se preocupó de la cantidad de pequeñas maniobras, corazones palpitantes, muestras de vanidad, afectación y otros sinsentidos que tenían lugar a su alrededor. Le encantaba bailar, y participó de la alegría del momento con una sinceridad

encomiable de presenciar. Sus ojos destellaban, su rostro brillaba, sus labios sonreían y los rizos castaños se agitaban mientras bailaba con el corazón tan ligero como los pies.

—¿Te lo estás pasando bien, Polly? —le preguntó el señor Shaw, quien iba comprobando de vez en cuando que todo se desarrollara según lo previsto para poder informar a la abuela.

—¡Oh, no podría pasármelo mejor! —exclamó Polly con un pequeño gesto de entusiasmo mientras descansaba en el rincón que ocupaba el señor Shaw.

—Es la más popular entre los chicos —dijo Fanny al pasar por allí.

—Son muy amables por pedírmelo, y no me dan ningún miedo —explicó Polly, quien daba saltitos porque no podía estarse quieta.

—¿Y el joven caballero? —dijo el señor Shaw cogiendo uno de sus rizos.

—El señor Sydney menos que nadie. No tiene aires de superioridad, ni dice tonterías. Oh, y realmente «baila como un ángel», como dice Trix.

—Papá, ojalá pudieras bailar un vals conmigo. Fan me ha dicho que no me acerque a ella porque mi vestido rojo hace que el suyo resulte feo, y Tom no quiere, y tengo muchas ganas.

—He olvidado cómo se hace, Maud. Pídeselo a Polly. Te hará girar por la sala como una peonza.

—El nombre del señor Sydney es el siguiente —respondió Polly comprobando su abanico con cierto aire de importancia—. Pero supongo que no le importará bailar con la pobre Maud en mi lugar. Casi no ha bailado nada, y yo he tenido más que suficiente. ¿Sería indecoroso cambiar de opinión? —Y Polly miró a su alto acompañante con unos ojos que revelaban claramente que el cambio era un sacrificio.

—En absoluto. Que la pequeña tenga su vals; nosotros les observaremos desde aquí —respondió el señor Sydney con un asentimiento y una sonrisa.

—Es una chica de gran corazón —dijo el señor Shaw mientras Polly y Maud se alejaban dando vueltas.

—Si no se estropea, se convertirá en una mujercita encantadora.

—No se preocupe por eso. Tiene una madre de lo más prudente.

—Eso creía. —Y Sydney suspiró, pues había perdido a su buena madre no hacía mucho tiempo.

Cuando se anunció la cena, Polly estaba charlando, o intentándolo, con uno de aquellos caballeros «lerdos» que le había presentado Fan. Llevó a la señorita Milton abajo, por supuesto, y tras servirle un toque de hielo y un mostachón, se dedicó a su propia cena con tal interés que Polly le habría sentado mal la comida si Tom no hubiera acudido a rescatarla.

—Te he buscado por todas partes. Ven conmigo, y no te quedes aquí pasando hambre —dijo Tom con una mirada desdeñosa tanto al plato vacío frente a ella como al de su cobarde escolta; el de este último estaba completamente lleno de manjares.

Siguiendo a su guía, Polly fue llevada hasta la salita de la porcelana, a la que se llegaba desde el comedor a través de la cocina y donde se había reunido un pequeño grupo que disfrutaba tranquilamente del banquete. Maud y su amiga del alma, «Gwace», estaban sentadas en cajas de pasteles; Sherry y Spider adornaban la fresquera, mientras que Tom y Rumble realizaban incursiones en la fiesta en busca de provisiones.

—Esto es más divertido —dijo Polly al ser recibida con el entrechocar de cucharas y una oleada de servilletas.

—Siéntate en ese barril de galletas y yo me ocuparé de que no te falte de nada —dijo Tom, colocando una mesita de ruedas frente a ella y dictando sus órdenes con magnífica autoridad.

—Somos una banda de ladrones en su cueva, y yo soy su capitán. Asaltamos a las personas que pasan por aquí y salimos en busca de botín. Ahora, Rumble, te toca traer una cesta de pasteles. Yo me quedaré aquí vigilando hasta que Katy regrese con una caja de ostras frescas. Polly tiene que probarlas. Sherry, llégate a la cocina y trae una taza de café. Spider, reúne algo de ensalada y mete el plato en el elevador. Come cuanto quieras, Polly, mis hombres conseguirán más en un abrir y cerrar de ojos.

Qué bien se lo pasaron en aquella salita: osados hurtos de potes de gelatina y cajas de pasteles; exitosas incursiones en el comedor y la cocina; viles asaltos sobre Katy y el camarero negro, quien, pese a hacer todo lo que pudo, se vio superado por la horda de ladrones. Una jarana de lo más inofensiva, pues no les estaba

permitida la bebida, y la galante banda estuvo tan ocupada realizando incursiones para surtir a las damas que no tuvieron tiempo de comer demasiado. Nadie les echó en falta, y cuando volvieron a aparecer, la fiesta había concluido, salvo por la presencia de algún que otro joven caballero voraz que seguía paseándose entre las ruinas.

—Siempre hacen lo mismo: dejan a las chicas en cualquier rincón, les dan a probar algo y después van a llenarse la tripa como cerdos —susurró Tom con aire de superioridad, olvidando ciertos banquetes privados a los que había asistido después de que los invitados se marcharan.

El resto de la tarde estuvo dedicada a un juego, y como Polly conocía su funcionamiento, se apoyó en el hueco de una de las ventanas para observar sus misterios. Durante un rato se lo pasó bien, pues todo era nuevo para ella, y los diversos artefactos eran muy bonitos, pero, poco a poco, fue apareciendo de nuevo aquella mala hierba que es la envidia y no pudo sentirse feliz al estar a la intemperie mientras las otras chicas obtenían alegres vestidos de papel, curiosos bombones, flores, cintas y todo tipo de nimiedades deliciosas con que se deleitan los espíritus infantiles. Todo el mundo estaba ocupado: el señor Sydney bailaba, Tom y sus amigos charlaban de béisbol en las escaleras y el grupo de Maud había regresado a la biblioteca para jugar.

Polly intentó controlar el mal humor, pero no lo consiguió hasta que recordó algo que su madre le dijera en una ocasión:

—Cuando te sientas alicaída, intenta hacer feliz a alguien y pronto también lo estarás tú.

—Lo intentaré —se dijo Polly mirando a su alrededor para decidir por dónde empezar. El sonido de la conversación procedente de la biblioteca la llevó en esa dirección. Maud y las otras niñas estaban sentadas en el sofá, hablando sobre los vestidos que llevaban, tal y como habían visto hacer a sus madres.

—¿Tu vestido es de importación? —preguntó Grace.

—No, ¿y el tuyo? —preguntó a su vez Blanche.

—Sí, y costó... eh, mucho.

—No creo que sea tan hermoso como el de Maud.

—El mío está hecho en Nueva York —dijo la señorita Shaw alisando la falda con displicencia.

—Yo no puedo vestirme mucho últimamente, sabéis, porque mamá está de luto por alguien —observó la señorita Alice Lovett, quien lucía un collar azabache en su cuello.

—Bueno, a mí no me importa si mi vestido es de importación. Mi prima tuvo tres tipos de vino en su fiesta —dijo Blanche.

—¿De verdad? —Y todas las niñas quedaron muy impresionadas, hasta que Maud dijo, en una curiosa imitación de las formas de su padre:

—Mi papá dijo que fue es-can-da-lo-so, ya que algunos niños acabaron algo achispados y se los tuvieron que llevar a casa. No dejó que bebiéramos nada de vino, y la abuela dijo que era indecoroso que los niños hicieron algo así.

—Mi madre dice que el coupé de la tuya no es ni la mitad de elegante que el nuestro —añadió Alice.

—Sí que lo es. Está forrado con seda verde, y queda mucho más bonito que la tela —gritó Maud, alterada como un pollo insultado.

—Bueno, mi hermano no lleva un horrible y anticuado sombrero, y además tiene un pelo más bonito. No me gustaría tener a un hermano como Tom. Mi hermana dice que es de lo más grosero —replicó Alice.

—No lo es. Tu hermano es un cerdo.

—¡Y tú eres una mentirosa!

—¡Igual que tú!

Lamento decir que, en este punto, la señorita Shaw abofeteó a la señorita Lovett, quien rápidamente le devolvió el cumplido, y ambas empezaron a llorar.

Polly, quien había estado escuchando tan edificante conversación, se encargó de separar a las contendientes. Aunque las pobres criaturas estaban cansadas, enojadas y somnolientas, como no podían marcharse a casa hasta que sus padres lo decidieran, Polly propuso que jugaran a algo. Las jovencitas accedieron y los juegos de cartas demostraron ser un buen pacificador. Al cabo de un rato aparecieron los chicos y se unieron al juego encantados, el cual no tardó en ser lo suficientemente animado como para despertar a los somnolientos. Estaban completamente inmersos en la gallinita ciega

cuando apareció el señor Shaw, y viendo a Polly correteando con los ojos vendados, se unió a la diversión para despistarla. La muchacha lo pilló enseguida, y el desconcierto de Polly provocó no pocas risas, ya que no pudo adivinar de quién se trataba hasta que palpó la calva sobre su cabeza.

Aquella circunstancia puso a todo el mundo de tan buen humor que Polly olvidó sus preocupaciones, y las niñas se dieron las buenas noches con un beso y un afecto tal que parecían haber desaparecido del mundo los vestidos importados, los coupés y los hermanos rivales.

—Bueno, Polly, ¿te gustan las fiestas? —le preguntó Fan en cuanto se hubo marchado el último invitado.

—Mucho, pero no creo que me sentara bien asistir a muchas —contestó Polly lentamente.

—¿Por qué?

—No podré disfrutar de ellas si no tengo un vestido hermoso, bailo todo el tiempo, la gente me admira y todo lo demás.

—No sabía que te preocupaban ese tipo de cosas —dijo Fanny sorprendida.

—Yo tampoco lo sabía; hasta hoy. Y como no podré tener todo eso, es una suerte que mañana regrese a casa.

—¡Oh, querida! ¡Es cierto! ¿Qué voy a hacer sin mi dulce P., como te llama Sydney? —suspiró Fanny mientras se la llevaba a un lado para abrazarla.

Al día siguiente todo el mundo reprodujo aquella escena, y muchos fueron los ojos que siguieron a aquella pequeña figura enfundada en el vestido sin gracia mientras se movía silenciosamente por la casa, llevando a cabo por última vez los pequeños servicios que tanto se echarían en falta cuando ya no estuviera. Polly debía marcharse justo después de la comida, y como ya había hecho las maletas, un sencillito baúl, fue animada a dar un paseo hasta que la abuela estuviese lista. Polly sospechaba que le estaban preparando alguna sorpresa agradable, pues Fan no se había ofrecido a acompañarla, Maud había estado paseando con algo bajo el delantal y Tom acababa de entrar en la habitación de su madre en actitud sospechosa. De modo que Polly decidió salir, intentando adivinar los desconocidos tesoros que llevaría a casa.

El señor Shaw no había dicho que regresaría a casa tan pronto, pero Polly pensó que lo haría y fue a su encuentro. El señor Shaw no esperaba ver a Polly, pues la había dejado muy ocupada, y además empezaba a caer una nieve ligera. Sin embargo, cuando salió al paseo reconoció inmediatamente el sombrero redondo y, bajo este, el brillante rostro de Polly, mucho más sonrojado en contraste con los copos de nieve, aproximándose a su encuentro.

—Mañana no habrá nadie para acompañar a casa a este viejo caballero —dijo cuando Polly acogió su mano entre las suyas en un apretón afectuoso.

—Sí que lo habrá, ya lo verá —exclamó Polly, sonriendo y asintiendo, pues Fan le había confiado que pretendía hacerlo una vez su amiga se hubiese marchado.

—Me alegro. Pero, querida, quiero que me prometas que vendrás a hacernos una visita cada invierno. Una visita larga —dijo el señor Shaw acariciando las manoplas que cubrían su mano.

—Si en casa pueden prescindir de mí, vendré encantada.

—Deben permitirte, pues nos haces mucho bien y te necesitamos.

—¿De verdad? No sé por qué, pero me alegra oírsele decir —exclamó Polly complacida.

—No puedo explicarlo, pero has traído algo a esta casa que la hace más acogedora y agradable, y espero que no se desvanecerá cuando te marches, hija mía.

Polly nunca había oído hablar de aquel modo al señor Shaw y no supo qué decir. Se sintió orgullosa y feliz ante el hecho de que las palabras de su madre se demostraran ciertas: «Incluso una niña pequeña puede ejercer su influencia y hacer algo bueno en este mundo ajetreado». Como única respuesta, se limitó a mirar a su amigo con ojos agradecidos y siguieron caminando juntos, de la mano, a través de la «suave nieve».

Si Polly hubiera sabido lo que se ocultaba en aquella bandeja superior, se habría sentido completamente abrumada, pues Fanny le había contado a la abuela cómo se había reído de los sencillos regalos que atesoraba Polly y todos decidieron colaborar para proporcionarle algo realmente bonito y apropiado para cada miembro de la familia Milton. ¡Qué presentes más espléndidos! Y

junto a su tentador contenido, se envolvió tan buena voluntad, afecto y amables deliberaciones que nadie podría sentirse ofendido, sino que encontraría un encanto inusual en aquellos hermosos presentes que los harían doblemente gratos. Solo sé que si Polly hubiera sospechado que un pequeño reloj marcaba la hora en una cajita con su nombre en él en el interior de aquel baúl, jamás lo habría dejado cerrado, como recomendó la abuela, ni se habría enfrentado a su comida con tanta tranquilidad. Pese a todo, su corazón estaba rebosante y las lágrimas inundaron sus ojos, pues todo el mundo fue muy amable y se sintió apenado por su marcha.

Tom no necesitó en aquella ocasión que nadie le apremiara para escoltarla, y tanto Fan como Maud insistieron en acompañarla. La señora Shaw dejó a un lado sus nervios y cocinó ella misma un pan de jengibre; el señor Shaw besó a Polly como si se tratara de su hija más querida; la abuela la abrazó con cariño mientras le susurraba al oído: «Mi pequeño consuelo, vuelve pronto»; y Katy agitó su delantal desde la ventana de la habitación de los niños, mientras lloraba y ellos se alejaban: «¡Que los santos la bendigan, señorita Polly, y le regalen la mejor suerte del mundo!».

No obstante, el momento culminante fue la despedida de Tom, ya que, cuando Polly ya estaba cómodamente instalada en el tren, ya se había pronunciado el último «Pasajeros, al tren» y este empezaba a moverse, Tom extrajo de repente un saquito protuberante, lo lanzó por la ventanilla mientras se agarraba peligrosamente al vagón y dijo con una mezcla de diversión y sentimiento:

—Es horrible, pero lo querías, así que lo he puesto dentro para hacerte reír. ¡Adiós, Polly! ¡Adiós, adiós!

El último adiós fue algo ronco, y Tom desapareció en cuanto lo hubo pronunciado, dejando a Polly riéndose de su regalo de despedida hasta que las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas. Era una bolsa de papel llena de cacahuetes, y en el fondo de la misma, encontró una fotografía de Tom. Era realmente horrible, ya que parecía como si le hubiera alcanzado un rayo, tan oscuro, salvaje y con aquella mirada inmóvil, pero a Polly le gustaba, y en el momento en que se sentía triste por haber dejado atrás a sus

amigos, cogía un cacahuete o le echaba una ojeada a la graciosa fotografía de Tom y volvía a recuperar la alegría.

De modo que el corto viaje llegó a su fin sin complicaciones y, a la luz del crepúsculo, vio a un grupo de rostros amados en la puerta de una humilde casita, a sus ojos el lugar más hermoso del mundo, pues era su hogar.

VIII

SEIS AÑOS DESPUÉS

—¿Qué creéis que hará Polly este invierno? —exclamó Fanny levantando la vista de la carta que había estado leyendo tan atentamente.

—Daré charlas sobre los Derechos de la Mujer —dijo el joven caballero que estaba examinando detenidamente su hermosa y abundante mata de pelo, definitivamente castaño rojiza, mientras se apoyaba con ambos codos en la chimenea.

—Sentará cabeza con algún joven pastor y se casará con él en primavera —añadió la señora Shaw, cuya mente no se apartaba mucho en aquel tiempo de las cuestiones relativas a los noviazgos.

—Creo que se quedará en su casa y se encargará de todo porque los sirvientes son muy caros. Sería muy propio de ella —dijo Maud,

quien ya podía pronunciar la r.

—Pues yo creo que acabará abriendo una escuela, o algo semejante, para ayudar a sus hermanos —dijo el señor Shaw, quien había dejado a un lado el periódico al oír el nombre de Polly.

—Todos os equivocáis, aunque papá es el que más se acerca —exclamó Fanny—. Dará clases de música y se mantendrá a sí misma para que Will pueda ir a la universidad. Es el hermano más estudioso y Polly está muy orgullosa de él. Ned, el otro hermano, tiene talento para los negocios y no siente atracción por los libros, de modo que se ha marchado al Oeste para buscarse la vida como pueda. Polly dice que ya no la necesitan en casa, que la familia es muy pequeña y que Kitty puede ocupar perfectamente su lugar. Por tanto, se ganará la vida y entregará a Will su parte de los ingresos familiares. Menuda mártir se ha convertido esta chica. —Y Fanny acompañó aquellas palabras con tal solemnidad que todos tuvieron la sensación de que Polly se había entregado a una terrible condena.

—Polly es una muchacha sensible y valiente, y yo la respeto por ello —dijo el señor Shaw enfáticamente—. Uno nunca sabe lo que puede ocurrir, y no hace ningún mal a la gente joven aprender a ser independiente.

—Si es tan hermosa como la última vez que la vi, no le costará mucho conseguir alumnos. No me importaría recibir lecciones de ella —fue la curiosa observación de Shaw, Jr. al tiempo que se alejaba del espejo con la tranquilizadora certidumbre de que su censurable cabello por fin empezaba a oscurecerse.

—No te aceptaría de ningún modo —dijo Fanny, recordando la mirada de desaprobación y decepción de Polly durante su última visita, cuando conoció al inconfundible dandi.

—Espera y verás —fue su plácida respuesta.

—Si Polly termina por llevar a cabo sus planes, me gustaría que Maud recibiera lecciones de ella. Fanny puede hacer lo que le plazca, pero me agradaría mucho que una de mis hijas llegara a cantar como lo hacía Polly. A la gente mayor le agrada mucho más que esa ópera tuya, y recuerdo cómo le gustaba a la abuela.

Mientras decía aquello, los ojos del señor Shaw se posaron en el rincón junto al hogar donde solía sentarse la abuela. La cómoda

estaba vacía, el amable rostro había desaparecido y no quedaba más que un dulce recuerdo.

—Me gustaría aprender, papá, y Polly es una maestra espléndida. Siempre se muestra paciente y hace que todo sea agradable. Espero que consiga los suficientes alumnos para empezar cuanto antes —dijo Maud.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó la señora Shaw, deseosa de ayudar a Polly pero secretamente decidida a que el maestro más distinguido de la ciudad aceptara a Maud.

—No lo dice. Me agradece la invitación, como siempre, pero dice que debe empezar a trabajar de inmediato y organizar su habitación. ¿No resultará extraño tener a Polly en la ciudad y que no viva con nosotros?

—La convenceremos de que se quede aquí. La habitación debe de resultar muy cara, y puede vivir con nosotros aunque esté muy ocupada con sus lecciones. Dile que lo he dicho yo —dijo el señor Shaw.

—No accederá, lo sé, pues si está decidida a ser independiente, lo llevará a cabo de la manera más rigurosa —respondió Fanny, y el señor Shaw deseó sinceramente que así fuera. Pese a que resultaba de lo más adecuado ayudar en lo posible a la joven profesora de música, la idea de que se instalara con la familia no le resultaba tan agradable.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla a través de mis amigos, y estoy convencida de que se llevará muy bien con sus jóvenes pupilos. Si empieza bien, y consigue alumnos respetables que le abran la puerta a nuestras principales familias, estoy segura de que le irá muy bien, pues he de reconocer que Polly tiene los modales de una dama —observó la señora Shaw.

—Es una muchacha fuerte, y me alegro de que venga a vivir a la ciudad, aunque preferiría que no tuviera que trabajar y pudiera quedarse aquí con nosotros y disfrutar de la vida —dijo Tom perezosamente.

—Estoy convencida de que se sentiría muy honrada de disponer del tiempo necesario para dedicarlo a tu esparcimiento, pero no puede permitirse lujos caros, y tampoco aprueba el flirteo, de modo que tendrás que dejar que siga su propio camino y que disfrute de tu

presencia cuando se lo permitan sus compromisos —respondió Fanny en el tono sarcástico que se estaba convirtiendo en su sello.

—Te convertirás en una solterona, Fan, más ácida que un limón y dos veces más agria —replicó Tom, mirándola desde arriba con un aire de calmada superioridad.

—Silencio, chicos, ya sabéis que no apruebo las discusiones. Maud, dame mi chal de Shetland y ponme un cojín en la espalda.

Mientras Maud satisfacía los deseos de su madre, al tiempo que dirigía una mirada de reproche a sus díscolos hermanos, se produjo una pausa que todo el mundo agradeció. Estaban sentados alrededor del fuego tras la cena, y todos parecían necesitar la llegada de un rayo de sol. Había sido un típico día nublado de noviembre, pero, súbitamente, las nubes se disiparon y un brillante sol iluminó la habitación. Todos se dieron la vuelta distraídamente para darle la bienvenida y gritaron al unísono:

—¡Polly!

Pues en el umbral de la puerta había aparecido una chica de rostro radiante y sonriente, como si el tiempo de noviembre no le afectara en lo más mínimo.

—Querida, ¿cuándo has llegado? —gritó Fanny mientras le besaba las sonrojadas mejillas y el resto de la familia esperaba su oportunidad para hacer lo mismo.

—Llegué ayer. He estado arreglando mi nido, pero no podía posponer más la visita, así que he venido a ver qué tal estabais —dijo Polly con aquella alegría que animaba los corazones.

—Mi Polly siempre trae con ella un rayo de sol. —Y el señor Shaw abrió los brazos a su pequeña amiga, pues seguía siendo su favorita.

Resultó muy hermoso contemplar cómo le rodeaba el cuello con ambas manos y le daba un tierno beso en la mejilla. Significaba mucho para él, pues la abuela había fallecido desde la última vez que se vieron y Polly sintió un gran deseo de reconfortarlo al comprobar lo mucho que había envejecido.

Si Tom tenía alguna esperanza de recibir el mismo trato que su padre, algo en el porte de Polly le hizo cambiar de idea, por lo que finalmente le estrechó la mano.

—Me alegro mucho de verte, Polly —le dijo con una sinceridad encomiable. Y, para sí mismo, mientras observaba su rostro enmarcado por un modesto sombre— rito, añadió: «¡Es más hermosa de lo que recordaba, por Júpiter!».

No obstante, el rostro de Polly desprendía algo más que belleza, por mucho que Tom no hubiera aprendido aún a reconocerlo. Los ojos azules brillaban con seguridad, la tierna boca transmitía sinceridad y dulzura, la nívea barbilla era firme pese al hoyuelo que la dividía, y la tersa frente bajo los pequeños rizos trazaba un arco amplio y benevolente. Todo en él estaba marcado por aquellas inconfundibles líneas y rasgos que convierten al más sencillo de los semblantes en algo atractivo al divulgar la belleza de un carácter encantador. Pese a que Polly había crecido, su estilo no había experimentado ningún cambio desde los días del sombrero redondo y el áspero abrigo, pues vestía de gris de pies a cabeza, como una joven cuáquera, sin más ornamentos que un lazo azul al cuello y otro en el pelo. No obstante, el sencillo vestido se convertía en la mayor de sus bazas, y nadie se fijaba en él al reparar en la vigorosa figura que lo portaba, ya que la libertad de la que había gozado en su infancia le había provisto con el mejor de los regalos posibles, la salud, y cada uno de sus movimientos comunicaba un vigor, una elegancia y una calma que nada más en este mundo puede conferir. Un alma radiante en un cuerpo sano es algo muy poco común en estos tiempos, cuando los médicos prosperan y todo el mundo enferma, y aquella dichosa combinación era el mayor encanto aunque ni ella misma lo supiera.

—Es tan agradable volver a tenerte aquí —dijo Maud asiendo las frías manos de Polly tras sentarse a sus pies, después de que esta se hubiera acomodado entre Fanny y el señor Shaw y mientras Tom se apoyaba en el respaldo de la silla de su madre para disfrutar de lo que el futuro le deparaba.

—¿Cómo te va todo? ¿Cuándo empiezas? ¿Dónde vivirás? Cuéntamelo todo —empezó Fanny, quien sentía una gran curiosidad sobre sus nuevos planes.

—Creo que me irá bastante bien. Ya tengo doce alumnos, todos ellos dispuestos a pagar lo establecido. El lunes daré mi primera lección.

—¿No tienes miedo? —preguntó Fanny.

—No, ¿por qué debería tenerlo? —respondió Polly resueltamente.

—Bueno, no lo sé, es algo nuevo y al principio debe de resultar difícil —replicó Fanny, evitando comentar que para ella ganarse la vida era una de las cosas más aterradoras que pudieran existir.

—Será agotador, por supuesto, pero me acostumbraré. Disfrutaré del ejercicio, y estoy convencida de que será divertido conocer a nueva gente y nuevos lugares. Y la independencia merece el esfuerzo, y si además puedo ahorrar algo de dinero para Kitty, me sentiré totalmente dichosa.

El rostro de Polly se iluminó como si su futuro estuviese lleno de placeres en lugar de trabajo. La buena voluntad con la que se enfrentaba a sus nuevos proyectos dignificaba sus humildes esperanzas y contagiaba el interés en los demás.

—¿A quién has recurrido en busca de alumnos? —preguntó la señora Shaw, olvidando durante un instante el estado de sus nervios.

Polly citó la lista y comprobó satisfecha la impresión que ciertos nombres producían entre sus oyentes.

—¿Se puede saber cómo has conseguido el respaldo de los Davenport y los Grey, querida? —dijo la señora Shaw irguiéndose en la silla, asombrada.

—La señora Davenport y mi madre se conocen desde hace tiempo.

—¡Nunca nos lo dijiste!

—Los Davenport han estado fuera unos años y me olvidé completamente de ellos. Sin embargo, cuando trazaba mis planes, comprendí que necesitaría uno o dos nombres conocidos para abrirme camino, de modo que escribí a la señora D. para rogarle que me ayudara. Vino a vernos y se mostró muy gentil, y me ha conseguido estos alumnos, ya que es una mujer de gran corazón.

—¿Dónde aprendiste a moverte tan bien por el mundo, Polly? —preguntó el señor Shaw mientras su esposa volvía a recostarse en la silla y sacaba las sales como si el descubrimiento fuera excesivo para ella.

—Lo aprendí aquí, señor —respondió la muchacha risueña—. Solía tener en poca estima las influencias y ese tipo de cosas, pero

ahora soy más sabia, y hasta cierto punto considero aceptable utilizar ciertas ventajas en mi beneficio, siempre y cuando se obtengan honestamente.

—¿Por qué no nos pediste ayuda a nosotros? No cabe duda de que nos habríamos sentido encantados de hacerlo —añadió la señora Shaw, quien ansiaba con todo su ser ejercer una influencia similar a la de la señora Davenport.

—Sé que lo hubieran hecho, pero han sido tan amables conmigo que no quería importunarlos más con mis modestos planes hasta que estos estuvieran ya en marcha. Además, no sabía si desearían recomendarme como maestra pese a la estima que me dispensan.

—Querida, por supuesto que lo haríamos, y queremos que empieces inmediatamente con Maud y que le enseñes esas canciones tan dulces. Tiene una voz bonita, y lo que más desea en este mundo es tener una profesora.

Una sutil sonrisa cruzó el semblante de Polly al agradecerle la confianza, pues recordó el tiempo en que la señora Shaw consideraba sus «dulces canciones» inapropiadas para el repertorio de una jovencita a la moda.

—¿Dónde está tu habitación? —preguntó Maud.

—Mi vieja amiga, la señorita Mills, me ha acogido en su casa, y estoy perfectamente acomodada. Mamá no aprobaba la idea de que me instalara en una casa de huéspedes, de modo que la señorita Mills me cedió amablemente una habitación. Ya saben que presta sus aposentos sin pedir nada a cambio. Me preparará la comida y yo me encargaré de mi desayuno y del té, de forma independiente. No me importa, y además es muy poco trabajo, ya que mis costumbres son muy sencillas. Me conformo con un tazón de pan y leche por la noche y por la mañana, acompañado de manzanas al horno o algo similar. Y puedo comérmelo cuando me apetezca.

—¿Es cómoda la habitación? ¿Podemos prestarte algo, querida? Un sillón o un pequeño sofá. Son cosas muy necesarias cuando una regresa a casa agotada —dijo la señora Shaw, tomándose un interés muy poco habitual en ella.

—Se lo agradezco, pero no necesito nada. He traído de casa todo lo necesario. Oh, Fan, tendrías que haber presenciado mi entrada triunfal en la ciudad, sentada sobre mis bultos y muebles en un carro

de labranza. —La risa de Polly era tan contagiosa que todo el mundo acabó sonriendo y olvidando la conmoción ante semejante espectáculo—. Sí —añadió—, no deseaba otra cosa que verte aparecer, para poder contemplar tu semblante horrorizado al verme sentada en mi pequeño sofá, una jaula de pájaro bajo un brazo, una cesta de pesca con la cabecita de un gato asomando de vez en cuando bajo el otro, y el jovial señor Brown enfundado en su guardapolvo azul y montado sobre un barril de manzanas en la parte delantera. Hacía un día espléndido, y disfruté inmensamente del viaje, pues tuvimos todo tipo de aventuras.

—Oh, cuéntanoslas —rogó Maud cuando la risotada general ante la descripción de Polly se hubo disipado.

—Muy bien, para empezar, olvidé mi hiedra y Kitty vino corriendo para traérmela. Reanudamos la marcha, pero volvimos a detenernos ante un gran griterío y vimos a Will bajando la colina a toda velocidad, agitando un cojín en una mano y un pastel en la otra. Cómo llegamos a reírnos cuando nos alcanzó y nos contó que nuestra vecina, la anciana señora Dodd, me enviaba un cojín de lúpulo para combatir los dolores de cabeza y un pastel para empezar con buen pie el gobierno de mi nueva casa. Parece ser que se disgustó tanto por llegar tarde que Will le prometió que me los entregaría aunque tuviese que ir corriendo hasta la ciudad. No nos costó encontrar un sitio para el cojín, ¡pero el pastel! Creo que recorrió toda la carreta y no permaneció dos veces en el mismo sitio. Apareció sobre mi regazo, después en el suelo, más tarde de cabeza para abajo sobre los libros, en cierto momento estuvo a punto de deslizarse sobre un tronco en mitad del camino y, finalmente, aterrizó en la mecedora. Era un pastel prodigioso, ya que, pese a todas aquellas idas y venidas, no se rompió ni se partió por la mitad, y finalmente nos lo comimos a la hora de comer para evitar que siguiera incordiándonos. Poco después, perdí a mi gatito y tuve que perseguirlo saltando muros y atravesando arroyos mientras el señor Brown permanecía sentado en el carro, presenciando divertido mis correrías. Terminamos el día con las estanterías sobre nuestras cabezas al bajar una colina y perdiendo mi silla al subir otra. Un grito nos obligó a detenernos y, al mirar atrás, descubrimos a la pobre silla balanceándose en mitad del

camino y a un niño subido en una cerca alertándonos a gritos. Fue muy divertido, os lo aseguro.

Polly relató sus aventuras con su habitual vitalidad, no porque considerara que tenían mucha importancia, sino porque deseaba animar a sus amigos, quienes parecían sumidos en el aburrimiento y poco dispuestos a la alegría, especialmente el señor Shaw. Y cuando vio que este se recostaba en su silla con la vieja carcajada de siempre, quedó satisfecha y agradeció al desdichado pastel por permitirle entretenerlo.

—¡Oh, Polly, siempre cuentas unas cosas tan interesantes! —dijo Maud con un suspiro mientras se secaba los ojos.

—Me hubiera encantado verlo. Te habría vitoreado hasta quedar afónico. Debió de ser un espectáculo impresionante —dijo Tom.

—No, no lo habrías hecho, te habrías ocultado detrás de una esquina al ver cómo me acercaba o me habrías mirado sin reconocerme en aquella chica subida al carro.

Polly se echó a reír como solía hacerlo en aquellos casos y, pese a la sombra que aquello parecía proyectar sobre su cortesía, Tom lo aceptó con buen ánimo, aunque lo único que pudo decir fue un reprobador:

—Vamos, Polly, no seas tan mala.

—Pero es cierto. Maud, tienes que venir a conocer a mis mascotas. Mi gato y mi pájaro conviven perfectamente, como si fuesen hermanos —dijo Polly dirigiendo su atención a Maud, quien devoraba todas y cada una de sus palabras.

—Eso no dice mucho de ellos —dijo Tom, quien consideraba que él debía ser el objeto principal de la conversación.

—Polly sabe de lo que habla. Sus hermanos tienen en gran estima a sus hermanas —observó Fanny en su tono más afilado.

—Y Polly tiene en gran estima a sus hermanos, no olvide eso, señorita —respondió Tom.

—¿Os he dicho que Will irá a la universidad? —interrumpió Polly para desviar la creciente tensión.

—Espero que se lo pase muy bien —dijo Tom como si fuera un hombre que conociera todos los misterios de la vida y que hubiera alcanzado aquel estado de sublime indiferencia con que los jóvenes suelen vanagloriarse.

—Creo que lo hará, pues siente un gran deseo de estudiar y de aprovechar todas las oportunidades que se le presenten. Confío en que no se exceda en su trabajo y que enferme, como les ocurre a tantos chicos —dijo la sencilla Polly con una convicción tan sincera en la pasión entusiasta por el conocimiento de los universitarios que Tom no pudo evitar dirigir a la ingenua muchacha una sonrisa de altanera compasión desde las alturas de su vasta y variada experiencia.

—Esperemos que no salga malherido. Me encargaré de que no estudie demasiado. —Y los ojos de Tom brillaron como solían hacerlo cuando planeaba sus travesuras juveniles.

—Me temo que no puedo confiar en que seas un buen ejemplo, si son ciertos los rumores que han llegado hasta mí —dijo Polly, levantando la vista para mirarlo con una expresión melancólica y provocando que el semblante de Tom adquiriera la sobriedad de un búho.

—Calumnias sin fundamento. Soy más puntual que un reloj, el faro de mi clase y un joven modélico, ¿no es cierto, madre?

Y Tom le acarició a su madre la fina mejilla, seguro de tener en ella a una amiga, ya que en cuanto había dejado atrás los años de travesuras, la señora Shaw empezó a sentirse muy orgullosa de su hijo, y este, echando de menos a la abuela, intentó llenar el vacío con su enfermiza madre.

—Sí, querido, eres todo lo que puede desear una madre. —Y la señora Shaw le miró con tal afecto y confianza en sus ojos que Polly decidió dirigirle a Tom la primera mirada de aprobación desde su llegada.

Polly no sabía por qué Tom parecía tan preocupado y demostraba una tendencia a la seriedad, pero le gustó comprobar cómo acariciaba la mejilla de su madre con ternura mientras apoyaba la cabeza en el respaldo de la silla, pues sospechaba que empezaba a sentir una compasión masculina en su debilidad y estaba aprendiendo a desarrollar el amor paciente de un hijo por una madre que ha debido soportar muchas cosas.

—Me alegro tanto de que vayas a pasar aquí el invierno. Vamos a ser muy felices y me encantará llevarte a un montón de sitios —empezó Fanny olvidando por un instante los planes de Polly.

Esta meneó la cabeza con decisión.

—Todo eso suena muy bien, pero me temo que no podré acompañarte, Fan. He venido aquí a trabajar, no a divertirme; a ahorrar, no a despilfarrar, y las fiestas están fuera de mi alcance.

—Espero que no pretendas trabajar todo el día y no tener ni un minuto de esparcimiento —gritó Fanny, consternada ante tal perspectiva.

—Pretendo cumplir con el compromiso que he adquirido y evitar que cualquier tentación me desvíe de su cometido. No estaría en condiciones de dar clases si me acostara muy tarde, ¿no crees? Y ¿de dónde voy a sacar el dinero para el vestido, el carruaje y el resto de gastos a los que debe hacer frente una señorita en sociedad? No puedo hacer ambas cosas, y ni siquiera lo intentaré, pero puedo obtener otro tipo de diversiones, como conciertos y lecturas gratuitas, visitándote a menudo y, además, Will me ha prometido que pasará los domingos conmigo. Creo que con eso tendré suficiente diversión.

—Si no vienes a mis fiestas, jamás te lo perdonaré —dijo Fanny cuando Polly terminó, mientras Tom sofocaba un ataque de risa ante la idea de que un hermano pudiera considerarse una «diversión».

—No me importará asistir a cualquier fiesta íntima, siempre y cuando pueda hacerlo con un sencillo vestido negro, pero las grandes están fuera de mi alcance, lo siento.

Resultó conmovedor presenciar la resolución en el rostro de Polly al decir esto último, pues conocía sus limitaciones y estaba decidida a que su vestido negro estableciera el límite de sus actos públicos. Fanny no dijo nada más, pues estaba convencida de que Polly se arrepentiría de sus palabras cuando llegara el momento, y, además, planeaba regalarle para Navidad un hermoso vestido para eliminar así de un plumazo todas sus excusas.

—Polly, ¿nos darías clases de música a mis compañeros y a mí? Hay alguien que desea que aprenda, pero preferiría que lo hicieras tú en lugar de un profesor Twankytillo cualquiera —dijo Tom, aburrido de la conversación.

—Oh, por supuesto, si alguno de los chicos desea aprender sinceramente, y os comportáis, estaré encantada en aceptaros, aunque tendré que cobraros más —respondió Polly con una mirada

de sorna, pese a mantener el rostro muy serio y un tono deliciosamente profesional.

—Pero, Polly, Tom ya no es un chico, tiene veinte años, y dice que debo tratarlo con respeto. Además, está prometido y se da muchos aires —interrumpió Maud, quien consideraba a su hermano un ser venerable.

—¿Quién es ella? —preguntó Polly, como si la noticia fuera poco más que una broma.

—Trix. ¿Cómo? ¿No lo sabías? —respondió Maud como si fuera un evento de importancia nacional.

—¡No! ¿Es verdad, Fan? —Y Polly miró a su amiga con la sorpresa pintada en el rostro mientras Tom se refugiaba en una actitud imponente y de afectada indiferencia.

—Olvidé comentártelo en mi última carta. Ha sido algo muy reciente y no estamos muy satisfechos —observó Fanny, quien hubiera preferido ser la primera en prometerse.

—Es una muy buena noticia y me siento perfectamente satisfecha anunció la señora Shaw, interrumpiendo súbitamente su estado de adormilamiento.

—Polly parece no creérselo. ¿No tengo el aspecto del «hombre más feliz del mundo»? —inquirió Tom al tiempo que se preguntaba si sería compasión lo que leía en los ojos de Polly.

—No, me parece que no —dijo esta lentamente.

—¿Entonces que aspecto debería tener? —exclamó Tom, molesto por la discreta acogida de la noticia.

—El de alguien que ha aprendido a preocuparse de los demás mucho más de lo que lo hace por sí mismo —respondió Polly, súbitamente ruborizada. Su tono de voz se había suavizado ligeramente al tiempo que apartaba la mirada de Tom, quien era la viva imagen del dandi complaciente, desde el rizo superior de su pelirroja cabeza hasta la punta de sus aristocráticas botas.

—Tomy está muy apagado, estoy de acuerdo contigo, Polly. Nunca me ha gustado Trix, y espero que solo sea un capricho entre jovencitos que no tardará en extinguirse de muerte natural —dijo el señor Shaw, quien parecía no poder evitar el pesimismo pese a la animada conversación que tenía lugar a su alrededor.

Shaw, Jr., indignado por la forma irrespetuosa con que se trataba su compromiso, intentó asumir un aire de soberbia indiferencia, pero, al descubrir que no lo conseguía, decidió marcharse de la habitación con un gesto dirigido a todos los presentes. Sin embargo, su madre logró preguntarle antes de que se marchara:

—¿Adónde vas, querido?

—A ver a Trix, por supuesto. Adiós, Polly.

Y el señor Thomas se marchó confiando en que el hábil cambio de tono, de la ardiente impaciencia a la condescendiente frialdad, hubiera impresionado al menos a uno de los presentes con la convicción de que consideraba a Trix la estrella de su existencia y a Polly una muchacha presuntuosa.

Si hubiera oído sus risas, o los comentarios de Fanny, su ira se habría desbordado. Afortunadamente, se ahorró el juicio y se marchó con la esperanza de que las coqueterías de su Trix le permitirían olvidar la mirada de Polly cuando respondió a su pregunta.

—Querida, ese chico es la criatura más ingenua que he conocido nunca —empezó Fanny en cuanto se cerró la puerta principal—. Tanto Belle como Trix han intentado pescarlo, y lo logró la más astuta, ya que, pese a su temperamento, es tan compasivo como un bebé. Has de saber que Trix ya ha roto dos compromisos anteriores, y en otra ocasión fue ella a la que dejaron plantada. ¡Menudo escándalo montó! Estoy convencida de que fue absurdo, pero le afectó muchísimo. No quería salir de casa, y se quedó muy delgada y pálida, además de triste. Fue realmente conmovedor. Me apiadé de ella y la convencí para que viniera a visitarme a menudo, y Tom también colaboró. Siempre ayuda a los desvalidos, un rasgo en él que creo que merece nuestra aprobación. Bueno, pues Trix interpretó el papel de la abandonada a la perfección, dejó que Tom la distrajera hasta que el pobrecillo perdió la cabeza, y al encontrarla cierto día llorando —por su sombrero, que no era el más favorecedor—, pensó que lo hacía por el señor Banks y la consoló, momento que aprovechó la muy gansa para proponerle matrimonio. Aquello era todo lo que deseaba. Se lo propuso repentinamente y por eso el pobre Tom se encuentra en un apuro, ya que desde su compromiso, ella ha recuperado la alegría y flirtea con cualquiera

que se cruza en su camino, por eso Tom se muestra tan susceptible. Creo que no siente por ella ni la mitad de lo que nos hace creer, pero mantendrá su palabra hasta el final y no se comportará como el señor Banks.

—¡Pobre Tom! —fue lo único que pudo decir Polly cuando Fan terminó de relatarle la historia al oído, sentadas en un rincón del sofá.

—Mi único consuelo es que Trix acabe rompiendo el compromiso antes de la primavera. Siempre hace lo mismo, para disponer de libertad durante la temporada veraniega. No le hará mucho daño a Tom, pero no me gusta que lo traten como un idiota solo por despecho, ya que es más hombre de lo que aparenta, y no quiero que nadie se aproveche de él.

—Nadie excepto tú —dijo Polly con una sonrisa.

—Bueno, pero porque se lo merece. A veces puede ser un martirio, aunque, pese a todo, estoy orgullosa de él. Los otros chicos me cansan enseguida, son terriblemente absurdos, y cuando Tom está de buen humor, es una persona encantadora y refrescante.

—Me alegro de oír eso —dijo Polly tomando nota mentalmente.

—Sí, y cuando la abuela enfermó, demostró una gran devoción. Desconocía que fuese capaz de tal ternura. Aunque no habló mucho, demostró sentir una gran pena en su corazón y durante mucho tiempo se sumió en la tristeza y melancolía. Intenté reconfortarlo, y tuvimos dos o tres conversaciones muy agradables durante las cuales tuve la impresión de que empezaba a conocerle por primera vez. Fue muy bonito, pero no duró mucho tiempo. Entre nosotros los buenos tiempos nunca duran mucho. Poco después volvimos a nuestra relación anterior, y ahora nos tratamos mutuamente como siempre.

Fanny suspiró y después bostezó, para sumirse a continuación en su habitual estado lánguido, como si la presencia de Polly empezara a aburrirle.

—Acompañadme a casa y así podréis ver mi nueva habitación. Aún es de día, y te sentará bien tomar un poco el aire. Vamos, las dos, como en los viejos tiempos —dijo Polly, ya que el atardecer que teñía el oeste de carmesí invitaba a salir al exterior.

Accedieron y, poco después, las tres caminaban alegremente hacia casa de Polly por una callecita tranquila entre unos cuantos árboles antiguos que susurraban en verano y que relucían agradablemente en las mañanas veraniegas.

«The way into my parlor. Is up a winding star» cantó Polly al tiempo que subía dos tramos de una escalera ancha y anticuada y abría la puerta de una habitación trasera, de la cual salió el brillo acogedor de un fuego.

—Estas son mis mascotas —añadió, deteniéndose en el umbral e indicándole a las chicas que entraran con sigilo.

Sobre la alfombra, regodeándose al calor del fuego, había un gato gris y, junto a este, encaramado pensativamente en la percha, un canario regordete, el cual dirigió sus brillantes ojos a los recién llegados, emitió un sonoro gorjeo como si pretendiera despertar a su camarada y voló hasta posarse en el hombro de Polly, desde donde empezó a canturrear para dar la bienvenida a su dueña.

—Permitidme que os presente a mi familia —dijo Polly—. A este ruidoso individuo los chicos le pusieron Nicodemo, y ese gato tan perezoso se llama Ashputtel porque nada le gusta más que revolcarse en la ceniza. Ahora, quitaos los abrigos y permitidme que os haga los honores, pues tomaréis el té conmigo y el carruaje no llegará hasta las ocho. Lo he acordado con vuestra madre mientras estabais en el piso de arriba.

—Quiero verlo todo —dijo Maud tras quitarse el sombrero y calentarse las manos.

—Y así será. Creo que te encantará la disposición de mi casa.

Entonces Polly les mostró su reino, y las tres disfrutaron enormemente. El gran piano ocupaba tanto espacio que no había sitio para la cama, pero Polly les descubrió orgullosa las posibilidades de su sofá de chintz: deslizó el respaldo, subió los asientos y en el interior aparecieron los cojines y las sábanas.

—Es muy práctico, y durante el día hace las veces de sofá, pues recibo dos o tres alumnos —explicó Polly.

Sobre la gastada alfombra había una brillante estera; la pequeña mecedora y la mesa de coser estaban junto a la ventana, la hiedra cubría el otro extremo de la habitación y ocultaba el rincón donde se desarrollaban las comidas. Sobre el sofá colgaban diversas

estanterías, uno o dos cuadros en las paredes y un gran jarrón con hierbas y hojas otoñales decoraban la chimenea. Se trataba de una habitación realmente humilde, pero Polly había conseguido hacerla confortable. De hecho, ya disponía de un cierto aire de hogar, con el fuego crepitando y las mascotas piando y ronroneando tranquilamente sobre la alfombra.

—¡Qué bonito! —exclamó Maud al salir del gran armario donde Polly guardaba sus provisiones—. Tienes una tetera y una sartén preciosas, y un juego de café, y un montón de cosas para comer. Por favor, Polly, hagamos tostadas para el té, y déjame que las tueste con el nuevo tostador. Es tan divertido jugar a las cocinitas.

Fanny no se mostraba tan entusiasta como su hermana, pues sus ojos reconocían demasiadas señales de lo que consideraba una vida pobre, pero Polly parecía tan feliz, tan satisfecha con su pequeña morada, tan llena de esperanzas y planes que su amiga no se sintió predispuesta a enumerar los defectos o a sugerir mejoras sino que se sentó donde le indicaron, riendo y hablando mientras preparaban el té.

—Será una cena campestre, chicas —dijo Polly mientras iba de un lado a otro—. Tenemos nata de verdad, pan moreno, pastel casero y miel de mis propias abejas. Mamá me obligó a cargar con tantos suministros que me alegra celebrar una fiesta, ya que yo sola no podría comérmelo todo. Unta el pan con la mantequilla, Maudie, y cúbrelo con esa tapa. Avísame cuando hierva la tetera, y, haz lo que hazas, no pises a Nicodemo.

—Serás un ama de casa maravillosa —dijo Fanny observando cómo Polly disponía la mesa con una pulcritud y una destreza que daba gusto contemplar.

—Sí, es una buena práctica —rió Polly mientras llenaba su diminuta tetera y ocupaba su lugar tras la bandeja asumiendo el porte de una dama de edad avanzada, lo que constituyó la mejor fuente de risas.

—Es la fiesta más deliciosa a la que he asistido jamás —observó Maud tras un buen rato con la boca llena de miel—. Me encantaría tener una habitación como esta, y un gato y un pájaro que se coman el uno al otro, y una tetera tan mona como esa y preparar tantas tostadas como desee.

Las reflexivas aspiraciones de Maud fueron recibidas con tales carcajadas que la señorita Mills sonrió sobre su solitaria taza de té y el pequeño Nick, subido en el tarro del azúcar, se puso a cantar alegremente mientras picoteaba en su interior.

—A mí no me importan las tostadas ni la tetera, pero envidio tu buen humor, Polly —dijo Fanny en cuanto las risas se apagaron—. Estoy tan cansada de todos y de todo que, en ocasiones, tengo la sensación de que voy a morir de ennuí. ¿No te ocurre lo mismo?

—A veces, pero entonces cojo la escoba y me pongo a barrer, o a lavar enérgicamente, o salgo a caminar, o me propongo hacer algo con toda mi voluntad, y, normalmente, cuando termino, descubro que las preocupaciones han desaparecido o bien dispongo del coraje necesario para sobrellevarlas —respondió Polly cortando el pan moreno con energía.

—Yo no puedo hacer esas cosas. No hay necesidad y, además, no creo que me ayudaran a deshacerme de mis preocupaciones —dijo Fanny mientras daba de comer lánguidamente a Ashputtel, quien estaba sentado decorosamente a su lado y no quitaba ojo del tarro de nata.

—Te haría bien saber lo que es la necesidad, Fan. Solo un poco, para poder mantenerte ocupada hasta descubrir lo bien que sienta el trabajo, y en cuanto aprendas eso, nunca más volverás a quejarte de ennuí —contestó Polly, quien había aprendido con optimismo la dura lección de veinte años en la alegre pobreza.

—No, muchas gracias, no creo que me gustara eso, pero ojalá alguien invente un nuevo entretenimiento para la gente rica. Estoy harta de fiestas y flirteos, de intentar vestir mejor que mis vecinas y asistir a los mismos actos año tras año, como una ardilla en una jaula.

El tono de Fanny desprendía tanta amargura como descontento, y Polly tuvo la instintiva sensación de que algún problema, mucho más grave de los que había tenido hasta entonces, se agazapaba en el corazón de su amiga. Aunque aquel no era el momento oportuno para hablar de ello, Polly resolvió que estaría dispuesta a ofrecerle su consuelo, pues era todo lo que podía ofrecerle, cuando llegara el momento de las confesiones. Fanny consideró su silencio el mejor de los remedios, recuperó parte de su alegría en la

atmósfera relajada de aquella habitación y, cuando se despidieron, tras haber repasado sus aventuras pasadas junto al fuego, besó cariñosamente a su anfitriona y, con mirada agradecida, le dijo:

—Polly, querida, vendré muy a menudo a verte, pues tu compañía me reconforta muchísimo.

IX

LECCIONES

Las primeras semanas fueron duras, pues Polly aún no había superado su natural timidez, y rodearse de tantos extraños le provocaba frecuentes ataques de pánico. No obstante, su determinación le daba coraje, y cuando por fin logró romper el hielo, sus alumnos no tardaron en profesarle una gran estima. La novedad no tardó mucho tiempo en desvanecerse, y pese a saberse capacitada para el duro trabajo, empezó a sentir cierto aburrimiento al hacer las mismas cosas un día tras otro. Además, se sentía sola, pues Will solo podía visitarla una vez a la semana, sus horas de asueto coincidían con las de mayor actividad de Fanny y «los momentos de placer» eran tan escasos y distanciados entre sí que solo servían para atormentarla. Incluso las labores del hogar perdieron su atractivo, pues Polly era una criatura social, y las

comidas solitarias habitualmente la sumían en la tristeza. Ashputtel y Nick procuraban animarla, pero ellos también parecían añorar la libertad del campo y la atmósfera familiar. Pobre Puttel, tras observar melancólicamente a los gatos callejeros desde la ventana, se refugiaba en la alfombra y se quedaba hecho un ovillo, como si toda esperanza de establecer agradables relaciones fuera vana, mientras el pequeño Nick canturreaba hasta la extenuación sin recibir respuesta alguna salvo el gorjeo inquisitivo de los descarados gorriones, quienes parecían estar riéndose de él por su cautividad. Sí, cuando la pequeña tetera perdió su brillo, Polly ya había descubierto que ganarse la vida no era precisamente fácil, y muchas de sus brillantes esperanzas compartieron idéntico destino al de su tetera.

Si una pudiera sacrificarse de una vez y dejarlo atrás, todo sería más sencillo, pero perseverar en el sacrificio diario para consumir deseos, inclinaciones y placeres es algo mucho más difícil, especialmente cuando la persona es joven, hermosa y alegre. Clases diarias, una conferencia altamente instructiva, libros junto a un fuego solitario o música sin más público que un gato adormilado y un pájaro con la cabeza bajo el ala no es precisamente lo que la gente consideraría una tarde dichosa, de modo que, pese a su resoluta determinación, de vez en cuando Polly anhelaba otras diversiones, y aunque a las nueve se dijera virtuosamente a sí misma: «Sí, lo más adecuado es que me vaya a la cama pronto para poder trabajar mañana», permanecía despierta en su lecho pendiente del sonido de los carruajes al pasar frente a su casa e imaginando a sus alegres ocupantes mientras se dirigían a la ópera, a una fiesta o a una representación teatral. Y el cojín de lúpulo de la señora Dodd podría haber estado lleno de ortigas, pues no encontraba en él ni el sueño ni el consuelo, siendo su única finalidad recoger y ocultar las lágrimas que su corazón se mostraba incapaz de contener.

Otra espina clavada en nuestra Polly en sus intentos por avanzar a través de los arbustos que barran el paso del progreso de la mujer fue el descubrimiento de que ganarse la vida cierra numerosas puertas incluso en la democrática América. A pesar de su pobreza, siempre había sido recibida con afecto en todos los lugares a los

que Fanny la había llevado como su invitada, tanto cuando era una niña como cuando se convirtió en toda una mujer. Por entonces, no obstante, las cosas eran distintas. La gente más amable la trataba con condescendencia; los más descuidados, la ignoraban completamente, e incluso Fanny, pese a todo el afecto que le profesaba, consideraba que Polly, la profesora de música, no sería tan bien recibida en ciertos ambientes como lo había sido la joven Polly, la «amiga de la señorita Shaw».

Algunas jóvenes seguían saludándola amigablemente, pero nunca la invitaban a sus casas; otras simplemente bajaban la mirada y seguían caminando como si nada, mientras que la mayoría la ignoraban cómo si fuera invisible. Aquellas cosas afectaban a Polly más de lo que estaba dispuesta a aceptar, pues en su casa todo el mundo trabajaba y era tratado con respeto. Pese a sus esfuerzos por ignorarlo, las jóvenes suelen acusar más los pequeños desaires, y Polly se sintió tentada en más de una ocasión de abandonar sus planes y huir para encontrar el refugio de su hogar.

Fanny nunca se olvidó de invitarla a todas las fiestas que se celebraron en la mansión de los Shaw, pero, tras varios intentos, Polly declinó con firmeza asistir a cualquier acto salvo cuando la familia la recibía en la intimidad. No tardó en considerar incluso el nuevo vestido negro inadecuado para las fiestas más sencillas de Fanny, y tras recibir unas cuantas miradas reveladoras mediante las cuales las mujeres expresan su opinión sobre el vestuario de sus vecinas y oír sin pretenderlo una o dos bromas «sobre aquel inevitable vestido» y «el pequeño mirlo», Polly lo guardó en su armario y comentó con un nudo en la garganta:

—Me lo pondré para Will. A él le gusta, y la ropa nunca cambiará la opinión que tiene de mí.

Me temo que la natural dulzura de Polly estaba empezando a adquirir cierta amargura como consecuencia de estos problemas, pero antes de que las cosas empeoraran, recibió, de una fuente inesperada, el tipo de ayuda sincera gracias a la cual los jóvenes aprenden a superar las pequeñas dificultades, mostrándoles otras mayores que han logrado evitar y señalándoles el camino de otros placeres que ayudan a mantener los corazones alegres, las mentes despiertas y las manos ocupadas.

Todo el mundo tiene sus momentos de infortunio, como la pequeña Rosamund, pero Polly empezaba a creer que los suyos eran más de los que merecía. Uno de estos terminó de un modo que recordaría toda su vida, de modo que lo relataré a continuación. Todo empezó muy pronto, pues la criatura irritante y malcarada no se comportó hasta haber utilizado una cantidad ruinosa de leña, para después escaldar al pobre Puttel tras volcar la cafetera. De modo que, en lugar de comer relajada y agradablemente, tuvo que hacerlo con prisas, pues todo le salió mal, e incluso se le rompieron los dos lazos del gorrito al vestirse apresuradamente. Como llegaba tarde, olvidó los cuadernos de música, y al regresar a por ellos, cayó en un charco, lo que puso el punto álgido a su desesperación.

¡Qué mañana más dura! La propia Polly acabó desafinada, y todos los pianos parecían necesitar que los afinasen tanto como ella. Los alumnos se comportaron inusualmente mal, y dos de ellos anunciaron que sus madres se los llevaban al sur, desde donde se reclamaba su presencia. Aquello significó un duro revés, pues acababan de empezar las lecciones y, aunque sus planes y cálculos se vieron tristemente afectados al no recibir la suma esperada, Polly no tuvo el coraje de enviar una factura por un cuarto de lo acordado.

Al regresar a casa al mediodía, triste y decepcionada, la pobre Polly recibió otro revés, uno que le dolió mucho más que la pérdida de sus alumnos. Mientras caminaba apresuradamente con un voluminoso cuaderno de música en una mano y una bolsa de papel llena de bollos para el té en la otra, vio acercarse a Tom y Trix. Mientras les observaba aproximarse lentamente, con un aspecto tan alegre y radiante, Polly tuvo la sensación de que todo el sol y la buena compañía quedaban en aquel lado de la calle, mientras que en el suyo reinaba el viento invernal y el barro. Deseando ver una cara conocida y recibir palabras cordiales, decidió cruzar la calle, dispuesta, por lo menos, a inclinar la cabeza y sonreír. Trix fue la primera en reconocerla y repentinamente algo llamó su atención en el horizonte. Aparentemente, Tom no la vio, pues estaba pendiente del paso de un majestuoso caballo. Polly pensó que la había visto y se acercó con un extraño cosquilleo en el corazón, pues si Tom la ignoraba sería la gota que colmara el vaso.

La pareja siguió acercándose, Trix abstraída con la vista, Tom contemplando atónito el hermoso caballo, y la ruborizada Polly no dejaba de observarlos con ojos expectantes, con el paquete marrón a plena vista. Llegó el fatídico momento en que se cruzaron, pero nadie dijo nada ni saludó; Polly siguió adelante con la sensación de que acababan de abofetearla. Nunca habría creído que Tom pudiera comportarse de aquel modo, se dijo Polly. Todo debía ser obra de aquella horrible Trix. Bien, si se había convertido en un esnob que se avergonzaba de ella solo porque llevara un paquete y se ganara la vida, no le molestaría más. Mientras se decía todo esto a sí misma, apretó con fuerza el paquete contra su cuerpo, y con los ojos llenos de lágrimas y los labios trémulos, añadió: ¿Cómo puede hacerme algo así, y delante de ella?

Ahora bien, Tom no era culpable de tal ofensa y, además, siempre había saludado a Polly cuando se encontraban. Sin embargo, hasta aquel momento siempre había estado solo, y por ese motivo se sentía tan dolido por el incidente, especialmente conociendo la opinión que Polly tenía de Trix. Antes de poder enjuagarse los ojos o controlar sus emociones, un caballero la saludó, se quitó el sombrero, sonrió y le dijo amablemente:

—Buenos días, señorita Polly. Me alegro de verla. —Entonces, con un súbito cambio de tono y maneras, añadió—: Discúlpeme, ¿le ocurre algo? ¿Puedo hacer algo por usted?

Era una situación embarazosa, pero como no podía hacer nada por evitarla, Polly se vio obligada a contarle la verdad.

—Es una tontería, pero me duele que mis amigos me ignoren. Supongo que con el tiempo me iré acostumbrando.

El señor Sydney miró por encima del hombro, reconoció a la pareja y se dio la vuelta con semblante adusto. Polly estaba abstraída buscando su pañuelo y, sin decir palabra, el caballero le cogió el cuaderno y el paquete de las manos, lo que Polly agradeció enormemente pese a tratarse de un gesto sin importancia. Se enjugó a toda prisa sus traicioneros ojos, se rio y dijo alegremente:

—Ya estoy mucho mejor. Muchas gracias, pero no es necesario que cargue con mis cosas.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro. Y este cuaderno me recuerda que tenía algo que decirle. ¿Tiene una hora libre para

dedicársela a mi sobrina? Su madre desea que estudie música y me pidió que hablara con usted.

—¿De verdad? —Y Polly le miró como si sospechara que había encontrado la excusa para animarla.

El señor Sydney sonrió y, tras extraer una nota del bolsillo, se la mostró y le dijo con una mirada de reproche:

—Aquí tiene la prueba de lo que digo, para que no vuelva a desconfiar de mi palabra.

Polly se disculpó, leyó la nota escrita por la madre de la niña, la cual debía dejarse en sus habitaciones si se encontraba ausente, y le dio las gracias al mensajero por el inesperado aumento en el número de sus alumnos. Complacido por el éxito de su misión, Sydney encaminó la conversación hacia el tema de la música, y durante un rato Polly olvidó sus aflicciones mientras hablaba con entusiasmo de su tema favorito. Al reclamar el cuaderno y el paquete a la puerta de su casa, le dijo sinceramente:

—Le agradezco mucho el esfuerzo por hacerme olvidar mis pequeñas y tontas preocupaciones.

—Entonces, déjeme decirle una cosa más. Aunque pueda parecer lo contrario, creo que Tom Shaw no la ha visto. La señorita Trix es muy capaz de ello, pero Tom no, pues a pesar de toda su afectación, tiene un buen corazón.

Cuando el señor Sydney terminó de decir esto, Polly alargó la mano y le dijo cordialmente:

—Muchas gracias.

El joven dio un apretón a la manita enfundada en el guante gris, le hizo la misma reverencia que hubiera dedicado a la honorable señora Davenport y se alejó. Polly subió las escaleras y le dirigió a Puttel unas curiosas palabras:

—¡Es usted un verdadero caballero! Demostró una gran bondad al hablar de Tom en esos términos. Yo también creo lo mismo, y ya verá cuánto aprende su sobrina Minnie.

Puttel le contestó con un ronroneo, Nick demostró su aprobación con un gorjeo y Polly comió con más apetito del que creía tener. No obstante, en el fondo de su corazón, aún notaba un dolor funesto, y las lecciones de la tarde le resultaron largas y agotadoras. Cuando llegó a casa ya había anochecido, y mientras comía frente al fuego

el pan y la leche, varias lágrimas mojaron los panecillos, e incluso la miel casera tenía un sabor amargo.

—Ya es suficiente —se dijo de pronto—. Esto es una tontería, no puedo permitir que continúe. Me aferraré al viejo plan y superaré este dolor haciendo un favor a alguien. ¿Qué podría hacer? ¡Ah, ya lo sé! Fan asistirá esta noche a una fiesta. La ayudaré con el vestido. Siempre agradece mi presencia y a mí me gusta ver cosas hermosas. Eso es, y además le llevaré dos o tres ramilletes de adelfas, son tan bonitas.

Polly se puso en pie y, tras hacer el ramillete, se encaminó a casa de los Shaw, decidida a sentirse feliz y confiada pese a Trix y el duro trabajo.

Encontró a Fanny soportando la tortura a la que le sometía el peluquero, quien se esforzaba por destrozarle el cabello y deformar su cabeza mediante una serie de rizos, trenzas, rellenos y borlas, ya que, aunque evite discretamente cualquier tipo de descripción, creo que podríamos aventurarnos a asegurar sin temor a equivocarnos que todo aquello se considerará horroroso en menos de seis años.

—¡Qué detalle, Polly! No podría tener a nadie mejor que tú para que arregles mis flores. Esas hermosas adelfas perfumarán a mis camelias. Ha sido todo un detalle que las trajeras. Ahí está mi vestido. ¿Qué te parece? —dijo Fanny sin atreverse a levantar los ojos bajo la torre dorada de su cabeza.

—Es espléndido. Pero ¿cómo conseguirás ponértelo? —respondió Polly observando con interés infantil la nube de encaje rosa y blanco que reposaba sobre la cama.

—Está maravillosamente bien hecho, y verás lo bien que me sienta. Trix cree que voy a ir de azul, de modo que ha elegido uno verde y le ha dicho a Belle que así conseguirá arruinar el efecto del mío, puesto que nunca nos separamos. ¿Qué te parecen sus maquinaciones? Belle me advirtió a tiempo e hice que me confeccionaran este rosa para frustrar los planes de mi futura y querida hermana.

—Supongo que ha estado leyendo la vida de Josefina. Ya sabes que hizo sentar a una dama de la que se sentía celosa detrás de ella, en un sofá verde, para realzar así su vestido blanco y arruinar el azul de su invitada —respondió Polly, ocupada con las flores.

—Trix no suele leer. Eres tú a la que siempre se le ocurren pequeñas historias. Recordaré y utilizaré la que me acabas de contar. ¿Estoy bien? Sí, es precioso, ¿no crees? —y Fan se puso en pie para comprobar el éxito del arduo trabajo de Monsieur.

—Ya sabes que no sé apreciar como merecen los peinados de moda, y que prefiero como lo llevabas antes. Pero supongo que eso es lo «más indicado», y no diré nada más.

—Por supuesto que lo es. Querida, me lo he encrespado y rizado tantas veces que en su estado natural parezco una vieja loca, por lo que debo reparar los daños de la mejor manera posible. Deja las flores aquí. —Y Fanny colocó una camelia rosa en un nido de hojas y se prendió un ramillete de adelfas en la parte de atrás de la cabeza.

—¡Oh, Fan, así queda horrible! —exclamó Polly, quien deseaba embellecer el rostro cetrino de su amiga mediante la correcta disposición de las flores.

—No puedo evitarlo. Así es como indica la moda, y así se quedará —respondió Fan colocando otra flor en lo alto de la torre que formaban sus cabellos.

Polly emitió un gemido y se abstuvo de hacer más comentarios, pero cuando Fan estuvo lista de la cabeza a los pies, la admiró con toda la sinceridad que pudo reunir e intentó guardarse sus pensamientos para sí. No obstante, su sincero semblante la traicionó, ya que Fanny se dio la vuelta de repente y le espetó:

—Será mejor que digas lo que piensas, Polly. Veo en tus ojos que algo te disgusta.

—Solo estaba pensando en algo que dijo la abuela en una ocasión: la modestia ya no está de moda —respondió Polly mientras contemplaba el talle de su amiga, el cual estaba compuesto por un cinturón, un poco de encaje y un par de tirantes.

Fanny rio con ganas y, mientras se ponía el collar, dijo:

—Si tuviera tus hombros, no me importaría la moda. Pero deja ya de sermonearme, acércate y ayúdame a ponerme la capa, pues debo encontrarme con Tom y Trix y les prometí que llegaría pronto.

A Polly la acompañarían a su casa después de haber dejado a Fan en la de Belle.

—Me siento como si yo también fuera a la fiesta —comentó Polly en la calesa.

—Nada me gustaría más. Y así sería si no fueras tan terca. Te he rogado, te he suplicado, te he ofrecido todo lo que tengo para que dejes de lado esa absurda promesa y te diviertas.

—Gracias, pero no lo haré, así que no te preocupes más por mí. Estoy bien —dijo Polly con resolución.

No obstante, cuando se detuvieron frente a la iluminada casa y se encontró rodeada por el alegre bullicio de la fiesta, las idas y venidas de los carruajes, los brillantes colores, formas y rostros, el sonido de la música y la atmósfera general de regocijo, Polly se sintió incómoda, y ante la perspectiva de una tarde aburrida en la soledad de su pequeña habitación, se puso a llorar como lo haría un niño al que se le niega un caramelo.

—Sé que no hago bien, pero no puedo evitarlo —se dijo a sí misma entre sollozos desde un rincón del carruaje—. La música era sugestiva y habría estado muy elegante con el vestido azul de Fan, y sé que puedo comportarme con distinción y, pese a no pertenecer al grupo, disponer de numerosas parejas de baile. ¡Oh, aunque solo fuera un baile con el señor Sydney o con Tom! No, Tom no me lo pediría, y tampoco lo aceptaría si lo hiciera. ¡Pobre de mí! ¡Ojalá fuera vieja y sencilla, buena y feliz como la señorita Mills!

De este modo se lamentaba Polly, y cuando llegó a su casa, solo se encontraba de humor para irse a la cama y llorar toda la noche, como suele ocurrirles a las jóvenes cuando sus pequeñas aflicciones se tornan insoportables.

Pero Polly no tuvo la oportunidad de recrearse mucho en su dolor, pues, tras subir las escaleras sintiéndose la criatura más desgraciada de la tierra, vio a la señorita Mills cosiendo con un semblante tan resplandeciente que no pudo evitar detenerse un instante para conversar con ella.

—Siéntate, querida. Me alegro de verte, pero discúlpame si continúo con mi labor, pues debo terminar con esto esta misma noche —dijo la vigorosa anciana con una sonrisa y un asentimiento mientras daba una nueva puntada y hacía una costura a modo de prueba.

—Entonces, permítame que le ayude. Estoy aburrida y enfadada, de modo que me vendrá bien —dijo Polly mientras se sentaba con gesto resignado—. Bueno, si no puedo ser feliz, por lo menos puedo ser útil.

—Gracias, querida. Sí, puedes ir haciéndole el dobladillo a la falda mientras yo coso las mangas. Será una gran ayuda.

Polly se puso el dedal en silencio, pero cuando la señorita Mills extendió la franela blanca sobre su falda, exclamó:

—¡Pero cómo! ¡Si parece una mortaja! ¿Lo es?

—No, querida, gracias a Dios, no lo es. Pero lo habría sido si no hubiéramos salvado a la pobrecilla —replicó la señorita Mills al tiempo que se ruborizaba, lo que realzó su belleza pese a los rígidos rizos grises que le enmarcaban el rostro, el menoscabo de dientes y la nariz torcida.

—¿Por qué no me lo cuenta? Me gusta tanto escuchar sus historias y buenas obras —dijo Polly, dispuesta a dejarse entretener por cualquier cosa que le permitiera olvidarse de sí misma.

—Ah, querida, se trata de una historia de lo más normal, y eso es lo más triste de todo. Te lo contaré porque creo que podrías ayudarme. La pasada noche estaba atendiendo a la pobre Mary Floyd, quien has de saber que sufre de tuberculosis —empezó la señorita Mills sin dejar de mover los dedos y con la misma expresión dichosa en su anciano rostro, como si en cada puntada dedicara una bendición—. Mary estaba muy mal, pero a medianoche se quedó dormida. Cuando intentaba recoger el desorden, llegó la señora Finn —la mujer de la casa— y me obligó a salir con el terror pintado en el rostro. «La pequeña Jane se ha suicidado y no sé qué hacer», me dijo mientras me conducía al desván.

—¿Quién es la pequeña Jane? —interrumpió Polly dejando la aguja.

—Solo sabía que era una jovencita pálida y tímida que entraba y salía sin hablar apenas con nadie. La señora Finn me dijo que era una muchacha pobre pero trabajadora y honrada que no se relacionaba con nadie y que vivía y trabajaba sola. «La última semana ha estado más abatida y pálida de lo normal, de modo que le pregunté si estaba enferma», me dijo la señora Finn, «pero ella me dio las gracias con timidez y me aseguró que no le ocurría nada,

de modo que lo dejé estar. Sin embargo, esta noche, cuando me iba a la cama, sentí el impulso de comprobar cómo se encontraba, ya que no había salido en todo el día de su habitación. Así lo hice y esto es lo que me he encontrado». Cuando la señora Finn terminó de hablar, abrió la puerta del desván y asistí al espectáculo más triste que he presenciado jamás.

—¡Oh! ¿Qué vio? —gritó Polly, también pálida por el interés.

—Una habitación vacía, más fría que un granero, y sobre la cama un rostro muerto y blanco que a punto estuvo de partirme el corazón. Estaba tan delgada, y parecía tan paciente, tan joven. Sobre la mesa había una botella medio vacía de láudano, un viejo monedero y una carta. Léela, querida, y no pienses mal de la pequeña Jane.

Polly cogió el folio que le tendía la señorita Mills y leyó estas palabras:

Querida señorita Finn:

Por favor, perdóneme por las molestias que le he ocasionado, pero no veo otra salida. No encuentro un trabajo con el que ganar lo suficiente para mantenerme. El médico dice que no me recuperaré basta que descanse. Odio ser una carga, de modo que me marché para no molestar a nadie más. He vendido mis cosas para pagarle lo que le debo. Por favor, déjeme como estoy y no permita que vengan a verme. Confío en que Dios me perdone. No tengo miedo de morir, aunque sí lo tendría si siguiera viviendo y empeorara por no tener fuerzas para seguir viviendo. Dele todo mi amor al niño, adiós, adiós.

Jane Bryant

—¡Oh, señorita Mills, es horrible! —exclamó Polly con los ojos tan llenos de lágrimas que apenas pudo terminar la carta.

—No tan terrible como podría haber sido, pero fue algo muy amargo y triste ver a una chica de solo diecisiete años tendida con su limpio y viejo camisón esperando que la muerte se la llevara porque no parecía tener un lugar en el mundo. Pero, bueno, conseguimos salvarla, pues no era demasiado tarde, gracias a Dios, y lo primero que dijo fue: «Oh, ¿por qué me han traído de vuelta al mundo?». Como he estado todo el día cuidando de ella, me ha contado su historia, y yo le he hecho ver que sí existe un lugar para

ella. Su madre falleció hace un año, y, desde entonces, ha tenido que salir adelante sola. Es una de esas criaturas tímidas, inocentes y humildes que no pueden abrirse camino y que, por tanto, acaban relegadas y olvidadas. Ha trabajado en todo tipo de empleos mal pagados, pero como no podía ganarse la vida decentemente, se desanimó, enfermó, se asustó y no supo encontrar más refugio en el ancho y cruel mundo que quitarse la vida cuando aún le quedaban fuerzas. Aunque pueda parecerle nueva y espantosa, se trata de una historia muy vieja, y creo que te sentará bien ayudar a una pobre chica que ha pasado por momentos oscuros que probablemente tú jamás conocerás.

—¡Por supuesto, haré todo lo que esté en mi mano! ¿Dónde está ahora? —preguntó Polly, muy afectada por una historia sencilla pero muy triste.

—Allí —dijo la señorita Mills señalando la puerta de su habitación—. Esta noche se encontraba mejor y ha podido trasladarse. La he traído a mi casa y la he dejado descansar en mi propia cama. ¡Pobrecilla! Contempló la habitación durante un minuto y, después, la mirada perdida se desvaneció, suspiró profundamente y me cogió la mano con sus dos manitas y me dijo: «Oh, señora, me siento como si hubiera renacido en un mundo completamente nuevo. Ayúdeme a volver a empezar. Le prometo que lo haré mucho mejor». Y yo le dije que a partir de ahora sería como mi hija y que podía descansar aquí, que esta sería su casa mientras también fuera la mía.

La señorita Mills habló en un tono tan maternal, y dirigió una mirada tan orgullosa y llena de felicidad hacia el cálido y silencioso refugio en el que había cobijado a su desamparado gorrioncito, convencida de que Dios la había puesto en su camino para evitar que cayera al suelo, que Polly la rodeó con sus brazos y besó su arrugada mejilla con el mismo cariño y respeto que hubiera dedicado a una santa, ya que en la sencillez de su comportamiento reconoció la amante caridad que protege y salva al mundo.

—¡Qué buena es usted! Querida señorita Mills, dígame que debo hacer. Déjeme ayudarle, estoy dispuesta a cualquier cosa —dijo Polly con gran humildad, pues sus pequeños problemas parecían tan nimios y absurdos comparados con las penurias que a punto

habían estado de llevar a una joven a la muerte que se sintió avergonzada de sí misma y totalmente dispuesta a remediar su actitud.

La señorita Mills acarició la suave mejilla de Polly, y, con una sonrisa, le dijo:

—Entonces, Polly, solo te pido que entres en la habitación y le digas algo amable a mi joven invitada. Le sentará bien tu presencia, y además tienes la capacidad de consolar a la gente sin resultar irritante.

—¿De veras? —preguntó Polly, muy agradecida por sus palabras.

—Sí, querida, tienes el don de la simpatía y el desacostumbrado arte de mostrarla sin ofender a nadie. No dejaría a muchas chicas entrar en esa habitación para ver a la pobre Jenny, ya que solo conseguirían agitarla e inquietarla, pero tú sabes lo que tienes que hacer, así que adelante. De paso, llévale este batín, ya he acabado, y gracias por la ayuda.

Polly se colocó la cálida prenda en el brazo, sintiendo un estremecimiento de gratitud al saber que era para envolver el cuerpo de una chica que aún vivía y no para ocultar un joven corazón que se había detenido demasiado pronto. Abrió la puerta y entró en el cuarto débilmente iluminado. Sobre la almohada, distinguió un rostro que la atrajo con fuerza irresistible, pues estaba envuelto en una sombra solemne que convertía su juventud en algo patético. Al detenerse junto al lecho, creyendo que la muchacha dormía, vio cómo un par de ojos profundos y oscuros la observaban, al principio con sorpresa pero, paulatinamente, se fueron suavizando al contemplar el rostro bondadoso de Polly. Y entonces se cubrieron con una expresión humilde y suplicante, como si le pidiera perdón por el precipitado acto recientemente cometido y compasión por el destino funesto que lo había provocado. Polly leyó todo aquello en sus ojos y respondió a su muda súplica con una sencilla elocuencia que dijo mucho más que las palabras, ya que se limitó a inclinarse y besar a la pobre chica con labios temblorosos y ojos llenos de lágrimas por la compasión que se sentía incapaz de verbalizar. Jenny le rodeó el cuello con ambos brazos y empezó a verter esas lágrimas silenciosas que tanto consuelan y aligeran los

corazones cuando una tierna caricia libera la fuente que las contiene.

—Todo el mundo es tan amable —dijo entre sollozos—, y yo he sido tan mala. No lo merezco.

—Oh, claro que lo mereces. Pero ahora no pienses en eso; descansa, nosotras cuidaremos de ti. La otra vida era demasiado dura. Intentaremos que la nueva sea mucho más llevadera y feliz —dijo Polly, olvidándolo todo salvo que aquella chica se parecía mucho a ella y que necesitaba que la reconfortaran.

—¿Vives aquí? —preguntó Jenny tras secarse las lágrimas y sin soltar a su nueva amiga.

—Sí, la señorita Mills me presta una pequeña habitación en el último piso, y allí tengo a mi gato y a mi pájaro, mi piano y mis plantas, y vivo como una reina. Tienes que subir mañana si te encuentras mejor. A menudo, me siento sola, pues en la casa no hay gente joven con la que pueda pasar el rato —respondió Polly con una hospitalaria sonrisa.

—¿Te dedicas a coser? —preguntó Jenny.

—No, soy profesora de música y me paso el día de un lado a otro dando clases.

—Qué bien suena eso. Debes de ser muy feliz, tan fuerte y hermosa, y poder dedicarte todo el día a la música —suspiró Jenny, observando con respetuosa admiración la regordeta y firme mano que sostenía entre las suyas, delgadas y débiles.

Aquellas palabras sonaron como música incluso para los oídos de Polly, y se marchó satisfecha y orgullosa al saberse una criatura muy distinta de la que había derramado lágrimas por no poder asistir a una fiesta. Pasó por su mente como un relámpago el contraste entre su vida y la de aquella lánguida criatura que tenía frente a ella, y sintió que podría dar más de lo que tenía a su nueva y necesitada hermana, quien apenas le quedaba la vida recién recuperada en aquel mundo. Aquel minuto hizo más por Polly que muchos sermones o los libros más sabios, pues le permitió descubrir las verdades más amargas, le mostró el lado más oscuro de la vida y pareció disipar sus pequeñas vanidades y frívolos deseos como un viento fresco que deja tras de sí una atmósfera renovada. Sentándose en un lado de la cama, Polly escuchó mientras Jane le

contaba la historia, la cual resultó tan novedosa para su oyente que cada una de sus palabras se clavó en su corazón y nunca más la olvidó.

—Ahora debes dormir. No llores ni pienses demasiado, simplemente descansa. Eso complacerá a la señorita Mills. Dejaré la puerta abierta y tocaré una nana que no podrás resistir. Buenas noches, querida. —Y con otro beso Polly se marchó para sentarse en la oscuridad de su habitación. Desde allí, interpretó al piano las más dulces melodías hasta que los ojos cansados de la chica que descansaba en el piso de abajo se cerraron. A la pequeña Jenny le pareció estar flotando en un mar de placenteros sonidos mientras se dirigía a una vida más dichosa que no había hecho más que comenzar.

Polly planeaba sentirse muy triste y dormirse en un mar de lágrimas, pero cuando finalmente se acostó, la almohada le pareció muy blanda, su pequeña habitación acogedora, con el fuego iluminando todos sus objetos familiares, y el dulce perfume de las rosas adormecedor. Ya no se consideraba una persona dolida, abrumada por el trabajo e infeliz, sino una colmada de bendiciones por las que no mostraba agradecimiento alguno. Había oído hablar de la pobreza y de los sufrimientos de una manera vaga, como suele ocurrirles a las jóvenes de buena familia, pero ahora los había visto de un modo que podía sentirlos y comprenderlos, y desde aquel momento la vida se convirtió para ella en algo mucho más serio. Había tantas cosas que hacer en aquel mundo tan grande y atareado y ella había hecho tan poco. ¿Por dónde debía empezar? Y, entonces, recordó las palabras de la pequeña Jenny, aunque ahora adquirieron un nuevo significado para Polly: debes de ser muy feliz, tan fuerte y hermosa, y poder dedicarte todo el día a la música. Sí, eso era, y Polly rezó para que el cielo le concediera un alma caritativa, la belleza de un corazón tierno, el poder para convertir su vida en una canción dulce y conmovedora, y ser útil mientras viviera y recordada cuando ya no estuviera en aquel mundo.

La pequeña Jenny había dedicado su último pensamiento a desear con todo su corazón que «Dios bendijera a la querida y amable chica que vivía en el último piso y que le concediera todos sus deseos». Creo que ambas plegarias, aunque demasiado

humildes para poner en palabras, cumplieron su objetivo, ya que, con el tiempo, fueron cumplidamente satisfechas.

X

HERMANOS Y HERMANAS

El día preferido de Polly era el domingo, pues Will siempre cumplía con su promesa de pasarlo con ella. Aquellas mañanas, en lugar de dormir más de lo habitual, se levantaba pronto y se preparaba para recibir a su invitado, ya que Will acudía a la hora del desayuno para tener todo el día por delante. Will consideraba a su hermana la mejor y más hermosa de las chicas, y Polly, convencida de que un día encontraría a alguien mejor y más hermosa, agradecía su opinión y se esforzaba por ser digna de ella. De modo que recogía su habitación y se acicalaba para que todo estuviera lo más limpio y acogedor posible, y siempre le recibía con un rostro resplandeciente y un beso fraternal cuando llegaba caminando pesadamente, rubicundo, energético y radiante, con el pan y el potecito de judías que había adquirido en el comercio cercano.

A ambos les agradaban los desayunos campestres, y nada satisfacía más a Polly que ver a su hermano comer todo lo que le servía, vaciar la cafetera y recostarse satisfecho en la silla frente a

la saqueada mesa. También disfrutaba cuando llegaba el momento de recoger los platos, tarea de la que siempre se ocupaba él, como solía hacerlo ya en casa. Las carcajadas que siempre acompañaban aquella representación alegraban el corazón de la señorita Mills, pues la habitación era tan pequeña y Will tan grande que parecía estar en todos lados al mismo tiempo, y Polly y Puttel debían apartar continuamente sus largos brazos y piernas. Después inspeccionaban las plantas, hacían una visita a Nick y escuchaban un poco de música para empezar el día de la mejor manera, tras lo cual, acudían a la iglesia y comían con la señorita Mills, quien consideraba a Will «un joven excelente». Si la tarde era agradable, daban un largo paseo por los puentes hasta llegar al campo o por las calles de la ciudad, en las que imperaba la tranquilidad propia de los domingos. Muchos de los viandantes con los que se cruzaban tan solo verían a un joven extraño con un rostro aniñado coronando un cuerpo esbelto y a una joven menuda, de aspecto dulce y sobriamente vestida cogidos del brazo, pero unos cuantos, los más dispuestos a ver en todas partes romances e historias interesantes, les sonreían al considerar que formaban una pareja de lo más atractiva mientras se preguntaban si serían dos jóvenes amantes o primos del campo «haciendo la ronda».

Si el día era tormentoso, se quedaban en casa, leyendo, escribiendo cartas, hablando de sus asuntos y dándose buenos consejos, pues aunque Will tenía tres años menos que Polly, desde que ingresara en la universidad no podía evitar sentirse mucho mayor que ella. Cuando anochecía, se recostaba en el sofá mientras Polly le cantaba algo, momento que apreciaba especialmente al parecerle «íntimo y doméstico». A las nueve, Polly le llenaba la maleta con la ropa limpia y perfectamente remendada, los dulces que habían sobrado del té y que podían transportarse y le daba un beso de «buenas noches», recomendándole que se cubriera el cuello al pasar sobre el puente y que se asegurara de tener siempre los pies secos y calientes cuando se fuera a la cama. Ante lo cual Will no podía evitar sonreír, agradecerse sinceramente y desobedecerla, aunque le gustaba que lo hiciera, y se encaminaba a una nueva semana de trabajo, descansado, animado y reforzado por aquel día tranquilo y feliz junto a Polly, ya que había sido

educado para creer en las influencias domésticas, y aquellos hermanos se querían con locura y no se avergonzaban de demostrarlo.

Había otra persona que disfrutaba tanto de los humildes placeres de los domingos como Polly y Will. Maud solía rogar a la joven que la dejara acudir a la hora del té, y Polly, deseosa de corresponder a los que le habían ayudado a ella, se encargaba de pasar a recoger a la niña cuando regresaban del paseo o enviaba a Will para que la acompañara en el carruaje, el cual Maud siempre conseguía reservar cuando el mal tiempo amenazaba con frustrar sus esperanzas. Tom y Fanny se reían a su costa, pero a la niña no le importaba, pues se sentía muy sola y encontraba algo en aquella pequeña habitación que su gran casa no podía ofrecerle.

Maud tenía por entonces doce años y era una niña pálida y no muy agraciada, con unos ojos penetrantes e inteligentes y una mente mucho más despierta de lo que la gente solía pensar. Estaba en esa edad incierta y poco atractiva en que nadie sabía qué hacer con ella, de modo que dejaban que se las ingeniara como buenamente pudiera, encontrando la diversión en las cosas más extrañas y pasando la mayor parte del tiempo sola, ya que no asistía a la escuela porque sus hombros se estaban encorvando ligeramente y la señora Shaw nunca «permitiría que su figura se arruinara». Aquello le venía a Maud como anillo al dedo, y siempre que su padre sacaba el tema de volver a enviarla a la escuela o de contratar a una institutriz, la niña sufría un repentino ataque de jaqueca, un dolor en la espalda o dificultades de visión. El señor Shaw solía reírse de tales aflicciones, pero le permitía continuar sus vacaciones como si nada. Nadie parecía preocuparse mucho por la poco agraciada niña de nariz respingona. Su padre estaba muy ocupado, su madre, nerviosa y enferma, Fanny, absorta en sus propios asuntos, y Tom le prestaba la misma atención que los jóvenes suelen dedicar a sus hermanas pequeñas: alguien nacido para poco más que su entretenimiento y comodidad. Maud admiraba a Tom con todo su corazón, hasta el punto de convertirse en una esclava que se contentaba con un simple «Gracias, pollito» o con que no le pellizcara la nariz o la oreja, como era su costumbre. En ocasiones le decía a Fanny, cuando algún servicio o sacrificio había

sido aceptado sin recibir a cambio gratitud o respeto, que se sentía como una simple muñeca o un perro y que Tom no demostraba por ella sentimiento alguno. Tom nunca comprendió que cuando Maud le miraba con aquella expresión anhelante, no deseaba más que ser mimada como lo había hecho durante su descuidada infancia o que cuando la llamaba «Perrito» delante de la gente hería sus sentimientos de igual forma que los chicos herían los suyos cuando le llamaban «Zanahoria». A su manera, Tom se sentía orgulloso de ella, pero nunca se molestaba en demostrárselo, de modo que Maud lo reverenciaba desde la distancia, temerosa de traicionar un afecto que ningún desaire podría anular o enfriar.

Una tarde de domingo en que no dejaba de nevar, Tom se encontraba tumbado en el sofá en su postura favorita mientras leía *Pendemis* por cuarta vez y fumaba un cigarrillo tras otro. Maud estaba acodada en la ventana contemplando cómo caían los copos con una actitud ansiosa cuando, de repente, dejó escapar un suspiro.

—No vuelvas a hacer eso, pollito, o me partirás el corazón. ¿Qué te ocurre? —preguntó Tom dejando a un lado el libro mientras un bostezo amenazaba con dislocar su mandíbula.

—Me parece que no podré ir a casa de Polly —respondió Maud con desconsuelo.

—Por supuesto que no puedes. Está nevando mucho y papá no llegará a casa con el carruaje hasta la noche. ¿Por qué siempre quieres ir a casa de Polly?

—Me gusta. Nos divertimos mucho. Will siempre está allí, y preparamos panecillos frente al fuego y cantan y es tan agradable.

—¿Panecillos cantores? ¡Qué interesante! Adelante, cuéntamelo todo.

—No, te reirás de mí.

—Te doy mi palabra que no lo haré si puedo evitarlo. Me muero de curiosidad por saber qué hacéis. A ti te gusta escuchar secretos, de modo que cuéntame los tuyos y te prometo ser una tumba.

—No es ningún secreto, y además no te interesaría. ¿Quieres otro cojín? —añadió al ver que Tom le daba al suyo unos golpecitos.

—No te molestes. Lo que no entiendo es por qué las mujeres siempre coséis estas borlas y flecos a los cojines de los divanes.

Los hacen más incómodos y no dejan de hacer cosquillas.

—Una de las cosas que Polly hace los domingos por la noche es recostar sobre su regazo la cabeza de Will y acariciarle la frente. Según ella, le alivia después de todo el esfuerzo de estudiar. Si no te gusta el cojín, puedo hacer lo mismo por ti, pues pareces mucho más cansado de estudiar que Will —dijo Maud con cierta vacilación pero con un deseo sincero de resultar útil y agradable.

—Bueno, no me importaría. Realmente me siento muy cansado.

—Y Tom rio al recordar la juerga de la noche anterior.

Maud se acomodó satisfecha y Tom hubo de reconocer que el delantal de seda era mucho más confortable que el cojín de felpa.

—¿Te gusta? —preguntó ella tras masajearle la acalorada frente. Maud creía que la fiebre la provocaba su intensa dedicación al griego y al latín.

—No está mal. Continúa —fue la gentil respuesta de Tom mientras cerraba los ojos y se quedaba tan inmóvil que Maud quedó perfectamente satisfecha ante el éxito de su misión.

—Tom, ¿te has quedado dormido? —preguntó ella suavemente.

—Estoy a punto.

—Antes de que lo hagas, ¿podrías decirme qué es una amonestación pública?

—¿Por qué quieres saberlo? —exigió Tom abriendo los ojos de par en par.

—Oí a Will hablar de amonestaciones públicas y privadas, pero olvidé preguntarle qué significaba.

—¿Qué dijo?

—No lo recuerdo. Era algo sobre una persona que había dejado de rezar y le amonestaron en privado y que había hecho un montón de cosas malas y había recibido una o dos amonestaciones públicas. Solo quería saber qué significaban las palabras.

—De modo que Will va por ahí contando esas cosas, ¿eh? —Y la frente de Tom se contrajo al fruncir el ceño.

—No, no es eso. Polly se lo preguntó.

—Will es un «chivato» —gruñó Tom, tras lo cual volvió a cerrar los ojos como si no pudiera decirse nada más de William, el delincuente.

—Si lo es, no me importa, a mí me cae muy bien, y a Polly también.

—¡Felicidades! —dijo Tom con gesto cómico.

—No deberías reírte de él. Es un buen chico, y me trata con respeto —gritó Maud con una energía que provocó que Tom se riera en su cara—. Siempre es muy bueno con Polly, y le ayuda a ponerse el abrigo, y dice «querida», y le da un beso para desearle buenas noches sin creer que sea algo estúpido, y me gustaría tener a un hermano como él. ¡Oh, cómo me gustaría! —Y Maud dio muestras de sentirse muy afligida, pues su decepción era cada vez mayor.

—¡Santo cielo! ¿Por qué el pollito está tan alterado y no deja de darme picotazos? ¿Es así como Polly trata al mejor de los hermanos? —dijo Tom sin dejar de reír.

—¡Oh, olvídale! No voy a llorar más, pero quiero ir a casa de Polly. —Y Maud se tragó las lágrimas y reemprendió el masaje.

Aunque el caballo y el trineo de Tom estaban en el establo, pues el joven tenía la intención de regresar a la universidad aquella misma noche, hizo caso omiso a la insinuación de Maud. Era mucho menos molesto permanecer tumbado y decir en tono conciliador:

—Cuéntame más cosas sobre ese chico tan gentil. Es muy interesante.

—No, no lo haré, pero te contaré cómo Puttel toca el piano —dijo Maud, ansiosa por dejar atrás el recuerdo de su momentánea debilidad—. Polly le señala la tecla con una varita y Puttel se sienta en la banqueta y da un zarpazo a cada una de las indicadas, ejecutando así una melodía. Resulta tan divertido, y Nick le acompaña desde la percha, cantando como si la vida le fuera en ello.

—Muy emocionante —dijo Tom con voz adormilada.

Maud comprendió que la conversación no era tan interesante como había esperado y cambió de tema.

—Polly opina que eres más guapo que el señor Sydney.

—Se lo agradezco.

—Le pregunté quién de los dos creía que poseía el rostro más agradable y me contestó que el tuyo era el más atractivo y el de él el mejor.

—¿Va alguna vez a su casa? —inquirió una voz aguda a sus espaldas y, al volverse, Maud vio a Fanny sentada en el gran sillón, con los pies sobre el radiador.

—Nunca lo he visto allí, aunque un día envió unos libros y Will se burló de Polly por eso.

—¿Y qué hizo ella? —se interesó Fanny.

—Oh, le dio una sacudida.

—¡Menudo espectáculo! —exclamó Tom, indicando con su expresión que le habría gustado verlo. Sin embargo, Fanny se puso tan seria que el perrito de Tom, que en aquel momento se aproximaba para saludarla, se alejó con el rabo entre las patas y se refugió bajo la mesa.

—Entonces, ¿no sonarán las campanas el domingo? —dijo Tom, quien parecía otra vez despierto.

—Claro que no. Polly no va a casarse con nadie. Le oí decir que piensa dedicarse a la casa de Will cuando lo ordenen —aseguró Maud con cierta importancia.

—¡Menudo destino para la pobre Polly! —exclamó Tom.

—A ella le gusta, y estoy convencida de que así será. Es muy agradable escuchar cómo lo planean todo.

—¿Algún otro chisme, pollita? —preguntó Tom un minuto después, pues Maud parecía absorta en ciertas visiones de futuro.

—Will nos contó una historia muy graciosa que le ocurrió a uno de los profesores. Tú no nos dijiste nada, por eso supuse que no la conocías. Un chico travieso puso un cohete, o algún tipo de artefacto pirotécnico, bajo la silla y estalló en medio de una clase. El pobre profesor dio un salto descomunal, pues se llevó un susto de muerte, y los muchachos corrieron con cubos de agua para apagar el fuego. Pero lo que más hizo reír a Will fue que el culpable se quemó los pantalones al tratar de apagar el fuego y pidió a... ¿es la facultad o el presidente?

—Cualquiera de los dos valdrá —musitó Tom, quien no podía aguantarse la risa.

—Bueno, pues les pidió que le dieran un nuevo par de pantalones, y aunque ellos le dieron suficiente dinero para comprarse uno de los caros, el chico se compró uno de los baratos, con rayas anchas y horribles, y siempre los lleva para asistir a esa clase en particular porque, según Will, «es más que suficiente para los decanos», y con el resto del dinero celebró una fiesta con ponche. ¿No te parece horrible?

—¡Espantoso! —Y Tom estalló en carcajadas que obligaron a Fanny a cubrirse los oídos e hicieron ladrar al perro.

—¿Conoces a ese muchacho? —inquirió la inocente Maud.

—Solo de vista —jadeó Tom, en cuyo guardarropa de la universidad colgaban los pantalones en cuestión.

—No hagáis tanto ruido, me duele la cabeza —dijo Fanny irritada.

—A las chicas siempre os duele la cabeza —respondió Tom, conteniendo una carcajada.

—No sé qué placer podéis encontrar los chicos en esas cosas tan groseras —dijo Fanny, quien, evidentemente, estaba de mal humor.

—Es tan misterioso para ti tanto como lo es para nosotros que las chicas puedan pasarse la semana parloteando y emperifollándose —replicó él.

Tras aquella escaramuza, se produjo una pausa, pero Fan quería que la entretuvieran, pues estaba aburrída, de modo que preguntó en un tono más afable:

—¿Cómo está Trix?

—Tan dulce como siempre —respondió Tom bruscamente.

—¿Te ha regañado, como de costumbre?

—Sí.

—¿Por qué?

—Bueno, dejaré que juzgues tú si es algo razonable. Se niega a bailar conmigo y tampoco le gusta que baile con otra. Le dije que si un muchacho acompañaba a una joven a una fiesta, ella debería bailar con él aunque solo fuese una vez, especialmente si están comprometidos. Y ella me contestó que esa era precisamente la razón por la cual no debía hacerlo, de modo que, en la última pieza, la dejé sola y pasé un buen rato con Belle, y hoy Trix me estuvo martirizando durante todo el camino de la iglesia a casa.

—No sé qué esperabas al comprometerte con una chica así. ¿Llevaba hoy el sombrero parisino? —añadió Fan con repentino interés.

—Llevaba puesto algo azul, rematado con un confuso pájaro cuyas plumas me hacían cosquillas en la nariz cada vez que giraba la cabeza.

—Los hombres nunca reconocen algo hermoso cuando lo ven. Ese sombrero es una maravilla.

—Pero reconocen a una dama cuando la ven, y Trix no lo parece. No sé dónde radica el problema, pero para mi gusto abusa de las

plumas y de los lazos. Tú eres mucho más elegante que ella y, sin embargo, tu aspecto nunca resulta demasiado chillón ni llamativo.

Complacida ante el inusual cumplido, Fanny acercó más su sillón y replicó con autocomplacencia:

—Sí, me considero una persona perfectamente elegante. Trix nunca aprendió las reglas básicas, le gustan demasiado los colores vivos y, por lo general, parece un arco iris andante.

—¿No podrías ofrecerle tu consejo? ¿O al menos decirle que no vuelva a ponerse guantes azules? Sabe que no los soporto.

—He hecho todo lo que está en mi mano, Tom, pero Trix es una criatura perversa que no me presta atención, ni siquiera respecto a cosas mucho más censurables que unos guantes azules.

—Maudie, haz el favor de traerme la otra caja de cigarrillos. Tiene que estar por algún lado.

Maud salió de la habitación y, en cuanto hubo cerrado la puerta, Tom se apoyó en un codo y preguntó en voz queda:

—Fan, ¿sabes si Trix se pinta?

—Sí, y también dibuja —respondió Fanny con una tímida sonrisa.

—Vamos, ya sabes a qué me refiero. Tengo todo el derecho a preguntarlo, y tú debes contármelo —dijo Tom con seriedad, pues empezaba a sospechar que el hecho de estar prometido no era precisamente la mayor de las dichas.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, entre nosotros —dijo Tom algo avergonzado pero con el deseo de explayarse—, nunca me permite que la bese en la mejilla, siempre insiste en un roce apenas satisfactorio en los labios. Pues bien, el otro día, mientras cogía un ramito de heliotropos de un jarrón para colocarlo en mi ojal, le salpiqué la cara con agua sin querer. Tenía intención de secársela con un pañuelo, pero ella me apartó la mano, corrió hasta el espejo, donde se secó cuidadosamente, y regresó con una mejilla más roja que la otra. Aunque me abstuve de hacer ningún comentario, supe que ocurría algo. Ahora dime, ¿se pinta o no?

—Sí, se pinta, pero no le digas ni una palabra. Jamás me perdonaría si supiera que te lo he contado.

—Eso no me importa. No me gusta que lo haga y no se lo permitiré —dijo Tom resuelto.

—No podrás evitarlo. La mitad de las chicas lo hacen. O se pintan o se ponen colorete, o se oscurecen las pestañas con horquillas quemadas o utilizan terrones de azúcar empapados en agua de colonia o belladona para que le brillen los ojos. Clara quería aplicarse arsénico en el cutis pero su madre logró detenerla —dijo Fanny, traicionando los secretos de alcoba de la forma más ruin.

—Sabía que erais un panda de embaucadoras, y algunas realmente hermosas, pero no puedo decir que me guste veros maquilladas como si fuerais actrices de teatro —dijo Tom disgustado.

—Yo no hago nada de eso, ni lo necesito, pero Trix sí, y como la elegiste a ella, debes acatar tu decisión de la mejor manera posible.

—Todavía no hemos llegado a ese extremo —murmuró Tom mientras volvía a tumbarse contrariado.

El regreso de Maud puso fin a las confidencias, aunque Tom despertó la curiosidad de la niña haciendo la misteriosa pregunta:

—Fan, ¿Polly también lo hace?

—No, cree que es algo horrible. Aunque cuando se quede pálida y enjuta supongo que cambiará de opinión.

—Lo dudo —dijo Tom.

—Polly dice que no está bien contar secretos de gente que no está presente —observó Maud en tono digno.

—Por favor, dejad de hablar de Polly. No puedo soportarlo más —exclamó Fanny airada.

—¡Vaya! —Tom se irguió para mirarla—. Creía que erais amigas íntimas e inseparables.

—Estoy orgullosa de Polly, pero me cansa oír cómo Maud la alaba continuamente. Ahora no vayas tú a repetir eso, cotorra.

—¡Cielos, está realmente furiosa! —le musitó Maud a Tom.

—Eso parece. Déjala en paz. Ha sonado el timbre, ve a ver quién es —respondió Tom cuando un tintineo interrumpió el silencio de la casa.

Maud echó un vistazo desde la barandilla y regresó corriendo completamente extasiada.

—¡Will ha venido a buscarme! ¿Puedo ir? No nieva mucho y me abrigaré bien, y puedes enviar el carruaje cuando regrese papá.

—No me importa lo que hagas —respondió Fan, quien seguía de mal humor.

Sin esperar más permisos, Maud se marchó corriendo para prepararse. Will no quiso subir, pues tenía la ropa demasiado empapada, y Fanny lo agradeció, pues con ella se comportaba tímida, extraña y silenciosamente. De modo que Tom bajó a entretenerlo con el informe de Maud. Eran buenos amigos, aunque llevaban vidas muy diferentes; Will era un «topo» y Tom un «pájaro», es decir, Will era estudioso y Tom un juerguista. Tom no había conseguido proteger a Will, a quien no le agradaba que lo hicieran, y lo había demostrado negándose a pedirle dinero prestado o a aceptar sus invitaciones para unirse a los clubes y sociedades a que pertenecía Tom. Así pues, Shaw dejaba en paz a Milton, y a este no le iban mal las cosas, dedicándose a sus libros y resistiendo todas las tentaciones salvo las de ciertas bibliotecas, juegos atléticos y otros placeres baratos a su alcance, pues aquel muchacho bienintencionado aún no había descubierto que en aquellos tiempos la universidad era un lugar para «escalar» y no para estudiar.

Cuando Maud bajó y cogió la mano de Will para marcharse, Tom los observó hasta que se perdieron de vista y después se paseó por la casa silbando y reflexionando hasta que decidió quedarse dormido en el sillón de su padre al no encontrar nada mejor que hacer. Al despertar, tomó el té a solas, pues su madre nunca bajaba y Fanny se había encerrado en su cuarto para sobrellevar a solas el dolor de cabeza.

—¡Menuda perspectiva! —murmuró el joven apagando el cuarto cigarrillo al tiempo que el reloj daba las ocho—. Trix está enfadada y Fan no tiene ganas de nada. Me parece que iré a dar una vuelta. Puedo ir a casa de Polly y ofrecerle a Will la posibilidad de viajar juntos en el carruaje, para ahorrarle así la caminata al pobre chico. Traeré a Midget a casa, eso la complacerá, y así no tendremos que oír al gobernador cuando llegue a casa.

Con estas ideas en la cabeza, Tom se puso en camino tranquilamente y dejó el caballo en un establo cercano, ya que deseaba que la visita se alargara un poco, para comprobar qué era lo que tanto atraía a Maud.

—Está hablando Polly —se dijo al ascender silenciosamente la escalera y oír el constante murmullo de una agradable voz. Tom no pudo evitar una sonrisa al reconocer el vivo interés que demostraba siempre su amiga al hablar de algo que le interesaba. Aunque le gustaba, pues era muy distinto del parloteo coqueto de la mayoría de las chicas con las que hablaba. Los jóvenes suelen reírse de las chicas sensatas que respetan secretamente y fingen admiración por las bobas que secretamente desprecian porque en estos tiempos no está de moda la seriedad, la inteligencia ni la dignidad femenina.

La puerta estaba entreabierta y, tras detenerse en el oscuro umbral, Tom realizó una rápida inspección antes de entrar. La perspectiva no era brillante, aunque sí hogareña y acogedora. La pequeña habitación estaba iluminada por el resplandor de un vivo fuego y, frente a este, Maud estaba sentada en un taburete mientras acariciaba a Puttel y observaba con profundo interés cómo se asaba una manzana destinada para su exclusivo beneficio. Sobre el sofá descansaba Will con sus meditabundos ojos fijos en Polly, la cual, mientras hablaba, acariciaba la ancha frente de su «muchacho de rubios cabellos» de un modo tal que Tom lo consideró un inmenso perfeccionamiento del arte desarrollado por su hermana. Evidentemente, habían estado construyendo castillos en el aire, pues Polly decía en un tono solemne:

—Bueno, hagas lo que hagas, Will, no elijas una iglesia costosa y grande que requiera mucho dinero construir y mantener, de ese modo no te quedará nada para dar a los necesitados. A mí me gustan las sencillas y anticuadas, las que tiene un propósito funcional y no ornamental, donde la gente se reúne para rezar y oír sermones cordialmente y donde todo el mundo colabora con la música en lugar de escuchar a cantantes de ópera, como es costumbre hoy en día. No me importa que las viejas iglesias fueran sencillas y frías, y tuvieran unos asientos duros, pues en ellas había auténtica devoción, y la sinceridad que transmitían podía apreciarse en las vidas de la gente. No apruebo una religión que pueda dejar de lado con las ropas de los domingos para no volver a acordarme de ella hasta la semana siguiente. Deseo que sea algo que podamos ver, sentir y vivir diariamente, y confío en que tú te

conviertas en un auténtico pastor y que muestres el camino tanto con los principios como con el ejemplo.

—Yo también lo espero, Polly, pero ya sabes lo que dicen: si en la familia hay un chico que no sabe hacer otra cosa, le obligan a ser pastor. A veces pienso que no sirvo para mucho, y por esa razón creo que no debería siquiera intentar convertirme en sacerdote dijo Will con una sonrisa, aunque también con el semblante de alguien cuya humildad le concediera la fe en las aspiraciones que se le presentaban tan a menudo.

—En cierta ocasión, alguien le dijo exactamente lo mismo a papá, y recuerdo que él contestó: «Me alegra entregar a mi hijo más inteligente al servicio de Dios».

—¿Dijo eso? —Y Will se sonrojó, ya que el corpulento y estudioso muchacho era tan sensible como una chica ante los elogios de sus seres queridos.

—Sí —dijo Polly, ofreciendo a su hermano de forma inconsciente todo el estímulo que necesitaban sus esperanzas y aspiraciones—. Sí, y añadió: «Dejaré que mis hijos sigan su propia inclinación, y solo les pediré que apliquen sus dones con inteligencia y que sean hombres honrados y útiles».

—¡Así lo haremos! A Ned le van bien las cosas en el oeste, y yo estudio todo lo que puedo. Si papá nos da la oportunidad de hacer lo que más deseamos, lo menos que podemos hacer es corresponderle trabajando con tesón.

—Cualquiera que sea la empresa, siempre emplearás una gran dedicación —intervino Tom, quien seguía con tanto interés la conversación que olvidó que la estaba escuchando furtivamente.

Polly se puso en pie y se mostró tan complacida y sorprendida que Tom se reprochó a sí mismo por no haber acudido a visitarla más a menudo.

—He venido a buscar a Maud —anunció en tono paternal, lo que hizo que esta abriera mucho los ojos.

—No puedo irme hasta que la manzana esté asada. Además, todavía no son las nueve y Will me acompañará a casa cuando se vaya. Prefiero ir con él.

—Pretendo llevaros a los dos en mi trineo. Aunque la tormenta ha pasado, cuesta mucho caminar con tanta nieve, así que, ¿me

acompañarás, viejo? —dijo Tom con un gesto dirigido a Will.

—Por supuesto que lo hará, muchas gracias. Llevo toda la noche insistiendo en que se quede. La señorita Mills siempre encuentra un lugar u otro para acomodar a la gente, pero Will desea irse para poder empezar a estudiar a primera hora —repuso Polly, encantada de ver cómo Tom se quitaba el abrigo como si tuviera la intención de esperar a que la manzana de Maud terminara de asarse, y Polly agradeció la lentitud con que lo hacía.

Tras instalar a su huésped en el mejor sillón, Polly tomó asiento y le sonrió con una satisfacción tan hospitalaria que la muchacha ganó muchos enteros a ojos de Tom.

—Como no vienes muy a menudo, nos sentimos un tanto impresionados cuando nos haces el honor —dijo Polly recatadamente.

—Bueno, ya sabes que los jóvenes siempre andamos ocupados y que no disponemos de mucho tiempo para divertirnos —repuso Tom.

—¡Ejem! —carraspeó Will.

—¿Por qué no comes un caramelo? —dijo Tom.

Y entonces ambos prorrumpieron en carcajadas. Polly, quien había entendido la broma, se unió a ellos y dijo:

—Aquí tienes unos cacahuets, Tom. Disfruta mientras puedas.

—¡A eso llamo yo un cumplido delicado! —Y Tom, que no había perdido su afición por aquel tipo de aperitivo, aunque por entonces apenas la satisficiera pues los cacahuets se consideraban algo vulgar, se dedicó a picar con gran satisfacción.

—¿Recuerdas la primera vez que fui a tu casa? Me ofreciste cacahuets durante el trayecto desde la estación y me aterrorizaste asegurándome que el cochero había bebido —dijo Polly.

—Claro que lo recuerdo. Y en otra ocasión nos deslizamos juntos en trineo.

—Sí, y el velocípedo. Veo que todavía tienes la cicatriz.

—Recuerdo cómo permaneciste a mi lado mientras me la cosían. Fuiste muy valiente, Polly.

—Estaba aterrorizada, pero recuerdo que quería parecer muy valiente porque me habías llamado cobarde.

—¿De veras? Pues tendría que haberme sentido avergonzado. Siempre te trataba muy mal, Polly, y tú eras tan buena que me dejabas hacer.

—No podía evitarlo —rio Polly—. Es cierto que te consideraba un chico terrible, pero creo que me gustaba que fueras así.

—Estaba acostumbrada. En casa tenía algo parecido — interrumpió Will mientras le colocaba el pequeño rizo detrás de la oreja.

—Vosotros nunca me tomasteis el pelo como lo hizo Tom, por eso supongo que me divertía tanto. La novedad tiene sus ventajas.

—La abuela siempre le reprendía por burlarse de ti, Polly, y él solía decir que se convertiría en un chico respetable, pero que aún no lo era —observó Maud con gran seriedad.

—La pobre abuela hizo todo lo que pudo, pero sigo siendo muy malo —dijo Tom con un movimiento de cabeza y un sobrio semblante.

—Tengo la sensación de que sigue en su habitación, y no puedo acostumbrarme a encontrarla vacía —musitó Polly.

—Papá no quiso cambiar nada, y Tom a veces sube para sentarse durante un rato. Dice que le sienta muy bien —dijo Maud, quien tenía un talento especial para revelar ciertas cosas que la gente prefería mantener en secreto.

—Será mejor que la manzana esté asada dentro de poco, porque si no tendrás que irte sin probarla —dijo Tom algo molesto.

—¿Cómo está Fan? —se interesó Polly en el momento preciso.

—Bueno, Fan está un poco como el tiempo. Dice que está dispéptica, lo que significa que está enfadada.

—Está enfadada pero también está enferma, pues un día la encontré llorando y me dijo que nadie se preocupaba por ella y que deseaba morirse —añadió Maud tras dar la vuelta a la manzana cuidadosamente.

—Hemos de procurar alegrarla entre todos. Si no estuviera tan ocupada, me gustaría dedicarle toda mi atención, pues siempre se ha portado muy bien conmigo —dijo la agradecida Polly.

—Ojalá pudieras. No logro entenderla, pues se comporta como una veleta y nunca sé cómo voy a encontrarla. No me gusta verla tan abatida, pero te juro que no sé qué hacer para remediarlo —dijo

Tom, pero al pronunciar estas palabras, la escena que tenía ante sus ojos le sugirió algo. Había pocas sillas y Polly ocupó la mitad de la de su hermano cuando se congregaron frente al fuego. Ahora se apoyaba contra él en actitud íntima y afectuosa, agradable de contemplar, mientras que el fuerte brazo de Will la rodeaba con aire protector, lo que indicaba sin necesidad de palabras lo mucho que se amaban y se protegían mutuamente. Era una imagen de lo más encantadora, mucho más si se tenía en cuenta la falta de afectación, y Tom la encontró sugestiva y agradable a partes iguales.

—Pobre Fan, no recibe muchas caricias, tal vez sea eso lo que necesita. Lo intentaré y veremos qué ocurre, pues siempre que lo necesito me ayuda. Aunque sería mucho más fácil si fuera una mujercita agradable y optimista como Polly —pensó Tom mientras se comía el último cacahuete con aire meditabundo, sintiendo que el afecto fraternal no podía ser tan difícil de demostrar para los hermanos que tienen la suerte de disponer de hermanas hermosas y de buen carácter.

—Le hablé a Tom de aquel chico travieso que hizo estallar al profesor, y me dijo que le conocía de vista, lo que me alivió mucho porque sospechaba que pudiera tratarse del mismo Tom por la manera en que tanto Will como tú os reísteis cuando me lo contasteis.

Maud tenía la extraña costumbre de seguir sus propios pensamientos y expresarlos repentinamente, sin importarles el momento, el lugar o la compañía. Tras aquellas palabras, se produjo una carcajada general y Polly dijo, con fingida solemnidad:

—Fue algo muy triste, y estoy convencida de que el joven descarriado debe de estar muy arrepentido.

—La última vez que le vi estaba completamente abatido por el remordimiento —dijo Will mirando a Tom con unos ojos llenos de picardía, pues Will, pese a ser una rata de biblioteca, sabía apreciar una broma tan bien como Tom, el cabeza de chorlito.

—Según me han dicho, siempre se arrepiente después de una travesura, pues no es un mal chico. Lo que ocurre es que tiene demasiada energía y no es tan partidario de los libros como otro joven que conozco.

—Me temo que acabarán por expulsarlo si no se reforma — advirtió Polly.

—No me sorprendería que ocurriera. ¡Tiene tan mala suerte! — respondió Tom seriamente.

—Espero que recuerde que sus amigos quedarán muy decepcionados si sucede. Sé que lo hará, pues conseguiría que se sintieran orgullosos y satisfechos. No es ni la mitad de irreflexivo de lo que quiere hacernos creer —dijo Polly mirando fijamente a Tom con ojos tan afectuosos que este se sintió profundamente emocionado, aunque, por supuesto, no dio muestras de ello.

—Muchas gracias, Polly. Puede que se reforme, aunque tengo mis dudas. Vamos, viejo amigo, es hora de ir hacia el trineo, se está haciendo tarde para el pollito —añadió, recurriendo a la elegante dicción con que la educación clásica obsequia a sus afortunados poseedores.

Aprovechando que Will se marchó un instante para ponerse las botas y que Maud estaba absorta colocando la manzana en un gran cesto, Polly le dijo a Tom en voz baja:

—Muchas gracias por ser tan considerado con Will.

—Pero si no he hecho nada. Es un joven tan orgulloso que no me lo permite —respondió Tom.

—Pero lo consigues de otra forma; como esta noche, por ejemplo. ¿Crees que no sé que el traje que acaba de adquirir no le hubiera costado mucho más si no lo hubiera hecho tu sastre? No es más que un muchacho y todavía no entiende ciertas cosas, pero conozco tu forma de ayudar a gente orgullosa sin que lleguen a enterarse. Te lo agradezco de todo corazón, Tom.

—Vamos, Polly, no te molestes. ¿Qué sabes tú de sastres y cuestiones universitarias? —dijo Tom, tan confundido como si le hubiera descubierto haciendo algo reprehensible.

—No mucho, y por eso mismo agradezco la ayuda que le prestas. No me importan las historias que cuentan de ti, porque sé que a él no le meterás en problemas. Ya sabes que perdí a un hermano, y Will ocupa ahora el lugar que dejó Jimmy.

Las lágrimas que distinguió en los ojos de Polly al decir aquello hicieron que Tom se jurara a sí mismo defender a Will contra viento

y marea y «mantenerlo en el buen camino por Polly», pese a saber lo mal dispuesto que estaba él para aquella tarea.

—Haré todo lo que pueda —dijo sinceramente mientras apretaba la mano que Polly le tendía y la miraba con unos ojos que pretendían indicarle que sabía que su honor estaba en juego y que a partir de entonces el chico de campo estaba a salvo de todas las tentaciones que Tom pudiera ofrecerle.

—¡Ya está! Ahora se la llevaré a mamá para que se tome las pastillas con ella, es justo lo que le gusta, y siempre agradece que se acuerden de ella —dijo Maud contemplando el regalo con complacencia mientras se colocaba el abrigo.

—Eres muy buena al acordarte de la pobre mamá —dijo Tom con un gesto de aprobación.

—Bueno, es que parecía tan complacida con las uvas que le trajiste que pensé hacer lo mismo, así tal vez también me dé las gracias. ¿Te parece que lo hará? —susurró Maud con la expresión melancólica que tan habitualmente podía apreciarse en su pequeño y corriente rostro.

—Estoy seguro. —Y para sorpresa de la niña, Tom no se rio ante sus posibilidades.

—Buenas noches, querido. Cuídate mucho, y cúbrete la boca con la bufanda cuando cruces el puente, porque si no mañana estarás más ronco que un cuervo —dijo Polly al besar a su hermano, quien se lo devolvió sin mirarla, como si creyera que todo aquello no eran más que «tonterías de chicas». Después los tres se acomodaron en el trineo y partieron, dejando a Polly agitando la mano bajo el umbral de la puerta.

A Maud el viaje le resultó muy corto, pero le consoló la promesa de otro más largo si la nieve aguantaba hasta el próximo sábado, y cuando Tom subió para despedirse de su madre y hacerle una insinuación del regalo que le traía Maud, esta se quedó abajo para decirle en el último minuto e imitando de forma inconsciente a Polly:

—Buenas noches, y cuídate, querido.

Tom se echó a reír, y a punto estuvo de pellizcarle la nariz, pero como si aquellas palabras le recordaran algo, se decidió por un beso, lo que causó en Maud tal sorpresa y satisfacción que a punto estuvo de quedarse sin aliento.

Fue un viaje silencioso, pues Will se abrigó obedientemente con la bufanda mientras Tom se entregaba a sus meditaciones.

Pese a no ser muy dado a la reflexión, de vez en cuando se sumergía en ella cuando algo le obligaba a ello, y en aquellos momentos se mostraba tan serio y sincero como podría desearse. Cualquiera podría haberle sermoneado durante una hora y no habría conseguido hacerle tanto bien como aquella visita y la conversación subsiguiente, pues aunque no se dijeron cosas especialmente sabias ni ingeniosas, se sugirieron muchas otras, y todo el mundo sabe que las influencias persuasivas son mucho mejores que cualquier charla moralizante. Ni Polly ni Will intentaron ese tipo de consejo, y por eso tenía aún más valor. A nadie le gusta que le sermoneen, pero nadie puede resistir la inconsciente tentación de hacerlo. Pese a su falta de consideración, a Tom no le costaba reconocer aquel tipo de cosas, y aún no estaba lo suficientemente amargado como para reírse de ellas. El sencillo aprecio que se profesaban Will y Polly le hizo recordar de un modo tan agradable el abandono de su deber que le resultaba imposible olvidarlo. Al hablar de los días pasados tuvo el deseo de regresar a ellos para hacer las cosas de otro modo. El nombre de la abuela le trajo a la memoria un tierno recuerdo que siempre agradecía, y saber que Polly le había confiado a su hermano más querido despertó en él un sentimiento masculino por hacerse merecedor de su confianza. No le habrían sacado una palabra de todo aquello ni bajo tortura, pero, pese a todo, la semilla ya estaba plantada, pues los jóvenes no dejan atrás sus corazones y conciencias cuando entran en la universidad, y estas pequeñas sutilezas ayudan a evitar que ambas cosas se vean perjudicadas por los cuatro años de refriegas a las que la mayoría de ellos deben enfrentarse.

AGUJAS Y LENGUAS

Querida Polly:

El Círculo de Costura se reúne esta tarde en casa. Ya que tú entiendes más de estas cosas, ven a ayudarme. Confío en ti.

Siempre tuya,

Fan

—¿Malas noticias, querida? —preguntó la señorita Mills, quien acababa de entregarle la nota a Polly, un mediodía pocas semanas después de la llegada de Jenny.

Polly se lo contó y agregó:

—Supongo que tendría que ir a ayudar a Fanny, pero no puedo decir que desee hacerlo. Las chicas suelen hablar de cosas que no me conciernen y su conversación no me resulta interesante. Soy una extraña, y solo me aceptan por Fan, de modo que me sentaré en un rincón a coser mientras ellas conversan y ríen.

—¿Podría ser una buena oportunidad para hablar en favor de Jenny? Ella desea trabajar y esas señoritas seguramente realicen muchos encargos. Jenny es muy buena costurera, y ya empieza a sentir cierta ansiedad por obtener algo de dinero. No quiero que se sienta dependiente e infeliz, y puede que lo único que necesite sea un pequeño trabajo de costura bien pagado. Yo podría ayudarle recurriendo a mis amigos, pero ahora mismo estoy muy ocupada con los Muller. Aquí no pueden salir adelante, pero en el oeste podrán ganarse bien la vida, por eso he pedido prestado algún dinero para que puedan realizar el viaje, y en cuanto les consiga algo de ropa, se marcharán. Ese es el modo de ayudar a la gente para que puedan ganarse la vida por sí mismos. —Tras lo cual, la señorita Mills siguió cortando una camisa roja de franela con gran energía.

—Ya lo sé, y quiero ayudarla, pero no sé por dónde empezar —dijo Polly, sintiéndose avasallada por la enormidad de la tarea.

—Ciertamente, nadie puede hacer todo lo que desea, pero podemos hacer todo lo que esté en nuestra mano en los casos que se nos presenten, y eso ya es de por sí una gran mejora. Empieza por Jenny, querida. Háblales de ella a esas chicas, y si no estoy muy equivocada, las descubrirás dispuestas a ayudar, pues la mitad de las veces no es egoísmo sino ignorancia o desconocimiento por parte de la gente adinerada lo que los hace parecer tan desconsiderados con los pobres.

—A decir verdad, tengo miedo de que se rían de mí si intento hablar seriamente de estas cuestiones —dijo Polly con franqueza.

—¿Crees que «estas cuestiones» son importantes? ¿Deseas realmente ayudar a mejorarlas? ¿Respetas a los que trabajan con ese objetivo?

—Sí.

—Entonces, querida, ¿no puedes soportar el ridículo en aras de una buena causa? Ayer aseguraste que a partir de ahora tu objetivo en la vida iba a ser la mejora de tu sexo, y que para ello dedicarías todo tu esfuerzo. Mi corazón se alegró al oírlo, pues estaba segura de que con el tiempo te mantendrías fiel a tu palabra. Sin embargo, Polly, un objetivo que no soporta que se rían de él o que lo observen con recelo o que le den la espalda no merece tal nombre.

—Deseo tener una voluntad fuerte en el estricto sentido de la palabra, pero no me agrada que se burlen de mí personas que no comprenden mis auténticos propósitos, y eso es lo que ocurrirá si trato de conseguir que las chicas piensen seriamente sobre cuestiones razonables o filantrópicas. Ahora ya me llaman anticuada, y prefiero que me consideren así, aunque no sea muy agradable, antes de ser señalada como una desenfrenada reformista de los derechos de la mujer —dijo Polly, la cual aún no había olvidado las numerosas risitas, desaires y sarcasmos que había tenido que soportar.

—Querida, el amor, el interés y la preocupación por los que son más débiles, pobres o peores que nosotros, que también denominamos caridad cristiana, se considera algo anticuado. Empezó hace mil ochocientos años, y solamente aquellos que siguen con honestidad el ejemplo que se nos entregó aprenden a extraer de la vida la auténtica felicidad. Yo no soy una

«desenfrenada reformista de los derechos de la mujer» —añadió la señorita Mills con una sonrisa al ver el grave semblante de Polly— pero creo que las mujeres pueden ayudarse mutuamente si dejan de temer lo que «la gente pueda pensar de ellas» y dedican todo su esfuerzo en provecho de sus hermanas y de sí mismas y disfrutan de los derechos que Dios les ha concedido. Existen tantas formas de conseguir esto que imagino que no saben por dónde empezar. No te pido que pronuncies discursos, solo unas cuantas tienen el don para hacerlo, pero deseo que todas las chicas y las mujeres sientan ese deber como propio y realicen los pequeños sacrificios de tiempo o sentimiento exigibles, pues hay mucho que hacer y debemos entender que nadie puede hacerlo mejor que nosotras mismas.

—¡Lo intentaré! —dijo Polly afectada más por el deseo de conservar la buena opinión de la señorita Mills que por el amor al sacrificio por su sexo. Era una tarea muy ardua para una joven tan tímida y sensible, y la anciana lo sabía, pues, pese al encanecido cabello y el rostro arrugado, su corazón era muy joven y aún no había olvidado sus tentativas de juventud. No obstante, también sabía que Polly ejercía una mayor influencia en los demás de lo que había sospechado en un principio, simplemente por su naturaleza cándida y honrada, y que mientras procuraba ayudar a los demás, se estaba haciendo un bien a sí misma de un modo que mejoraría su corazón y su alma mucho más que cualquier éxito social que pudiera obtener siguiendo las normas de la vida a la moda, las cuales inhiben el carácter de las chicas hasta convertirlas en poco más que alfileres sobre un papel y las despojan de todo el sentido común y sensibilidad que pueda haber en sus cabecitas. Polly tenía un buen corazón, todavía puro, y la señorita Mills tan solo actuaba siguiendo su principio según el cual las mujeres debían ayudarse entre ellas. La sabia anciana veía que Polly había alcanzado aquel punto en que las muchachas pasan a convertirse en mujeres, exigiendo algo más sustancial que el placer para satisfacer las nuevas aspiraciones que aparecen frente a ellas, un momento tan precioso e importante para la vida futura como cuando caen las flores del manzano y la fruta joven espera que los elementos hagan madurar o destruyan la cosecha.

Polly no sabía nada de todo aquello, y era afortunada al disponer de una amiga que sabía qué tipo de influencias le servirían mejor y que podía darle lo que toda mujer debería desear: el ejemplo de una vida dulce y buena, algo más elocuente y poderoso que las meras palabras, pues es un derecho que nadie puede negarnos.

Polly dio muchas vueltas a aquel asunto mientras Jenny la ayudaba a vestirse y esta elucubraba con lo que su nueva amiga, si se atrevía, estaba dispuesta a hacer por ella.

—¿Tomarán ustedes el té, señorita? —preguntó Jenny al tiempo observaba absorta cómo la seda negra se deslizaba por su cuerpo, pues consideraba a Polly toda una belleza.

—No, creo que más bien será un coloquio —respondió Polly con una sonrisa, ya que la agradecida ayuda y los afectuosos ojos de Jenny le confirmaron lo sugerido por el pequeño sermón de la señorita Mills.

Cuando llegó a la sala de los Shaw, una o dos horas más tarde, apareció ante sus ojos un imponente grupo de elegantes señoritas, cada una provista de una refinada bolsa de punto, canastilla o bolso, y cada lengua moviéndose con mayor rapidez de lo que lo hacían las agujas, mientras los blancos dedos bordaban mangas del revés, unían chaquetas de franela empezando por la parte trasera o engullían ojales con la mejor de las intenciones.

—Te agradezco que hayas llegado tan pronto. Aquí queda un lugar perfecto para ti, entre Belle y la señorita Perkins, y aquí tienes un bonito vestido que coser, a menos que prefieras otra cosa —dijo Fanny recibiendo a su amiga cordialmente y ubicándola donde creía que lo pasaría mejor.

—Gracias, pero preferiría una camisa de algodón, si hay alguna, pues probablemente sea de más utilidad que un vestido de batista —repuso Polly, sentándose en su rincón lo antes posible, pues ya se habían elevado al menos seis monóculos y a la joven no le gustaba que la mirasen de aquel modo.

La señorita Perkins, una joven muy seria, de expresión fría y nariz aristocrática, la saludó educadamente y continuó con su trabajo, exhibiendo dos anillos de brillantes con gran notoriedad. Belle, mucho más expresiva, le sonrió e inclinó la cabeza, acercó más su silla y comenzó a relatarle en voz baja la última disputa entre Trix y

Tom. Polly la escuchó con interés mientras cosía diligentemente, permitiéndose de vez en cuando estudiar las elegantes complejidades del vestido de la señorita Perkins, pues la joven en cuestión estaba sentada como una estatua, con sus delicados dedos retorcidos y consumando unas dos puntadas al minuto.

En mitad de su historia, Belle se distrajo con un chisme más interesante y se unió a la conversación que tenía lugar al otro lado de la mesa, permitiendo a Polly escuchar y admirar el ingenio, la sabiduría y el espíritu caritativo de las expertas jovencitas que se habían dado cita allí. Pese a la maraña de lenguas en movimiento, Polly logró desentrañar de entre la confusión reinante algunas frases sueltas relativas a la moda que menoscabaron el respeto que sentía por las asistentes a los actos de la alta sociedad. Una hermosa criatura afirmó que Joe Algo Más había ingerido tanto champán en la última fiesta que dos sirvientes tuvieron que acompañarle a casa. Otra divulgó el desagradable rumor según el cual la mitad de los regalos de boda de Carrie P. habían sido alquilados para la ocasión. Una tercera hizo circular la noticia de que, aunque la señora Buckminster lucía una capa de mil dólares, a sus hijos les obligaba a dormir con una sola sábana. Y una cuarta aseguró a las presentes que cierta persona nunca se había declarado a otra cierta persona pese a la información ampliamente difundida por parte de la interesada. Esta última afirmación provocó un clamor tal que Fanny se vio obligada a llamar al orden de un modo muy poco civilizado.

—¡Chicas! ¡Chicas! Si no desean que nuestra sociedad quede deshonrada, deberían hablar menos y coser más. ¿Acaso no saben que nuestro grupo envió el mes pasado mucho menos trabajo que cualquiera de los otros, y que la señorita Fitz George se mostró sorprendida por el hecho de que quince jovencitas produjeran tan poco?

—No hablamos más de lo que lo hacen las ancianas. Me gustaría que hubieran podido oír las la última vez. Consiguen entregar tanto trabajo porque se lo llevan a casa y obligan a hacerlo a sus costureras, y de ese modo obtienen fama de industriosas —declaró Belle, quien siempre decía lo que pensaba con un candor envidiable.

—Eso me recuerda que mamá dice que necesitan todo lo que podemos hacer, pues el invierno es muy crudo y los pobres tienen gran necesidad. ¿Alguna de ustedes desea llevarse trabajo a casa para hacerlo en los momentos de asueto? —dijo Fan, la presidenta de aquella activa Sociedad Dorcas.

—¡Cielos, no! Necesito todo mi tiempo libre para arreglar mis guantes y airear mis vestidos —contestó Belle.

—Me temo que, con todos nuestros compromisos, no pueden exigirnos que nos reunamos más de una vez por semana. Los pobres siempre se quejan de que los inviernos son crudos y jamás están satisfechos —observó la señorita Perkins haciendo brillar sus diamantes mientras cosía mal los botones de un delantal de calicó rosa que probablemente no resistiera un nuevo lavado.

—Si conocieran todos los compromisos que tengo antes del verano, a nadie se le ocurriría pedirme que hiciera más de lo que ya hago —manifestó Trix dándose importancia—. Dispongo de tres mujeres trabajando día y noche y necesito a otra, pero todo el mundo está tan ocupado y exige unos precios tan desorbitados que estoy empezando a impacientarme. Me temo que yo misma tendré que ponerme manos a la obra.

—Una oportunidad para Jane —pensó Polly, pero no tuvo el valor «de hablar del asunto en público» en aquel momento y convino tratar la cuestión con Trix privadamente.

—Es cierto que los precios están altos, pero olvidas que hoy en día la vida es mucho más cara que antes. Mamá no permite que nos aprovechemos de las trabajadoras y nos exige que les paguemos bien y, si es necesario, economicemos en otras cosas —dijo Emma Davenport, una joven silenciosa y de ojos brillantes a quien las demás chicas consideraban «extravagante» porque vestía con sencillez a pesar de que su padre era millonario.

—¡Mirad cómo entiende de economía! Disculpa, sois parientes, ¿verdad? —dijo Belle en voz baja.

—Muy lejanos, pero estoy orgullosa de ello, porque para ella la economía no significa ahorrar en una cosa para hacer ostentación en otras. Si todos siguieran el ejemplo de los Davenport, las trabajadoras no se morirían de hambre ni los sirvientes serían un problema. Aunque Emma es la chica que viste con más sencillez de

la sala, aparte de mí misma, todo el mundo se da cuenta de que es una auténtica dama —dijo Polly afectuosamente.

—Y tú también lo eres —respondió Belle, quien siempre había sentido un gran aprecio por Polly, pese a su naturaleza algo atolondrada.

—¡Silencio! Trix tiene la palabra.

—Si utilizaran el sueldo adecuadamente, no me importaría tanto, pero creen que deben ser tan elegantes como cualquiera y vestirse tan bien que resulta difícil distinguir entre señora y doncella. Por ejemplo, nuestra cocinera se compró un sombrero igual que el mío —los materiales eran más baratos pero el efecto el mismo— y cometió la impertinencia de ponérselo cuando yo estaba presente. Se lo prohibí y, evidentemente, se despidió, lo cual enfureció de tal modo a papá que se negó a comprarme el chal de pelo de camello que me había prometido para este año.

—¡Qué vergüenza! —dijo la señorita Perkins cuando Trix hizo una pausa para recobrar el aliento—. Se debería obligar a los criados a vestir como criados, como ocurre en el extranjero, y se acabarían todos nuestros problemas —observó la señorita Perkins, la cual acababa de realizar un extenso viaje por Europa y había traído con ella a una doncella francesa.

—Perky no practica lo que predica —le susurró Belle a Polly cuando la señorita P. quedó completamente absorta con la conversación de sus otras vecinas—. Paga a su doncella con los vestidos que ya no usa, y, el otro día, cuando Betsey salió a pasear con el vestido de felpa morado de su señorita, el señor Curtis la confundió con esta y le hizo una reverencia. Aunque está más ciego que un topo, reconoció el vestido y se quitó el sombrero del modo más elegante. Perky lo adora y se puso tan furiosa que cuando Betsey le relató el incidente con una sonrisa en los labios estuvo a punto de darle una paliza. Betsey es tan elegante como ella y mucho más hermosa. Ella lo sabe, lo que agrava aún más su malestar.

Polly no pudo evitar echarse reír, aunque logró controlarse cuando oyó que Trix decía de mal humor:

—Estoy harta de oír hablar de pedigüños. Según mi opinión, la mitad de ellos son embaucadores, y si dejamos de ayudarles, se

pondrán a trabajar y se mantendrán por sí mismos. La gente se preocupa demasiado por la caridad. Ojalá nos dejaran en paz.

—¡Nunca habrá demasiada caridad! —estalló Polly, olvidando por una vez su natural timidez.

—¿Ah, de veras? Pues permíteme que difiera —respondió Trix, levantándose las gafas y dirigiendo a Polly «su mirada más altiva», como la denominaban las chicas.

Lamento decir que Polly nunca pudo conversar con Trix ni estar cerca de ella sin sentirse molesta y combativa. Aunque procuraba dominarse, le resultaba imposible, y cuando Trix se daba aires de importancia, Polly sentía un deseo irrefrenable de tirarle de las orejas. Aquellas lentes le producían una especial aversión, pues Trix no era más corta de vista que ella pero lo fingía porque estaba de moda, y en ocasiones usaba el inocente objeto como arma con la cual humillar a cualquiera que se atreviese a enfrentarse a ella. La desdeñosa mirada con la que acompañó su discurso irónicamente educado irritó a Polly, quien respondió con el sonrojo de las mejillas y la chispa en los ojos que siempre revelan la presencia de un espíritu perturbado:

—No creo que muchas de nosotras compartamos esa paz tan egoísta mientras haya niños que se mueren de hambre y niñas no mucho mayores que nosotras que están dispuestas a suicidarse porque su horrible pobreza no les deja otra opción que el pecado o la muerte.

Se produjo un súbito silencio, ya que, aunque Polly no elevó la voz, habló con tal indignación que hasta la más frívola de las jovencitas sintió un estremecimiento de compasión, pues la vida más frívola no anula los sentimientos de las mujeres hasta que sus mentes no se ven afectadas por años de placer egoísta. Pese a que Trix se avergonzó de sí misma, sentía la misma antipatía por Polly que la que esta sentía por ella, y, al ser menos generosa, disfrutaba con su aflicción. Polly ignoraba que aquello se debía a que Tom la presentaba a menudo como modelo para que la imitara su prometida, lo que provocaba que la joven dama la odiara todavía más.

—La mitad de las sórdidas noticias que aparecen en los periódicos tienen una intención sensacionalista, y sería absurdo

tomarlas por ciertas a menos que a una le guste vivir en el engaño. A mí no me gusta, y en cuanto a la paz de espíritu, es difícil que la mantenga mientras deba cuidar a Tom —dijo Trix con una risa provocadora.

La aguja de Polly se partió por la mitad, pero no le prestó demasiada atención, pues, con una mirada que silenció incluso a la deslenguada Trix, dijo:

—No puedo hacer oídos sordos a lo que he visto con mis propios ojos. Vosotras lleváis unas vidas tan seguras y felices que no podéis imaginar la miseria que os rodea. Pero si pudierais aunque solo fuera observarla de lejos, os dolería el corazón tanto como me duele a mí.

—¿Sufres dolores del corazón? Alguien me había insinuado algo, pero tienes un aspecto tan saludable que no pude creerlo.

Aquello fue una crueldad por parte de Trix, mucho más cruel de lo que ninguna de las presentes podía imaginar, sin embargo, las lenguas de las jovencitas pueden producir heridas tan profundas y repentinas como los finos estiletos que las mujeres españolas ocultan en su cabello. Polly se quedó pálida al oír aquellas palabras. Belle se dio cuenta y se lanzó a su rescate con más buena voluntad que prudencia.

—A ti nadie te ha acusado nunca de tener un corazón capaz de sufrir. Ni Polly ni yo somos aún lo suficiente mayores para volvernos frías y duras, pero aún somos lo suficiente inocentes como para compadecer a la gente desdichada, especialmente a Tom Shaw añadió Belle casi sin aliento.

Aquello fue una estocada de doble filo, pues Trix era evidentemente una chica mayor y a Tom se le consideraba unánimemente una víctima indefensa. Trix se sonrojó, pero antes de poder recargar y volver a disparar, Emma Davenport, quien era de la opinión que aquel tipo de escaramuzas eran malintencionadas, y, por tanto, de muy mala educación, intervino para decir en tono afable:

—Hablando de compadecer a los pobres, siempre me he preguntado por qué disfrutamos leyendo y lamentándonos de sus dificultades en los libros pero cuando tenemos frente a nosotros la auténtica pobreza, nos resulta aburrida y desagradable.

—Imagino que será el genio volcado en los libros lo que hace que nos guste la pobreza. Pero no estoy de acuerdo con eso de que la vida real no sea interesante. Creo que lo sería si supiéramos cómo contemplarla y sentirla —declaró Polly en voz muy baja mientras trasladaba su silla del círculo ártico de la señorita Perkins a la zona más atemperada alrededor de la cálida Emma.

—¿Pero cómo podemos aprender eso? No sé qué más podemos hacer de lo que ya hacemos ahora. No tenemos mucho dinero para ese tipo de cosas, y aunque lo tuviéramos, no sabríamos cómo emplearlo, y no es apropiado que acudamos a sitios indecorosos para atender a los necesitados. «Recorriendo el país en un carronato haciendo el bien», como alguien dijo, puede ser adecuado para Inglaterra pero no para aquí —intervino Fanny, quien recientemente había empezado a interesarse en alguien más aparte de sí misma y por eso sentía acrecentar día a día el interés por sus semejantes.

—Tal vez no podamos hacer mucho, pero, aun así, pueden aparecer cosas aún por hacer de forma natural. Conozco una casa —dijo Polly sin dejar de coser—, en la que toda sirvienta que entra a trabajar en ella se convierte en objeto de interés para la señora y sus hijas. A estas mujeres se les enseñan buenas maneras, se colocan libros a su alcance, de vez en cuando se planifican esparcimientos, y en poco tiempo sienten que no son consideradas meros matorrales que trabajan hasta la extenuación a cambio de un sueldo de miseria, sino asistentes de la familia amados y respetados conforme a su fidelidad. Esta dama siente que es su deber para con ellas y lo cumple tan concienzudamente como desea que ellas cumplan con el suyo, y opino que así debería ser siempre.

Cuando Polly hubo terminado, diversos ojos atentos descubrieron que las mejillas de Emma estaban completamente rojas y vieron aparecer una sonrisa tímida en la comisura de sus labios que intentaba ser recatada, lo que les indicó a quién se refería Polly.

—¿Y todas esas chismosas se convierten en santas en esa familia tan perfecta? —preguntó la incontenible Trix.

—No, no suelen dedicarse al chismorreo, ni siquiera en el salón, pero todas han mejorado por el mero hecho de estar en su casa, lo reconozcan o no. Tal vez no debería haberlo mencionado, pero

quería proponer algo que podemos hacer. Todas nos quejamos del servicio, la mayoría como si fuésemos amas de llaves, pero nunca pensamos en corregir la situación renovando las relaciones entre señora y doncella. Y también hay otra cosa que podemos hacer —agregó Polly, cada vez con más entusiasmo—. La mayoría de nosotras dispone del dinero suficiente para satisfacer pequeñas vanidades y caprichos, pero se muestra terriblemente pobre cuando debe pagar por el trabajo, especialmente de costura. ¿No podríamos renunciar a alguno de nuestros caprichos y pagar mejor a las costureras?

—¡Yo me comprometo a hacerlo! —exclamó Belle, cuya conciencia había despertado súbitamente, reprendiéndola por haberse aprovechado de su costurera para que su nuevo vestido luciera otro volante.

—Belle sufre un ataque de virtud. Es una lástima que no vaya a durarle ni una semana —dijo Trix.

—Ya verás como sí —replicó Belle, determinada a hacer todo lo posible para que así fuera solo para ridiculizar a «aquella rencorosa coqueta», como solía llamar a su vieja compañera de clase.

—A partir de ahora presenciaremos a Belle cabalgando decidida en pos de su nueva afición. No me sorprendería descubrir que imparte charlas en la cárcel, adopta a una huerfanita desaseada o reparte panfletos en una reunión de la Asociación de los Derechos de la Mujer —dijo Trix, quien nunca podría perdonar a Belle por tener una figura excelente y una mata de pelo tan poblada.

—Bueno, podría dedicarme a cosas peores, y prefiero deleitarme de este modo a actuar como algunas jóvenes que aparecen en los diarios por sus travesuras —contestó Belle con solemnidad.

—Me parece que lo mejor será que hagamos un receso para descansar mientras Polly nos toca algo. ¿Qué dices, Polly? Nos sentará bien; y, además, todas desean oírte y me rogaron que te lo pidiera.

—Entonces lo haré con gusto. —Y Polly se acercó al piano con tan buena disposición que Trix no necesitó las gafas para percibir que era objeto de numerosas miradas de reproche.

Polly nunca se sentía demasiado triste, alterada u ociosa para cantar, pues para ella era algo tan sencillo como respirar y lo

consideraba el modo más natural de apaciguar sus emociones. Durante un momento sus manos recorrieron el teclado como si no supiera qué tema interpretar, pero no tardó mucho en sumergirse en una melodía dulce y triste y en empezar a cantar «El puente de los suspiros». Polly no sabía por qué había escogido aquel tema, pero su instinto pareció no haberla engañado, ya que, por muy vieja que fuera la canción, penetró rápidamente en el corazón de las presentes. Polly la cantó mejor que en otras ocasiones, pues el recuerdo de la pequeña Jane le ofreció un tierno patetismo que ninguna técnica podía igualar. A todas las presentes les sentó muy bien, ya que la música es un mago poderoso ante el cual pocos pueden resistirse. Las jóvenes se dejaron embargar por el momento, Polly quedó extasiada y, cuando se dio la vuelta, los semblantes relajados que la rodeaban le dijeron que, por el momento, las absurdas diferencias y frívolas ideas habían quedado arrinconadas gracias al sentimiento femenino de piedad por las injusticias y aflicciones que tan alejadas quedaban de las vidas de las oyentes.

—Esa canción siempre me hace llorar, y me siento como si no mereciera una vida tan confortable —dijo Belle mientras se secaba abiertamente las lágrimas con un trapo.

—Afortunadamente esos casos son poco habituales —dijo otra joven que rara vez leía los diarios.

—Ojalá fuera cierto, aunque me temo que no lo es. Hace poco más de tres semanas, conocí a una chica más joven que nosotras, aunque no peor, que trató de acabar con su vida simplemente porque estaba desesperada, enferma y en la miseria —dijo Polly.

—Cuéntanos más de ella —exigió Belle con impaciencia.

Consciente de que la canción había allanado el camino para la historia, y con el coraje necesario para contarla, Polly inició el relato, y debió de haberlo muy bien porque las chicas dejaron de coser para escucharla, y cuando hubo terminado, otros ojos aparte de los de la candorosa Belle estaban húmedos de lágrimas. Trix parecía muy apagada. La señorita Perkins se conmovió de tal modo que algo pareció brillar en su mano, mucho más resplandeciente que el mayor de sus diamantes, cuando volvió a darle la vuelta al delantal rosa. Emma se puso en pie y se aproximó a Polly con una expresión de afectuoso respeto, mientras Fanny, movida por un repentino

impulso, cogió una costosa bandeja de Sévres que había sobre el etagére y, tras dejar en ella un billete de cinco dólares, la pasó de mano en mano al tiempo que citaba las palabras de Polly:

—Chicas, sé que todas deseáis colaborar para que la pequeña Jenny «vuelva a empezar y para que esta vez le vaya mejor».

Fue todo un placer comprobar cómo todas sacaban rápidamente los monederos, cómo contribuían generosamente y cómo aplaudieron sinceramente cuando Belle colocó en el plato su dedal de oro mientras decía con una expresión encendida:

—Toma esto. Nunca dispongo de dinero porque lo gasto sin darme cuenta, pero esta vez no dejaré pasar el plato sin dar algo.

Cuando Fanny entregó las contribuciones a Polly, esta las tomó con tal alegría entre sus manos que todas desearon haber tenido más para dar.

—No sé cómo agradeceréoslo —dijo, emocionada—. Esto será de gran ayuda para Jenny, pero lo que le ayudará más que el dinero es la forma en que se ha producido, pues le demostrará que no está sola y que ciertamente existe un lugar en el mundo para ella. Dejad que os pague con su trabajo, ya que no pide limosnas, sino un trabajo y algo de bondad. La mejor caridad que podemos ofrecerle es asegurarnos que disponga de ambas cosas.

—Le daré todo el trabajo de costura que desee, y si necesita un hogar, puede quedarse en casa mientras lo hace —dijo Trix en un arranque de benevolencia.

—Muchas gracias, pero no necesita un hogar. La señorita Mills le ha ofrecido la mitad del suyo y considera a Jane como a su propia hija —respondió Polly con satisfacción.

—¡Qué mujer más bondadosa! —exclamó Belle.

—Quiero conocerla. ¿Puedo? —musitó Emma.

—¡Oh, sí! Me encantará presentárosla a todas. Es una anciana muy tranquila, pero hace todo el bien que puede y es el mejor ejemplo para llegar a ser alguien caritativo.

—Háblanos sobre eso. Yo deseo cumplir con mi deber, pero es tan complicado que no sé cómo hacerlo —dijo Belle.

Entonces, con total naturalidad, la conversación derivó hacia la gran obra que nadie debería estar demasiado ocupado para rehuir y que solo unos pocos, demasiado jóvenes o pobres, pueden alegar

no disponer de medios para cumplir. Los rostros se hicieron más graves, los dedos se movieron con mayor rapidez a medida que las jóvenes mentes y los dispuestos corazones asimilaban los hechos desconocidos, las nuevas ideas y planes que surgían de aquellas historias auténticas, las prudentes insinuaciones y ejemplos afortunados que salían de los labios de Polly, palabras que no hacía mucho había oído en boca de la señorita Mills, pues, últimamente, Polly había conversado a menudo con la bondadosa anciana, aprendiendo rápidamente las lecciones de una vida desinteresada. A las chicas les resultó el tema mucho más interesante que los chismorreos, en parte, evidentemente, por la novedad, pero el entusiasmo fue sincero mientras duró y a todas les sentó bien. Muchas de ellas lo habían olvidado por completo en el plazo de una semana, pero el esfuerzo de Polly no fue en balde, pues Emma, Belle y Fanny se hicieron muy buenas amigas de Jane y la ayudaron con tanta dedicación que la pobre chica creyó verdaderamente que había vuelto a nacer en un mundo nuevo y más feliz.

Polly no descubrió hasta mucho tiempo después las ventajas de su pequeño esfuerzo, pues este tipo de sacrificios insignificantes abren el camino a muchos otros, y una sencilla y sincera mejora para conseguir la gran obra del mundo refuerza de un modo sorprendente las tareas cotidianas de la persona en cuestión. Polly lo descubrió a medida que su vida se hacía más fácil y brillante, y la hermosa ley de la compensación le otorgó mejores objetivos y placeres que los que había perdido. Los padres de algunos de sus alumnos eran personas de gran refinamiento, y estas siempre se muestran más receptivas ante las marcas de la cultura en los demás, sin importarles las circunstancias. Aunque en un principio se sintieron atraídos por su alegría, costumbres modestas y dedicación en el trabajo, descubrieron pronto en ella algo más que una buena maestra. Reconocieron un talento real para la música, un ansioso deseo de aprovechar las oportunidades y un corazón agradecido por los magnánimos favores que transforman los hogares severos en habitables. Afortunadamente, los que poseen la habilidad para descubrir estos dones también disponen del espíritu para apreciarlos y, frecuentemente, la capacidad para aprovecharlos y hacerlos desarrollar. De un modo tan delicado que ni el orgullo más

sensible podría haber rechazado el favor, estas personas demostraron a Polly su respeto y consideración, le brindaron numerosos placeres, y cuando le pagaron por su trabajo, también se lo agradecieron sinceramente, eliminando cualquier sentido de degradación que suele asociarse incluso al más humilde de los servicios, pues el dinero ganado y gastado de este modo endulza el pan diario que permite comprar y convierte la obligación mutua en mutuo beneficio y placer.

Unos cuantos clientes hicieron mucho por Polly, y la música que ella les ofreció gozaba de un trasfondo de gratitud tal que dejó alegres ecos en las grandes mansiones que el dinero no hubiera podido comprar.

Entonces, a medida que las amistades pasajeras la abandonaban, Polly se abrió camino hacia una colmena de amables abejas que le dieron la bienvenida y le indicaron cómo conseguir la miel que endulza y da sentido a la vida. A través de la señorita Mills, que era la consejera e instructora de varias de estas jóvenes, Polly conoció a una pequeña hermandad de chicas trabajadoras, alegres e independientes, cada cual con un propósito determinado, un talento por desarrollar y una ambición por explotar, aportando con su presencia perseverancia y paciencia, esperanza y coraje. En este ambiente, Polly halló finalmente su lugar, pues en aquel mundo reducido imperaba el amor y la libertad; el talento, la energía y el carácter eran considerados los rasgos más respetados; el dinero, la moda y la posición social eran descartados de un plumazo, ya que, como ocurre en el gran mundo exterior, el ingenio florece mejor cuando la pobreza es su jardinero. Jóvenes maestras que trabajaban incansablemente por un sueldo nimio; jóvenes artistas que trataban de progresar con el lápiz, la espátula o el cincel; jóvenes escritoras con la ambición de distinguirse; jóvenes cantantes que soñaban con grandes éxitos, siendo Jenny Lind la más destacada entre estas, y otras que intentaban conquistar la independencia armadas únicamente con una aguja, como era el caso de la pobre Jenny. Todas ayudaron a Polly de un modo tan natural como esta les ayudó a ellas, dado que la determinación y los principios son la mejor guía que podemos tener, y su carencia

convierte a la mitad de las mujeres de América en lo que son: impacientes, desorientadas, frívolas y enfermizas.

Para el observador exterior, aquel fue un invierno de duro trabajo y poco esparcimiento para Polly. Ella también lo creía, pero, cuando llegó la primavera, las semillas de nuevas virtudes, plantadas en el tiempo inclemente y maduras por el sol del esfuerzo, empezaron a florecer en la naturaleza de Polly, revelando su presencia a los demás, gracias a una fuerza y dulzura de carácter renovadas, mucho antes de que ella descubriera las flores que habían florecido bajo la nieve.

XII

FRUTA PROHIBIDA

—Tengo muchas ganas de pasármelo bien —se dijo Polly una mañana al abrir la ventana. La luz del sol y el aire helado le hicieron bullir la sangre y le encendieron el rostro con lozanía, salud y espíritu renovado—. Necesito ir a algún sitio y divertirme. No puedo seguir así por más tiempo. ¿Qué podría hacer? —Dio de comer algunas migas de pan a las palomas, como hacía todas las mañanas, y, mientras observaba sus brillantes cuellos y rosadas patas, se devanó los sesos trazando algún plan novedoso y

agradable para pasar el día, pues hacía tanto tiempo que controlaba sus deseos que estos se encontraban al borde de la efervescencia.

—Iré a la ópera —anunció súbitamente a las palomas—. Sé que es caro, pero es tan hermosa, y la música es algo muy importante para mí. Sí, compraré dos entradas baratas, enviaré una nota a Will, pues el pobre chico necesita pasárselo bien tanto como yo, y asistiremos a la ópera desde algún rincón del teatro, como suelen hacer Charles Lamb y su hermana.

Tras tomar aquella resolución, Polly volvió a cerrar la ventana, para consternación de sus pequeños y afables huéspedes, y recorrió la casa con gran energía, cantando y hablando en voz alta como si no pudiera contenerse. Empezó temprano su primera lección para tener tiempo de comprar las entradas, con la esperanza, al poner cinco dólares en el monedero, de que no resultaran demasiado caras, pues sabía que no se encontraba en la mejor disposición para resistir tentación alguna. Sin embargo, no tuvo que realizar ningún desembolso, ya que, cuando llegó a las taquillas del teatro, estas se encontraban bloqueadas por otros ansiosos compradores y, por los rostros decepcionados que reconoció en estos, supo que no había esperanzas de conseguir una.

—No importa, iré a otra parte a divertirme —dijo con gran determinación, pues la decepción solo sirvió para estimular sus deseos. No obstante, el programa de espectáculos no le ofreció nada interesante y se vio obligada a seguir con su trabajo mientras el dinero le ardía en el monedero y su mente no dejaba de trazar alocados planes. Al mediodía, en lugar de ir a comer a casa, salió a tomarse un helado, intentando encontrar la alegría y la diversión por su cuenta. Sin embargo, el intento terminó en fracaso, y tras recorrer las tiendas de retratos, se encaminó a dar la clase de piano a Maud convencida de las dificultades de saciar sus deseos al ser una simple profesora de música.

Afortunadamente, no tuvo que recrearse mucho en su sufrimiento, pues lo primero que le dijo Fanny al verla fue:

—¿Puedes ir?

—¿Adónde?

—¿No recibiste mi nota?

—No he comido en casa.

—Tom quiere que vayamos con él esta noche a la ópera y... —
Fan no pudo continuar, pues Polly lanzó una exclamación de éxtasis mientras le cogía las manos.

—¿A la ópera? Por supuesto que iré. Llevo todo el día pensando en lo mismo. Me he pasado la mañana intentando comprar las entradas pero no lo he conseguido, y desde entonces me sale humo de la cabeza de tanto pensar en lo que podría hacer, y ahora... ¡oh, es maravilloso! —Y Polly no pudo contenerse y dio un saltito de alegría, pues en pocas ocasiones era la protagonista de semejante dicha.

—Muy bien, ven a la hora del té y nos vestiremos juntas. Después acudiremos con Tom, quien hoy está en una excelente disposición.

—Pero tengo que ir a casa a por mis cosas —dijo Polly, y en aquel mismo instante decidió que se compraría los guantes más hermosos que encontrara en la ciudad.

—Puedes ponerte mi capa blanca y cualquier otra cosa que desees. A Tommy le gusta que sus damas sean dignas de él —dijo Fanny antes de retirarse para descansar un rato.

Polly resolvió no pedirle prestado a Becky su mejor sombrero, como había pensado en un primer momento, sino que se compraría uno nuevo, pues en su estado actual de excitación ninguna extravagancia le parecía demasiado cara en comparación con el honor de aquella gran ocasión. Me temo que la clase que impartió a Maud no resultó tan productiva como debería haber sido, pues la cabeza de Polly estaba tan llena de sombreros, guantes, capas para la ópera y abanicos que Maud se dejó llevar, matando el tiempo y la música como mejor le pareció. En cuanto terminó la clase, Polly se marchó apresuradamente y no solo compró unos guantes, sino también un armazón para el sombrero, un trozo de tul y una rosa artificial que había atraído su atención durante semanas en el escaparate de cierta tienda. Después se dirigió a su casa para trabajar con la maestría y premura de una sombrerera distraída.

—Me temo que estoy gastando más de la cuenta, pero es lo que deseo. Me alimentaré de pan y agua durante una semana para compensarlo. Debo estar deslumbrante, pues Tom rara vez me invita y tengo que mostrarme agradecida cuando lo hace. Quiero

hacer lo que hacen las otras chicas, aunque solo sea por una vez, y disfrutar sin pensar en las consecuencias. Ahora un poco de cinta rosa para atarlo y terminaré a tiempo para hacer el mejor de los collares —dijo Polly mientras escarbaba en sus cajas en busca de la cinta adecuada con la encantadora emoción que suelen sentir las jóvenes en tales ocasiones.

Según mi opinión, los pequeños esfuerzos y sacrificios que debemos soportar las mujeres antes de acudir a un acto, nos permiten saborearlo con mayor deleite cuando este llega. Esta certeza quedó demostrada por el entusiasmo que sintió Polly cuando, tras terminar su sombrero, lavar y planchar sus mejores mudas, dar brillo a sus botas y remendar su abanico, se puso finalmente, como Consuelo, «su pequeño vestido de seda negra», y con los aderezos más pequeños clavados en un papel, partió hacia casa de los Shaw considerando lo difícil que resulta caminar con decoro cuando el corazón de una no deja de dar saltitos.

Maud estaba tocando una redova en la sala, y Polly entró en la habitación bailando al ritmo de la música con tal fervor que Tom, que estaba allí, no pudo evitar cogerla por la cintura y dirigirla a través de elaborados pasos hasta que los dedos de Maud se cansaron.

—¡Ha sido maravilloso! Oh, Tom, muchas gracias por invitarme esta noche. Tenía tantas ganas de hacer algo divertido —exclamó Polly al detenerse. El sombrero le colgaba sobre un hombro y tenía el pelo revuelto, como si se hubiera enfrentado a una ráfaga de viento.

—Me alegro. Yo también lo deseaba y pensé que podríamos pasar un buen rato en familia —dijo Tom, dichoso por la alegría que desprendía la joven.

—¿Está Trix enferma? —preguntó Polly.

—Se ha marchado a Nueva York para pasar allí una semana.

—Oh, y cuando el gato está lejos, los ratones salen a pasear.

—Exacto. Venga, demos otra vueltecita.

Sin embargo, antes de que pudieran empezar, la extraña visión de un perrito saliendo como una exhalación de la sala con un paquete de papel en la boca hizo que Polly se retorciera las manos y gritara, desesperada:

—¡Mi sombrero! ¡Oh, mi sombrero!

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Cómo? —dijo Tom, mirando desconcertado a su alrededor.

—Lo tiene Snip. ¡Cógelo! ¡Cógelo!

—Tranquila. —Y Tom emprendió la persecución con más voluntad que discreción.

Snip, como no podía ser de otro modo, pensó que se trataba de un juego y disfrutó enormemente de la carrera. Recorrió toda la casa, zarandeando el valioso paquete como si fuese una rata, mientras su amo corría detrás de él y le silbaba, ordenaba y rogaba, aunque todo fue en vano. Polly les siguió, consumida por la ansiedad, y Maud no dejó de reír hasta que la señora Shaw envió a un criado para que averiguara cual era el motivo de semejante escándalo. Un lastimero gemido proveniente de las regiones inferiores de la casa anunció la captura del ladrón, y poco después Tom apareció sosteniendo a Snip del cuello con una mano y el querido sombrero de Polly en la otra.

—El pequeño demonio estaba a punto de morderlo cuando lo he alcanzado. Me temo que se ha comido uno de tus guantes. No lo encuentro por ningún sitio, y este otro está bastante mordisqueado —dijo Tom, al tiempo que le arrebatava a Snip el guante desgarrado que este se negaba a soltar.

—Me lo merezco —dijo Polly con un gemido—. No había necesidad alguna de comprar un par nuevo, pero deseaba estar muy elegante esta noche. Este es el castigo de mi loca extravagancia.

—¿Había algo más en el paquete? —preguntó Tom.

—Solo mis mejores puños y el collar. Seguramente ahora estarán en la carbonera —dijo Polly con la calma que proporciona la resignación.

—Vi algo blanco en el suelo del comedor cuando pasé por allí corriendo. Vamos a buscarlo, Maud. Después lo arreglaremos —dijo Tom mientras encerraba al culpable en el guardarropa, donde se acurrucó plácidamente y se quedó adormilado.

—Están intactos —proclamó Maud al regresar con los tesoros perdidos.

—Y también mi sombrero, lo que agradezco más que nada —dijo Polly, quien había estado examinándolo con tal detenimiento que

Tom no pudo ocultar una sonrisa.

—Y yo, pues me parece un artículo de lo más «novedoso» —dijo en tono aprobador. Tom sentía una especial predilección por las rosas rojas, y tal vez Polly lo sabía.

—Me temo que es demasiado llamativo —dijo Polly con expresión de duda.

—Ni lo más mínimo. Como el de una novia. Debe de sentarte muy bien. Póntelo para que lo veamos.

—Por nada del mundo haría algo así con el cabello revuelto. No me mires hasta que no esté presentable, y no le cuentes a nadie nada de esto. Creo que esta noche estoy un poco perturbada —dijo Polly, recogiendo sus objetos rescatados y disponiéndose a ir en busca de Fan.

—La locura te sienta estupendamente, Polly. Inténtalo de nuevo —respondió Tom, observándola mientras se alejaba risueña, mucho más hermosa de lo habitual al ir despeinada—. Viste a esa chica como es debido y se convertirá en una belleza aún más extraordinaria y deslumbrante —añadió Tom dirigiéndose a Maud en voz más baja mientras acompañaba a esta del brazo al salón.

Al oír aquello, Polly decidió que su aspecto sería tan «extraordinario y deslumbrante» como se lo permitieran sus medios, «solo por una noche», se dijo mientras espiaba por encima de la baranda, satisfecha al comprobar que el baile y la carrera habían despojado a Tom de su habitual aspecto «de caja de cartón».

Siento profundamente verme obligada a importunar los ojos y oídos de aquellos lectores que preferirían la utilización de un lenguaje más puro al recurrir a expresiones como la anterior. No obstante, al haber decidido precipitadamente escribir una pequeña historia sobre los jóvenes americanos para un público joven americano, me siento en la obligación de representar a mis queridos personajes del modo más creíble dentro de mis limitadas capacidades. Por otro lado, he de decir que estoy preparada para las críticas demoledoras del tipo, «Bueno, todo es muy correcto y adecuado, pero no tiene nada que ver con nosotros», y no confío en disfrutar del honor de descubrir que las cubiertas de «Una muchacha anticuada» son las más sucias de la biblioteca.

Las dos amigas cumplieron con el requisito social del té en el piso de arriba, lo que Polly consideró el sùmmum del lujo, y, a continuación, cada una de ellas se hizo con un espejo y se dedicó a acicalarse hasta quedar perfectamente satisfecha. La concentración con que Polly se engalanó aquella noche fue digna de presenciar. La audacia que la poseía le permitió liberar su hermoso cabello de las trenzas que habitualmente lo retenían, dejando que los rizos castaños se exhibieran en toda su abundancia, especialmente unos pequeños y peligrosos que le cubrían las sienes y la frente. Dedicó especial atención a la disposición del collar y de los puños recuperados, así como a un adorno que se adhirió en la parte izquierda del hoyuelo de la barbilla, un detalle coqueto poco habitual en ella que jamás se hubiese permitido si un casi invisible rasguño no le hubiera ofrecido la excusa perfecta. Polly se colocó la blanca y emplumada capa, la cual también exhibía algunos adornos en la capucha, con la gravedad que requería la ocasión y contemplando el resultado detenidamente frente al espejo mientras practicaba el auténtico paso bostoniano: codos hacia atrás, hombros hacia delante, una inclinación y un deslizamiento, y, de vez en cuando, un saltito ligero. No obstante, cuando finalmente se caló el sombrero, Polly contuvo el aliento hasta que este estuvo bien colocado y la rosa hubo florecido sobre las suaves ondas de su cabello; Fanny no pudo contenerse y definió el resultado final como «un efecto deslumbrante». A aquellas alturas, Polly no pudo resistir la tentación y dejó que Fanny le prestara un par de brazaletes de oro para decorar sus muñecas y el abanico blanco con el espejito en el centro.

—Puedo guardarlos en el bolsillo si me siento demasiado elegante —se dijo al colocarse los brazaletes, pero tras agitar una o dos veces el abanico, comprendió que su destello era tan cautivador que le resultaría imposible deshacerse de ellos hasta el final de la velada.

Fanny también le prestó un par de guantes con tres botones que terminaron de completar su dicha, y cuando Tom la saludó con un «¡Una visión digna de dioses y mortales! ¡Polly, estás deslumbrante!», Polly sintió que su «diversión» por fin había comenzado.

—¿No crees que Polly sería una novia adorable? —preguntó Maud, quien no dejaba de dar vueltas alrededor de las dos muchachas mientras intentaba decidir si se compraría una capa azul o una blanca cuando creciera y asistiera a la ópera.

—¡No me cabe ninguna duda! Permítame que la felicite, señora... Sydney —añadió Tom, avanzando con la reverencia propia de las bodas y mirando maliciosamente a Fanny.

—¡Márchate de aquí! ¿Cómo osas? —le gritó Polly, poniéndose más roja que la rosa.

—Si queremos ir a la ópera esta noche, será mejor que vayamos saliendo. El carruaje lleva un rato esperándonos —propuso Fan con frialdad, y salió de la habitación con un aire inusualmente altanero.

—¿No te gusta, Polly? —le susurró Tom mientras bajaban las escaleras.

—Muchísimo.

—¡Menuda pareja!

—Me gusta la música, ¿cómo no podría gustarme la ópera?

—Me refiero a Syd.

—Ah, en ese caso, no.

—Te convendría mucho.

—Lo pensaré.

—Oh, Polly, Polly, ¿qué estarás tramando?

—Caer redonda en mitad de la calle, según parece —repuso Polly al resbalar ligeramente en un escalón, y Tom dejó de reír para conducirla hasta la seguridad del carruaje en el que Fanny ya estaba acomodada.

«¡Esto sí que es lujo!», se dijo Polly cuando el coche se puso en marcha, sintiéndose como probablemente se sintió Cenicienta cuando la calabaza en forma de carruaje la llevó a su primer baile; la diferencia es que Polly tenía dos príncipes en los que pensar, mientras que la pobre Cenicienta, en aquel momento, aún no tenía ninguno. Fanny no parecía muy dispuesta a conversar, y Tom lo hacía de una forma tan ridícula que Polly le dijo que se negaba a escucharle y se dedicó a tararear fragmentos de la ópera. No obstante, escuchó todas y cada una de sus palabras, y decidió devolverle su impertinencia en cuanto pudiera para demostrarle lo que había perdido.

Sus asientos estaban en la platea y, en cuanto se sentaron, por una de aquellas extraordinarias coincidencias que solo se producen en nuestra juventud, el señor Sydney y Frank Moore, el viejo amigo de Fanny, ocupaban los asientos situados justo detrás de ellos.

—¡Oh, malvado! Lo has hecho a propósito —susurró Polly tras saludar a sus vecinos y percibir la picara expresión de Tom.

—Te doy mi palabra de que no. Es la ley de la atracción, ¿no te das cuenta?

—Si a Fan no le importa, yo no tengo inconveniente.

—Creo que más bien está resignada.

Y así era, pues Fanny conversaba y reía con Frank del modo más animado mientras Sydney observaba disimuladamente a Polly como si no alcanzara a comprender cómo podía haberse transformado tan rápidamente de una larva gris a una mariposa blanca. Es un hecho reconocido que el atuendo desempeña un papel fundamental en la vida de muchas mujeres, e incluso las más prudentes no pueden evitar reconocer la felicidad que en ocasiones obtienen gracias a un vestido favorecedor, un peinado dispuesto con elegancia o un sombrero que resalte lo mejor de su rostro, proporcionándoles una gran dicha. Se afirma que un gran hombre dijo en cierta ocasión que lo primero que le atrajo de su amada esposa fue verla en una butaca tras él vestida con una muselina blanca y un chal azul. El vestido atrajo su atención y, tras detenerse para admirarlo, la inteligente conversación de su portadora estimuló su mente y en poco tiempo la dulzura de la dama conquistó su corazón. Soy de la opinión que un vestido elegante por sí solo no garantiza nada, sino más bien la interpretación que se hace de él según el gusto y carácter de quien lo lleva. La gente sabia es consciente de esto, y todo el mundo se ve influenciado por ello aunque no sea consciente. Polly no era muy sabia, pero percibió que todos aquellos que la rodeaban la consideraban más atractiva de lo habitual y, en un ejercicio de modestia, atribuyó la devoción de Tom, el interés de Sydney y la abierta admiración de Frank, a su nuevo sombrero, o más probablemente, a aquella encantadora combinación de cachemira, seda y plumas de cisne que, como el manto de la Caridad, parecía ocultar los pecados en los ojos de los demás y elevar a la pequeña profesora de música al rango de joven dama.

Polly solía reírse de este tipo de cosas, pero aquella noche lo aceptó sin el menor reparo. De hecho, lo disfrutó, permitiendo que sus brazaletes hipnotizaran las miradas de todos los hombres y sintiéndose encantada por el hecho de ser el centro de admiración. No obstante, se olvidó de algo: lo que completaba el cuadro que atraía todas las miradas era su espíritu alegre; la chica despreocupada pasándosele bien con todo su corazón. La música y las luces, el vestido y la compañía la estimularon e hicieron posible muchas cosas que en cualquier otro momento se hubiera sentido incapaz de hacer o decir. No pensaba flirtear, pero, de algún modo, «el flirteo se impuso» y no pudo evitarlo, pues en cuanto comenzó, le resultó muy difícil detenerse con Tom azuzándola y Sydney contemplándola con aquel nuevo interés en su mirada. El flirteo de Polly estaba tan alejado del que establecía la moda imperante que Trix y compañía no lo hubieran reconocido como tal. Pese a todo, no estuvo mal para una principiante, y Polly comprendió aquella noche dónde yacía su fascinación, pues le pareció que había descubierto un tesoro oculto y que estaba aprendiendo a utilizarlo, consciente de sus peligros pero hallando su principal encanto precisamente en eso.

En un primer momento, Tom no supo cómo reaccionar, aunque acabó por considerar conveniente el cambio y finalmente decidió que Polly había seguido su consejo y estaba «echando el lazo a Syd», como él mismo había expresado. Sydney, que era un hombre modesto, no era consciente de nada de eso; simplemente pensaba que la pequeña Polly se estaba convirtiendo en una mujer encantadora. La conocía desde su primera visita y siempre había sentido simpatía por ella. Aquel invierno se había interesado por sus planes y había hecho todo lo que estaba en su mano para ayudarla, pero hasta esa noche no había pensado que podría enamorarse de Polly. Entonces empezó a pensar que no había sabido apreciar del todo a su joven amiga; que era una chica tan inteligente y adorable que era una lástima que no estuviera siempre alegre, hermosa y dichosa; que sería una magnífica esposa para cualquier hombre y que tal vez había llegado el momento de que él «sentara cabeza», como solía decirle su hermana. Estas ideas no dejaban de darle vueltas en la cabeza mientras observaba la blanca figura sentada

frente a él, percibía el encanto de la música y hallaba a todo el mundo extraordinariamente despreocupado y hermoso. Pese a haber escuchado la ópera muchas veces, nunca le había parecido tan notable como en aquella ocasión, tal vez porque hasta entonces no había tenido tan cerca un rostro joven e ingenuo en el cual se reflejaran con tanta elocuencia las diversas emociones provocadas por la música y el romance que se desarrollaba sobre el escenario. Polly ignoraba que fuera aquel el motivo por el cual el joven se inclinara tan a menudo para hablar con ella, contemplándola con una expresión que, pese a no poder interpretar, le resultaba profundamente agradable.

—No cierres los ojos, Polly. Esta noche brillan con tal malicia que no puedo dejar de mirarlos —dijo Tom, tras preguntarse si la joven sería consciente de lo largas y sedosas que tenía las pestañas.

—No me gusta parecer afectada, pero la música cuenta la historia mucho mejor que las acciones de los artistas. Por eso prefiero no mirar —respondió Polly, confiando en que Tom no se hubiera dado cuenta de las lágrimas que tanto le costaba reprimir.

—Pues a mí lo que más me gusta es la actuación. La música está muy bien, lo sé, pero resulta tan absurdo que la gente se cuente secretos vitales a voz en cuello. No puedo acostumbrarme.

—Eso es porque le das más importancia al sentido común que al romanticismo. No me incomoda lo absurdo, y desearía poder consolar a esa pobre niña con el corazón roto —dijo Polly con un suspiro mientras caía el telón tras una escena especialmente emotiva.

—Ese Cómo-se-llame es un bobo al no darse cuenta de que ella lo adora. En la vida real, los hombres no somos tan ciegos —observó Tom, quien tenía una opinión para cada tema, incluso para aquellos que desconocía completamente, y solía expresarla con un gran candor.

Una curiosa sonrisa cruzó el rostro de Polly y utilizó los prismáticos para ocultar sus ojos, al tiempo que decía:

—Creo que a veces sois ciegos, pero como se enseña a las mujeres a llevar máscara, supongo que una cosa compensa la otra.

—No estoy de acuerdo. Hoy en día son pocas las que llevan máscara. Me gustaría que de vez en cuando la llevaran más —

añadió Tom, pensando en ciertas damiselas en flor cuyos ojos suplicantes le habían rogado que no las dejara marchitar en el tallo paterno.

—Espero que no, aunque supongo que hay más de lo que mucha gente sospecha.

—¿Qué puede saber usted de corazones rotos y seres desventurados? —preguntó Sydney con una sonrisa al ver el semblante sombrío de la joven.

Polly levantó la mirada y su rostro volvió a iluminarse y a formar dos hoyuelos en las mejillas cuando respondió:

—No mucho. Mi momento está aún por llegar.

—No puedo imaginarte caminando por el mundo con el cabello suelto y llorando por el amor de un amante insensible —dijo Tom.

—Ni yo tampoco. No es mi forma de actuar.

—No, la señorita Polly no permitiría que sus mejillas de adamasco la traicionaran y seguiría sonriendo como en las novelas de moda, o se haría hermana de la caridad para cuidar al amante insensible y salvarlo de la viruela o de otra enfermedad contagiosa, para morir poco después angelicalmente, dejándolo a él en manos de los tormentos del arrepentimiento y del amor tardío.

Polly le dirigió a Sydney una mirada de indignación al percibir en su voz un tono satírico que la incomodó enormemente, pues si algo odiaba era que la gente la considerase sentimental.

—Tampoco actuaría así —dijo con decisión—. Intentaría sobreponerme, y si no pudiera, intentaría aprender algo. El desengaño no debería convertir a las mujeres en idiotas.

—Ni solteronas, si es hermosa y digna. Recuerda esto, y no imputes los pecados de un zoquete al resto de los hombres —dijo Tom, riéndose ante su seriedad.

—No creo que exista la más mínima posibilidad de que la señorita Polly acabe siendo alguna de esas dos cosas —añadió Sydney con un semblante que evidenciaba que las mejillas de adamasco de Polly aún no ocultaban nada.

—Allí está Clara Bird. Solo la he visto una vez desde que se casó. ¡Qué hermosa está! —Y Polly volvió a ocultarse tras los gemelos al considerar que la conversación se estaba haciendo demasiado personal.

—Bueno, pues ahí tienes a una chica que intentó una cura distinta para los afectos no correspondidos. La gente comenta que estaba enamorada del hermano de Belle. Él no la correspondió y se marchó a India para echar a perder su constitución, por lo que Clara se casó con un hombre veinte años mayor que ella y se consuela siendo la mujer más elegante de la ciudad.

—Eso lo explica todo —dijo Polly cuando Tom terminó de hablar en un susurro.

—¿El qué?

—La expresión cansada de sus ojos.

—Yo no veo nada —dijo Tom tras un reconocimiento con los gemelos.

—No esperaba que lo hicieras.

—Comprendo lo que quiere decir. En estos tiempos muchas mujeres la tienen —dijo Sydney por encima del hombro de Polly.

—¿De qué está cansada? ¿Del viejo caballero? —preguntó Tom.

—Y de sí misma —añadió Polly.

—Has estado leyendo novelas francesas. Eso es lo que les ocurre a todas las heroínas —exclamó Tom.

—No he leído ninguna, pero es evidente que tú sí los has hecho, jovencito, y será mejor que dejes de hacerlo.

—No me interesan lo más mínimo, solo las leo para mejorar mi francés. Pero ¿cómo es usted tan sabia, jovencita?

—Porque soy observadora. Me gusta estudiar los rostros, y rara vez veo el de un adulto que refleje auténtica felicidad.

—Tienes razón, Polly. Ahora que pienso en ello, solo recuerdo uno que siempre está dichoso: ese de ahí.

—¿Dónde? —preguntó Polly con interés.

—Mira hacia adelante y lo verás.

Polly hizo lo que le indicaba, pero lo único que vio fue su propio rostro reflejado en el espejito del abanico que Tom sostenía y contemplaba con una sonrisa en los ojos.

—¿Te parezco feliz? Me alegro mucho. —Y Polly se contempló detenidamente.

Los dos jóvenes juzgaron que aquello no era más que vanidad y sonrieron ante tal despliegue de inocencia, pero Polly buscaba algo más que la simple belleza, y se alegró al no hallarlo.

—Una agradable visión, ¿verdad, Polly?

—Tengo el sombrero bien puesto, eso es todo lo que me interesa. ¿Alguna vez has visto un retrato de Beau Brummel? —preguntó Polly rápidamente.

—No.

—Bien, pues aquí lo tienes, actualizado. —Y dándole la vuelta al abanico, le mostró su propio rostro.

—¿Algún otro retrato en tu galería? —preguntó Sydney, como si quisiera formar parte de todo aquel galimatías.

—Uno más.

—¿Cómo lo llamaría?

—El retrato de un caballero. —Y el espejito reflejó durante dos segundos un rostro agradecido.

—Gracias. Me alegro de no deshonrar mi nombre —dijo Sydney, mirando los satisfechos ojos azules que le agradecían en silencio las numerosas bondades casi imperceptibles que las mujeres jamás olvidan.

—Muy bien, Polly, estás progresando adecuadamente —susurró Tom, dando unas palmaditas con sus guantes amarillos.

—¡Calla! ¡Dios, qué calor hace aquí! —Y Polly le miró con un fruncimiento de cejas que animó el corazón del joven.

—Vayamos a tomar un helado, aún queda tiempo.

—No quiero molestar a Fan, parece tan absorta —dijo Polly, imaginando que su amiga disfrutaba de la velada tanto como ella; un grave error, pues Fan actuaba por reflejo, y aunque deseaba darse la vuelta e irse con ellos, no quería hacerlo hasta que cierta persona demostrara que la echaba de menos. Como no lo hizo, Fanny continuó conversando mientras la rabia le corroía por dentro y se preguntaba cómo era posible que Polly pudiera estar tan alegre y ser tan egoísta.

Era una maravilla presenciar la compostura que adoptaba Polly, pues le parecía ser otra persona, como si estuviera representando un papel. Se echó hacia atrás, como si el calor la agobiara, permitió que Sydney la abanicara y le agradeció el servicio regalándole una flor de su ramillete, un gesto que divirtió a Tom enormemente, aunque al mismo tiempo se sintió algo receloso al ser tratado como un viejo amigo al que no había que tener en cuenta.

—Ves a por él y conquístalo, Polly, tendrás mi bendición —le susurró cuando volvía a alzarse el telón.

—Solo es parte de la diversión, de modo que no te rías, jovencito irrespetuoso —contestó ella también en un susurro y en un tono que jamás habría usado con Sydney.

A Tom no le gustaba el tratamiento diferenciado con que se dirigía a ellos, y la palabra «jovencito» hirió su dignidad, pues ya tenía veintiún años y Polly debería tratarlo con mayor respeto. Sydney, al mismo tiempo, deseaba estar en el lugar de Tom: joven, atrevido y un amigo tan cercano de Polly que esta no dudaba en reprenderlo y sermonearle. Polly, por su lado, se olvidó de ambos cuando la música volvió a sonar, ofreciéndoles tiempo suficiente para contemplarla y pensar sobre sí mismos.

Cuando la ópera hubo terminado, y mientras esperaban para salir, Polly oyó que Fan le susurraba a Tom:

—¿Qué crees que dirá Trix de todo esto?

—¿A qué te refieres?

—Al modo en que te has comportado esta noche.

—Ni lo sé ni me importa. Solo es Polly.

—A eso me refiero precisamente. Trix no soporta a P.

—Bueno, pues yo sí, y no veo por qué no puedo divertirme tanto como Trix.

—Si no vas con cuidado, te divertirás más de la cuenta. Polly ha despertado.

—Me alegro de ello, y Syd también.

—Solo lo digo por tu bien.

—No te preocupes por mí. Ya recibo suficientes sermones por parte de otra persona, no necesito ninguno más. Vamos, Polly.

Aunque Polly aceptó el brazo que le ofrecía, la frase «Solo es Polly» le había dolido profundamente. «¡Cómo si no fuera nadie, ni tuviera sentimientos y solo sirviera para divertir o ayudar a la gente! Fan y Tom están muy equivocados, y les demostraré que Polly está realmente despierta», pensó con indignación. «¿Por qué no puedo divertirme como hace todo el mundo? Además, solo es Tom», añadió con una sonrisa amarga al pensar en Trix.

—¿Estás cansada, Polly? —preguntó Tom, inclinándose para mirarle a la cara.

—Sí, de no ser nadie.

—¡Ah, pero no eres nadie, eres Polly, y no podrías mejorar eso ni aunque lo intentaras! —le dijo Tom con afecto, pues realmente se sentía orgulloso de ella, y más en aquel momento.

—Me alegro de que pienses de ese modo. Es tan agradable sentirse querida. —Y levantó la cabeza con un rostro de nuevo resplandeciente.

—Siempre te tuve afecto, ¿no lo sabías? Desde la primera vez que te quedaste con nosotros.

—Pero si siempre me incordiabas.

—Eso es cierto, pero ya no lo hago.

Polly no dijo nada, y Tom le preguntó con más ansiedad de lo que el momento requería:

—¿Verdad, Polly?

—No del mismo modo, Tom —repuso ella en un tono no muy natural.

—Bueno, pues no lo haré más.

—Sí que lo harás; no puedes evitarlo. —Y Polly miró a Sydney, quien estaba un poco más adelante, junto a Fan.

Tom estalló en carcajadas y, acercándose un poco más a Polly obligado por la presión que ejercía la multitud, le dijo con fingida ternura:

—¿No le gustó que se mofaran de sus pretendientes? Está bien, intentaré no volver a hacerlo. Pobrecilla, el mismo día ha conseguido que su sombrerito quede espachurrado y que hieran sus sentimientos.

Polly no pudo contener la risa y, a pesar de la gente que les rodeaba, disfrutó del lento trayecto desde la butaca al carruaje, pues Tom cuidó tan bien de ella que le supo mal llegar a su destino.

Cuando llegaron a casa, disfrutaron de una cena frugal pero muy amena, tras la cual, Polly interpretó algunos temas operísticos burlescos que provocaron la risa en sus oyentes. Volvía a sentirse muy animada y quería disfrutar de los últimos coletazos de diversión antes de regresar nuevamente a su monótona vida.

—Ha sido una velada espléndida. Muchas gracias a todos —dijo después del intercambio de «buenas noches».

—Yo también me lo he pasado muy bien. Repitámoslo mañana — dijo Tom, reteniéndole una mano tras ayudarle a deshacerse de un guante obstinado.

—Me temo que por ahora no. Los placeres acabarían arrumando mi carácter —dijo Polly mientras negaba con la cabeza.

—No lo creo. Buenas noches, «dulce señorita Milton», como te llamó Syd. Duerme como un ángel y no sueñes con... disculpa, olvidaba que no debía incomodarte más. —Tras lo cual, Tom se retiró con una exagerada reverencia.

—Bueno, ya se ha acabado todo —pensó Polly al acostarse tras la larga velada. Aunque no era así, y la diversión de la joven le costó algo más que el precio de unos guantes y un sombrero, pues, tras probar las mieles de la fruta prohibida, tuvo que pagar las consecuencias. Solo pretendía pasar un buen rato, y no había nada malo en ello, pero, por desgracia, cedió a varias de las pequeñas tentaciones que acechan a las jóvenes hermosas, provocando más daños a otros que a sí misma. Tras aquella noche, la amistad de Fanny se enfrió considerablemente. Tom siguió anhelando que Trix fuera al menos la mitad de buena de lo que era Polly, y el señor Sydney empezó a construir castillos en el aire sin fundamento alguno.

XIII

LOS DÍAS SOLEADOS

—He ganado la apuesta, Tom.

—No sabía que hubiéramos hecho una.

—¿No recuerdas que dijiste que Polly se cansaría de la enseñanza y que lo dejaría al cabo de tres meses y que yo dije que no lo haría?

—Bueno, ¿y no es así?

—En absoluto. En cierto momento lo creí, y cada día esperaba verla llegar con la cara larga y decir que no podía soportarlo más. Pero, no sé bien por qué, últimamente siempre está contenta y feliz, parece disfrutar con su trabajo y no tiene la expresión abatida y preocupada que solía tener. Ya han pasado tres meses, así que págame, Tom.

—Muy bien, ¿qué deseas?

—Podrían ser unos guantes. Siempre necesito unos y papá se pone de mal humor cuando le pido dinero.

Se produjo una pausa mientras Fan reanudaba su práctica de piano y Tom se sumía en profundas reflexiones, sentado a horcajadas en una silla y con la barbilla apoyada sobre los brazos.

—Tengo la impresión de que Polly ya no viene tan a menudo como antes —dijo poco después.

—No, parece ser que está muy ocupada. Creo que tiene nuevas amistades: ancianas, costureras y gente de ese tipo. La echo de menos, pero estoy segura de que se cansará de ser tan bondadosa y regresará a mí dentro de poco.

—No estés tan segura de eso, señorita. —Algo en el tono de Tom hizo que Fan se diera la vuelta y le preguntara:

—¿A qué te refieres?

—Bueno, sospecho que Sydney es una de esas nuevas amistades. ¿No te has dado cuenta de que está inusualmente alegre? ¿No sería esa una buena explicación?

—¡Tonterías!

—Confío en que lo sean —contestó Tom con frialdad.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó Fanny, volviéndose nuevamente para ocultar su rostro.

—Oh, pues porque no hago más que encontrarme con Syd y Polly en los mismos lugares. Ella parece haber encontrado algo

excepcionalmente bueno, y el aspecto de él parece sugerir que toda la creación está adoptando rápidamente el rostro de Polly. Me asombra que no te hayas dado cuenta.

—Lo he hecho.

Ahora fue Tom quien parecía sorprendido, ya que reconoció algo extraño en la voz de Fanny. La observó fijamente durante un minuto, pero solo percibió una oreja sonrosada y una cabeza inclinada. Una sombra nubló su rostro y volvió a apoyar la barbilla sobre las manos al tiempo que emitía un silbido de abatimiento y se decía a sí mismo:

—¡Pobre Fan! Ambos nos encontramos en la misma situación.

—¿No te parece que sería maravilloso? —preguntó Fanny tras fallar uno o dos acordes.

—Sí, para Syd.

—¿Y para Polly no? ¿Por qué? Syd es rico, inteligente y mejor que cualquiera de tus inútiles compañeros. ¿Qué otra cosa puede desear una chica?

—No lo sé, pero no creo que hagan una buena pareja.

—No seas como el perro del hortelano, Tom.

—Agradezco tus intenciones, pero solo tengo un interés fraternal en Polly. Es una chica en mayúsculas y debería casarse con un misionero o con uno de esos reformistas tuyos y convertirse en una especie de luz cegadora. No creo que le gustara mucho llegar a ser una simple dama.

—Yo creo que sí le gustaría, y espero que tenga la oportunidad —dijo Fanny, quien resultaba evidente que debía esforzarse para hablar con cordialidad.

—¡Me alegro, Fan! —Y Tom asintió enfáticamente, como si las palabras de ella significaran más de lo que ella misma sospechaba—. Ahora bien —añadió—, no olvides que yo no sé nada y que solo estaba especulando sobre un posible flirteo entre ambos. Aunque tal vez me equivoque.

—El tiempo lo dirá. —Entonces Fan empezó a cantar, llegó el caballo de Tom y este partió tras darle un inusual golpecito en la cabeza a modo de despedida y decirle cariñosamente:

—Exacto, querida. Anímate. —No era una forma muy elegante de expresar su compasión, pero fue sincera, y Fan se lo agradeció,

aunque solo dijo:

—No te rompas el cuello, Tommy.

En cuanto se hubo marchado, Fan dejó de cantar tan repentinamente como había comenzado y se puso a reflexionar mientras pasaban por su semblante distintas expresiones que reflejaban duda y preocupación.

—¡Bueno, no puedo hacer otra cosa que esperar! —dijo finalmente, cerrando el libro de ejercicios con cierta desesperación—. Sí que puedo —agregó poco después—. Hoy es el día libre de Polly. Puedo ir a verla, y si hay algo de verdad en todo esto, lo descubriré.

Fanny ocultó el rostro entre las manos con un estremecimiento. Entonces se puso en pie, tan pálida y decidida como si fuera al encuentro de un destino funesto, y se encaminó a casa de Polly con toda la rapidez que le permitía su dignidad.

Polly dedicaba las mañanas de los sábados a la limpieza general, y Fan la encontró con un pañuelo atado a la cabeza y un ancho delantal, terminando de recoger la pequeña habitación, la cual estaba tan limpia y fresca como podían conseguirlo un poco de agua, aire y un par de manos.

—Lista para las visitas. Me quitaré el uniforme y Polly la doncella se convertirá en Polly la señora. Te agradezco que hayas venido temprano. Quítate el abrigo. ¿Otro sombrero nuevo? ¡Eres una despilfarradora extravagante! ¿Cómo está tu madre? ¿Y Maud? Hace un día precioso. Saldremos a pasear, ¿verdad?

Cuando Polly terminó de darle la bienvenida, Fan estaba perfectamente acomodada en el sofá, junto a ella, y le sonreía de un modo tan contagioso que Fan no pudo evitarlo y tuvo que corresponderle con una sonrisa.

—He venido a descubrir qué has estado haciendo últimamente. Ya no vienes a visitarme y estaba un poco preocupada por ti —dijo Fanny, mirando los ojos claros frente a ella.

—He estado muy ocupada. Sabía que no querrías que te hablara de mis actividades, ya que no son de tu agrado —respondió Polly.

—Antes las clases no ocupaban todo tu tiempo. Según creo entender, me parece que estás impartiendo tantas clases como las

que recibes, señorita —dijo Fan juguetonamente para ocultar la ansiedad que sentía.

—Así es —respondió Polly con seriedad.

—¿Qué tipo de clases? ¿De amor?

Las mejillas de Polly se sonrojaron al tiempo que empezaba a reír y decía, mirando hacia otro lado:

—No, de amistad y de buenas obras.

—¡Ah, claro! ¿Puedo preguntarte quién es el maestro?

—Tengo más de uno, pero el principal es la señorita Mills.

—Ella enseña buenas obras. ¿Quién te da las clases de amistad?

—¡Unas jóvenes excelentes! Me gustaría presentártelas, Fan. Son tan listas, enérgicas, buenas y felices que siempre es un placer estar con ellas —exclamó Polly con un rostro arrobado de entusiasmo.

—¿Eso es todo? —Y Fan le dirigió una extraña mirada mezcla de decepción y alivio.

—Te he dicho que mis actividades no te interesarían. Comparadas con tus aventuras, parecen sencillas y ridículas. Cambiemos de tema —dijo Polly, ella también aliviada.

—¡Cielos! ¿Qué admirador te envía delicados ramos de violetas a estas horas de la mañana? —preguntó Fanny al descubrir un ramillete violáceo en un precioso jarroncito sobre el piano.

—Me envía uno todas las semanas. Sabe que me gustan mucho. —Y Polly miró las flores con orgullo y placer.

—No sabía que fuera tan devoto —dijo Fanny, inclinándose para oler las flores y, al mismo tiempo, leer la tarjeta que estaba junto a estas.

—Por favor, no te burles. Nunca hablo del cariño que nos profesamos porque la gente suele considerarlo ridículo. Will no es exactamente como Jimmy, pero lo intenta, y solo por eso lo aprecio mucho.

—¿Will? —El tono de Fanny sobresaltó a Polly, pues fue brusco y cortante, y en solo un minuto su rostro pasó de sonrojarse a quedar completamente pálido mientras volcaba el jarroncito del sobresalto.

—Sí, por supuesto. ¿A quién crees que me refería? —preguntó Polly secando el agua antes de que alcanzara el piano.

—No tiene importancia. Pensaba que mantenías un pequeño flirteo con alguien. Me siento responsable porque le dije a tu madre que cuidaría de ti. Las flores son muy bonitas. Me duele tanto la cabeza que esta mañana apenas sé lo que hago.

Fanny habló con precipitación y rio incómodamente mientras volvía al sofá, preguntándose si Polly le habría mentido. Al ver la tarjeta, Polly pareció adivinar lo que estaba pensando su amiga y, dirigiéndose a ella con esta en alto, le dijo con una mirada deliberada:

—¿Pensabas que me las había enviado el señor Sydney? Bueno, pues te equivocas, y la próxima vez que quieras saber algo, haz el favor de preguntármelo directamente. Lo prefiero a hablar de cosas distintas.

—Querida, no te enojas, solo intentaba pasar un buen rato. A Tom se le ha metido en su alocada cabeza que estaba ocurriendo algo interesante y yo le he seguido el juego de forma natural.

—¡Tom! ¿Qué sabrá él de mis asuntos? ¿Qué interés puede tener en ellos? —exigió Polly.

—Os ha visto por la calle con frecuencia y, al estar demasiado sentimental, ha imaginado un romance entre tú y Sydney.

—Agradezco profundamente su interés, pero te aseguro que pierde el tiempo.

El comportamiento subsiguiente de Fan procuró una nueva sorpresa a Polly, pues, al estar profundamente avergonzada, sentir un inmenso alivio y no saber qué decir, se refugió en un histérico mar de lágrimas, consiguiendo que la ira de Polly se transformara inmediatamente en ternura.

¿Es esto lo que ha estado ocultando todo el invierno? Pobrecilla, ojalá lo hubiera sabido antes», se dijo Polly mientras procuraba consolarla con suaves palmaditas, un pañuelo empapado en colonia y comentarios comprensivos sobre su dolor de cabeza, obviando cuidadosamente el otro mal que la afligía: el dolor de corazón.

—Ya me siento mejor. Hace tiempo que necesitaba llorar un poco, me sentará bien. No te preocupes, Polly, estoy nerviosa y cansada. Últimamente he asistido a demasiados bailes y la dispepsia me entristece. —Fanny se secó los ojos y empezó a reír.

—Por supuesto. Debes descansar y recibir cuidados, y voy yo y empiezo a reñirte cuando lo que necesitas es el doble de atención. Ahora dime qué puedo hacer por ti —dijo Polly con semblante arrepentido.

—Háblame, cuéntame lo que has hecho. Tú no parece tener las mismas preocupaciones que el resto de la gente. ¿Cuál es tu secreto, Polly? —Y Fan levantó la cabeza con los ojos húmedos y el semblante melancólico para mirar a Polly, quien seguía vertiendo gotitas de colonia sobre su cabeza.

—Bueno —dijo Polly lentamente—. Siempre intento quedarme con el lado bueno de las cosas; eso ayuda mucho. No sabes cuánta bondad y alegría puede obtenerse de las cosas menos prometedoras si uno sabe cómo aprovecharlas.

—Yo no sé cómo hacerlo —dijo Fan con desánimo.

—Pero puedes aprender. Yo lo he hecho. Antes solía lamentarme y preocuparme y sumirme en la tristeza, pero con todo eso no conseguía nada. Aún me ocurre con más frecuencia de la que debería, pero hago todo lo posible por evitarlo. Y cada vez me resulta más fácil. La señorita Mills dice que si consigues pasar por encima de las dificultades, ya habrás resuelto la mitad del problema.

—Es que todo es tan difícil e irritante —dijo Fanny con petulancia.

—¿Qué problemas tienes que te preocupen tanto? —preguntó Polly con ansiedad.

—Muchísimas cosas —empezó Fan, y entonces se detuvo, pues le avergonzaba admitir que estaba afligida porque no podía disponer de un nuevo abrigo de pieles, ir a París en primavera o conseguir que el señor Sydney la amara. Pensó algo más aceptable que decir y, en tono desesperado, continuó:

—Bueno, mamá no se siente muy bien, Tom y Trix se pasan el día discutiendo, Maud es cada día más insoportable y papá está preocupado por sus negocios.

—Una situación muy lamentable, aunque no desesperada. ¿Puedes ayudar en algo? Eso te iría bien tanto a ti como a los demás.

—No, no se me da bien tratar con la gente, aunque sé lo que debería hacerse.

—Bueno, no llores por eso. Intenta mostrarte dichosa y los demás se animarán al verte alegre.

—Lo mismo que me dice siempre Tom, «Alégrate», pero, querida, ¿cómo puedo hacer eso cuando todo es tan estúpido y agotador?

—¡Si alguna vez hubo una chica que necesitara trabajar, esa eres tú! —exclamó Polly—. Empezaste tan pronto a ser una joven dama que ya estás cansada de todo a los veintidós años. Me gustaría que intentarás hacer algo, de ese modo descubrirías el talento y la energía que hay en ti.

—Conozco a muchas chicas que se sienten como yo, aburridas de los actos sociales, pero que no saben qué más hacer. Me gustaría viajar, pero papá dice que no puede permitirselo, de modo que solo me queda continuar como hasta ahora.

—Pobres chicas ricas, os compadezco tanto. Disponéis de tantas oportunidades y parece ser que no sabéis cómo aprovecharlas. Supongo que, si estuviera en tu lugar, me ocurriría lo mismo, aunque tengo la sensación de que podría llegar a ser muy feliz y hacer algo útil si dispusiera de mucho dinero.

—Ya lo eres sin él. Bueno, no me lamentaré más. Vamos a dar un paseo y no le cuentes a nadie que vine a verte para llorar como una niña.

—¡Nunca! —dijo Polly mientras se calaba el sombrero.

—Tendría que hacer algunas visitas —dijo Fanny—, pero me siento como si no deseara volver a ver a ninguna de mis amigas nunca más. Una sensación extraña, ¿no crees?

—¡Entonces lo mejor será que vengas a conocer a las mías! No son elegantes ni pomposas, sino más bien alegres, extrañas y agradables. Vamos, te encantarán.

—De acuerdo —exclamó Fanny, cuyo ánimo parecía haberse recuperado tras el baño de lágrimas—. Es una anciana muy agradable, ¿verdad? —agregó Fanny al imaginar a la señorita Mills sentada ante una mesa cubierta de telas y cosiendo con una energía que hacía oscilar sus grises tirabuzones.

—Yo la llamo Santa Mehitable. Ahí tienes a una mujer rica que ha sabido cómo conseguir la felicidad con su dinero —dijo Polly mientras se alejaban—. Fue pobre hasta casi los cincuenta años, momento en que heredó una cuantiosa fortuna que supo aprovechar

muy bien. Recibió la casa en la que vive ahora, pero, en lugar de vivir sola, acoge a gente pobre que necesita un hogar limpio y respetable pero que no puede permitírselo. Yo soy una de ellas, y sé valorar lo que hace por mí. Dos viudas ancianas viven en el piso de abajo, varias estudiantes en el de arriba, la pobre señora Kean y su hijo cojo disponen del salón posterior, y Jenny, el dormitorio que hay junto al de la señorita Mills. Cada una paga lo que puede. Nos proporciona independencia y nos hace sentir mejor. Pero la señorita Mills hace muchísimas cosas más que no pueden pagarse con dinero, y sentimos su influencia en toda la casa. Aunque preferiría casarme y tener mi propio hogar, si no lo consigo, no me importaría llegar a ser una anciana dama como la señorita Mills.

El rostro serio y el tono enfático de Polly hicieron reír a Fanny, y ante aquel sonido tan agradable, una jovencita que empujaba un cochecito de bebé se dio la vuelta y sonrió.

—¡Qué ojos más hermosos! —musitó Fanny.

—Sí, esa es la pequeña Jenny —contestó Polly. Y cuando la dejaron atrás con un asentimiento de Polly y un «No te canses, Jenny», añadió—: en nuestra casa nos ayudamos mutuamente, y cada mañana Jenny saca a pasear a Johnny Kean. Así su madre puede descansar un poco, le sienta bien a ambos y se mantiene la cordialidad. Fue idea de la señorita Mills, y Jenny tiene tantas ganas de ayudar a la gente que no le resulta ningún esfuerzo.

—He oído hablar antes de la señorita Mills. Pero pensaba que se aburría soberanamente al tener que estar sentada todo el día haciendo capas y enaguas —dijo Fanny tras reflexionar unos minutos sobre la historia de Jenny, pues al verla, se le hizo más cercana y real.

—Pero no se pasa el día sentada. La gente acude a ella con sus problemas y ella sale de casa para ayudarles en todo lo que puede, desde llevarles una pastilla de jabón o sopa hasta mortajas para los difuntos y consuelo para los vivos. Yo misma la acompaño de vez en cuando, y ver y oír las historias de los pobres es mucho más interesante que cualquier obra teatral.

—¿Cómo puedes soportar las terribles visiones y sonidos, la atmósfera irrespirable y la pobreza imposible de remediar?

—Porque todo no es tan horrible. Hay cosas muy buenas y agradables si uno está dispuesto a verlas. Me reconforta, me demuestra lo afortunada que soy y me mantiene alerta para hacer todo lo que está en mi mano para ayudar a esas pobres almas.

—¡Mi caritativa Polly! —Y Fanny oprimió afectuosamente el brazo de su amiga mientras se preguntaba si era solo aquello lo que había provocado el cambio en Polly.

—Ya conoces a dos de mis nuevas amigas, la señorita Mills y Jenny. Ahora te presentaré a dos más —dijo Polly poco después. Llegaron a una puerta y Polly la condujo por varios tramos de una escalera pública—. Rebecca Jeffrey es una chica espléndida y llena de talento. Se niega a que la llamemos un genio, pero sé que algún día será famosa. Es tan modesta y al mismo tiempo se muestra tan dedicada con su trabajo. Lizzie Small es grabadora y diseña las imágenes más bellas que puedas imaginar. Becky y ella viven juntas y se cuidan mutuamente, como Damón y Pitias. Este estudio es su hogar, trabajan en él, comen, duermen y viven compartiéndolo todo. Están solas en el mundo, pero son tan felices e independientes como pájaros. Son auténticas amigas que no se separan jamás.

—En cuanto se entrometa algún amante creo que su amistad no durará mucho —dijo Fanny.

—No lo creo. Obsérvalas tú misma y cambiarás de opinión —repuso Polly al tiempo que llamaba a una puerta con dos modestas tarjetas adheridas en ella.

—¡Adelante! —dijo una voz, y cuando entraron, Fanny se encontró en una amplia habitación, con un mobiliario muy extraño e iluminada desde arriba, ocupada por dos muchachas. Una se hallaba de pie en un rincón, frente a una gran figura modelada en arcilla. Era alta, de rostro duro, ojos penetrantes, cabellos cortos y rizados y cabeza robusta. A Fanny le llamó poderosamente la atención su rostro y su constitución, aunque el primero no era hermoso y el segundo estaba semioculto por un gran delantal cubierto de arcilla. Sentada frente una mesa, donde la luz incidía con mayor intensidad, se encontraba una joven de aspecto frágil con un rostro pálido, ojos grandes y cabello claro. Una figura menuda, con aire soñador y absorto, que estaba inclinada sobre un bloc, blandiendo sus instrumentos con precisión.

—Becky, Bess, ¿cómo os va? Esta es mi amiga Fanny Shaw. Hemos venido de visita, así que seguid con vuestro trabajo y dejad que las holgazanas como nosotras lo observemos y lo admiremos.

Cuando Polly empezó a hablar, las dos jóvenes levantaron la vista y las saludaron con una sonrisa. Bess le ofreció a Fan el único sillón. Becky estudió a la recién llegada con ojos de artista que parecían verlo todo, y luego ambas continuaron con su trabajo mientras todas empezaban a conversar.

—Te necesito, Polly. Levántate la manga y préstame el brazo mientras estás sentada. Los músculos no me han salido muy bien, y tú tienes lo que me hace falta —dijo Becky, dando palmaditas al rubicundo brazo de la estatua que Fan observaba sobrecogida.

—¿Cómo os va todo? —preguntó Polly mientras se despojaba de la capa y se arremangaba como si fuera a lavarse.

—Lentamente. La idea está bastante clara, y la sigo tan rápido como me permiten mis manos. ¿Crees que la cara está mejor? —dijo Becky, retirando una tela húmeda que cubría la cabeza de la estatua.

—¡Qué hermosa! —exclamó Fanny observándola con creciente respeto.

—¿Qué significa para ti? —preguntó Rebecca volviéndose hacia ella con un repentino brillo en sus ojos.

—Aún no sé si representa a una santa o a una musa, a una diosa o al destino, pero para mí es solo una mujer hermosa, más grande, más atractiva y más imponente que cualquiera que haya visto en mi vida —respondió Fanny lentamente, intentando expresar la impresión que le causaba la estatua.

Rebecca sonrió y Bess se dio la vuelta para asentir con expresión de aprobación, pero fue Polly la que aplaudió y dijo:

—¡Bien hecho, Fan! No pensaba que cogieras la idea tan bien, pero lo has hecho, y me siento orgullosa de tu perspicacia. Ahora te contaré algo, pues Becky me lo permitirá, ya que le has hecho el cumplido de comprender su obra. Hace un tiempo discutimos sobre cómo deberían ser las mujeres, y Becky dijo que nos mostraría su idea de la mujer del futuro. Ahí la tienes y, como tú misma has dicho, más grande, más bonita y más imponente que las que vemos hoy en día, pero, pese a todo, una auténtica mujer. Observa esa frente

despejada, esa boca a un tiempo firme y tierna, como si fuese capaz de decir cosas importantes y sabias y también criar a los hijos y besar a los recién nacidos. No pudimos decidir qué colocarle en las manos como símbolo más apropiado. ¿Qué opinas tú?

—Un cetro. Sería una reina maravillosa —respondió Fanny.

—No, ya estamos cansadas de eso. Desde hace mucho tiempo se llama reinas a las mujeres, pero el reino que se les otorga no es merecedor de su gobierno —respondió Becky.

—No creo que lo sea hoy en día —dijo Fanny con un suspiro resignado.

—Entonces pon una mano de hombre sobre la suya para que la ayude en su camino —dijo Polly, quien había tenido la fortuna de encontrar amigos y colaboradores en padres y hermanos.

—No, mi mujer sabrá defenderse y servirse sola —dijo Rebecca con decisión.

—Será una mujer voluntariosa, ¿verdad? —El labio de Fanny se curvó ligeramente al pronunciar palabras tan poco acostumbradas.

—Sí, voluntariosa, de corazón fuerte, con un alma libre y un cuerpo resistente. Por ese motivo la he hecho más grande que la débil y remilgada mujer de nuestro tiempo. La fuerza y la belleza deben ir juntas. ¿No te parece que estos hombros anchos pueden soportar mucho peso sin doblarse, que estas manos trabajarían bien, que estos ojos verían con claridad y que estos labios podrían decir algo más que cotilleos y simplezas?

Fanny no dijo nada, pero una voz procedente del rincón donde estaba Bess, exclamó:

—Ponle un niño en los brazos, Becky.

—Ni siquiera eso, pues ha de convertirse en algo más que en una simple niñera.

—Dale una urna para votos —gritó una nueva voz, y al volverse, vieron a una mujer de aspecto extraño apoyada en un sofá detrás de ellas.

—Gracias por el consejo, Kate. Lo pondré junto a los otros símbolos a sus pies. Necesitaré una aguja, una pluma, una paleta y una escoba para representar los diversos talentos que posee, y la urna demostrará que se ha ganado el derecho de ejercerlos. ¿Cómo

te va? —Y Rebecca ofreció una mano manchada de arcilla que la recién llegada no dudó en aceptar.

—¡Grandes noticias, chicas! ¡Anna se marcha a Italia! —exclamó Kate, arrojando al aire su sombrero como un estudiante.

—¡Oh, eso es magnífico! ¿Quién la acompaña? ¿Ha heredado una fortuna? Cuéntenoslo todo —preguntaron todas al unísono reuniéndose alrededor de Kate.

—Sí, es realmente magnífico, una de esas cosas hermosas que a todo el mundo le sienta estupendamente, pues es tan generoso y tan merecido. Ya sabéis que Anna deseaba ir, que ha trabajado y porfiado para disponer de una oportunidad y que hasta ahora no lo había conseguido. Pues ahora la señorita Burton la ha invitado para que la acompañe a pasar varios años en Italia. Imaginad las ventajas que obtendrá, lo bien que le sentará y, lo mejor de todo, el modo en que ha visto cumplido su deseo. La señorita Burton la necesita como amiga, no le exige más que su compañía, y, por supuesto, Anna es capaz de hacer cualquier cosa por ella. ¿No os parece espléndido?

Era agradable comprobar cómo se alegraron aquellas jóvenes por la suerte de su amiga. Polly bailó por toda la habitación, Bess y Becky se abrazaron y Kate rio con los ojos inundados de lágrimas. Hasta Fanny se sintió orgullosa y dichosa ante el despliegue de tantas emociones.

—¿Quién es esa señorita? —le susurró a Polly cuando ambas se retiraron a un rincón.

—Kate King, la escritora. ¡Qué torpe he sido, tendría que habértela presentado! King, aquí tienes a una admiradora, Fanny Shaw, y a una amiga muy querida —exclamó Polly, presentando a Fan, quien contempló a la descuidada jovencita con tanto respeto como si estuviera envuelta en terciopelo y armiño, pues Kate había escrito un libro de mucho éxito que en aquellos días resultaba estar muy de moda.

—Ya es hora de comer, chicas. Yo me he traído la mía, ya que es mejor comer en compañía. Hagámoslo juntas y pasemos un rato agradable —dijo Kate sacando una bolsa de naranjas y varios bollos grandes y apetitosos.

—Nosotras tenemos sardinas, galletas y queso —dijo Bess mientras despejaba la mesa precipitadamente.

—Esperad un momento y añadiré algo más —dijo Polly, y cogiendo el abrigo, salió corriendo hacia la tienda más próxima.

—Tal vez se escandalice de nuestra conducta, señorita Shaw, pero puede considerarlo un picnic y no contar jamás las cosas terribles que nos ha visto hacer —dijo Rebecca mientras limpiaba una espátula frotándola en trementina y Kate disponía el festín en varios platos muy extraños y en una o dos bandejas.

—Tomaremos café para terminar. Pon la cafetera, Bess, y hierva la leche —añadió Becky al tiempo que sacaba tazas, copas y un curioso jarroncito.

—Aquí hay nueces, un tarro de mermelada y un poco de pastel. A Fan le gustan los dulces, y deseamos ser elegantes cuando tenemos visitas —dijo Polly al entrar, depositando su parte sobre la mesa.

—Adelante, señoritas, sírvanse lo que deseen. No os preocupéis si no os cabe todo en el plato. Coged las sardinas por la cola y limpiaros los dedos con las servilletas de papel —dijo Kate mostrándoselo con tal deleite que las demás la imitaron encantadas.

Pese a que Fanny había asistido a numerosas comidas elegantes, nunca disfrutó tanto como en aquel picnic en el estudio, pues reinaba en él una libertad tan contagiosa, una atmósfera artística tan envidiable y un espíritu tal de buena voluntad y alegría que no le costó mucho sentirse como en casa. Mientras comían, las otras conversaban y ella escuchaba, y Fanny encontró tan interesante como cualquier historia romántica descubrir los planes y ambiciones, los éxitos y fracasos de aquellas jóvenes. Para ella era un mundo nuevo; parecían pertenecer a una raza distinta de la de las jóvenes que se pasaban el día preocupadas por los vestidos, el chismorreo, los placeres o el ennuí. Pero seguían siendo chicas, llenas de júbilo, divertidas y jóvenes; aunque bajo la aparente despreocupación, cada una de ellas atesoraba un objetivo que ennoblecía su feminidad y las dotaba de poder, de satisfacción duradera, un estímulo diario que las ayudaba a dirigir sus esfuerzos y, con el tiempo, a conseguir el éxito profesional o personal, el cual

compensaría sobradamente la paciencia, las esperanzas y el trabajo de toda una vida.

Fanny se sentía en disposición de apreciar la belleza de todo aquello, ya que la emoción más sincera que había conocido en su vida empezaba a hacer mella en ella y a hacerla sentir poco satisfecha de sí misma y de la vida que llevaba. «Los hombres deberían respetar a mujeres como estas», pensó. «Sí, y también amarlas, pues, a pesar de su independencia, siguen siendo femeninas. Si me resultara tan útil como lo es para ellas, desearía tener un talento al que pudiera dedicar mi vida. Esto es lo que hace que Polly mejore cada día, lo que convierte en tan interesante la unión entre Sydney y ella. El dinero no puede comprar este tipo de cosas, y yo las deseo por encima de todo».

Mientras reflexionaba sobre todo esto, Fanny no se perdía ni uno de los comentarios sobre todo tipo de temas que las chicas trataban con un entusiasmo y una franqueza muy femeninos. Arte, moral, política, sociedad, libros, religión, tareas del hogar, vestidos y economía, pues las mentes y lenguas pasaban de un tema a otro con la rapidez propia de la juventud y parecían atraer la atención incluso de los más torpes y embotados.

—¿Cómo está funcionando el nuevo libro? —preguntó Polly mientras chupaba su naranja en público con una compostura que hubiera escandalizado a las elegantes damas de Cranford.

—Mejor de lo que merece. Hijas mías, cuidaos de la popularidad; es una ilusión y una trampa; hincha el corazón del hombre, y especialmente el de la mujer; ciega los ojos ante los defectos; exalta en exceso los humildes dones de la víctima; suele ser caprichosa y cuando una empieza a disfrutar de su poder embriagador, desaparece repentinamente y te deja boqueando, como un pez fuera del agua. —Y Kate dio énfasis a su discurso ensartando una sardina con la espátula y comiéndosela con un gruñido.

—Supongo que no te hará mucho daño. Has trabajado y esperado mucho tiempo, de modo que una buena dosis te sentará bien —dijo Rebecca, dándole una generosa cucharada de mermelada, como si pretendiera añadir toda la dulzura que pudiera a una vida que no había sido precisamente fácil.

—¿Cuándo disolveréis vuestra sociedad? —preguntó Polly, deseosa de escuchar alguna novedad.

—¡Jamás! George sabe que no puede tener a una sin la otra, y ni siquiera ha sugerido la idea de que nos separemos. En mi casa siempre hay un lugar para Becky, y ella me permite actuar como lo haría ella si estuviera en mi lugar —respondió Bess con una mirada a la que su amiga respondió con una sonrisa.

—Ves, el amante no separará a estas dos amigas —le susurró Polly a Fan—. Bess se casará en primavera y Becky se irá a vivir con ella.

—A propósito, Polly, tengo unas entradas para ti. La gente no deja de mandarme todo tipo de cosas, y como no me interesan mucho, me encanta cedérselas a chicas más jóvenes e impresionables. Becky se ha quedado con las entradas para una exhibición de esculturas. Aquí tengo unas para un concierto; quédatelas tú, mi pequeño músico, y esta es para una serie de conferencias sobre literatura que, naturalmente, me la quedaré para mí.

Mientras Kate distribuía las coloridas tarjetas a sus amigas, Fanny la observó detenidamente, preguntándose si llegaría el tiempo en que las mujeres pudieran ganar algo de dinero y fama sin pagar un precio tan alto por ellos, pues Kate parecía enferma, agotada y envejecida antes de tiempo. A continuación, sus ojos se posaron en la estatua inacabada y dijo impulsivamente:

—Espero que la hagas en mármol y nos muestres cómo debemos ser.

—¡Ojalá pudiera! —Y el rostro de Rebecca se iluminó con un intenso deseo mientras contemplaba su defectuosa obra y visualizaba la perfección del modelo.

Durante un minuto, las cinco jóvenes guardaron silencio mientras contemplaban la hermosa y fuerte figura y anhelaban verla terminada. Sin saberlo, cada una de ellas ayudaba con su esfuerzo individual y su experiencia a hacer realidad el día en que el más noble ideal de mujer se plasmara en carne y hueso y no únicamente en arcilla.

Cuando las campanas de la ciudad dieron la una, Polly dio un respingo.

—Tengo que irme. Le prometí a una vecina que le daría una clase a las dos.

—Pensaba que hoy era tu día libre —dijo Fanny.

—Así es, pero no es más que un pequeño favor que no me causa ningún problema. La niña tiene talento, una gran pasión por la música y necesita ayuda. No puedo darle dinero, pero sí puedo enseñarle. Es la alumna más aventajada que tengo. «Ayudarnos mutuamente» es parte de la religión de nuestra hermandad, Fan.

—Tengo que incluirte en una de mis novelas, Polly. Necesito una heroína y tú eres la indicada —dijo Kate.

—¡Yo! ¡Pero si nunca ha existido una mujer menos romántica que yo! —exclamó Polly, asombrada.

—Ya lo he decidido, así que no puedes hacer nada. Sin embargo, en cuanto a lo de romántica, ya es hora de que tengas un poco en cuenta ese detalle.

—Estoy lista para cuando llegue el momento, pero ya sabes que este tipo de cosas no deben forzarse. —Y Polly se ruborizó y sonrió como si un pellizco de aquello tan agradable ya se hubiera colado en su vida.

A Fanny le hizo gracia comprobar que las jóvenes no se besaron al despedirse, sino que se dieron la mano amigable y tranquilamente, mirándose con una expresión que decía mucho más que las palabras más «efusivas».

—Me gustan mucho tus amigas, Polly. Temí que fueran hombrunas y rudas, o sentimentales y vanidosas. Pero son mujeres sencillas y sensatas, llenas de talento y otras virtudes. Las admiro y respeto, y me gustaría verlas de nuevo, si es posible.

—¡Oh, Fan, cuánto me alegro! Confiaba en que te gustaran, y sabía que te iría muy bien conocerlas. Te llevaré cuando quieras; has superado la prueba mucho mejor de lo que esperaba. Becky me pidió que te trajera de nuevo, y te aseguro que rara vez hace eso con las jóvenes que siguen las modas.

—Quiero mejorar en todo y me parece que tanto tu como ellas podéis mostrarme el camino —dijo Fanny con un significativo temblor en la voz.

—Te mostraremos el lado virtuoso de la pobreza y el trabajo. Según la señorita Mills, esa es la lección más útil que puede

recibirse —respondió Polly, confiando en que Fan aprendiera todo lo que los pobres pueden enseñar a los ricos y lo útiles que pueden ser las amigas.

XIV

CORTADO DE RAÍZ

La tarde de la visita de Fan, Polly se sentó frente al hogar con aire decidido y meditabundo. Se soltó el cabello, se arremangó la falda, puso los pies sobre la rejilla y colocó a Puttel sobre su regazo. Todo aquello significaba que debía reflexionar y decidir algo muy importante. Aunque Polly no solía compartir sus soliloquios, como hacen las heroínas de las obras de teatro o de las novelas, la conversación que mantuvo consigo misma se desarrolló más o menos del siguiente modo:

—Me temo que hay algo de verdad en el asunto. He intentado atribuirlo a la vanidad o a la imaginación, pero no puedo evitar reconocer una diferencia y sentir que no debería fingir que no la hay. Sé que lo correcto es cerrar los ojos y dejar que las cosas tomen su curso, sin importar el mal que se cause. Pero no creo que sea eso lo que hemos hecho, y me parece mucho más honesto demostrar a un hombre que no lo amamos antes de que pierda completamente el

corazón. Las chicas se rieron de mí cuando dije eso, y declararon que sería muy impropio hacer tal cosa, pero he observado que ellas no vacilan en despreciar a los «partidos inelegibles», como llaman a los hombres pobres, muy jóvenes o poco populares. De acuerdo, pero cuando se presenta una persona agradable, parte de la diversión consiste en dejarle llegar hasta el final, les guste a las chicas o no. Cuantas más proposiciones, mayor reconocimiento. Fan dice que Trix siempre pregunta tras una excursión de verano: ¿Cuántos pajarillos has atrapado? Como si los hombres fueran perdices. Qué criaturas más desalmadas somos, por lo menos algunas de nosotras. Me pregunto por qué tendremos tanta afición a la conquista. Madre dice que gran parte de ello se debe a la mala educación que se imparte actualmente, pero algunas jóvenes parecen haber nacido con el objetivo expreso de crear problemas, y lo conseguirían si vivieran en un estado total de salvajismo. Me temo que yo también tengo algo de eso, y si tuviera la oportunidad, sería tan mala como las demás. Lo he probado y me ha gustado. Tal vez sea una de las consecuencias de la diversión de aquella noche.

Al llegar a este punto, Polly se recostó en el sofá y contempló el pequeño espejo sobre la chimenea, el cual estaba colocado para reflejar los rostros de los que se sentaban frente al fuego. En él, Polly vio un par de ojos reveladores observando desde una maraña de cabellos castaños, unas mejillas que se sonrojaban y formaban hoyuelos súbitamente al tiempo que una fresca boca sonreía con una expresión de poder deliberado, medio orgullosa, medio avergonzada, y tan hermosa de contemplar como el gesto coqueto con el que se apartó los rizos con una mano nívea. Contempló la agradable imagen por un instante mientras transitaban por su mente visiones de romances y triunfos amorosos. Entonces se cubrió el rostro con su cabello y colocó la silla fuera del alcance del espejo, y con una curiosa mezcla de reproche y aprobación en su voz, se dijo a sí misma:

—¡Oh, Puttel, Puttel, que estúpida soy!

Puss pareció dar su aprobación a aquel sentimiento con un maullido grave y un grácil movimiento de su cola, y Polly regresó al tema que la ocupaba antes de que aquellas insignificantes vanidades la interrumpieran.

—Supongamos que es verdad, que me pide la mano y ¡le digo que sí! ¡Qué revuelo provocaría, y qué gracioso sería ver las caras de las chicas cuando se enteraran! Todas ellas lo consideran un buen partido porque es muy difícil de complacer, y cualquiera de ellas se sentiría inmensamente halagada si él se mostrara interesado, independientemente de si aceptaran o no su proposición. Hace años que Trix aspira a conquistarlo, pero él no puede soportarla, ¡lo que me alegra muchísimo! Qué mala soy. Bueno, no puedo evitarlo, ¡ella me resulta tan exasperante! —Y Polly retorció de tal manera la oreja del gato que Puttel saltó de su regazo lleno de indignación.

—¡No está bien que piense en ella, y no lo haré! —se dijo la joven, apretando los labios con firmeza en un gesto muy poco favorecedor—. ¡Qué vida más tranquila tendría! Montones de dinero, muchísimos amigos, toda clase de diversiones y nada de trabajo, ni pobreza, ni hombros cansados o botas remendadas. Podría hacer tantas cosas desde casa... ¡Cómo me gustaría! —Y Polly dejó que su mente soñara con el lujoso futuro que le ofrecía su fantasía. Era una perspectiva muy agradable, pero algo parecía no encajar, pues al poco rato suspiró y sacudió la cabeza, pensando con amargura—: ¡Ah, pero no le amo, y temo que nunca podré hacerlo como debería! Es muy bueno, generoso y culto, y sé que sería muy bueno conmigo, pero de algún modo no puedo imaginarme pasando el resto de mi vida junto él. Tengo tanto miedo de cansarme de él, y entonces ¿qué haría? Polly Sydney no suena bien, y señora de Arthur Sydney no parece encajar conmigo. Me pregunto cómo me sentiría al llamarle Arthur. —Polly dijo aquello en voz muy baja mientras miraba por encima de su hombro para asegurarse de que nadie la oía—. Es un nombre muy bonito, pero demasiado elegante, y no me atrevería a llamarlo «Syd», como hace su hermana. Me gustan los nombres cortos, sencillos, hogareños, como Will, Ned o Tom. ¡No, no, nunca podré quererle y es inútil que lo intente! —Polly profirió aquella exclamación como si una súbita complicación la hubiera inmovilizado y, apoyando la cabeza sobre las rodillas, se quedó sentada sin mover un solo músculo durante varios minutos.

Cuando levantó la cabeza, su rostro mostraba una expresión que nadie había visto jamás: una mezcla de dolor y resignación, como si

acabara de perder algo, dejando tras de sí la amargura del remordimiento.

—No volveré a pensar en mí misma ni trataré de remediar un error con otro —dijo con un profundo suspiro—. Haré lo que pueda por Fan y no me interpondré entre ella y sus posibilidades de obtener la felicidad. Veamos, ¿cómo podría empezar? No volveré a pasear con él. Le esquivaré y daré rodeos para que jamás coincidamos. Nunca creí mucho en la extraña coincidencia de que siempre se encaminase a casa a cenar cuando yo me dirijo a casa de los Roth para dar mi clase. El caso es que me gusta encontrarme con él, me alegra que nos vean juntos, y debo decir que me doy aires como una tonta vanidosa. De acuerdo, no lo haré más, y con eso le ahorraré a Fan una de sus preocupaciones. Pobrecilla, cómo debo de haberla afligido todo este tiempo sin darme cuenta. No ha sido tan amable como solía serlo, pero cuando se ponía desagradable, lo atribuía a la dispepsia. ¡Ay de mí! Ojalá el otro problema pudiera arreglarse tan fácilmente como este.

En aquel momento, Puss mostró un afable deseo de perdonar y olvidar, y Polly volvió a colocárselo sobre el regazo mientras decía en voz alta:

—Puttel, cuando tu dueña abuse de ti, piensa que se debe a su dispepsia y no le guardes rencor, pues es una enfermedad muy molesta, querido.

Y regresando a sus meditaciones:

—Si no entiende la insinuación, se lo diré claramente. No dejaré que las cosas se compliquen, aunque no puedo negar que me siento tentada por mi espantosa vanidad a intentar «cazar al pájaro», solo por la emoción y el mérito que acarrea. ¡Polly, me avergüenzo de ti! ¿Qué pensaría tu santa madre si oyera expresiones como esa? Le escribiré y le contaré todas mis aflicciones, aunque no le hará ningún bien y solo serviría para preocuparla. No tengo derecho a contarle los secretos de Fan, y me da vergüenza contarle los míos. No, dejaré a mamá al margen y me enfrentaré a esto sola. Creo que Fan sería la mujer ideal para él. La conoce desde hace mucho tiempo y tiene sobre ella una buena influencia. El amor le ayudaría a encontrar su camino. Sería una lástima que perdiera su oportunidad solo porque él me tiene en gran

estima. Imagino que Fan me detestará, pero le demostraré que no debe hacerlo y que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla, pues ella siempre ha sido buena conmigo y eso es algo que jamás podré olvidar. Es una peligrosa y delicada tarea, pero creo que podré llevarla a cabo. Al menos lo intentaré, y así no tendré que reprocharme nada si las cosas toman otro «cariz».

Lo que Polly pensó mientras se recostaba en el sillón, con los ojos cerrados y una expresión triste en el rostro, no es asunto nuestro, aunque podríamos sentir la tentación de saber por qué de vez en cuando una lágrima se acumulaba bajo sus párpados y rodaba hasta el pelaje gris de Puttel. ¿Era debido al arrepentimiento por una conquista a la que había renunciado? ¿O por la compasión que sentía por una amiga? ¿O más bien por el incontrolable flujo de sentimientos al leer un pasaje triste o tierno del pequeño romance que atesoraba oculto en su propio corazón?

El lunes, Polly inició la «peligrosa y delicada tarea». En lugar de ir a visitar a sus alumnos por el parque y las agradables calles adyacentes, tomó otro camino por las menos transitadas, escapando de ese modo del señor Sydney, quien, como de costumbre, se dirigió a su casa a cenar muy temprano aquel día y se mostró muy decepcionado al no ver por ninguna parte el rostro brillante tocado con el modesto sombrero. Polly continuó haciendo lo mismo durante toda una semana, y evitando cuidadosamente ir a casa de los Shaw durante las horas de visita, consiguió no ver al señor Sydney, quien, por supuesto, no iba a visitarla a casa de la señorita Mills. Aquella semana, Minnie no se encontraba muy bien y Polly no le dio la clase, de modo que el tío Syd se vio privado de su última esperanza y su aspecto revelaba el fin de su ración diaria de alegría.

Ahora bien, puesto que Polly era indudablemente una criatura perfecta, me siento libre de confesar que la vieja tentación la asaltó más de una vez aquella semana. Cuando desapareció la emoción pasajera de la reforma, empezó a echar de menos las pequeñas conversaciones que solían aportar un poco de romance a su aburrida jornada de trabajo. Le gustaba mucho el señor Sydney, pues siempre se había mostrado bondadoso y atento con ella y la había tratado con una cortesía que a las jóvenes les cuesta olvidar.

No creo que fuera su riqueza, logros o posición lo que más atraía a Polly, aunque es indudable que todo eso ejercía una influencia mayor de lo que ella misma sospechaba. Era aquello indescriptible que las mujeres reconocen rápidamente en los hombres que han sido criados por madres sabias y bondadosas. Aquello resultaba especialmente atractivo para Polly, pues no tardó mucho en darse cuenta de que no mostraba a todo el mundo aquel aspecto de su carácter. Con la mayoría de las chicas se comportaba como el resto de los jóvenes, salvo, tal vez, por una suerte de gracia en el comportamiento que para él era algo natural, como también lo era el respeto que sentía hacia las mujeres. Sin embargo, con Fanny y Polly mostraba sus rasgos y virtudes más hogareños, los cuales son mucho más atractivos para las mujeres que el frío intelecto o la sabiduría mundana.

Polly le había visto muchas veces durante sus visitas a casa de los Shaw, donde era considerado un amigo íntimo debido a las relaciones entre la señora y su madre, pero Polly nunca lo había considerado un posible pretendiente de Fanny ni de sí misma porque era seis u ocho años mayor que ellas y, de vez en cuando, seguía ejerciendo el papel de mentor venerable, como había hecho años atrás. Últimamente, aquello había cambiado, sobre todo con respecto a Polly, y a esta le halagaba más de lo que estaba dispuesta a admitir. Ella sabía que admiraba su talento musical, respetaba su independencia y gozaba de su compañía, pero cuando algo más cálido y halagador que la admiración, el respeto o el placer se dejó notar en su actitud, Polly no pudo evitar reconocer que uno de los mejores aspectos de aquella vida se ponía cada vez más cerca de su alcance, y empezó a preguntarse si podía recibir con honestidad el regalo y recompensar al mensajero.

Al principio se convenció de que podía, pero, desgraciadamente, los corazones son tan «rebeldes» que no suelen obedecer siempre a la razón, la voluntad o la gratitud. Polly sentía una cordial amistad hacia el señor Sydney, pero no podía brindarle ni una partícula de amor, la única moneda con la cual se puede corresponder a este sentimiento. Entonces se convenció de que debía aceptar aquel golpe de buena suerte por el bien de su familia y olvidarse de sus prioridades. Sin embargo, aquella idea falsa de autosacrificio no la

satisfizo, pues no era una chica moderna adiestrada para creer que su función principal en la vida era conseguir un «buen partido» sin pensar en las consecuencias, por mucho que aquello la condenara a la miseria para el resto de su vida. El credo de Polly era muy sencillo: «Si no le amo, no debo casarme con él, especialmente cuando amo a otra persona, pese a que todo está en mi contra». Si hubiese leído tantas novelas francesas como el resto de las jóvenes de su época, puede que hubiera considerado interesante casarse en aquellas circunstancias y sufrir una angustia en secreto para convertirse en una víctima romántica. Pero la educación de Polly había sido bastante informal, y tras un periodo de indecisión completamente natural, hizo lo que la mayoría de las mujeres hacen en tales casos: «esperar y ver».

El descubrimiento del secreto de Fanny pareció brindarle algo que hacer, pues si la decisión de «esperar y ver» causaba la desdicha de su amiga, debía cambiarla lo antes posible. Aquello puso fin a la indecisión de Polly, y después de aquella noche, nunca más se permitió recrearse en la dulce tentación que llegaba disfrazada de un modo especialmente atractivo para una joven con algo de la antigua Eva en su forma de ser. Así pues, día tras día, recorrió las calles menos concurridas, echando de menos el soleado parque, el semblante que siempre se iluminaba con su presencia y, sobre todo, la posibilidad de encontrarse con él... bueno, ella no era como Trix.

Cuando llegó el sábado, Polly salió de casa, como de costumbre, para visitar a Beck y Bess, pero no pudo resistir la tentación de detenerse en casa de los Shaw para dejar un paquetito para Fan, pese a que era la hora de las visitas. Al entrar con la intención de subir para hablar con su amiga, si es que esta se encontraba sola, se detuvo al vislumbrar dos sombreros sobre la mesa.

—¿Quién ha venido, Katy?

—Solo el señor Sydney y el señor Tom. ¿Se quedará un momento, señorita Polly?

—Esta mañana no. Tengo mucha prisa. —Y Polly se alejó apresuradamente como si una docena de alumnos reclamaran su presencia. No obstante, cuando la puerta se cerró tras ella, se sintió tan sola que los ojos se le llenaron de lágrimas, y cuando Nep, el gran Labrador de Tom, se acercó a ella meneando la cola, se detuvo

y abrazó su peluda cabeza, diciéndole suavemente mientras miraba sus marrones y bondadosos ojos, llenos de una compasión casi humana:

—Vamos, entra en casa, no debes seguirme. Oh, Nep, es tan difícil renunciar al amor cuando lo deseas tanto pero no puedes alcanzarlo.

Un comentario bastante peculiar para dirigir a un perro, pero debéis comprender que Polly era solo una chica de corazón dulce que intentaba hacer lo correcto.

—Puesto que está con Fanny, puedo caminar por donde me plazca. Hace un día precioso, y todos los niños deben de estar paseando. Siempre me sienta muy bien contemplarlos —pensó Polly mientras avanzaba por la soleada calle por la que los habitantes del West End solían pasear a aquella hora.

Los niños estaban disfrutando del día, tan alegres, delicados y dulces como campanillas de invierno, jacintos y narcisos en las riberas en cuanto se ha derretido la nieve. No obstante, en aquella ocasión no le hicieron a Polly tanto bien como esperaba, pese a que le sonrieron desde sus cochecitos al pasar y ella besó sus regordetas manitas, pues Polly tenía un rostro que los niños adoraban. Una criaturita envuelta en felpa azul lanzaba miradas desesperadas a un pequeño caballero de la creación que se alejaba con una belleza vestida de blanco mientras un segundo señorito con unos preciosos pantaloncitos violetas intentaba consolar a la damisela abandonada.

—Coge de la mano al señorito Charly, Mamie, y camina como es debido, como hacen Willy y Flossy —dijo la sirvienta.

—No, no, quedo id con Willy, pedo no me deja. Aléjate, Tarley, no me gustas —gritó la pequeña del sombrero azul, arrojando al suelo el manguito de armiño y sonándose la nariz en un pañuelo microscópico, el borde ribeteado del cual no pudo mitigar su aflicción como hubiera hecho el de una víctima de mayor edad.

—Willy quiere mucho a Flossy, así que deja de llorar y ven aquí, niña mala.

Al tiempo que la pequeña Dido era arrastrada por la indiferente sirvienta, y Pantalones Violetas trataba en vano de suplicar por su causa, Polly se dijo a sí misma con una sonrisa y un suspiro:

—¡A qué edad más temprana empieza la vieja historia!

Parecía como si la primavera hubiere hecho revivir toda clase de cosas conmovedoras, aparte de la hierba fresca y de los primeros dientes de león, pues, a medida que avanzaba por la calle, Polly presenció diferentes fases de la dulce y vieja historia que deseaba olvidar.

En una esquina, un colegial de ojos negros se despedía de una chica de rostro sonrosado a la que estaba a punto de rendirse irremisiblemente.

—No lo olvides —dijo él, mirándole con timidez a los brillantes ojos de ella, los cuales bailaron alegremente mientras se sonrojaba, sonreía y le contestaba:

—¡Por supuesto que no!

—Ese pequeño romance por ahora marcha como la seda. Espero que continúe así hasta el final —se dijo Polly efusivamente mientras observaba al chico alejarse, silbando tan alegremente como si sus dichas emociones debieran hallar un respiradero o poner en peligro los botones de su chaqueta mientras la chica daba brincos frente a la puerta de su casa como si practicara la danza que había prometido no olvidar.

Un poco más adelante, Polly se cruzó con una pareja de jóvenes recién comprometidos a quienes conocía, cogidos del brazo por primera vez, ambos con aquella mirada deliberadamente orgullosa que resulta tan agradable de contemplar en los semblantes de aquellos seres temporalmente glorificados.

—¡Qué felices parecen! —se dijo Polly, y siguió su camino, preguntándose si alguna vez le llegaría su turno y temiendo que no fuera posible.

Le resultó muy agradable la imagen de una señora con aspecto de madre que entraba en un portal y era recibida por un grupo de niños que se arrojaron sobre ella y sus paquetes con gritos de júbilo, y cuando, un minuto después, se cruzó con una pareja de ancianos que caminaban plácidamente a la luz del sol, aún se sintió mejor. Se alegró de presenciar un final feliz para la historia de amor que había empezado a leer al principio de la calle.

Como si un dios travieso deseara complicarle las cosas, o quizá darle otra oportunidad, en ese preciso instante apareció a su lado el

señor Sydney. Polly nunca entendió cómo llegó hasta ella, pero allí estaba, sonrojado y casi sin aliento, aunque demostrando tanta alegría de verla que ella no tuvo el valor de mostrarse estirada o fría, como había sido su intención en cuanto se encontraron.

—Hace calor, ¿verdad? —dijo él tras darle la mano y ponerse a caminar a su lado, como indicaba el viejo estilo.

—Para ti parece que mucha. —Y Polly se echó a reír con los ojos súbitamente iluminados. En verdad, no pudo evitarlo, pues le resultaba muy agradable verle otra vez justo cuando se sentía tan sola.

—¿Has dejado de dar clases a los Roth? —preguntó Sydney, cambiando de tema.

—No.

—¿Vas como de costumbre?

—Sí.

—Bueno, entonces no entiendo cómo llegas hasta allí todos los días.

—Y yo tampoco entiendo cómo te has presentado aquí tan súbitamente.

—Te he visto desde la ventana de los Shaw y me he tomado la libertad de seguirte por la calle de atrás —dijo él riendo.

—Por ahí es donde voy a casa de los Roth —respondió Polly. No pensaba confesarlo, pero su franqueza era tan entrañable que se olvidó de su propósito.

—El recorrido no es tan agradable ni tan corto como el que cruza el parque.

—Lo sé, pero a veces la gente se cansa de las viejas cosas y prueba otras nuevas.

Polly no dijo aquello con total naturalidad, y Sydney la miró con recelo antes de preguntar:

—¿También le cansan los viejos amigos, señorita Polly?

—No es lo habitual, pero... —Y no se atrevió a continuar por temor a mostrarse desagradecida o poco bondadosa. Deseó que no se diera por aludido con la insinuación que le había preparado.

Se produjo una breve pausa que Polly rompió diciendo con cierta brusquedad:

—¿Cómo está Fan?

—Tan elegante como siempre. Te diré algo, estoy un poco decepcionado con ella, pues no parece mejorar con los años —dijo Sydney, como si aceptara la interrupción y la agradeciera.

—Ah, pero tú nunca la has visto en sus mejores momentos. Se da esos aires delante de la gente para ocultar su verdadera personalidad. Pero yo la conozco bien y te aseguro que ha mejorado. Intentó corregir sus defectos, aunque nunca lo confesará, y te sorprenderá un día de estos demostrándote el gran corazón y la sensatez que posee.

Polly hablaba ahora con sinceridad, y Sydney la miró como si la defensora de Fanny le atrajera más que la defensa que se hacía de ella.

—Me alegro de oír eso y aceptaré tu palabra. Todos te muestran su lado bueno, por eso el mundo te resulta un lugar agradable.

—¡Oh, no creas! A menudo, me parece un lugar duro y triste, y suelo quejarme por mis penas como un cuervo malhumorado.

—¿Cómo podría aliviar sus penas?

La voz que formuló esa pregunta fue tan bondadosa que Polly no se atrevió a levantar la vista, pues sabía perfectamente lo que decían sus ojos.

—Nada, gracias. No tengo más penas que las que merezco, según creo, y corremos el riesgo de cometer errores cuando queremos esquivar las dificultades.

—O a la gente —añadió Sydney en un tono que hizo que Polly se sonrojara completamente.

—Qué hermoso está el parque —dijo ella, confundida.

—Sí, es el paseo más agradable que tenemos, ¿no piensas lo mismo? —preguntó el astuto joven, tendiendo una trampa en la que Polly no tardó en caer.

—¡Por supuesto! Siempre me anima ver un poco de campo, especialmente en esta época del año.

¡Oh, Polly, Polly, qué comentario más estúpido cuando ya has admitido que estabas cansada del parque! Como Sydney no era tonto ni engreído, sumó dos más dos, tomando en consideración otros detalles, y llegó a la conclusión de que Polly había oído las mismas habladuras que él, aquellas que relacionaban sus nombres, y que la joven no se sentía a gusto y que esa era la forma de

demostrárselo. Entendía las indirectas mejor de lo que ella pensaba, y como era una persona orgullosa y generosa, resolvió aclarar el asunto de una vez, tanto por Polly como por sí mismo. De modo que cuando ella hizo el comentario, le contestó tranquilamente, observando el rostro de la joven con gran atención:

—Ya me parecía. Bien, estaré fuera de la ciudad varias semanas por un tema de negocios, de modo que podrás disfrutar «del campo» sin que nadie te moleste.

—¿Me moleste? ¡Oh, no! —exclamó Polly con gran seriedad. Entonces se detuvo; no sabía cómo continuar.

Polly creía poseer cierta coquetería, y estoy convencida de que con algo de práctica y tiempo se hubiera convertido en una persona muy peligrosa. No obstante, en aquel momento su naturaleza era demasiado sincera y directa como para contar una mentira piadosa adecuadamente. Aunque Sydney lo sabía, y aún le gustaba más por ello, aprovechó la oportunidad para preguntarle sin miramientos:

—Sinceramente, ¿no preferirías pasear como antes y divertirme mucho más si no estuviera aquí para dar pie a los comentarios malintencionados?

—Sí —dijo Polly sin poder evitarlo y lamentando inmediatamente no haberse mordido la lengua para evitar mostrarse tan brusca. Estaba a punto de producirse otra ominosa pausa, pero justo en ese momento pasó un jinete que los saludó con una sonrisa en el rostro.

—¡Oh, ahí está Tom! —exclamó Polly con un tono y una mirada que silenciaron los labios de Sydney y le hicieron tender la mano con un semblante que agitó el corazón de Polly y la hizo sentir culpable durante un buen rato, aunque Tom se limitó a decir:

—Adiós, Polly.

Tom desapareció antes de que ella pudiera hacer otra cosa que mirarlo compungida, y luego Polly siguió caminando con la impresión de que el primero y, quizá el único, pretendiente que tendría en su vida acababa de aceptar su negativa en silencio. No sabía que más podría haber interpretado, y se consoló pensando que no estaba muy interesado en ella, pues había aceptado el primer desaire sin muchos aspavientos.

Polly no volvió a caminar por su paseo favorito hasta que se enteró por Minnie que «Tío Syd» se había marchado de la ciudad, y después descubrió que su amistosa compañía y conversación era lo que convertía en tan agradable el paseo. Suspiró por la perversidad de las cosas en general y protestó ligeramente por sus aflicciones particulares, pero en líneas generales se sobrepuso a la pérdida mucho mejor de lo que esperaba, pues poco después tuvo pesares ajenos de los que ocuparse y tales tareas le sientan mejor al cuerpo que las lágrimas de arrepentimiento o las horas de lamentación sentimental.

No quiso ver a Fanny en uno o dos días, pero no ganó nada con ello, pues la joven, al enterarse de la súbita partida de Sydney, no descansó tranquila hasta descubrir la causa. Una tarde fue a visitar a Polly, en aquella hora del día en que las sombras parecen más propicias para las confidencias.

—¿Qué has estado haciendo últimamente? —preguntó Fanny al sentarse de espaldas a la luz cada vez más escasa.

—Caminar de un lado a otro, como es mi costumbre. ¿Qué noticias traes? —repuso Polly sabiendo que algo se avecinaba y dispuesta a terminar cuanto antes con el asunto.

—Nada en especial. Trix trata muy mal a Tom y él lo aguanta como un corderito. Le dije que no se preocupara si debía romper el compromiso, pero no quiere hacerlo porque una vez lo dejaron plantado y cree que es algo que no debe hacerse.

—Tal vez lo deje ella.

—No dudo que lo hará si se le presenta algo mejor. Pero Trix está algo passee y no me extrañaría que le obligara a cumplir su palabra, aunque solo sea por perversidad.

—¡Pobre Tom, menudo destino! —dijo Polly con lo que pretendía ser un gruñido cómico pero que acabó sonando tan trágico que comprendió que parecía demasiado exagerado y se apresuró a ocultarlo diciendo con una sonrisa—: Si consideras a Trix passee a los veintitrés, ¿qué dirás de nosotras a los veinticinco?

—Completamente pasadas y abandonadas en un estante. Ya me siento de ese modo, pues no recibo ni la mitad de la atención que recibía antes, y la otra noche oí a Maud y Grace preguntándose por qué esas viejas «no se quedan en casa y nos dejan el campo libre».

—¿Cómo está Maudie?

—Muy bien, aunque me preocupan un poco sus extrañas ideas y gustos. Le gusta ir a la cocina a desordenarlo todo, no le gusta estudiar y dijo delante de los Vincent que sería muy divertido ser una pordiosera y recorrer las calles con una cesta solo para ver qué conseguía.

—Minnie dijo el otro día que le gustaría ser una paloma para chapotear en los charcos y no tener que ponerse zapatos de goma.

—Por cierto, ¿cuándo regresa su tío? —preguntó Fanny, quien no podía esperar más y aprovechó la oportunidad que le brindaba Polly.

—No lo sé.

—Y supongo que tampoco te importa. No tienes corazón.

—¿A qué te refieres, Fan?

—No soy ciega, querida, y Tom tampoco. Cuando un joven interrumpe de pronto una visita para correr tras una chica, y después le ven acariciándole la mano en un rincón solitario del parque, y luego se va de viaje súbitamente, nosotros sí entendemos lo que tú no entiendes.

—¿A quién se le ocurrió esa brillante idea, si puede saberse? —preguntó Polly cuando Fanny se detuvo para tomar aliento.

—No te pongas así, Polly. Solo dime una cosa, querida, ¿se declaró?

—No.

—¿No te parece que piensa hacerlo?

—No creo que jamás me diga nada.

—¡Bueno, pues menuda sorpresa! —Y Fanny exhaló un profundo suspiro, como si se hubiera deshecho de una pesada carga.

Entonces añadió en un tono muy distinto—: ¿Le amas, Polly?

—No.

—¿De verdad?

—De verdad, Fan.

Durante un minuto ninguna de las dos dijo nada, pero el corazón de una de ellas latía alegremente mientras la penumbra ocultaba la dicha reflejada en su semblante.

—¿No crees que siente algo por ti? —preguntó Fanny poco después—. No quiero parecer entrometida, pero creo que es así.

—Eso no puedo decirlo yo, pero de ser así, es solo un capricho pasajero y pronto se le pasará.

—Cuéntamelo todo. Estoy muy interesada y sé que ha ocurrido algo. Lo noto en tu voz, pues no puedo verte la cara.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos una vez tras leer una historia de la señorita Edgeworth sobre no permitir que el pretendiente se declare si una no corresponde a sus sentimientos?

—Sí.

—Las chicas pensabais que no estaba bien, y yo os dije que era lo más honesto. Pues bien, siempre quise ponerlo en práctica si se presentaba la oportunidad y ya lo he hecho. No digo que el señor Sydney me ame, pues nunca me lo ha dicho, y ahora ya no lo hará jamás, pero creo que me tenía en gran estima y que podría haber ido a más si no le dejaba claro que todo era inútil.

—¿Y así lo hiciste? —exclamó Fanny, excitada.

—Le hice una insinuación y la comprendió. Ya había decidido marcharse, de modo que no pienses que le rompí el corazón ni hagas caso a las malas lenguas. No me gustaba que nos viéramos tanto y se lo di a entender tomando otro camino. Él lo entendió y, como es un caballero, no puso ningún reparo. Seguramente creyó que soy vanidosa y debió de reírse de mis cavilaciones, como Churchill en Helen.

—No, creo que debió apreciarlo y que te respeta más por ello. Pero, Polly, habría sido un compromiso muy conveniente para ti.

—No podría venderme por una posición social.

—¡Cielos! ¡Menuda idea!

—Pues ese es el término más adecuado para la mitad de vuestras espléndidas bodas. Ya sabes que soy «rara» y que prefiero ser una solterona independiente y dedicar el resto de mi vida a enseñar música.

—Ah, pero no será así. Polly, has nacido para formar un hogar dichoso y espero que lo consigas, querida —dijo Fanny afectuosamente, agradeciendo que Polly no sacara a relucir inmediatamente su secreto.

—Espero que así sea, aunque lo dudo —respondió Polly en un tono que hizo preguntarse a Fanny si ella también sufriría penas del corazón.

—Algo te preocupa, Polly, ¿qué es? Confía en mí como yo confío en ti —le pidió Fanny con ternura, pues toda la frialdad que había intentado mostrar ante Polly se había derretido con el súbito rayo de sol que significaba su presencia.

—¿Siempre confías en mí? —preguntó su amiga, inclinándose hacia ella con el deseo irresistible de recuperar el cariño y la confianza de antaño, ambos demasiado valiosos para ser sacrificados en nombre de una breve aventura para conseguir «enjaular al pájaro», como diría Trix con gran elegancia. Fanny lo comprendió y, arrojándose a los brazos de Polly, rompió a llorar llena de agradecimiento:

—¡Oh, querida, querida! ¿Lo hiciste por mí?

Y Polly la retuvo en sus brazos, diciendo con su voz más tierna:

Si puedo evitarlo, nunca permitiré que un pretendiente nos separe.

XV

COMPLICACIONES A LA VISTA

Al llegar una tarde a casa de los Shaw, Polly encontró a Maud sentada en las escaleras con expresión atribulada.

—¡Oh, Polly, me alegro tanto de que hayas venido! —exclamó la niña echándose a sus brazos.

—¿Qué ocurre, querida?

—No lo sé. Debe de haber ocurrido algo espantoso porque mamá y Fan están llorando en el piso de arriba, papá está encerrado en la biblioteca y Tom se pasea por el comedor como un oso.

—Supongo que no será nada grave. Tal vez mamá se sienta peor que de costumbre, o papá esté preocupado por sus negocios, o Tom se haya metido en un nuevo enredo. No te preocupes, Maud. Ven a la salita y te enseñaré lo que he traído —dijo Polly, sospechando que ocurría algo grave pero tratando de animar a la niña, pues su pequeño rostro estaba dominado por una triste ansiedad que oprimía el corazón de Polly.

—No creo que pueda interesarme por nada hasta saber qué ocurre —respondió Maud—. Estoy segura de que es algo horrible, pues al llegar papá, subió al cuarto de mamá y estuvo hablando mucho rato y mamá lloró amargamente, y cuando intenté entrar, Fan, quien parecía asustada y rara, no me lo permitió. Quise ver a papá cuando bajó pero tenía la puerta cerrada y me dijo: «Ahora no, pequeña». Entonces me senté aquí a esperar y Tom llegó a casa. Pero cuando corrí a decírselo, me contestó: «Vete y no molestes», y me cogió por los hombros y me apartó a un lado. ¡Oh, querida! Todo es tan extraño y horrible, no sé qué hacer.

Maud empezó a llorar, y Polly se sentó en las escaleras, a su lado, para intentar consolarla, mientras sus propios pensamientos caían presa de un vago temor. De pronto se abrió la puerta del comedor y Tom asomó la cabeza. Una sola mirada le bastó a Polly para comprender que ocurría algo realmente serio, pues el porte y la elegancia que normalmente distinguían al joven habían desaparecido. Tenía la corbata sobre el hombro, el pelo revuelto, el preciado bigote abandonado y en su rostro se reflejaba una expresión de alarma, vergüenza y preocupación. Incluso su voz revelaba la alteración, pues, en lugar de la afable bienvenida que siempre le regalaba a la joven, parecía haber recuperado el tono inseguro de sus años de juventud cuando le dijo:

—Hola, Polly.

—¿Cómo estás? —respondió Polly.

—En un enredo de los buenos, gracias. Envía arriba a la pollita y te lo contaré todo —dijo, como si hubiera estado esperando la oportunidad de contárselo a alguien y recibiera con satisfacción la presencia de Polly por su especial prudencia.

—Ves arriba, querida, y diviértete con este libro y estos pastelitos de jengibre que te he preparado. Pórtate como una buena niña —le susurró Polly mientras Maud se secaba las lágrimas y miraba a Tom con ojos inquisitivos.

—Me lo contarás todo más tarde, ¿verdad? —le susurró a Polly, preparándose a obedecer.

—Si puedo, lo haré —contestó esta.

Maud se marchó con inesperada docilidad, y Polly entró en el comedor, donde Tom deambulaba de un lado a otro incansablemente. A Polly no le importaba que estuviera «enfurecido como un oso», pues se sentía tan feliz por el hecho de que deseara estar con ella y convertirse en su confidente, como solía serlo en los viejos tiempos, que se hubiera enfrentado alegremente a una persona más formidable que al imprudente Tom.

—Veamos, ¿qué ocurre? —dijo ella yendo directa al grano.

—Adivina.

—Has matado al caballo.

—Mucho peor.

—Te han vuelto a suspender.

—Peor.

—Trix se ha fugado con alguien —exclamó Polly con un grito ahogado.

—Peor aún.

—Oh, Tom, ¿no habrás atropellado con el caballo o disparado a alguien, verdad?

—Estuve a punto de volarme la cabeza yo mismo, pero ya ves que no lo hice.

—No se me ocurre nada más, dímelo ya.

—Muy bien: me han expulsado.

Tom se detuvo sobre la alfombra al dar aquella respuesta y observó a Polly para comprobar cuál era su reacción. Para su sorpresa, parecía casi aliviada, y tras permanecer en silencio durante un minuto, dijo con gran seriedad:

—Es algo malo, muy malo, pero podría haber sido peor.

—Es peor. —Y Tom reemprendió su deambular con un suspiro de desesperación.

Deja de golpear las sillas. Ven a sentarte y cuéntamelo todo con calma.

—No puedo.

—Entonces continúa. ¿De verdad te han expulsado? ¿No se puede arreglar? ¿Qué hiciste?

—Esta vez es serio. Tuve una discusión con el vigilante de la capilla y le di un puñetazo. Si fuese la primera falta, podría haberme librado, pero lo he hecho demasiadas veces por los pelos y esta era mi última oportunidad. La he perdido y ahora tendré que pagar las consecuencias. Sabía que era el único responsable, de modo que no esperé que me dijeran nada, sino que me fui por cuenta propia.

—¿Qué dirá tu padre?

—Al gobernador le resultará muy duro, pero lo peor es... —Tom se detuvo y se quedó un minuto en el centro de la habitación con la cabeza gacha, como si le resultara difícil contárselo incluso a la comprensiva Polly. Entonces la verdad apareció de repente, como solía hacer con sus travesuras de crío, y se pegó a la pared para aceptar las consecuencias.

—Debo una cantidad importante de dinero que el gobernador desconoce.

—Oh, Tom, ¿cómo es posible?

—He sido un derrochador extravagante, lo sé, y lo lamento profundamente, pero con eso no remedio nada. Lo peor del caso es que tengo que decírselo al viejo.

En otra ocasión, Polly se habría reído ante el contraste entre la expresión de Tom y su lenguaje, pero percibió un remordimiento sincero en él que convirtió la desagradable expresión «viejo» en una realmente conmovedora.

—Imagino que se enfadará mucho, pero te ayudará, ¿verdad? Fan dice que siempre lo hace.

—Eso es lo peor. Ha pagado mis deudas tan a menudo que la última vez dijo que su paciencia se había agotado y que si me metía en más líos tendría que arreglármelas como pudiera. Decidí ser más recto que el monumento Bunker Hill, pero aquí me tienes otra vez,

peor que antes, pues el último trimestre no le dije nada a papá, estaba muy preocupado con la pérdida de aquellos barcos, así que las cosas se han complicado bastante.

—¿Dónde está todo tu dinero?

—Colgado en alguna parte.

—¿Y no puedes pagar?

—No sé cómo. No tengo un solo centavo ni manera de obtenerlo, a menos que me dedique al juego.

—¡Cielos, no! Vende tu caballo —exclamó Polly tras un momento de profunda meditación.

—Ya lo he hecho, pero no me han dado ni la mitad de lo que pagué por él. Se torció una pata el invierno pasado y todavía anda un poco mal.

—¿Y con eso no pagaste parte de tus deudas?

—Solo la mitad.

—Pero, Tom, ¿cuánto debes?

—Hasta ayer no quise calcularlo, entonces las cosas se pusieron tan feas que pensé que era hora de hacer frente a la verdad, por eso hice mis cuentas y aquí está el resultado.

Tom arrojó un papel emborronado y arrugado sobre el regazo de Polly y reanudó su deambular, aún más deprisa que antes. Polly echó un vistazo al total y se llevó las manos a la boca, pues a sus ojos poco experimentados, le parecía atroz.

—Una bonita suma, ¿no te parece? —preguntó Tom, quien no pudo soportar ni el silencio ni la mirada de sorpresa y aflicción de Polly.

—¡Es terrible! No me extraña que temas decírselo a tu padre.

—Preferiría que me pegaran un tiro. ¡Polly, podríamos decírselo de un modo que no se lo tomara tan mal! —añadió Tom tras pensar un rato.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, supón que Fan, o mejor aún, que tú prepares el camino. No me atrevo a presentarme ante él y decirle la verdad directamente.

—¿Quieres que se lo diga yo? —Polly frunció el labio ligeramente al decir esto y le dirigió a Tom una mirada que le habría demostrado a este hasta qué punto pueden brillar los ojos azules si hubiera

estado mirándola. Pero estaba asomado a la ventana y no se volvió al responder con lentitud:

—Bueno, ya sabes que te tiene mucho aprecio, todos confiamos en ti, y casi eres parte de la familia, o sea que parece algo muy natural. Solo dile que me han expulsado, y tanto como quieras, después iré yo y lo aclararemos todo.

Polly se puso de pie y se dirigió a la puerta sin pronunciar palabra. En ese momento Tom se fijó en su rostro y le preguntó apresuradamente:

—¿No te parece un buen plan?

—No.

—¿Por qué no? ¿No crees que preferiría que se lo dijeran tranquilamente a que yo se lo soltara a mi manera?

—Sé que él preferiría que su hijo fuera a verlo y le dijera la verdad, como hacen los hombres, en lugar de mandar a una mujer para que haga lo que él no tiene valor de hacer.

Tom no hubiera parecido más sorprendido si Polly le hubiera dado un tirón de orejas. Contempló su rostro excitado, pareció comprender el significado del mismo y recordó de pronto que pretendía ocultarse detrás de una mujer. Se sonrojó, expresó un sucinto «Vuelve otro día, Polly» y salió de la habitación como si se dirigiera al patíbulo, pues al pobre Tom le habían enseñado a temer a su padre y aún no se había deshecho de ese temor.

Polly se sentó, a un tiempo satisfecha y turbada.

—Espero haber hecho lo correcto —se dijo—. No podía permitir que se escondiera y pareciera un cobarde. No lo es, lo que ocurre es que no pensó cómo me lo tomaría yo, y no me sorprende que esté un poco asustado. El señor Shaw es tan severo con el pobrecillo. Oh, cielos, qué haríamos si Will fuese aficionado a meterse en este tipo de apuros. Gracias a Dios que es pobre y no puede.

Permaneció en silencio junto a la puerta medio abierta, escuchando el murmullo de la voz de Tom que le llegaba desde el otro lado del corredor y deseando con todo su corazón que no le fuera demasiado mal. Parece ser que contó su historia con rapidez y sin ser interrumpido, hasta el final. Después Polly oyó la voz más profunda del señor Shaw que decía unas palabras, ante las cuales

Tom contestó con una exclamación, como si le hubiera cogido por sorpresa. Polly no pudo entender una sola palabra, de modo que permaneció sentada, preguntándose ansiosamente qué ocurriría entre los dos hombres. Tras la exclamación de Tom siguió una breve pausa. Entonces, el señor Shaw habló durante un rato en tono bajo y grave, tan distinto del que Polly había esperado que consiguió ponerla nerviosa, pues el señor Shaw normalmente «primero le recriminaba y después le perdonaba», como diría Maud. Poco después se oyó de nuevo la voz de Tom, al parecer formulando preguntas con impaciencia y obteniendo a su vez respuestas breves. Después se impuso el silencio en la habitación y no se oyó más que la lluvia repiqueteando con suavidad en el exterior. De repente, Polly percibió un movimiento y la sonora voz de Tom que decía:

—Permíteme que traiga a Polly. —Y Tom apareció con un aspecto tan pálido y apenado que Polly temió lo peor.

—Ves a hablar con él. Yo no puedo. Pobre papá, si lo hubiera sabido antes. —Y para desesperación de Polly, Tom se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza en la mesa, como si hubiese recibido un golpe que no podía asumir.

—Oh, Tom, ¿qué ocurre? —exclamó Polly, acercándose a él llena de temores que no se atrevía a expresar.

Sin levantar la vista, Tom le respondió con voz ahogada:

—Ha quebrado. Lo ha perdido todo, y mañana lo sabrá todo el mundo.

Polly se apoyó en el respaldo de la silla de Tom durante un minuto, pues la noticia la dejó sin aliento y sintió cómo si el mundo se aproximara a su fin. «Quebrar» era un término ominoso para ella aunque demasiado vago.

—¿Es muy grave? —preguntó con suavidad, sintiendo que cualquier cosa sería mejor que permanecer inmóvil y contemplar a Tom tan apesadumbrado.

—Lo es. Pretende deshacerse de todo. Ha hecho todo lo que ha podido, pero ya no puede sostenerse más. Lo tiene decidido.

—¡Oh, ojalá tuviera un millón para darle! —exclamó Polly juntando las manos y con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Cómo se lo ha tomado, Tom?

—Como un hombre, Polly, estoy orgulloso de él —dijo Tom levantando la cabeza, completamente sonrojado y excitado por las emociones que intentaba ocultar—. Ha tenido todo en su contra y ha luchado en solitario para sobrellevar la presión, pero ya no puede más y se ha rendido. Es una quiebra honorable y nadie podrá decir nada contra él. ¡Me gustaría ver cómo lo intentan! —Y Tom apretó los puños como si considerara un inmenso alivio poder eliminar de un plumazo una docena de insinuaciones malintencionadas vertidas sobre el honorable nombre de su padre.

—¡Por supuesto que no pueden! Esto era lo que tenía tan afligida a la pobre Maud. Se lo ha contado a tu madre y a Fan antes de que llegaras tú, y supongo que por eso están tan tristes.

—Ellas están a salvo. Papá no ha tocado el dinero de mama. Ha dicho que «no podría robarle a sus niñas» y que están a salvo. ¿No es un gran hombre, Polly? —Y el rostro de Tom se iluminó de orgullo, aunque sus labios se torcieron con un sentimiento más tierno.

—¡Si pudiera hacer algo para ayudarlo! —exclamó Polly, avasallada por su propia impotencia.

—Puedes hacer algo. Ves a verle y muéstrate amable con él. Tú sabes cómo hacerlo y ahora está allí solo. Yo no le sirvo, pues ahora soy más una carga que un consuelo.

—¿Cómo se ha tomado tu noticia? —preguntó Polly, quien, por un momento, había olvidado el problema menor ante el mayor.

—Como un corderito, pues cuando terminé, solo me dijo: «Mi pobre muchacho, debemos ser pacientes el uno con el otro», y me contó sus tribulaciones.

—Me alegro que fuera tan amable —empezó Polly en tono tranquilizador, pero Tom exclamó arrepentido:

—¡Eso es lo que no puedo soportar! Justo cuando debía serle de utilidad y un apoyo para él, le traigo mis deudas y mi desgracia y ni siquiera me dirige una palabra de desprecio. ¡Es inútil, no puedo soportarlo! —Y pese a sus esfuerzos por contenerse, Tom volvió a apoyar la cabeza en la mesa con algo parecido a un sollozo. El pobre chico tenía el corazón más piadoso que existía, y los chalecos más elegantes del mundo no podían estropearlo.

Aquello apenó más a Polly que el descubrimiento de una docena de errores y expulsiones, de modo que no pudo resistir el impulso de colocar con ternura una mano sobre la cabeza inclinada al tiempo que percibía con placer los marrones que estaban creciendo aquellos rizos y los suaves que eran. A pesar de su padecimiento, disfrutó mucho de aquel momento, pues era una consoladora nata y, casi no es necesario que lo diga, amaba a aquel díscolo muchacho con todo su corazón. Sabía perfectamente que era algo absurdo. Pero no podía entenderlo, ni explicarlo, ni evitarlo, solo sentía que se preocupaba mucho por él, pese a sus faltas, su indiferencia y su compromiso. Había aprendido a quererle un verano, durante su primera visita. Aquello fue antes de que él cayera en las redes de Trix, y cuando Polly se enteró de la noticia, no pudo dejar de amarlo, aunque se esforzó, como era su deber. El compromiso era una farsa tal que Polly nunca le dio demasiado crédito, de modo que guardó su amor en un rincón del corazón y trató de olvidarlo, esperando que muriera u obtuviera el derecho de sobrevivir. No se sentía muy apenada porque la paciencia, el trabajo y el sentido común le tendieron una mano, y la esperanza asomaba de vez en cuando la cabeza desde el fondo de su particular caja de Pandora llena de preocupaciones. Cuando en determinadas ocasiones alguien decía que Trix no abandonaría a Tom, o que Tom la quería más de lo que era recomendable, Polly sentía un peso en el estómago y creía que no sería capaz de soportarlo. Sin embargo, siempre descubría que podía, y así llegó a la conclusión de que la sabia naturaleza había hecho fuertes los corazones de las mujeres para poder soportarlo todo y para que sus deseos no se agoten por culpa de un amor no correspondido.

Ahora no pudo evitar sentir un anhelo por aquel imperfecto, amado y alocado Tom, ni pensar con cierta esperanza: «Si Trix solo le quiere por su dinero, es posible que lo rechace ahora que lo ha perdido, pero yo lo amaré aún más porque es pobre». Con ese reconfortante sentimiento en el corazón, no es de extrañar que la mano de Polly tuviera un efecto tranquilizador, y tras uno o dos sollozos, los hombros de Tom se relajaron, y ciertos suspiros ahogados dieron a entender que volvería a estar bien si pudiera enjugarse los ojos sin que nadie le viera.

Polly pareció adivinar su deseo, y colocando un pañuelo limpio en su mano, le dijo:

—Voy a ver a tu padre —y se despidió de él con tal ternura y cordialidad que Tom deseó que volviera a hacerlo.

Al detenerse un instante en el corredor para rehacerse, Maud la llamó desde el piso de arriba, y pensando que las mujeres podrían necesitarla más que los hombres, subió y vio que Fanny la esperaba en su habitación.

—Mamá se ha dormido, está agotada, pobrecilla. Podemos hablar aquí sin molestarla —dijo Fanny, recibiendo a su amiga con tanta calma que Polly quedó sorprendida.

—Déjame venir a mí también. No os molestaré. Es tan horrible estar sola mientras todo el mundo está llorando y hablando con la puerta cerrada, y sin conocer el motivo —suplicó Maud.

—Ahora ya lo sabes. Se lo he contado, Polly —dijo Fanny mientras se sentaban juntas. Maud se tumbó en la cama para refugiarse entre los almohadones, pues la situación era demasiado para ella.

—Me alegro de que te lo hayas tomado tan bien, querida. Temía que fueras a hundirte —dijo Polly, percibiendo que, a pesar de su calma, los ojos de Fanny brillaban de excitación y sus mejillas tenían un color febril.

—Supongo que dentro de poco lloraré y me lamentaré pero al enterarme me quedé sorprendida y ahora empiezo a sentirme animada. Debería sentirme apenada por mi pobre padre, y de hecho lo siento mucho, pero, aunque te parezca malvada, Polly, he de decirte que casi me alegro de que haya sucedido, pues me permite ser otra persona y me ofrece la oportunidad de hacer algo útil.

Fanny bajó los ojos al tiempo que se sonrojaba, pero Polly comprendió por qué deseaba olvidarse de sí misma y la abrazó con mucho más cariño del que sospechaba Fanny.

—Puede que las cosas no estén tan mal como parecen. No sé mucho de estos asuntos, pero he conocido a gente que lo ha perdido todo y parecen estar tan bien como antes —dijo Polly.

—No creo que sea así con nosotros, pues papá pretende entregarlo para que nadie pueda decir nada contra él. La pequeña propiedad de mamá ha quedado intacta. ¡Eso la conmovió mucho! Aunque mamá teme la pobreza mucho más que yo, le rogó que

hiciera uso de ella si con eso podía remediar algo. Papá se mostró muy agradecido, pero dijo que nada le induciría a hacer una cosa así, pues no serviría de mucho y es apenas suficiente para mantenerla.

—¿Sabes cuáles son sus intenciones ahora? —preguntó Polly con ansiedad.

—Dice que aún no tiene ningún plan pero que piensa trasladarse a la casita de la abuela lo antes posible, pues no está bien que un hombre arruinado mantenga una mansión como esta.

—No me importaría. Me gusta la casita porque tiene un jardín y una ingeniosa habitación con un ropero que ocupa tres paredes que siempre me ha gustado. Si es eso todo, no creo que sea tan mala la bancarrota —dijo Maud, mirando las cosas por el lado bueno.

—Ah, espera a que perdamos el carruaje y la ropa elegante y los criados, y tengamos que arreglarnos con poco. Entonces cambiarás de idea, pequeña —dijo Fanny, cuyas ideas del fracaso eran mucho más trágicas.

—¿Me quitarán todas mis cosas? —exclamó Maud, consternada.

—Debo decir que aún no sé qué nos permitirán conservar, aunque creo que no será mucho. —Y el semblante de Fan reveló la tragedia que se ocultaba tras el hecho de perder todo lo que poseía.

—No se llevarán mis nuevos pendientes. Los esconderé, y también mi mejor vestido y mi frasquito de oro. ¡Oh, oh! ¡Creo que no está bien quitarle sus cosas a una niña! —Y Maud se refugió en las almohadas para amortiguar un gemido de angustia ante la perspectiva de perder sus tesoros.

Polly no tardó en animarla de nuevo asegurándole que no se vería despojada de todo y prometiéndole que suavizaría los corazones de los acreedores de su padre si pretendían embargar los pendientes y el frasco.

—Me pregunto si dejarán que nos quedemos con una criada, al menos hasta que aprendamos a hacer el trabajo —dijo Fanny mirando sus níveas manos con un suspiro.

No obstante, Maud batió las suyas y saltó alegremente mientras exclamaba:

—¡Ahora podré aprender a cocinar! ¡Me encanta batir huevos! Tendré un delantal con un peto, como el de Polly, y un plumero y

quizá barreré la escalera con un pañuelo en la cabeza, como Katty. ¡Oh, qué divertido!

—No te rías de ella ni la desanimas. Deja que se consuele con petos y plumeros —le susurró Polly a Fan, mientras Maud se echaba de cabeza sobre los cojines y se incorporaba con una sonrisa y desaliñada. A la niña le encantaban los quehaceres domésticos y a menudo visitaba la cocina o barría y pasaba el polvo cuando no había moros en la costa.

—Mamá está tan débil que tendré que ocuparme de la casa. Polly, tú puedes enseñarme —dijo Fan.

—Todo es cuestión de práctica, señorita, ya lo descubrirás —respondió Polly, riendo con ganas.

Fanny sonrió, aunque no tardó en ponerse seria y triste.

—Esto lo cambia todo. Mis amistades me dejarán de lado, como hicimos con los Merton cuando su padre se arruinó, y mis «esperanzas», como lo llamamos, no son muy halagüeñas.

—No lo creo. Tus auténticos amigos no te dejarán, y ahora descubrirás cuáles lo son. Conozco a un amigo que será más bondadoso que nunca.

—Oh, Polly, ¿de verdad crees eso? —Y los ojos de Fanny se inundaron de lágrimas.

—Sé a quién se refiere —gritó Maud, siempre deseosa de enterarse de todo—. Ella. A Polly no le importa que seamos pobres porque le gustan los pordioseros.

—¿A eso te referías? —dijo Fan.

—No, es un amigo mucho mejor y más querido que yo —dijo Polly, acariciando la mejilla de Fanny, la cual cada vez estaba más roja—. Jamás lo adivinarás, Maud, así que no lo intentes. Mejor será que te dediques a pensar en lo que vas a guardar en tu ropero empotrado.

Una vez se hubieron librado de la «señorita Metomentodo», como llamaba Tom a Maud, quien se puso a cavilar inmediatamente en su nuevo armario, las dos chicas mayores se pusieron a comentar el súbito cambio que se había producido, y Polly se sorprendió al descubrir la inesperada fortaleza y sentido común demostrado por Fanny. Polly no comprendía el cambio que el amor había operado en ella, de modo que al principio fue incapaz de asimilar la nueva

paciencia y entereza de su amiga, pero se alegró por ello y sintió que su profecía llegaría a cumplirse. Poco después Maud salió de su nuevo armario trayendo con ella una idea sorprendente.

—¿Los hombres que quiebran —a Maud le encantaba aquella nueva palabra— siempre sufren ataques?

—¡Cielos, no! ¿De dónde has sacado esa idea? —exclamó Polly.

—El señor Merton tuvo uno. He imaginado que a papá podría ocurrirle lo mismo y me he asustado.

—La quiebra del señor Merton fue vergonzosa y deshonrosa. No me extraña que sufriera un ataque. La nuestra no lo es, y puedes estar segura de que a papá no le ocurrirá nada por el estilo —dijo Fanny con un tono tan orgulloso que pareció que «nuestra quiebra» era algo honorable.

—¿No crees que deberías bajar a verlo? —preguntó Polly.

—Tal vez no le guste, y, además, no sé qué decirle —empezó Fan, pero Polly la interrumpió con impaciencia:

—Sé que le gustaría mucho. No pienses en lo que vas a decirle, ve y demuéstrole que no dudas de él ni lo culpas por esto, sino que lo quieres más que antes y estás dispuesta a ayudarlo en todo.

—Yo iré, no tengo miedo. Le abrazaré y le diré que me alegro mucho de ir a vivir a la casita —exclamó Maud saltando de la cama y precipitándose escaleras abajo.

—Ven conmigo, Polly, y dime qué debo hacer —dijo Fanny cogiendo a su amiga del brazo.

—Sabrás qué hacer en cuanto lo veas —repuso Polly, dejándose llevar, pues sabía que la consideraban «una más de la familia», como decía Tom.

A la puerta del estudio encontraron a Maud, a quien se le había acabado la valentía, pues el ataque del señor Merton seguía preocupándola. Polly abrió la puerta, y en cuanto Fanny vio a su padre, supo lo que debía hacer. El fuego ardía débilmente, la luz de gas apenas iluminaba y el señor Shaw estaba sentado en su sillón con la cabeza gris entre las manos, solo, viejo y abatido. Fanny miró a su amiga, entró en la habitación y cogió la cabeza gris entre sus brazos mientras le decía con un tierno temblor en la voz:

—Querido papá, hemos venido para ayudarte a superarlo.

El señor Shaw levantó la cabeza y, al ver en el rostro de su hija algo que no había visto jamás, la rodeó con sus brazos y apoyó su cansada cabeza sobre el hombro de su hija como si, cuando menos lo esperara, hubiese encontrado el consuelo que más necesitaba. En aquel momento, Fanny comprendió, con una mezcla de alegría y remordimiento, lo que debía ser una hija para su padre, y Polly, pensando en la débil y egoísta señora Shaw, quien dormía en el piso de arriba, entendió con total claridad lo que una esposa debía ser para su marido: un apoyo, no una carga. Conmovida por unos sentimientos tan poco habituales, Maud se sentó con cuidado sobre las rodillas de su padre y, con una enorme lágrima brillando en su naricita respingona, le susurró:

—Papá, no nos importa. Yo ayudaré a Fan a cuidar de la casa. Me encantará hacerlo.

El señor Shaw abrazó también a la niña y, durante un momento, nadie dijo nada. Polly se había colocado detrás del sillón para no molestarlos, pues en aquel momento de desgracia se daban cuenta de lo mucho que se querían. Al cabo de un rato, el señor Shaw pareció calmarse y preguntó:

—¿Dónde está mi otra hija? ¿Dónde está mi Polly?

Ella se le presentó en seguida, le dio un beso más cariñoso que de costumbre, pues le agradaba cuando la llamaba «mi otra hija», y le susurró:

—¿No quieres también a Tom?

—Claro que sí. ¿Dónde está el pobre chico?

—Iré a por él. —Y Polly partió con celeridad.

Pero se detuvo en el corredor un instante para mirarse en el espejo y comprobar si estaba bien, pues se mostraba más ansiosa de estar presentable ante Tom en aquella hora de cavilaciones de lo que lo había estado en los momentos de felicidad. Al levantar los brazos para colocarse bien el lazo que llevaba al cuello, tiró al suelo un sombrero de la repisa. De acuerdo, un reluciente gorro de castor no es un objeto diseñado exactamente para inspirar ternura o sentimientos románticos, pero aquella «tubería de estufa» pareció llegar directamente al corazón de Polly, pues lo recogió, como si su caída representara otra de peores consecuencias, alisó una pequeña abolladura, como si simbolizara los duros golpes que la

cabeza de su portador amenazaba con recibir, y se quedó mirándolo con la misma compasión y respeto con que hubiese contemplado la corona de un príncipe destronado. Las chicas suelen hacer este tipo de cosas, y aunque nos reímos de ellas, creo que las apreciamos más por ello.

Richard volvía a ser el mismo cuando entró Polly. El pañuelo había desaparecido, tenía la cabeza en alto, el rostro sereno y su expresión era la de quien está dispuesto a decirle al destino: «Dispara, estoy preparado». No oyó entrar a Polly, pues miraba fijamente el fuego con unos ojos que evidentemente veían un futuro muy distinto del que habitualmente le mostraba, pero cuando Polly dijo: «Tom, querido, tu padre te espera», se puso en pie de inmediato y le tendió la mano al tiempo que le decía:

—Ven tú también. Sin ti no podemos hacer nada. —Y la condujo al estudio con él.

Conversaron durante largo rato, pues las dificultades familiares parecían suavizar y fortalecer los lazos de afecto y confianza. Mientras los jóvenes escuchaban al señor Shaw mientras les relataba diversos detalles de sus negocios, todos y cada uno de ellos se censuraron por haber vivido tan alegres mientras se preparaba la tempestad y el pobre hombre debía enfrentarse solo a ella. Ahora, sin embargo, habían llegado los truenos y, tras la primera alarma, al descubrir que seguían con vida, comenzaron a descubrir lo agradable que era comentar un asunto de importancia entre ellos, consolarse mutuamente y sentirse tan unidos, como le ocurre a la gente cuando una tormenta repentina reúne a dos o tres bajo un mismo paraguas.

Aunque fue una conversación seria, no fue triste, pues el señor Shaw se sintió extraordinariamente reconfortado por la inesperada comprensión de sus hijos, y estos trataron de mostrarse alegres por su bien y descubrieron que no les era tan difícil soportar el golpe. Incluso rieron de vez en cuando, ya que las chicas, en su ignorancia, hicieron preguntas muy extrañas; Tom sugirió planes poco realizables, y Maud provocó una carcajada general, que les sentó de maravilla a todos, afirmando con gran seriedad en cuanto hubo oído los proyectos para el futuro:

—¡Qué alivio! Cuando papá dijo que debíamos renunciar a todo y mamá afirmó que éramos unos pordioseros, pensé que tendría que andar pidiendo comida fría con una cesta y un viejo chal sobre la cabeza. Antes he dicho que me gustaría, pero creo que no es así, pues no me gusta el pastel Indio ni las patatas frías, y eso es lo que siempre se les da a los niños pobres, y me dolería mucho que Grace y las otras me vieran merodeando por las puertas de servicio.

—Mi hija nunca deberá hacer algo así si puedo evitarlo dijo el señor Shaw, abrazándola con fuerza y con unos ojos que hicieron añadir a Maud mientras pegaba su mejilla a la suya:

—Si me lo pidieras, papá, lo haría, pues deseo ser útil.

—¡Y yo también! —exclamó Fanny, preguntándose al mismo tiempo qué aspecto tendría al usar vestidos usados y tener que limpiarse ella misma los guantes.

Tom no dijo nada, aunque se acercó una hoja de papel llena de cifras hechas por su padre y rápidamente procedió a aturullarse por completo intentando entender su significado, pues sentía un deseo ardiente de demostrarle que él también arrimaría el hombro.

—Lo superaremos, niños, así que no os preocupéis. Estad dispuestos a soportar algunas molestias e incomodidades. Guardaos el orgullo en el bolsillo y recordad que la pobreza no es una desgracia, pero que la deshonra sí lo es.

Polly siempre había querido al bondadoso señor Shaw, pero en aquel momento se ganó su respeto más que nunca, y concluyó que no le había hecho justicia cuando pensaba de él que solo le importaba ganar dinero.

—Aunque ahora no lo parezca, no me extrañaría que esto resultara en algo muy positivo para toda la familia. La señora Shaw será la que más sufra, pero quizá salga de su letargo, recomponga sus nervios y se muestre tan ocupada y feliz como mamá —se dijo Polly llena de esperanzas, pues la pobreza era una vieja amiga y hacía mucho tiempo que había aprendido a no temerla sino a disfrutar del mejor modo de sus miserias y sus ventajas.

Cuando se despidieron aquella noche, Polly se retiró la primera para dejar que disfrutaran de su mutua compañía, aunque no pudo evitar contemplar desde el exterior el cariño con que las niñas besaban a su padre. Tom no tenía nada que decir, y como los

hombres no tienen la costumbre de besar, acariciar o llorar cuando se sienten tristes, lo único que supo hacer para expresar su consuelo y penitencia fue oprimir la mano de su padre con un semblante lleno de respeto, pesar y afecto y después marcharse escaleras arriba como si las furias le persiguieran, como así era, aunque en su forma más moderna y moderada.

XVI

DESFILE DE VESTIDOS

Las semanas siguientes enseñaron a los Shaw, cómo habían aprendido muchas otras familias, lo rápidamente que vuelan las riquezas una vez estas empiezan a abandonarnos. El señor Shaw llevó a cabo sus planes con una energía y una paciencia tal que obraron milagros y conmovieron el corazón de los acreedores más duros. Abandonaron la mansión lo antes posible y se mudaron a la casita, la cual aderezaron con los muebles que dejó la Señora cuando se fue a vivir con su hijo. El anticuado mobiliario había sido alquilado junto con la casa, y ahora parecía casi un regalo de la abuela, doblemente valorado en aquellos tiempos convulsos. Durante la subasta, varias personas intentaron demostrar a la familia que, pese a haber perdido su fortuna, aún les quedaban

amigos. Una compró el piano de Fanny y se lo envió como regalo; otra se aseguró ciertos artículos de lujo para la señora Shaw, y una tercera persona salvó los libros que el señor Shaw apreciaba más, pues había sido fiel a su palabra y se había deshecho de todo. De modo que la casita no estaba vacía sino que lograron hacerla agradable gracias a aquellos objetos salvados del naufragio y traídos hasta la orilla por la buena voluntad y la compasión.

Todo el mundo que les conocía se apresuró a visitarlos, algunos desde el interés sincero pero la mayoría movidos por la mera curiosidad de «saber cómo les iba». Aquella fue una de las pruebas más duras que hubieron de superar, y en más de una ocasión Tom utilizó un lenguaje brusco cuando alguna dama elegante acudía a ofrecer su consuelo y terminaba entregándose al chismorreo. Las esperanzas que tenía Polly con respecto a la señora Shaw quedaron frustradas, pues la desgracia no le produjo un efecto vivificador. Se instaló en su cama inmediatamente, recibió a las visitas en un mar de lágrimas y un gorrito con lazo y animó a la familia preguntando quejumbrosamente cuándo la enviarían al hospicio. Aunque aquello resultó doloroso para Fanny, tras un periodo de abatimiento llegó a la conclusión que, teniendo en cuenta las circunstancias, era lo mejor que su madre podía haber hecho, y con la energía propia de su padre, Fanny arrimó el hombro con la convicción de que al fin la necesidad le brindaba lo que hacía tiempo anhelaba: algo que hacer.

La pobrecilla sabía tanto de quehaceres domésticos como Snip, pero el orgullo y la resolución de «ayudar a su padre» mantuvo en alto su coraje y le ayudó a trabajar con gran voluntad en todas las tareas, hasta que, cuando su fortaleza y su corazón estaban a punto de venirse abajo, el orden emergió del caos y la visión de un hogar cómodo y feliz gracias a sus esfuerzos y cuidados la sostuvo y recompensó.

Maud, aliviada por no tener que mendigar por las puertas de servicio, no tardó en reconciliarse con la bancarrota, considerándola algo novedoso, pues a los niños les agradan los cambios y no se preocupan demasiado por la señora Necesidad. Consideró la nueva morada una casita de muñecas a gran escala, donde se le permitía desempeñar su papel de la forma más satisfactoria. Desde el

momento en que, al tomar posesión de la codiciada habitación, halló en el ropero empotrado un caldero como el de Polly, comprendió que le esperaban buenos tiempos y se dispuso a sacar el polvo de los muebles, a lavar tazas y hacer tostadas como si fuera la ama de casa más dichosa y concienzuda de la ciudad. Maud había heredado las notables capacidades de su abuela y hubiera sido una excelente hija de granjero pese a su educación urbana.

Polly asistió a todos estos cambios, mostrándose colaboradora y alegre cuando sus amigos estaban en apuros. Los papeles se habían intercambiado, y ahora era Polly quien daba y Fanny quien recibía, pues aunque para Fanny todo era nuevo, Polly se encontraba como en casa. Eran necesarias todas las pequeñas pericias domésticas que nada tenían que ver con la moda para la comodidad de los Shaw y satisfacción de Polly. A esta le parecía poco todo lo que pudiera hacer para demostrar su gratitud por los favores recibidos, y trabajaba a destajo, convencida de que las tareas más desagradables eran las que le correspondían. Durante la mudanza, se sintió encantada de poder acarrear las cosas más pesadas, de acabar con los dedos negros y azules tras clavar alfombras y cortinas, y el día que a punto estuvo de desnucarse al caer por las escaleras del sótano, deseosa de almacenar adecuadamente el vino del señor Shaw, sintió que únicamente estaba pagando sus deudas pendientes y le dijo a Tom que disfrutó mucho cuando le ayudó a levantarse, pues estaba más mugriento que un deshollinador.

—Tú sabes cómo ayudar en todo, eres una chica muy lista, así que dame algunos consejos, pues estoy desesperada —dijo Fanny cuando la «doncella para todo», como se llamaba Polly a sí misma, halló un momento de descanso.

—¿De qué se trata? ¿Polillas en las pieles, una chimenea obturada o la viruela en casa del vecino? —preguntó Polly al entrar en el cuarto de Fan, donde Maud estaba probándose viejos sombreros ante el espejo.

—No tengo nada que ponerme —empezó su amiga, desesperada—. Hasta ahora he estado demasiado ocupada para pensar en eso o preocuparme, pero ya estamos casi en mayo y no tengo ni un trapo decente que ponerme. Normalmente, ya sabes que suelo ir a

casa de la señora O'Grady y le digo lo que quiero. Ella me confecciona el guardarropa de primavera, papá paga la cuenta y asunto solucionado. Pero he estado valorando la cuestión, Polly, y he de decirte que ahora me doy cuenta de lo mucho que cuesta vestirme.

—No tanto como otras chicas que conozco —dijo Polly para darle ánimos.

—Tal vez no, porque tengo conciencia, y a veces el gusto ayuda a economizar. Pero ahora no tengo valor para pedirle a papá ni un centavo, y, sin embargo, necesito ropa. A ti se te da tan bien planificar y hacer maravillas, por eso me pongo en tus manos y te pregunto: «¿Qué puedo hacer para tener un guardarropa de primavera sin nada?».

—Déjame ver eso que llamas «nada» antes de aconsejarte. Trae todo lo que tengas y veremos qué se puede hacer —dijo Polly con una expresión que denotaba cierta diversión, pues poseía una buena cantidad de esa facultad femenina que denominamos «hacer remiendos» y que había mejorado con mucha práctica.

Fanny sacó sus «harapos» y se asombró al comprobar cuántos tenía, pues cubrió con ellos el sillón, el sofá, la cama y la cómoda, y Maud, que seguía rebuscando en los armarios, no dejaba de gritar:

—Aquí hay otro.

—¡Mira qué cantidad de basura! —dijo Fan mientras añadía un vestido de muselina a la última pila.

—A mí tu «basura» me resulta muy conveniente, pues hay muy buena tela y pocos adornos gastados, algo que detesto. Veamos, cinco sombreros. Guarda los de invierno hasta el otoño, deshaz los de verano y, de tres viejos, haremos uno nuevo y hermoso, si los ojos no me engañan.

—Ya los desharé yo, y después me enseñas a hacer uno nuevo, tiene que ser tan interesante —dijo Maud, sacando las tijeras y empezando de inmediato a reducir un sombrero raído a sus elementos originales.

—Ahora los vestidos —continuó Polly, quien ya había seleccionado entre las pilas.

—¿Quieres hacer el favor de mirar esto? —dijo Fan, sujetando en alto un vestido gris de calle completamente descolorido.

Polly le dio la vuelta y, mostrándole la tela interior, brillante y nueva, dijo con un gesto triunfal:

—¡Aquí tienes tu nuevo vestido! Algunos adornos nuevos y estarás tan elegante como siempre.

—Nunca he llevado un vestido del revés. ¿Crees que la gente se dará cuenta? —dijo Fan con cierta duda en la voz.

—¿Qué importa si lo hacen? No te hará ningún daño. Nadie pensará nada malo de tu vestido, salvo que te queda muy bien. Yo he llevado trajes del revés y teñidos toda la vida, y eso no parece haber alejado a mis amigos ni empeorado mi constitución.

—Es cierto. Soy una idiota, Polly. Superaré la sensación de que es una desgracia ser pobre y una vergüenza tener que economizar. Le daremos la vuelta al gris y lo llevaré con entereza.

—Entonces te sentará mejor que nunca. Oh, aquí está la seda violeta tan bonita. La utilizaremos para hacerte un hermoso vestido —exclamó Polly mientras continuaba con la selección.

—No entiendo cómo dos faldas gastadas y una blusa manchada pueden transformarse en un vestido completo —dijo Fan, sentándose en la cama con las prendas extendidas sobre el regazo mientras el desánimo se abatía sobre ella.

—Bueno, señita, mi plan es el siguiente —empezó Polly, imitando el tono importante y la mala pronunciación de la señora O'Grady—. Sacamos los dobladillos y ponemos algunos pliegues. De este modo, como la parte superior de la pollera está en buenas condiciones, le quitamos el fruncido, le damos la vuelta y la alisamos. Acortamos la parte de abajo un poco y la adornamos con encajes. La cintura puede renovarse con los mejores retales de este volante amplio, y con lo que nos sobre confeccionamos un sombrero. El encaje negro que Maud ha sacado del verde nos servirá para rodear el violeta, y con la hermosa mantilla de seda estás a punto, ¿no lo ves?

—Todavía no, pero tengo fe en ti y ya considero terminado mi guardarropa —dijo Fanny, cada vez más interesada al ver cómo su armario condenado aparecía nuevo ante sus ojos gracias a los mágicos remiendos de Polly.

—Ya tenemos dos. Ahora ese piqué puede servirnos si cortas el faldón de la chaqueta y cambias un poco los adornos. Los de

muselina solo necesitan unos cuantos arreglos y plancharlos para que parezcan nuevos. No deberías guardarlos arrugados y sucios, pequeña. Estos dos de seda negra te durarán aún años. Si estuviera en tu lugar, tendría dos vestidos limpios y bonitos para llevar en casa, y así estaría lista para nuestra corta estación.

—¿Puedo hacer algo con este barege? Es uno de mis vestidos favoritos y me duele dejarlo de lado.

—Lo has gastado por completo y solo sirve para hacer trapos con él. Sí, recuerdo que era muy bonito y que te quedaba muy bien, pero sus días se han terminado.

Fanny dejó el vestido sobre su falda un minuto mientras sonreía al recordar la última vez que se lo había puesto, cuando Sydney le dijo que solo necesitaba algunas primulas sobre el regazo para ser la viva imagen de la primavera. Finalmente, lo dobló y lo guardó con un suspiro, pero no hizo trapos con él, y mis lectores más sentimentales comprenderán la razón.

—Será mejor que guardemos los vestidos de baile hasta el año próximo —empezó Polly al llegar a una pila coloreada.

—Mis días de baile han terminado, no volveré a usarlos. Haz con ellos lo que quieras —dijo Fan con calma.

—¿Alguna vez has vendido tus vestidos viejos, como hacen otras damas?

—Jamás. No me gusta esa costumbre. Los regalo o se los doy a Maud para que juegue con ellos.

—¿Me permites que te cuente algo que propuso Belle?

—Si es una oferta para comprar mis vestidos, no te lo permitiré —respondió Fanny con brusquedad.

—Entonces no te lo cuento. —Y Polly se retiró tras una nube de gasa verde que le daba el aspecto de tener el cólera.

—Si quisiera comprar ese horrible «vestido color grosella», como lo llama Tom, se lo dejaría barato —dijo Maud, quien era una muchacha de lo más práctica.

—¿Es ese el que quiere, Polly? —preguntó Fan, cuya curiosidad se impuso sobre su orgullo.

—Bien, tan solo me preguntó si te ofenderías mucho si ella ofrecía comprártelo, ya que nunca lo habías llevado. No te gusta, y la

próxima temporada estará pasado de moda —dijo Polly desde su retiro verduoso.

—¿Y qué le contestaste?

—Vi que lo decía con buena intención, de modo que le dije que te lo preguntaría. Ahora bien, entre nosotras, Fan, el precio de ese vestido te permitiría comprar todo lo que necesitas para la primavera, por lo que deberías considerar la posibilidad. Otra razón de peso —añadió Polly con astucia—: Trix le dijo a Belle que iba a pedirte ese vestido, ya que tú no querrías usarlo ahora. Eso encolerizó a Belle, y le dijo que no estaría bien pedírtelo sin ofrecerte nada a cambio por algo tan valioso, y después Belle añadió con su rotundidad habitual: «Le daré a Fan lo que pagó por él, o más, si con eso puedo ayudarla. No me importa el vestido, pero me gustaría meterle algo de dinero en el bolsillo, pues sé que lo necesita y que es demasiado buena para pedirle al señor Shaw que le compre algo que no es imprescindible».

—¿Dijo eso? Le regalaré el vestido y no aceptaré ni un penique —gritó Fan, sonrojándose tanto por la cólera que sentía hacia Trix como por el agradecimiento hacia Belle.

—No lo querrá. Deja que yo lo arregle y no sientas vergüenza ni ansiedad. Hiciste muchas cosas buenas y generosas por Belle cuando podías, y disfrutaste haciéndolo. Ahora deja que ella pague sus deudas y obtenga la misma satisfacción.

—Si lo considera así, ya es otra cosa. Quizá coja el dinero, me vendría muy bien... aunque no me agrada en absoluto.

—Los reyes y reinas venden sus joyas cuando los tiempos son malos o cuando son destronados y nadie cree que sea algo vergonzoso, ¿por qué habrías de creerlo tú? Es una pequeña transacción entre dos amigas que intercambian cosas que no necesitan por cosas que les hacen falta. Yo lo haría si estuviera en tu lugar.

—Ya veremos —dijo Fan, resolviendo en privado seguir el consejo de Polly.

—Si yo tuviera tantas cosas como Fan, las vendería en una subasta y obtendría todo lo que pudiera de ellas. ¿Por qué no lo haces? —preguntó Maud mientras empezaba a deshacer el tercer sombrero.

—Lo haremos —dijo Polly, y tras subirse a una silla, ofertó y remató todo el guardarropa de Fan a un grupo imaginario de amigos, imitándolos a todos tan bien que la habitación se llenó de risa.

—Basta de tonterías. Volvamos al trabajo —dijo Polly, bajando sin aliento de la silla pero satisfecha con el efecto de su broma.

—Estas muselinas blancas y hermosas telas de seda durarán muchos años, de modo que lo mejor será guardarlas hasta que las necesites. Así ahorrarás dinero y podrás aprovechar lo que te haga falta cuando llegue el momento indicado Es lo que hace mamá. Muchos amigos ricos nos enviaban ropa, y lo que no nos servía en aquel momento, mamá lo guardaba para cuando lo necesitáramos. A veces recibíamos unos paquetes de lo más extraños: zapatos raros, sombreros sin alas, calcetines sin talones o dedos y adornos de todo tipo. Solíamos acudir corriendo cuando llegaba un nuevo paquete y nos sentábamos alrededor de mamá para abrirlo. Los chicos siempre hacían bromas, aunque en realidad estaban tan contentos como nosotras. Un día Will compuso un verso que consideramos muy bueno para un chico tan joven:

Para los pobres de pueblo
Quienes no tienen ropa,
Los ricos, para aliviarlos,
Les envían viejos vestidos de encaje y lazos de satén.

—Creo que Will llegará a ser mejor poeta que el señor Shakespeare —dijo Maud en tono de seria convicción.

—Ya es un Milton, pero no creo que nunca llegue a ser un poeta, solo de corazón —dijo Polly dedicada a su tarea mientras hablaba.

—¿Tu madre no os dejaba llevar las prendas lujosas que recibíais? —preguntó Maud.

—No, creía que no era propio de las hijas de un ministro de la iglesia lucir adornos de segunda mano, de manera que guardaba lo que no era útil y adecuado y nos dejaba jugar con los sombreros viejos de seda y los sucios vestidos. ¡Nos divertíamos tanto en nuestra buhardilla! Recuerdo un día que jugábamos a que asistíamos a un baile y estábamos todos vestidos de gala, incluso los chicos. Unos vecinos nuevos vinieron de visita y expresaron su deseo de conocernos, pues les habían dicho que éramos niños

modélicos. Mamá nos llamó, pero habíamos salido al jardín después del baile y estábamos escuchando un concierto, sentados en calabazas a modo de asientos de satén, de modo que no la oímos, y justo cuando las visitas se marchaban, oyeron un gran estruendo que los dejó paralizados ante la puerta, y por la esquina de la casa apareció Ned vestido de etiqueta, llevando a Kitty en una carretilla, mientras que Jimmy, Will y yo corríamos gritando tras ellos como lunáticos, pues jugábamos a que Lady Fitz Perkins se había desmayado y la llevaban a su casa, inconsciente, en un carruaje. Pensé que mamá se iba a morir de risa, y os podéis imaginar la impresión que se llevaron los vecinos con los niños modélicos.

A Maud le hizo tanta gracia aquella travesura de juventud que, sin darse cuenta, se sentó en el borde de un baúl abierto para reír mejor, cayó al interior del mismo y fue rescatada tras no pocos esfuerzos.

—La gente del campo se divierte mucho más que nosotros. Yo nunca he ido en carretilla, y creo que no es justo —dijo con expresión de disgusto—. No hace falta que me guardéis vestidos de seda, no seré una gran dama cuando crezca, sino la esposa de un granjero, y prepararé mantequilla y queso, tendré diez hijos y criaré cerdos —añadió en una retahíla entusiasta.

—Me parece que así será si logras encontrar a un granjero —dijo Fanny.

—Oh, me casaré con Will. Se lo pedí y me dijo que sí. Predicará los domingos y trabajará en la granja el resto del tiempo. Bueno, así es, de modo que no os riáis, pues ya lo hemos planeado todo —dijo Maud con cómica dignidad mientras se probaba un viejo sombrero blanco, preguntándose si las esposas de los granjeros usarían plumas de avestruz cuando se reunían.

—¡Bendita inocencia! ¿No te gustaría ser una niña para decir todo lo que quisieras? —murmuró Fanny.

—Me gustaría haber visto la cara de Will cuando Maud se le declaró repuso Polly con un asentimiento que respondía mejor que las palabras a la sugerencia de su amiga.

—¿Tienes noticias de alguien? —susurró Fan, fingiendo examinar una manga con gran atención.

—Todavía están en el sur. No creo que les hayan llegado las noticias de los últimos acontecimientos. Eso explica su ausencia — respondió Polly.

—Creo que Sir Philip sufrió un golpe más fuerte del que suponíamos —dijo Fan.

—Lo dudo, pero el tiempo cura muy rápido ese tipo de heridas.

—¡Ojalá sea verdad!

—¿Quién es Sir Philip? —exigió Maud, aguzando el oído.

—Un hombre muy famoso que vivió en la época de la reina Isabel —le contestó Fan sin dejar de mirar a Polly.

—¡Oh! —Y Maud pareció quedar satisfecha, aunque no por eso dejó de sospechar algo raro.

—Todos estos arreglos necesitarán mucho trabajo y no me gusta coser —dijo Fanny para desviar la atención de cierta persona.

—Jenny y yo te ayudaremos. Te debemos tanto o más que Belle, y exigimos el privilegio de pagártelo. Las buenas acciones, como las maldiciones, tienen siempre su recompensa, Fan.

—Las mías tienen mayor recompensa de lo que merecen — respondió Fan, agradecida de que los pequeños favores fuesen tan fielmente recordados.

—Debes saber que el interés de esa clase de inversiones suele ser cuantioso. Ahora descose ese vestido para que Jenny lo prepare y yo te haré un sombrero en menos que canta un gallo —dijo Polly, decidida a que las cosas marcharan lo mejor posible, pues sabía que los sentimientos de Fan habían sufrido varios reveses últimamente.

—Necesito algo que pegue con mi vestido, y que sea azul por dentro —dijo Fanny, sacando la caja donde guardaba los lazos.

—Como desees, querida. En cuestión de sombreros, siempre estoy inspirada. ¡Ya lo tengo! ¡Aquí está! Y no podría ser mejor — exclamó Polly, buscando entre las sedas que Fan revolvía con la mirada perdida—. Solo necesito este trozo de tela plateada para hacer un sombrero magnífico, y estas «no-me-olvides» son bonitas y de lo más apropiado.

—¡Silencio, infeliz! —gritó Fanny cuando Polly la miró con expresión maliciosa.

—Lo acabaremos a tiempo, y el vestido también, de modo que ponte lo más bonita que puedas y acepta mi bendición —continuó Polly al ver que a Fan le agradaba la broma.

—¿A tiempo para qué? —preguntó la señorita Metomentodo.

—Para tu boda, querida —respondió Fan dulcemente, pues las agradables insinuaciones de Polly la ponían de buen humor e incluso convertían las viejas ropas en inconsecuentes.

Maud dejó escapar una exclamación de incredulidad y se preguntó por qué «las chicas mayores tenían que ser tan terriblemente misteriosas sobre sus viejos secretos».

—Este vestido de seda me recuerda la actuación de Kitty del verano pasado. El paquete de primavera que nos envió la señora Davenport contenía un pequeño vestido de seda a cuadros, y mamá dijo que Kit podía quedárselo si era capaz de arreglarlo. Así que lo lavé bien, cosimos y cortamos, pero una de las mangas quedaba corta. Lo dejé estar, pero Kit siguió trabajando en él y unió todos los retales que pudo encontrar tan laboriosamente que consiguió la manga que faltaba, la cosió por debajo y nadie se dio cuenta de nada. ¿Cuántos retales crees que utilizó, Maud?

—Cincuenta —fue su sabia respuesta.

—No, solo diez, pero eso ya es suficiente para una modista de catorce años. Tendrías que haber visto cómo se reía la brujilla cuando alguien admiraba el vestido, ya que lo llevó todo el verano y parecía más hermosa que una rosa. Este tipo de cosas son muy graciosas cuando te acostumbras a ellas. Además, la necesidad despierta el ingenio y sientes que tienes más manos que la mayoría de la gente.

—Creo que me compraré una granja cerca de tu casa. Me gustaría conocer a Kitty —dijo Maud, sintiendo un súbito interés por una chica con tales habilidades en la costura.

—Se ha terminado el desfile de vestidos. Te estoy muy agradecida, Polly, por haberme ayudado y enseñado a aprovechar las cosas viejas. Espero que con el tiempo llegaré a tener tu misma mano —dijo Fan cuando el sencillo sombrero estuvo terminado y se preparó todo para empezar con los arreglos.

—Y yo espero que dentro de poco tengas dos manos buenas y fuertes además de las tuyas, querida —repuso Polly antes de

desaparecer con un guiño que dejó a Fan alegre durante el resto del día.

XVII

REEMPLAZANDO A LA ABUELA

Creo que Tom fue el que lo pasó peor, ya que, aparte de las dificultades que asolaban a la familia, tenía muchas otras propias que le preocupaban y afligían. Los enredos de estudiantes quedaron pronto arrinconados ante la aparición de preocupaciones de mayor calado, pero había muchas lenguas que culpaban a «aquel muchacho extravagante» y muchas cabezas que asentían inquietantemente cuando les aseguraban que Tom Shaw se dirigía de camino a la ruina. Dado que en este país abundan los reporteros, Tom no tardó mucho en enterarse de las bienintencionadas críticas vertidas tanto sobre él como sobre su carrera, lo que le hizo sufrir más de lo que nadie podía sospechar, pues la verdad oculta en el fondo de aquellos chismorreos le hicieron sentir un arrepentimiento sincero y una ira impotente contra sí mismo y contra otros. Enfrentados a una situación semejante, muchos caballeros orgullosos suelen encaminarse a la completa destrucción o bien

redoblan sus esfuerzos para redimir las locuras juveniles y convertirse en auténticos hombres.

Ahora que había perdido sus bienes, Tom parecía ver por primera vez lo ventajoso que estos eran, el poder, los placeres y las oportunidades que ofrecían. Comprendió su valor al mismo tiempo que reconocía, con el sentido de la justicia propio de los hombres valerosos, lo poco que merecía unos beneficios que tan mal había utilizado. Meditó sobre aquello detenidamente, pues, como le ocurre al murciélago en la fábula, no parecía haber un lugar para él en la nueva vida que había comenzado para todos. No sabía nada de negocios, no era de mucha ayuda para su padre, pese a que intentó serlo, y acabó sintiendo que era más una carga que una ayuda. Tampoco entendía nada de quehaceres domésticos, y las chicas, más sinceras que su padre, no vacilaban en decirle que molestaba cuando él se ofrecía a ayudarlas en algo. Pasada la primera impresión, y tras cierta reflexión, sintió que su corazón y sus energías se apagaban, le dominó el remordimiento y, como suele ocurrirles a las naturalezas generosas e irreflexivas cuando deben enfrentarse súbitamente a la conciencia, exageró sus faltas y locuras y las convirtió en pecados de la peor índole e imaginó que todos le consideraban un villano y un paria.

El orgullo y la penitencia le hicieron ocultarse todo lo que pudo, ya que no podía soportar la compasión, aun cuando esta se expresara por medio de una mano amistosa o un ojo amable. No salía mucho de casa, desaparecía cuando llegaba alguien, hablaba muy poco y se mostraba patéticamente humilde o trágicamente malhumorado. Deseaba hacer algo, pero nada le parecía adecuado, y mientras esperaba recobrar su aplomo tras el naufragio, se sentía tan abatido que, de no haber sido por una cosa, el pobre Tom habría terminado por desesperarse y caer en el pozo. Sin embargo, cuando parecía más inútil, triste y desamparado, descubrió que una persona le necesitaba, una a la que nunca le resultaba molesto y que siempre le recibía con el afecto propio de una naturaleza debilitada. Esta dependencia demostrada por su madre fue la salvación de Tom en aquel momento crítico de su vida, y las cotillas que comentaban en voz baja sobre los bollos y el té cosas como «Sería un alivio para todo la familia que la querida señora Shaw —¡ejem!—

desapareciera misericordiosamente», desconocían que las débiles y ociosas manos mantenían a salvo, sin saberlo, al hijo en aquella silenciosa habitación, donde le regalaba lo único que tenía a su alcance, el amor maternal, hasta que volvió a recuperar el ánimo para enfrentarse al mundo, dispuesto a superar sus pruebas como un hombre.

—¡Oh, cielos! Qué viejo y derrotado parece papá. Espero que no se olvide de mis mollejas —suspiró un día la señora Shaw mientras observaba a su esposo alejarse lentamente calle abajo.

Tom, que se hallaba a su lado jugueteando con la borla de la cortina, siguió con la vista aquella figura tan familiar y, al percatarse de lo encanecido que tenía el cabello, lo preocupado que parecía su semblante y lo cargado de espaldas que caminaba un hombre en otro tiempo fuerte y atractivo, volvió a sentirse culpable y, con su habitual impetuosidad, se dispuso a reparar la omisión tan pronto la hubo descubierto.

—Yo me ocuparé de traértelas, mamá. Hasta luego, nos vemos a la hora de la cena. —Y tras darle un beso, se marchó.

No sabía exactamente qué hacer, pero sabía que había estado ocultándose de la tormenta y había dejado que su padre se enfrentara a ella a solas, ya que el anciano acudía a su oficina todos los días con la regularidad de una máquina que seguiría funcionando hasta detenerse, mientras que el joven se quedaba en casa con las mujeres y dejaba que su madre le consolara.

—Tiene derecho a estar avergonzado de mí, pero me comporto como si el ofendido fuera yo. Supongo que la gente pensará eso. Les demostraré que no es así. ¡Ya lo verán! —Y Tom se puso los guantes con el aire de quien está a punto de enfrentarse y conquistar a un enemigo.

—¿Quiere un brazo, señor? Si me permites, te acompañaré. Tengo un encargo para mamá. Bonito día, ¿verdad?

La voz de Tom se quebró al final de su perorata, pues la expresión de sorpresa y placer con que lo saludó su padre, la presteza con que tomó y se apoyó en el fuerte brazo que le ofrecía, demostraban que las caminatas diarias habían sido, sin lugar a dudas, solitarias y tristes. Creo que el señor Shaw entendió el auténtico significado de aquella pequeña muestra de respeto, y se sintió mejor por el

prometedor cambio que parecía pronosticar. Sin embargo, se lo tomó con calma, y dejando que su rostro hablara por ella, dejó simplemente:

—Gracias, Tom. Sí, a mamá le agradecerá más su cena si se la llevas tú.

A continuación, empezaron a hablar de negocios con gran interés, como si temieran que el sentimentalismo pudiese rebajar su dignidad masculina. Sin embargo, no importaba que hablaran de procedimientos legales o de amor, de hipotecas o madres, pues la sensación era agradable y ambos lo sabían. El señor Shaw caminaba más erguido que de costumbre, y Tom sintió que de nuevo ocupaba su lugar. No obstante, el paseo no estuvo exento de molestias, pues aunque Tom se alegró al ver el respeto que todos demostraban por su padre, también hubo de templar su paciencia ante las miradas inquisitivas o desaprobadoras fijadas en él cuando los transeúntes saludaban a su padre con el sombrero y al oír cómo el sincero «Buenos días, señor Shaw» daba paso al frío y descortés «Ese es el hijo descarriado. Un chico perdido, le está bien».

«Estoy de acuerdo, pero no deberías golpear a un hombre cuando está en el suelo», susurró Tom para sí mismo, sintiendo cada vez más el deseo de hacer algo para acallar todas las bocas. «Me iría a Australia si no fuera por mamá, a cualquier lugar antes que estar cerca de la gente que me conoce. Aquí nunca podré levantar cabeza mientras mis conocidos hacen apuestas a ver si me enderezo o caigo. ¡Al diablo con el latín y el griego! Ojalá hubiera aprendido un oficio que me sirviera ahora de algo. Lo único que podría resultarme útil es el francés y mis puños. Me pregunto si Belle no necesitará un empleado para su sucursal de París. No estaría mal. Probaré suerte».

Y después de haber acompañado a su padre hasta la oficina, para edificación de sus ocupantes, Tom sacó fuerzas de flaqueza y fue a presentar su propuesta sintiendo que sus perspectivas habían mejorado ligeramente. No obstante, el señor Belle no estaba de buen humor y se limitó a darle un sermón sobre los errores de su conducta que lo envió a casa más deprimido de lo que estaba al comprobar que el horizonte volvía a cerrarse ante sus ojos.

Aquella tarde, mientras vagaba por la casa tratando de calcular cuánto le costaría un billete a Australia, el sonido de alegres voces y repiqueteo de cucharas le atrajo hacia la cocina. Allí encontró a Polly dando a Maud lecciones de cocina, pues la «nueva ayudante» no era muy hábil con los postres, y la señora Shaw se habría creído en la más absoluta miseria si la cena no terminaba con «algo dulce». Maud tenía un genio especial para la cocina, y Fanny la odiaba, de modo que la pequeña estaba en la gloria, estudiando libros de cocina y tomando lecciones cuando Polly podía dárselas.

—¡Por Dios, Tom, no entres ahora! ¡Estamos muy ocupadas! —gritó Maud al ver a su hermano en la puerta.

—No sabía qué estabais haciendo. Mamá está dormida y Fan ha salido, por eso bajé para ver si aquí había algo de diversión —dijo Tom sin dar media vuelta ante un momento tan prometedor. Era un muchacho muy sociable, agradecido con quienes le ayudaban a olvidar sus preocupaciones aunque solo fuera por un rato. Polly lo sabía, y convencida de que su compañía no molestaría en lo más mínimo, al menos a ella, le susurró a Maud: «No se dará cuenta» y añadió en voz alta:

—Entra si quieres y remueve este pastel por mí. Necesita una mano fuerte y las mías están cansadas. Ponte este delantal para no ensuciarte, siéntate y tómate las cosas con calma.

—Si mal no recuerdo, solía ayudar a la abuela a preparar pasteles —dijo Tom mientras Polly le ataba el delantal, le ponía un tazón en las manos y le instalaba cerca de la mesa donde Maud elegía pasas y ella revolvía entre tarros de especias, palos de amasar y botes de mantequilla.

—Lo haces muy bien, Tom. Ahí va un acertijo para que el trabajo sea más liviano. ¿En qué se parecen los chicos malos a los pasteles? —dijo Polly para animarlo un poco.

—En que cuanto más los amasas, más buenos son. Aunque no creo que sea cierto —respondió Tom, quien a punto estuvo de romper el fondo del tazón con su enérgica demostración, pues realmente le resultaba un alivio tener algo que hacer.

—¡Bravo! Una ciruela para ti. —Y Polly le lanzó una ciruela pasa directamente a su boca.

—Pon muchas. Me encanta el pastel de ciruelas —observó Tom, adoptando la pose de Hércules con la rueca y encontrando aquella actividad placentera aunque no demasiado clásica.

—Siempre que puedo lo hago. No hay nada cómo añadirle azúcar y especias y hacer un sabroso pastel de ciruelas para los demás. Es una de las pocas cosas para las que tengo una gran destreza.

—Ahora has dado en el clavo, Polly. No hay duda de que tienes destreza para sazonar bien tu vida y la de otros, lo cual es una suerte, ya que todos tenemos que comer ese tipo de pastel aunque no nos guste —observo Tom con tanta seriedad que Polly abrió los ojos y Maud exclamó:

—Eso se parece mucho a un sermón.

—A veces me gusta darlos —continuó Tom. Entonces, sus ojos se posaron en los hoyuelos que se formaban en los codos de Polly y añadió con una sonrisa—: Aunque esa es otra de las especialidades de Polly. ¿Puedes darnos uno?

—Uno muy breve. La vida es como un pastel de ciruelas —empezó la joven—. En algunos, las ciruelas están todas arriba y las comemos con gran alegría, hasta que descubrimos de pronto que no quedan más. En otros, las ciruelas se van al fondo y las buscamos en vano mientras vamos comiendo; a menudo aparecen cuando ya es demasiado tarde. Pero en el pastel bien hecho, las ciruelas están bien distribuidas y cada bocado es un placer. Dado que somos nosotros mismos los que, en gran medida, hacemos nuestro pastel, asegurémonos, hermanos, de prepararlo según la mejor receta, cocinarlo en un horno bien regulado y degustarlo con apetito mesurado.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó Tom al tiempo que aplaudía con la cuchara de madera—. Es un sermón magnífico, Polly: corto, dulce, sensible y nada aburrido. Soy uno de tus fieles y me aseguraré de que tengas tu «apio puntualmente», como solía decir el viejo diácono Morse.

—«Gracias, hermano, no necesito mucho, y cada vez hay menos cuervos», como soba contestar el viejo párroco Miller. Maud, trae el limón. —Y Polly comenzó a unir los ingredientes del pastel del modo más descuidado y caótico mientras Tom y Maud la observaban con gran interés hasta que estuvo a salvo dentro del horno.

—Ahora prepara las natillas, querida. Tal vez Tom quiera batir los huevos por ti, pues parece que el ejercicio le sienta bien.

—De primera. Pásamelos. —Y Tom se alisó el delantal con aire satisfecho—. A propósito, ha regresado Syd. Me encontré con él ayer y me trató como un hermano.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Polly, y batió las palmas sin darse cuenta de que tenía un huevo en la mano, el cual cayó al suelo y se hizo pedazos—. ¡Qué descuido! Recógelo, Maud, iré a buscar más. —Y la joven salió de la cocina, encantada de tener una excusa para ir a contárselo a Fan, quien acababa de llegar en ese momento, por miedo a que, si se enteraba de la noticia en público, pudiera perder la compostura propia de una joven dama, incluso si estas eran de vital importancia.

—Tú sabes mucho de historia, ¿verdad? —preguntó Maud repentinamente.

—No mucho —respondió Tom con modestia.

—Solo quería saber si existió un hombre llamado Sir Philip en la época de la reina Isabel.

—¿Te refieres a Sir Philip Sydney? Sí, vivió en aquella época, y era un espléndido caballero.

—Ya sabía yo que las chicas no se referían a él —exclamó Maud con un manotazo que envió por los aires el limón.

—¿En qué enredo andas metida ahora, pilluela?

—No te repetiré lo que dijeron porque no me acuerdo muy bien, pero oí a Fan y a Polly hablar de alguien en tono muy misterioso, y cuando les pregunté quién era, Fan me dijo: «Sir Philip». ¡Ja! ¡No me lo creí ni por un momento! Fas vi reír y sonrojarse y darse golpecitos, y supe que no se referían a ningún caballero de la reina Isabel —exclamó Maud, alzando la nariz todo lo que pudo.

—Vaya, ahora te dedicas a revelar secretos ajenos. No importa. Si ellas no nos cuentan sus secretos, no podemos hacer nada si los descubrimos, ¿verdad? —dijo Tom con tal interés que Maud no pudo evitar contarle todo lo que sabía.

—Bueno, no está bien que tú lo sepas, pero yo ya tengo edad suficiente para que me lo cuenten todo, y mejor será que esas chicas se fijen en lo que dicen, pues no soy una estúpida como Blanche. Si las hubieras oído. Debe de haber ocurrido algo muy

interesante respecto al señor Sydney, pues parecían muy contentas cuando susurraban y reían en la cama y creían que yo estaba entretenida con los sombreros y no oía nada.

—¿Cuál de las dos parecía más satisfecha? —preguntó Tom mientras inspeccionaba el hervidor con gran interés.

—Bueno, creo que Polly. Es la que hablaba más y la que se mostraba más extraña y feliz. Fan rio mucho, pero creo que la que está enamorada es Polly —contestó Maud tras un momento de reflexión.

—¡Silencio, ahí viene! —Y Tom agitó los brazos como si la casa estuviese en llamas.

Entró Polly con las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes y sin ningún huevo. Tom la miró brevemente por encima del hombro y se detuvo como si el fuego se hubiera extinguido. Su expresión hizo que Polly se sintiera un poco culpable, de modo que quiso disimular moliendo o nuez moscada con un vigor que convirtió el color de sus mejillas en la cosa más natural del mundo. Maud, la traidora, siguió trabajando como Tom la había llamado: una pilluda que tramara algo. Polly notó un cambio en la atmósfera, pero lo atribuyó al cansancio de Tom, de modo que lo despachó alegremente con una rama de canela, pues en aquel momento no tenía nada más a mano que entregarle.

—Fan te trajo los libros y mapas que le encargaste. Ahora vete a descansar. Muchas gracias por todo. Aquí tienes tu paga, Bridget.

—Buena suerte a ustedes, señoras —contestó Tom mientras se alejaba pensativamente y masticando la canela con una expresión que parecía indicar que no la encontraba tan aromática como esperaba. Fue a buscar los libros, pero no se puso a leerlos. Se encerró en la habitación que denominaba «La guarida de Tom» y se sentó a cavilar.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, fue saludado como un general:

—¡Feliz cumpleaños, Tom!

Sobre la mesa había regalos de todos los miembros de la familia. Tal vez no eran tan costosos como antaño, pero resultaban mucho más apreciados en tanto símbolo de un amor que ha sobrevivido a los cambios y que ha crecido ante la prueba de la desgracia. En su

estado actual, Tom creyó no merecer nada de todo aquello, de modo que cuando todos se esforzaron por brindarle un día feliz, comprendió el significado de la expresión «estar a punto de morir por la amabilidad ajena» y resolvió inmediatamente honrar a su familia o morir en el intento. Por la tarde, Polly se presentó para tomar lo que llamó «un té festivo», y cuando se reunieron alrededor de la mesa, apareció otro regalo, el cual, aunque no era de naturaleza sentimental, conmovió a Tom más que los demás. Se trataba de un sabroso pastel con un ramillete de flores en la parte superior y una inscripción de color rosa en la cúpula glaseada muy similar a la que recibía todos los años desde que Tom tenía uso de memoria.

—Nombre, edad y fecha, como en una bonita lápida blanca — comentó Maud displicente. Al oír un comentario tan fúnebre, la señora Shaw, que había bajado para asistir a la fiesta, dejó caer la servilleta y pidió el frasco de las sales.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Tom, inspeccionando el regalo con satisfacción pues le traía a la memoria cumpleaños más felices que ahora parecían muy lejanos.

—No sabía qué regalarte, pues tienes todo lo que necesita un hombre, y estuve desesperada hasta que recordé que la abuela siempre te preparaba un pequeño pastel como este, y que una vez dijiste que, sin él, no sería un cumpleaños feliz. Así que he intentado hacer uno igual, y espero que esté sabroso, dulce y lleno de ciruelas.

—Gracias —fue lo único que dijo Tom sonriendo a la joven. Pero Polly supo que su regalo le había complacido más que cualquier objeto elegante que pudiera haberle dado.

—Debe de estar bueno porque lo batiste tú mismo, Tom — exclamó Maud—. Fue tan divertido verte trabajar tanto sin adivinar para quién era el pastel. Cada vez que abrías la boca, me ponía a temblar por temor a que hicieras alguna pregunta al respecto. Por eso Polly dio el sermón y yo seguí hablando cuando ella se fue.

—¡Qué estúpido he sido! Pero había olvidado qué día era. Bueno, cortémoslo. Tengo muchas ganas de probarlo —dijo Tom, quien no tenía apetito alguno pero que deseaba hacer justicia al pastel, aunque acabara siendo una víctima de su gratitud.

—Espero que no estén todas las ciruelas en el fondo —dijo Polly al levantarse para hacer los honores por aclamación popular.

—Ya he comido muchas de las que estaban arriba —respondió Tom, observando la operación con un interés que parecía indicar la fe que ponía en el presagio.

Cortó las rebanadas con gran cuidado, todas firmes y oscuras, especiadas y sabrosas bajo la crujiente escarcha superior, y colocando una más grande que las demás en uno de los platitos de porcelana de la abuela, Polly agregó las flores y se la entregó a Tom con una mirada que decía mucho, ya que, al comprobar que recordaba su sermón, se alegró al descubrir que su alegoría al menos había calado en una persona. El rostro de Tom se animó al tomar su porción, y tras un examen que divirtió a los demás, levantó la vista, diciendo con gran alivio:

—Hay ciruelas por todas partes. Me alegro de haber ayudado, pero Polly merece el aplauso y debe lucir el ramillete. —Y, volviéndose hacia ella, le puso una rosa en el cabello con más galantería que buen gusto, ya que una espina le pinchó la cabeza, las hojas le hicieron cosquillas en una oreja y la flor quedó del revés.

Fanny se rio ante su falta de habilidad, pero Polly no quiso colocarla bien, y todos se pusieron a comer pastel como si la indigestión fuera una de las artes perdidas. Tomaron un té ligero y lo estaban pasando muy bien, cuando llegaron dos cartas para Tom, quien, al ver el sobre de una, se retiró precipitadamente a su refugio, dejando a Maud consumida por la curiosidad y a las dos chicas mayores bastante excitadas, pues Fan creyó reconocer la letra de una y Polly la de la otra.

Pasó media hora, y después otra más, y Tom seguía sin volver. Salió el señor Shaw, la señora Shaw se retiró a su habitación acompañada por Maud y las dos jóvenes se quedaron sentadas, pensando si habría ocurrido algo malo.

—¡Polly! —llamó de pronto una voz, y la joven dio un respingo en su silla como si hubiera oído un trueno.

—¡Ven, aprisa! Ardo en deseos de saber qué ocurre —dijo Fan.

—Será mejor que vayas tú —empezó Polly, deseosa de obedecer, aunque dominada por la timidez.

—No me ha llamado a mí. Además, no podría decir una sola palabra si una de las cartas fuera de Sydney —exclamó Fan, empujando a su amiga en dirección a la puerta con gran fuerza.

Polly salió sin decir nada más, aunque su semblante revelaba gran preocupación, y se detuvo frente al umbral del refugio como si temiera a su ocupante. Tom estaba sentado en su actitud favorita, a horcajadas sobre una silla, con los brazos cruzados y la barbilla apoyada sobre ellos. No era demasiado elegante, pero, según él, la única en que podía pensar adecuadamente.

—¿Me has llamado, Tom?

—Sí. Entra, por favor, y no te asustes. Solo quiero mostrarte un regalo que me han hecho y preguntarte si debo aceptarlo.

—¡Pero, Tom, si parece que te han dado un golpe! —exclamó Polly, olvidándose de sí misma al ver su rostro y cuando él se dio la vuelta para mirarla.

—Más de uno. Pero ya estoy mejor, y más estable que nunca. Lee esto y dime qué opinas.

Tom tomó la carta de la mesa, la puso en manos de Polly y empezó a pasearse por la habitación como un auténtico oso en su jaula. A medida que Polly iba leyendo la breve nota, su rostro fue perdiendo su color y sus ojos empezaron a encenderse. Al llegar al final, se quedó en silencio un instante, como si estuviera demasiado indignada para hablar, y después hizo una bola con el papel y lo arrojó al suelo al tiempo que decía:

—¡Creo que es una mercenaria, una persona cruel y desagradecida! Eso es lo que creo.

—¡Oh... vaya! No quería mostrarte esa, sino esta otra. —Y Tom extrajo una segunda carta, medio avergonzado y medio molesto por su error—. Aunque no me importa. Mañana lo sabrá todo el mundo, y tal vez me ayudarás a evitar que las chicas me molesten con preguntas y palabrerías —añadió, como si agradeciera que Polly hubiese sido la primera en enterarse.

—No me extraña que estés tan alterado. Si la otra carta es tan mala como esta, será mejor que me siente antes de leerla —dijo Polly, sintiendo que empezaba a temblar con la emoción.

—Es un millón de veces mejor, pero me ha sorprendido más que la otra. Siempre me ocurre lo mismo con los favores. —Tom se

detuvo y se quedó un rato con la carta en la mano, como si contuviera algo dulce que neutralizara lo amargo de la otra, algo que le había llegado al corazón. Finalmente, acercó un sillón, e indicándole a Polly que se sentara en él, dijo en un tono grave pero sobrio que sorprendió mucho a la joven:

—Cuando me encontraba en un aprieto, solía ir a consultar a la abuela, y ella siempre tenía algo sensato o reconfortante que decirme. Ahora ya no está, pero, de algún modo, Polly, parece como si tú hubieras ocupado su lugar. ¿Te importaría sentarte en su sillón y permitirme que te cuente una o dos cosas, como hace Will?

¿Que si le importaría? Polly sintió que Tom le había hecho el mejor y más hermoso cumplido que se podía concebir. A menudo, había ansiado hacerlo, pues, al tener siempre muy buenas relaciones con sus hermanos, sabía lo que muchas mujeres tardan años en descubrir: que la diferencia de sexos no influye tanto en los corazones humanos como imaginamos. La alegría y el dolor, el amor y el miedo, la vida y la muerte nos enfrentan a todos a las mismas necesidades, sin embargo, no aprovechamos dicha circunstancia para entendernos mejor los unos a los otros, sino que esperamos a que los tiempos de tribulaciones nos enseñen que la naturaleza humana es muy similar en hombres y mujeres. Gracias a este conocimiento, Polly comprendió a Tom de un modo que le sorprendió y conquistó su afecto. Sabía que él anhelaba la comprensión femenina y que ella podía brindársela porque no temía extender su mano sobre la barrera que nuestra educación artificial sitúa entre los chicos y las chicas y decirle de todo corazón: «Si puedo ayudarte, deja que lo haga».

Diez minutos antes, Polly podría haber hecho aquello casi tan fácilmente con Tom como con Will, pero en aquel breve lapso había ocurrido algo que lo dificultó. Al leer que Trix acababa de devolverle al muchacho su libertad, cambiaron muchas cosas para Polly y redujeron su confianza al sentir que a partir de entonces sería más difícil mantenerse al margen, ya que, a pesar de su modestia, el amor y la esperanza despertaron y vagaron libremente ante la buena nueva. Se sentó con lentitud, y, en tono vacilante y con la mirada baja, le dijo.

—Haré lo que pueda, pero no puedo ocupar el lugar de la abuela ni darte buenos y sabios consejos. ¡Ojalá pudiera!

—Lo harás mejor que nadie. Papá y mamá ya tienen suficientes disgustos como para molestarles con los míos. Fan es una buena chica, pero no es una persona práctica, y siempre acabamos discutiendo cuando intentamos hacer algo juntos, de modo que ¿quién me queda sino mi otra hermana, Polly? El placer que encontrarás al leer la otra carta compensará el aburrimiento que debes sentir al tener que escuchar mis problemas.

Mientras hablaba, Tom colocó la otra misiva sobre su regazo y se retiró a la ventana para que ella pudiera leerla tranquilamente, aunque no pudo evitar mirarla de vez en cuando y descubrir que el rostro de Polly se animaba a medida que el suyo estaba cada vez más abatido.

—¡Oh, Tom! Este regalo de cumpleaños es el mejor de todos, y está hecho con tal generosidad que no veo cómo puedes rechazarlo. ¡Arthur Sydney es todo un caballero! —exclamó Polly, levantando al fin la vista con el rostro reluciente y los ojos llenos de alegría.

—¡Así es! Con excepción de papá, no conozco a ningún otro hombre capaz de hacer tal cosa o de quien pudiera aceptarla. ¿Te das cuenta de que no solo ha pagado mis deudas, sino que también lo ha hecho en mi nombre para salvaguardar mi honor en todo lo posible?

—Lo sé. Es muy propio de él, y creo que debe de sentirse muy feliz al poder hacer algo así.

—Es un peso inmenso que me quito de encima, pues algunos de esos hombres no podían esperar hasta que suplicara, pidiera prestado o ganara el dinero que les debía. Sydney sí puede esperar, aunque sé que no será por mucho tiempo.

—Entonces, ¿no lo aceptarás como un regalo?

—¿Lo harías tú?

—No.

—Entonces yo tampoco. No soy gran cosa, Polly, pero no sería tan mezquino como para hacer eso mientras tenga conciencia y un par de manos.

Una brusca afirmación, pero a Polly le gustó mucho más que cualquier otra que hubiera hecho Tom anteriormente, pues algo en su semblante y en su voz le dijo que el acto desinteresado había despertado en él un sentimiento más noble que la gratitud, convirtiendo las obligaciones canceladas del muchacho en deudas de honor del hombre.

—¿Qué piensas hacer, Tom?

—Te lo diré. ¿Puedo sentarme aquí? —Y Tom acercó el banquito bajo en el que la abuela siempre solía apoyar los pies—.

Últimamente he trazado tantos planes que a veces tengo la impresión de que me va a estallar la cabeza —continuó el pobre chico mientras se frotaba la frente cansada como si intentara aclarar sus pensamientos—. He pensado seriamente en irme a California, Australia o a algún otro lugar lejano donde los hombres se hacen ricos en pocos años.

—¡Oh, no! —exclamó Polly, tendiendo la mano como para retenerlo pero retirándola inmediatamente antes de que él se volviera.

—Supongo que será duro para mamá y las chicas. Además, no me gusta mucho la idea, pues parece como si me ocultara y huyera.

—Así es —dijo Polly con decisión.

—Bueno, ya ves que no encuentro ninguna ocupación aparte que la de dependiente, y no creo que eso me gustara. El caso es que no podría soportar quedarme aquí, donde todos me conocen. Sería más fácil volcar gravilla con una cuadrilla de obreros del ferrocarril que vender alfileres a mis amigos y vecinos. Sé que no es más que falso orgullo, pero también es la verdad, y no obtengo nada negándolo.

—No, en eso estoy de acuerdo.

—Me alegro de que me entiendas. Ahora llegamos al punto en el que necesito tu consejo, Polly. Ayer te oí hablar con Fan sobre tu hermano Ned, de lo bien que le iba, de cuánto le agradaba su negocio y de que deseaba que Will fuera a trabajar con él. Creíste que estaba leyendo, pero lo oí todo, y se me ocurrió que tal vez me fuera bien a mí también en el oeste. ¿Qué te parece?

—Si realmente quieres trabajar, estoy convencida de que podrías hacerlo —respondió Polly rápidamente, al tiempo que su mente se

llenaba de todo tipo de planes y proyectos—. Me gustaría que estuvieras con Ned. Estoy segura de que os llevaríais muy bien y él estará encantado de ayudarte en lo que pueda. Si quieres, puedo escribirle en seguida para preguntárselo.

—Hazlo, aunque solo sea para tener la información, ya sabes, para tener algo en lo que basarme. Quiero tener formulado un plan factible antes de hablar con Padre. No existe nada más convincente para los hombres de negocios que los hechos.

Polly no pudo evitar sonreír ante el nuevo tono de voz de Tom. Le resultaba tan extraño oírle hablar sobre otras cosas que no fueran caballos y sastres, bailes y chicas. A Polly le gustaba, sin embargo, así como la sobria expresión de su rostro y el modo en que últimamente agitaba los brazos al hablar, como si quisiera hacer algo enérgico con ellos.

—Me parece bien. ¿Crees que a tu padre le agradará el plan?

—Estoy seguro de que sí. Ayer, cuando le dije que deseaba hacer algo útil, me contestó: «Cualquier cosa honrada, Tom, y no olvides que tu padre comenzó su carrera como recadero». Tú lo sabías, ¿verdad?

—Sí, me lo contó en una ocasión, y me agradó mucho al ver cómo había triunfado en la vida.

—A mí nunca me agradó mucho la historia. Supongo que me avergonzaba un poco, pero cuando volvió a hablarme de ello anoche, la vi de otra manera y comprendí por qué papá se ha tomado tan bien el fracaso y parece tan satisfecho con esta casa tan modesta. Dice que es cómo volver a empezar, y como ya lo ha hecho una vez, cree que podrá volver a hacerlo. Te aseguro, Polly, que esa confianza, energía y coraje en un hombre de su edad me hace amarlo y respetarlo más que nunca.

—¡Me alegra mucho oír eso, Tom! A veces he pensado que no apreciabas suficientemente a tu padre, del mismo modo que él desconocía que eras todo un hombre.

—No lo he sido hasta hoy —dijo Tom con una sonrisa, aunque con la dignidad de alguien que recuerda tener ya veintiún años—. Es extraño que la gente viva junta tanto tiempo y no se conozca bien hasta que ocurre algo que les cambia la vida. Tal vez esta quiebra se ha producido para que conociera mejor a mi propio padre.

—Hoy estás hecho todo un filósofo —dijo Polly sonriendo pese a pensar que la adversidad haría más por Tom que todos los años de prosperidad.

Ambos se quedaron en silencio durante unos minutos. Polly, sentada en el gran sillón, miraba al joven con un nuevo respeto pintado en sus ojos; y Tom, en el banquito, hacía pedacitos un papel que había recogido del suelo sin darse cuenta mientras hablaba.

—¿Te ha sorprendido? —preguntó él mientras se precipitaba una lluvia blanca de sus manos.

—No.

—Bueno, pues a mí sí. Ya sabes que cuando recibimos el golpe le ofrecí a Trix que rompíéramos el compromiso y ella no me dejó — continuó Tom como si, al haber empezado a hablar del tema, quisiera zanjarlo.

—Eso sí me sorprende —dijo Polly.

—A mí también, ya que Fan insistió en que era el dinero y no el hombre lo que le interesaba. Su primera respuesta me complació mucho, pues no lo esperaba, y nada conmueve más a un hombre que el hecho de que una mujer permanezca a su lado en los peores momentos.

—Algo que Trix no parece haber hecho.

—Fan tenía razón. Trix solo esperó a comprobar como estaban las cosas, o mejor dicho, lo hizo su madre. Es la persona más fría, dura y materialista que he conocido, y Trix la obedece sin rechistar. En su nota lo expresa perfectamente: «No quiero ser una carga»; «Sacrificaré mis esperanzas» y «Siempre seré tu amiga sincera». Pero la verdad es que el Tom Shaw rico valía la pena, pero el Tom Shaw pobre es una molestia y puede irse al diablo lo antes posible.

—¡Pues no será así! —exclamó Polly en tono desafiante. Estaba furiosa con Trix, aunque la agradecía por haber liberado a Tom de su palabra.

—Casi estuve a punto de cometer una locura —murmuró Tom, y después agregó en un tono resignado gracias al cual Polly comprendió que su corazón seguía intacto pese a que el compromiso se había roto—: Las desgracias nunca vienen solas, especialmente en los malos momentos, pero cuando un hombre ha

tocado fondo, no importa mucho si recibe algún que otro revés más. Siempre es el primero el que más duele.

—Me alegra ver que te has tomado tan bien el último. —Aquel comentario contenía cierta ironía, algo que Polly no pudo evitar. Tom se sonrojó y pareció sentirse molesto, pero no tardó en sobreponerse con un encogimiento de hombros y decir con total sinceridad:

—Para ser sincero, Polly, no ha sido muy fuerte. Hace tiempo que tenía la sospecha de que Trix y yo no estábamos hechos el uno para el otro y que a ambos nos convendría romper el compromiso. Pero ella no quiso o no pudo verlo de este modo, y yo no quería romper mi palabra y abandonarla, y así hemos llegado a este punto. No le guardo rencor, y espero que le vaya mejor y no vuelva a sufrir otra decepción.

—Es algo muy noble por tu parte, muy propio también de Sydney —dijo Polly algo intranquila y deseosa de poder ocultarse bajo una cofia y tras unos anteojos, pues tenía la sensación de estar representando el papel de la abuela mientras escuchaba las confidencias del muchacho.

—Supongo que a Syd le irá mejor —observó Tom poniéndose en pie, como si el pequeño banco le resultara súbitamente incómodo.

—Eso espero —murmuró Polly mientras se preguntaba qué vendría a continuación.

—Se merece lo mejor, y ruego al Señor que pueda conseguirlo —agregó Tom, atizando el fuego violentamente.

Polly no le contestó, temerosa de decir más de la cuenta, pues sabía que Fan no le había confiado su secreto a Tom y deseaba salvaguardarlo.

—Mañana escribirás a Ned, ¿verdad? Aceptaré lo que me ofrezca, pues quiero marcharme cuanto antes —dijo Tom dejando el atizador y dándose la vuelta con aire decidido. Polly, por su lado, no dejaba de dar vueltas a la rosa que había caído en su regazo.

—Le escribiré esta misma noche. ¿Quieres que les cuente a las chicas las noticias sobre Trix y Sydney? —dijo Polly poniéndose también en pie al percibir que la conferencia estaba llegando a su fin.

—De acuerdo. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí. Me gustaría saberlo —dijo Tom ofreciéndole la mano con una mirada que a Polly le pareció demasiado agradecida para lo poco que había hecho.

Cuando le dio la mano y le miró con aquellos ojos que transmitían una gran confianza, Tom pareció perder un poco la cabeza, pues, sin el menor aviso, se inclinó sobre ella y la besó. Polly se sobresaltó tanto ante aquella reacción que Tom se recobró de inmediato y se alejó a su refugio con una disculpa algo incoherente:

—Discúlpame. No he podido evitarlo. La abuela siempre me permitía hacerlo el día de mi cumpleaños.

Por su parte, Polly se refugió en el piso de arriba, olvidándose de Fan mientras se sentaba en la oscuridad con el rostro oculto entre las manos y se preguntaba por qué no estaba molesta y resolvía no volver a entregarse nunca más a la agradable pero peligrosa actividad de representar el papel de la abuela.

XVIII

LA MUJER QUE NO SE ATREVIÓ

Polly escribió con entusiasmo, Ned le respondió satisfactoriamente y, después de varias cartas, conversaciones y

planificación, se decidió que Tom iría al oeste. No importa mucho la naturaleza del negocio; bastará con decir que representaba un buen comienzo para un hombre joven como Tom, quien, nacido en el seno de la clase más conservadora en la ciudad más presuntuosa de Nueva Inglaterra, se veía necesitado de la saludable y calurosa influencia social del oeste para ampliar sus horizontes y convertirse en un hombre.

Como no podía ser de otro modo, las mujeres lo lamentaron mucho, pero todos sabían que era lo más conveniente para él, de modo que, a pesar de los suspiros, imaginaban el brillante futuro que se abría ante él y se alegraban de que tuviera un camino abierto mientras humedecían sus botas con sus lágrimas. Sydney estuvo a su lado hasta el final «como hombre y hermano», (expresión de Tom que satisfizo enormemente a Fanny), y Will se consoló por el desengaño de Ned ante su negativa de trabajar con él, ya que Tom ocuparía el lugar que reservara para aquel.

Por fortuna, todo el mundo estaba tan ocupado con los preparativos que no hubo ni un solo momento para el romance, y los cuatro jóvenes trabajaron juntos con una sobriedad y dedicación tal que parecía que sus corazones no estuviesen colmados de intensas emociones. Sin embargo, y a pesar del silencio, el trabajo y las prisas, creo que acabaron conociéndose mejor mutuamente en aquel corto espacio de tiempo que en todos los años anteriores, pues cada uno puso lo mejor y más destacado que había en él y la pequeña casa estaba tan llena del magnetismo propio del amor y de la amistad, del sacrificio y del entusiasmo, como el mundo exterior lo estaba de la luz de primavera y otros encantos. Una lástima que el final estuviese tan próximo, pero el reloj siguió avanzando inexorable, dejando una atmósfera más ufana a su paso pese a que los jóvenes no se dieron cuenta en aquel momento, pues sus ojos estaban empañados por las despedidas que se aproximaban.

Tom partió hacia el oeste; Polly se marchó a su casa para pasar el verano; Maud se instaló en la playa con Belle, y Fanny se quedó sola para seguir entregada a los quehaceres domésticos, la «ayuda» y los males del corazón. De no haber sido por dos cosas, mucho me temo que no habría podido soportar el verano en la ciudad, pero Sydney la visitó a menudo hasta el día que empezaron

sus vacaciones. Fanny se vio obligada a sustituir aquella presencia con una voluminosa correspondencia con Polly que sirvió para acortar los largos días. Tom escribía a su madre una vez por semana, aunque sus cartas eran breves y poco satisfactorias, pues los hombres nunca cuentan las pequeñas cosas que más interesan a las mujeres. Fanny transmitía sus escuetas noticias a Polly. Polly le mandaba todos los extractos de las cartas de Ned que hacían referencia a Tom, y uniendo ambas cosas, llegaron a la conclusión de que Tom estaba bien, de buen humor, que trabajaba con ahínco y que tenía la intención de llegar muy lejos pese a todos los obstáculos.

Polly pasó un verano muy tranquilo en casa, descansando y preparándose física y mentalmente para otro invierno de trabajo, pues, para satisfacción de sus alumnos y amigos, en otoño volvió a perseverar en sus planes. En sus cartas no hablaba mucho de sí misma, y la primera exclamación de Fanny cuando volvieron a encontrarse fue:

—¡Oh, Polly, querida! ¿Has estado enferma y no me lo has dicho?

—No, solo estoy cansada. Últimamente, he tenido mucho que hacer, y este tiempo inestable me entristece un poco. Pronto me animaré, cuando empiece de nuevo a trabajar —repuso Polly mientras guardaba sus cosas.

—No tienes buen aspecto. ¿Qué le has hecho a tu hermosa constitución? —insistió Fanny, quien se mostraba preocupada por el cambio que había experimentado su amiga, aunque le resultaba difícil decidir a qué se debía.

Aunque Polly no parecía enferma, sus mejillas estaban más delgadas y su rostro tenía un color más pálido que el de costumbre. Parecía desanimada, y sus ojos brillaban con una expresión de fatiga que apenó mucho a su amiga.

—Estoy bien, como verás cuando haya terminado de instalarme. Me alegro mucho al ver que tú estás tan bien y tan feliz. ¿Todo va bien, Fan? —preguntó Polly al tiempo que empezaba a cepillarse el pelo enérgicamente.

—Antes contéstame a una pregunta —dijo Fanny con cierto temor en la voz—. Dime con toda franqueza si nunca te has arrepentido de haberle dado aquella indirecta a Sydney.

—¡Nunca! —exclamó Polly deshaciéndose del velo marrón tras el que se había ocultado.

—¿Por tu honor de mujer honesta?

—Por mi honor de lo que desees. ¿Por qué sospechas de mí? —exigió Polly, casi molesta.

—Porque te ocurre algo. Es inútil que lo niegues. Tienes la misma expresión que veía reflejada en ese espejo cuando creía que estaba interesado en ti. Perdóname, Polly, pero no puedo callarme, y quiero ser tan sincera contigo como lo fuiste tú conmigo.

El semblante de Fanny parecía muy agitado, y habló con rapidez y franqueza, pues intentaba mostrarse generosa aunque le resultara enormemente difícil. Finalmente, Polly comprendió a que se refería y la calmó inmediatamente, diciendo en un tono apasionado:

—¡Te aseguro que no le amo! Si fuera el único hombre en el mundo, no me casaría con él porque... no le quiero.

Estas últimas tres palabras las dijo en otro tono, pues Polly se había detenido con una mirada asombrada y había vuelto a ocultar el rostro tras su cabello.

—Entonces, si no es él, debe de ser otro. Tienes un secreto, Polly, y creo que deberías decírmelo, ahora que ya conoces el mío —dijo Fanny, incapaz de detenerse hasta haber llegado al final, pues la actitud de Polly le inquietaba sobremanera.

Pese a no obtener una respuesta a su pregunta, se sintió satisfecha, y abrazando a su amiga, le dijo en su tono más persuasivo.

—¿Le conozco, querida Polly?

—Le has visto.

—¿Es inteligente, bueno y digno de ti, querida?

—No.

—Debería serlo si le amas. ¡Espero que no sea malo! —exclamó Fanny con ansiedad. Seguía cogiendo a Polly de los brazos, aunque esta mantenía la cabeza obstinadamente apartada.

—Para mí es suficiente.

—Oh, por favor, dime una cosa más. ¿Te corresponde?

—No. Y no digas nada más. ¡No podría soportarlo! —Y Polly se alejó de ella al tiempo que Fanny decía en tono desesperado:

—Está bien, no lo haré. Pero ahora no temo decirte que creo, espero y sé que Sydney siente algo por mí. Se ha portado muy bien con todos nosotros, y últimamente parece querer verme siempre que viene y me echa de menos si no estoy. No me atreví a esperar nada de él hasta que papá observó algo en su actitud y me hizo una broma al respecto. Trato de no engañarme, pero parece que existe una posibilidad de que llegue a conocer la felicidad.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Polly con sincera satisfacción—. Ahora acércate y cuéntamelo todo —añadió mientras se sentaba en el sillón con la resolución de alguien que ha escapado del peligro.

—Tengo algunas notas y otras cosas sobre las que me gustaría conocer tu opinión, para saber si significan algo, ya sabes —dijo Fanny extrayendo un paquete de cartas de las profundidades de su escritorio—. Aquí hay una fotografía de Tom que me envió con su última carta. Está bien, ¿verdad? Parece mayor, pero será por la barba y ese abrigo tan voluminoso. Pobrecillo, lo está haciendo tan bien que empiezo a estar orgullosa de él.

Fan le entregó la fotografía a su amiga y siguió buscando una nota que le interesaba. No vio cómo Polly cogía el retrato y lo observaba con ojos anhelantes, pero notó algo en su tono de voz cuando la joven dijo:

—No le hace justicia. —Y al mirarla por encima del hombro, Fan descubrió parte de la verdad pese a que Polly le daba la espalda. Sin detenerse a pensar, Fanny dejó caer sus cartas, cogió a Polly por los hombros y exclamó llena de asombro:

—¡Polly! Es Tom, ¿verdad?

La pobre Polly estaba tan sorprendida que no supo qué contestar. Aunque tampoco era necesario, pues su semblante expresaba claramente la verdad, así como el impulso que le hizo ocultar la cabeza tras un cojín como una ostra cuando descubre la presencia del pescador.

—¡Oh, Polly, cuánto me alegro! No lo hubiera dicho jamás. Tú eres tan buena y él es tan alocado... No puedo creerlo... Pero me alegro tanto de que le quieras.

—No puedo evitarlo. No quería, pero me resultó imposible... ya lo sabes, Fan, ya lo sabes... —dijo una voz ahogada desde las

profundidades del mismo cojín enmarañado que en una ocasión condenara el propio Tom.

Gracias a aquellas últimas palabras, y a la reveladora mano que le ofreció, Fanny comprendió el secreto de la tierna preocupación de su amiga por sus propios problemas amorosos. A la luz de aquel descubrimiento, le parecieron tan absurdos que tomó entre sus brazos a Polly y se puso a llorar de esa manera tan sincera e insensata con que suelen hacerlo las jóvenes cuando sus corazones están henchidos de emoción y las lágrimas expresan más que las lenguas. No obstante, el silencio nunca dura mucho, pues el deseo femenino de «hablar del asunto» normalmente saca lo mejor de las emociones profundas. Y, en aquel momento, ambas estaban profundamente afectadas: Polly de un modo humilde y abatido; Fanny llena de entusiasmo y curiosidad.

—¡Mi hermana! ¡Querida, qué hermoso será! —exclamó.

—Nunca lo será —repuso Polly en tono de resignada desesperación.

—¿Qué puede impedirlo?

—María Bailey —fue la trágica respuesta.

—¿Qué quieres decir? ¿Esa chica del oeste? ¡No conquistará a Tom, antes la mataré!

—Demasiado tarde. Deja que te lo explique... ¿Está cerrada esa puerta y Maud lejos?

Fanny fue a explorar y volvió para escuchar con profunda atención mientras Polly le confiaba el amargo secreto que consumía su alma.

—¿No ha mencionado a María en sus cartas?

—Una o dos veces, pero en tono de broma. Creí que sería un flirteo sin importancia. Ahora está tan ocupado que no tiene tiempo para esas cosas.

—Ned escribe cartas con muchos detalles, yo le enseñé a hacerlo, y me cuenta todo lo que ocurre. Como me ha hablado de esta chica varias veces, ya sabes que viven en casa de su madre, le pregunté quién era, y me contestó que se trata de una chica muy hermosa, bondadosa y bien educada, y agregó que le parecía que Tom estaba enamorado de ella. Eso fue un golpe para mí, Fan, pues desde que Trix rompió el compromiso, puse mis esperanzas en Tom

y ¡me sentía tan feliz! Ahora tengo que olvidarme de él, y me doy cuenta de lo mucho que le amaba y la terrible pérdida que significa.

Dos grandes lágrimas se deslizaron por las mejillas de Polly, y Fanny se las enjugó, sintiendo un deseo incontenible de partir hacia el oeste con el primer tren, aniquilar a María Bailey de una mirada y traer a Tom de vuelta como regalo a su amiga.

—Fui una estúpida al no darme cuenta antes. Pero Tom me pareció siempre un muchacho, y tú eres mucho más responsable que otras chicas que he conocido, así que nunca imaginé que sintieras algo así por él. Sabía que eras muy buena con él, lo eres con todo el mundo, querida, y sabía que él te quería tanto como me quiere a mí, o aún más, pues cree eres perfecta, pero, aun así, jamás soñé que te tuviera un afecto que no fuese el de un amigo.

—Y no lo tiene —suspiró Polly.

—Bueno, pues debería, y si consigo hablar con él, ¡lo hará!

Polly la abrazó con fuerza y le dijo severamente:

—Si dices una palabra, o le haces alguna insinuación o una mirada que le indique a él o a cualquier otro lo que siento por él, te... Sí, ten por seguro como me llamo Mary Milton, proclamaré desde los tejados que amas a Ar... —Polly no pudo continuar, pues Fan le tapó la boca y protestó con vehemencia:

—¡No lo haré! Te prometo solemnemente que jamás diré una sola palabra a una criatura mortal. No te pongas así, Polly, me has asustado.

—Ya es suficientemente malo amar a alguien sin ser correspondido, pero que la gente se entere es catastrófico. Con solo pensarlo me vuelvo loca. ¡Oh, Fan! Me estoy volviendo tan malhumorada, envidiosa y malvada que no sé qué será de mí.

—No temo por ti, querida, y creo sinceramente que las cosas te saldrán bien porque eres buena con todos. No comprendo cómo es posible que Tom no te adore. Sé que lo habría hecho si se hubiera quedado en casa un poco más de tiempo tras la ruptura con Trix. Aunque sea mi hermano, te diré que no te merece y no sé cómo puedes quererlo tanto cuando podrías haber tenido a otra persona muy superior.

—No quiero a una persona «superior». Terminaría por cansarme si Tom fuera como A. S. Además, creo que Tom es superior a él en

muchas cosas. No me mires de ese modo, sé que lo es, o que lo será. Es alguien único, y muy joven, y aunque tiene muchos defectos, me gusta más por ellos, y es honesto y valiente, y tiene un gran corazón, y ¡prefiero su amor al del hombre más sabio, mejor y más perfecto del mundo simplemente porque le quiero!

¡Ojalá Tom pudiera haber visto el semblante de Polly cuando dijo aquellas palabras! Estaban tan llenas de ternura, fervor y convencimiento que Fanny se olvidó de defender a su propio amante al comprobar la lealtad que Polly demostraba por el suyo, pues aquel amor absorbente y sincero era toda una revelación para ella, acostumbrada como estaba a las jactancias de sus amigas respecto a dos o tres admiradores por año y al cálculo de sus respectivas cualidades con la misma frialdad que los jóvenes discutían las fortunas de las chicas que amaban pero con las que «no podían casarse». Fanny había creído que su amor por Sydney era muy romántico porque no le preocupaba si era rico o pobre, aunque nunca se lo hubiera dicho a nadie, ni siquiera a Polly, por temor a que se rieran de ella. Ahora empezaba a ver lo que era el amor verdadero, y a comprender que el sentimiento que no podía dominar era un tesoro que debía aceptarse con reverencia y alimentarse con devoción.

—No sé cuándo empecé a quererle, pero lo descubrí el invierno pasado, y me sorprendí tanto como tú —continuó Polly, agradecida de poder abrir su corazón—. No aprobaba su conducta. Le consideraba extravagante, imprudente y elitista. Me sentí decepcionada cuando eligió a Trix, y cuanto más pensaba en ello, peor me sentía, pues Tom era demasiado bueno para ella y me desagradaba ver lo poco que hacía ella por él cuando podría haberle sido tan útil. Es uno de esos hombres que se dejan llevar por sus afectos, y la mujer que se case con él puede elevarlo o hundirlo.

—¡Es verdad! —exclamó Fan cuando Polly se detuvo para observar su retrato, el cual parecía devolverle una mirada grave y segura, como si pretendiera confirmar sus afirmaciones.

—No quiero decir que sea débil o malo. Si lo fuera, le odiaría, pero necesita alguien que le ame mucho y le haga feliz, como sabe hacer una buena mujer —dijo Polly como si respondiera la

silenciosa pregunta que le planteaba el rostro de Tom—. Espero que María Bailey sea como él cree —añadió suavemente—, pues me dolería mucho que se llevara otra decepción.

—Yo diría que no se interesa lo más mínimo por ella y que solo imaginas cosas que no existen. ¿Qué te contestó Ned cuando le preguntaste sobre esa chica inconveniente? —dijo Fanny, súbitamente esperanzada.

Polly lo repitió y añadió:

—En otra carta le pregunté si no admiraba a la señorita B. tanto como Tom, y me contestó que era «una buena chica, pero no tengo tiempo para tonterías. No es necesario que prepares tus guantes blancos hasta dentro de unos años, a menos que sea para asistir a la boda de Tom». Desde entonces no ha vuelto a mencionar a María, y por eso estoy segura de que hay algo serio y guarda silencio porque es su confidente.

—No pinta bien el asunto. ¿Qué te parece si escribo a Tom para preguntarle por el estado de su corazón en general y le doy así la oportunidad de que me lo cuente, si es que hay algo que contar?

—Me parece bien, pero me dejarás ver la carta antes de enviarla. Temo que se te escape algo o hables demasiado.

—De acuerdo. Cumpliré mi palabra a pesar de todo, pero me resultaría muy difícil ver que las cosas salen mal cuando se podrían arreglar con una palabra.

—Ya sabes lo que ocurrirá si lo haces. —Y la expresión de Polly resultó tan amenazadora que Fan se puso a temblar, descubriendo que incluso la joven más bondadosa puede resultar amenazadora cuando se dan las circunstancias, del mismo modo en que las tórtolas dan picotazos para proteger sus nidos.

—Si es cierto lo de María, ¿qué haremos? —dijo Fanny tras una pausa.

—Soportarlo. La gente siempre soporta las cosas de una manera u otra —contestó Polly con la expresión de quien acaba de escuchar su sentencia de muerte.

—¿Y si no lo es?

—Entonces esperaré. —Y las facciones de Polly se suavizaron tanto que Fan la abrazó sin pensárselo, deseando fervientemente que María Bailey no existiera.

Entonces la conversación pasó al amante número dos, y tras larga deliberación, Polly concluyó que A. S. había olvidado a M. M. y encontraba consuelo en la amistad de F. S. El consejo terminó con aquella satisfactoria conclusión, momento que se aprovechó para ratificar los términos de un Pacto de Lealtad por el cual las dos amigas se comprometían a ayudarse mutuamente en las duras pruebas que les traería el nuevo año.

Para ambas fue un invierno muy distinto del anterior. Fanny se dedicó a sus obligaciones con renovado ardor, ya que A. S. era un hombre hogareño y admiraba las habilidades domésticas. Si Fanny quería demostrarle lo que era capaz de hacer para ofrecerle un hogar agradable, no hay duda de que tuvo mayor éxito del que sospechaba, pues, a pesar de muchos fracasos y desánimos entre bambalinas, la casita se convirtió en un lugar muy acogedor, por lo menos para el señor Sidney, pues sus visitas continuaron con más frecuencia que antes, demostrando que el cambio de fortuna no había afectado en lo más mínimo su amistad.

Fanny había temido que el regreso de Polly pusiera en peligro sus esperanzas, pero Sydney trató a la joven con la amistad acostumbrada, y muy pronto la convenció de que su procedimiento de cortar por lo sano había sido muy efectivo, pues al ser tratado de raíz, el afecto incipiente había muerto con facilidad y había dejado el campo libre para que una amistad anterior se convirtiera en un amor más dichoso.

Fanny pareció alegrarse de esto, y Polly terminó de calmar sus inquietudes demostrándole que no tenía el menor deseo de poner a prueba sus destrezas. Cuando terminaba las faenas del día, solía quedarse en casa, y le resultaba más agradable sentarse a leer o a coser a solas que hacer el esfuerzo de ir a visitar incluso a los Shaw.

—Fan no me necesita y a Sydney no le importa si voy o no, de modo que me quedaré a un lado —solía decirse para excusar su aparente indolencia.

Aquel invierno, Polly no fue la de siempre, y los más allegados fueron los primeros en darse cuenta. Will se mostraba muy preocupado por su actitud silenciosa, su palidez y desánimo, y molestó tanto a Polly con sus atenciones que ella terminó por confundirle aún más enfadándose con él y reprendiéndole. De modo

que Will se consoló con la compañía de Maud, quien, ya en plena adolescencia, se daba aires de gran señora y le daba órdenes sin parar que le proporcionaban continúa diversión y solaz.

Las novedades del oeste continuaban siendo vagas, pues las preguntas de Fan produjeron respuestas muy poco satisfactorias por parte de Tom, quien no dejaba de elogiar a «la hermosa señorita Bailey» y declarar encontrarse consumido por una pasión desesperada hacia alguien de un modo a un tiempo tan cómico y trágico que las jóvenes no supieron si era «otra broma del muchacho» o una tapadera para ocultar la dolorosa verdad.

—Se lo sacaremos cuando venga a casa en primavera —le dijo Fanny a Polly mientras comparaban las cartas de sus hermanos. Ambas llegaron a la conclusión de que «los hombres eran los animales menos comunicativos y más desagradables de la creación», pues Ned estaba tan absorto en los negocios que ignoró completamente la pregunta relativa a Bailey, dejándolas en la absoluta oscuridad.

El hambre por cualquier cosa es difícil de soportar, especialmente cuando el que la sufre tiene un apetito juvenil, y Polly había tenido que soportar una hambruna tal de felicidad durante seis meses que su cuerpo acabó pagando las consecuencias. A menudo, cuando descubría lo prominentes que parecían sus ojos y lo visibles que resultaban las venas de sus sienes, se consolaba pensando que quizá los dientes de león de la primavera la arrancarían de su tumba. Sin embargo, no tenía intención de morir hasta que Tom las visitara, y a medida que el momento se aproximaba, se vio inmersa en tales cambios de humor y tuvo que soportar tal estado de excitación que recuperó tanto el ánimo como el color de su rostro y comprendió que la interesante palidez con que había contado sería un estrepitoso fracaso.

Al fin llegó mayo, y con él un cambio de tiempo que alegró incluso el maltratado corazón de Polly. Fanny la visitó cierto día con expresión de quien trae noticias tan alegres que no sabe cómo darlas.

—Prepárate. ¡Una persona se ha comprometido! —dijo en un tono solemne que hizo que Polly levantara las manos como para

protegerse de un golpe—. No, no me mires de ese modo, querida. No es Tom, sino... ¡yo!

Naturalmente, la sorpresa vino seguida de una de aquellas charlas confidenciales que tanto agradan a las amigas íntimas, interrumpida únicamente por las lágrimas, los besos, las sonrisas y los suspiros.

—¡Oh, Polly! Aunque lo he estado esperando durante tanto tiempo, no podía creérmelo cuando finalmente sucedió. Sé que no lo merezco, pero trataré de merecerlo, pues saber que me ama me da fuerzas para lograr lo imposible.

—¡Qué feliz estás! —suspiró Polly, y entonces suspiró y añadió—: Creo que mereces todo lo que te ocurre, pues has demostrado tu valía, y aunque no lo hubieras conseguido, tendrías que sentirte satisfecha.

—Según él, eso es lo que le hizo amarme —respondió Fanny, quien, pese a que nunca le llamaba por su nombre, pronunciaba el pronombre personal con tal afecto que este se convertía en algo muy dulce—. Me dijo que el año pasado le decepcioné un poco, y aunque por entonces no le dio demasiada importancia, después, cuando te perdió y volvió a mí, descubrió que no estabas del todo equivocada. Me ha estado observando todo este invierno, aprendiendo a respetarme y quererme más cada día. Oh, Polly, cuando dijo eso, no pude soportarlo más, pues, a pesar de todos mis esfuerzos, aún soy débil, pobre y tonta.

—No todo el mundo opina lo mismo, y sé que llegarás a ser todo lo que desea, pues es el marido que debes tener.

—Entonces te lo agradezco doblemente, por no haberlo retenido para ti —dijo Fanny, riendo con la risa despreocupada tan propia de ella.

—Eso no fue más que una equivocación suya. Todo el tiempo supo lo que le convenía. La culpa fue de tu capa blanca y de mi alocada conducta de aquella noche que fuimos a la ópera —dijo Polly, pareciéndole que aquellos acontecimientos se habían producido veinte años atrás, cuando ella no era más que una niña aturdida obnubilada con los sombreritos y las bromas de juventud.

—No le diré a Tom ni una palabra. Lo guardaré para darle una sorpresa cuando venga. Llegará la próxima semana y entonces

aclararemos todos los misterios —dijo Fan, sintiendo, como no podía ser de otro modo, que el mundo estaba a sus pies.

—Tal vez —dijo Polly mientras su corazón se aceleraba y volvía a calmarse, pues en su caso no le quedaba más remedio que esperar la decisión de Will.

Este sufrimiento silencioso es mucho más habitual en el mundo de lo que la gente sospecha, pues las «mujeres que se atreven» son pocas, mientras que las que «esperan sentadas» son muchas. No obstante, si las cestas de trabajo tuvieran el don de la palabra, podrían contar historias más auténticas y tiernas que las que leemos en los libros. Las mujeres suelen intercalar la tragedia o la comedia de la vida en su costura, aparentemente seguras y tranquilas en su hogar, cuando en realidad están sumidas en profundas reflexiones, protagonizan intensos momentos de emoción y elevan plegarias fervientes mientras bordan trapitos o hacen los remiendos semanales.

XIX

EL ÉXITO DE TOM

«Venga, Cupido, déjanos ser un ejército,
que todo el mundo encuentre su amor verdadero»

Considero este el lema más adecuado para este capítulo, ya que, intimidada por las amenazas, denuncias y quejas tras tomarme la libertad de concluir cierta historia del modo que más me complacía, ahora debo ceder ante el afable deseo de ofrecer satisfacción y, a riesgo de escandalizar a ciertos lectores, me encuentro en disposición de emparejar a todo aquel que pase por mis manos.

De vez en cuando, se produce una epidemia matrimonial, especialmente en primavera, que devasta a la sociedad, hace menguar el número de solteros y provoca el llanto en las madres ante la pérdida de sus hermosas hijas. Aquella primavera la enfermedad se presentó con gran virulencia en el círculo de los Shaw, aturdiendo las cabezas paternales al declararse un caso tras otro con alarmante rapidez. Fanny, como hemos visto, fue la primera en caer, y en cuanto se hubo superado aquella crisis, Tom regresó para aumentar la lista de víctimas. Como Fanny salía mucho con su Arthur, quien estaba convencido de que el ejercicio era lo más necesario para la convaleciente, Polly acudía todos los días a visitar a la señora Shaw, quien se encontraba muy sola, aunque mucho mejor que de costumbre, ya que el compromiso tuvo un efecto vivificador en ella, mucho más que todos los tónicos que había probado hasta entonces. Unos tres días después de recibir la alegre noticia de Fan, Polly se sorprendió al entrar en casa de los Shaw y ser recibida por Maud, quien bajaba corriendo las escaleras y lanzando una avalancha de palabras en rápida sucesión:

—¡Ha venido antes de lo que dijo para sorprendernos! Está en el cuarto de mamá y acaba de preguntar por ti. Te oí entrar y bajé a buscarte. Ven enseguida. Está muy raro con el bigote, pero se le ve muy bien, grande y moreno, y me levantó en el aire al besarme.

Y tomando a Polly de la mano, Maud la arrastró escaleras arriba como si fuera un barco capturado y arrastrado por un remolcador ruidoso y pequeño.

«Cuanto antes mejor», fue el único pensamiento de Polly antes de entrar en la habitación en compañía de Maud, quien exclamó en tono triunfal:

—¡Ahí lo tienes! ¿No te parece que está espléndido? Por un momento, Polly tuvo la sensación de que todo bailaba a su

alrededor, mientras una mano oprimía la suya y una voz gruesa le decía alegremente:

—¿Cómo estás, Polly? —Y, a continuación, se sentó junto a la señora Shaw, con la esperanza de haber contestado como era debido, pues no tenía la menor idea de lo que había dicho.

Poco después, los ánimos se calmaron un poco, y mientras Maud comentaba la gran sorpresa, Polly se aventuró a mirar a Tom, alegrándose de que este tuviera la luz de frente y ella no. No era una habitación muy grande, y Tom parecía llenarla por completo. No es que hubiera crecido mucho, salvo en la anchura de sus hombros, pero su actitud jovial y tranquila sugería una vida al aire libre con gente que mantiene los ojos siempre abiertos y no se preocupa por las cuestiones de etiqueta. Con el basto traje de viaje, las fuertes botas, el rostro moreno y la barba recia tenía un aspecto tan distinto que Polly no halló ni el más leve rastro del elegante Tom Shaw en aquel hombre que apoyaba el pie sobre una silla mientras hablaba con amenidad de negocios con su padre, algo que deleitaba enormemente al viejo caballero. A Polly le agradó inmensamente el cambio y escuchó las novedades del oeste con el mismo interés que hubiera dedicado al romance más emocionante, pues, mientras hablaba, Tom la miraba de vez en cuando con una sonrisa o un asentimiento, como solía hacer en los viejos tiempos, y durante un rato se olvidó completamente de María Bailey.

Poco después, llegó Fanny y le dio a Tom una sorpresa mucho mayor que la que él les había dado a ellos. El muchacho no sospechaba en lo más mínimo lo que había estado sucediendo en casa, pues Fan se había dicho a sí misma con malicia juvenil: «Si él no quiere confiarme sus secretos, yo no le contaré los míos», y no le había dicho nada por carta de Sydney, salvo una alusión ocasional en la que le comunicaba que iba a verlos a menudo y era muy bueno con ellas. Por tanto, cuando le anunció su compromiso, Tom se quedó tan aturdido que Fan creyó que no lo aprobaba, pero tras la sorpresa inicial, se mostró tan contento que su hermana se sintió a un tiempo conmovida y halagada.

—¿Que te parece el compromiso? —preguntó Tom dirigiéndose a Polly, quien continuaba sentada junto a la señora Shaw a la sombra de las cortinas.

—Me agrada mucho —respondió ella con tanto ardor que Tom no pudo dudar de la sinceridad de su respuesta.

—Me alegro de oírlo. Confío en que muestres la misma satisfacción con otro compromiso que se anunciará dentro de poco. —Y con una risa extraña, Tom se llevó a Sydney a su refugio, mientras las dos jóvenes se telegrafiaban el horrible mensaje:

—Es María Bailey.

Polly nunca supo cómo logró pasar aquella tarde. A pesar de todo, no fue una visita muy larga, pues a las ocho salió de la habitación con la intención de dirigirse sola hasta su casa y no obligar a nadie a que la acompañara. Pero no tuvo mucho éxito, ya que cuando se hallaba calentando sus botas frente al fuego del comedor, preguntándose si María Bailey tendría los pies tan pequeños como ella y si Tom la ayudaría a ponérselas, alguien le quitó los zapatos de la mano y la voz de Tom le dijo en tono de reproche:

—¿De verdad pensabas escaparte y no dejar que te acompañara a casa?

—No es eso, es que no quería alejarte de tu casa —dijo Polly, deseando secretamente que su semblante no revelara demasiado sus sentimientos.

—Pero a mí me gusta que me saquen de aquí. ¡Hace un año ya desde la última vez que te acompañé! ¿Lo recuerdas? —dijo Tom agitando las botas sin ningún reparo.

—¿Te parece mucho?

—Muchísimo.

Polly pensaba decir esto con tranquilidad y sonreír incrédulamente ante su respuesta, pero, a pesar de la coqueta capucha rosa que llevaba puesta, y que sabía que le quedaba muy favorecedora, no habló ni se mostró alegre, y Tom vio en su rostro algo que le hizo decir apresuradamente:

—Creo que has hecho demasiadas cosas este invierno. Te veo muy cansada, Polly.

—¡Oh, no! Me sienta bien el trabajo. —Y empezó a enfundarse los guantes para demostrarlo.

—Pero a mí no me gusta que adelgaces y palidezcas.

Polly levantó la vista para darle las gracias, pero no pudo hacerlo, pues había algo más profundo que la gratitud en aquellos sinceros ojos azules que no podían ocultar del todo la verdad. Tom se dio cuenta, se sonrojó pese a su rostro moreno y, dejando caer las botas, la tomó de las manos y le dijo del modo más impetuoso:

—¡Polly, quiero contarte algo!

—Sí, ya lo sé, lo estábamos esperando. Deseo que seas muy feliz, Tom. —Y Polly le dio la mano con una sonrisa mucho más patética que el más triste de los llantos.

—¿Qué? —exclamó Tom, mirando a Polly como si esta hubiera perdido el juicio.

—Ned nos habló de ella. Estaba muy convencido, de modo que cuando nos hablaste de otro compromiso, comprendimos que te referías al tuyo.

—¡Pero no es eso! Me refería a Ned. Me pidió que te lo comunicara en persona. Ya está todo arreglado.

—¿Con María? —murmuró la joven, sujetándose a una silla como si se preparase para lo peor.

—Por supuesto. ¿Qué otra podría ser?

—No nos dijo nada. Tú nos hablabas de ella continuamente... y por eso pensamos... —masculló Polly sin saber cómo continuar.

—¿Que yo estaba enamorado? Lo estoy, pero no de ella.

—¡Oh! —Y Polly contuvo el aliento como si le hubiesen tirado por encima un cubo de agua fría, pues cuanto más sincero se mostraba Tom, más brusca era ella.

—¿Quieres saber el nombre de la chica a la que amo desde hace un año? ¡Pues se llama Polly! —Tras decir aquello, Tom tendió los brazos con una elocuencia silenciosa imposible de resistir, y Polly se sumergió en ellos sin decir una palabra.

No importa lo que sucedió a continuación. Si las escenas de amor son sinceras, resultan indescriptibles, ya que, para los protagonistas, las descripciones más elaboradas parecen insuficientes, y para aquellos que las observan desde fuera, el retrato más sencillo puede parecerles exagerado. Por tanto, los espíritus románticos deberían dejarlo todo en manos de su imaginación y permitir que los amantes disfruten en soledad los minutos más felices de su vida.

Poco después, Tom y Polly estaban sentados el uno al lado del otro, saboreando aquel delicado estado mental que normalmente sigue al primer paso en el camino desde nuestro mundo cotidiano en dirección a esa región de gloria en la que viven los enamorados durante uno o dos meses. Tom no hacía más que mirar a la joven, como si le fuera difícil creer que el invierno de su descontento hubiera dado paso a aquella primavera tan gloriosa. Pero Polly, quien ya era toda una mujer, no dejó de preguntarle cosas mientras reía y lloraba llena de emoción.

—Pero Tom, ¿cómo podía saber que me amabas si te fuiste sin decirme una sola palabra? —empezó en tono de dulce reproche pensando en el triste año que había pasado.

—¿Y cómo iba a reunir el coraje para decirte algo cuando no tenía otra cosa que ofrecerte que mi persona? —contestó Tom con ternura.

—¡Pero eso era lo único que quería! —susurró Polly en un tono que hizo pensar al muchacho que la raza de los ángeles aún no se había extinguido.

—Siempre te he querido, mi Polly pero nunca supe cuánto hasta que me marché de casa. Además, tenía la impresión de que te gustaba Sydney a pesar de que el invierno pasado le diste una indirecta, según me dio a entender Fan. Es un hombre excepcional, no sé cómo pudiste hacerlo.

—Es extraño. Ni yo misma lo entiendo, pero las mujeres somos muy raras y nadie comprende nuestros gustos —dijo Polly con una ironía que Tom agradeció enormemente.

—Fuiste tan buena conmigo aquellos últimos días que casi estuve a punto de decírtelo entonces, pero no quise dar la impresión de que te ofrecía una persona en desgracia a la que Trix no quería y en la que nadie parecía confiar. «No», me dije, «Polly merece lo mejor. Si Syd puede conquistarla, que lo haga y yo no diré una sola palabra. Intentare ser merecedor de su amistad, y tal vez cuando haya demostrado que puedo hacer algo y que no me avergüenza trabajar, entonces, si Polly sigue libre, no me asustará tanto declararme». Por eso contuve mi lengua, trabajé como una mula, me convencí a mí mismo y a los demás que podía ganarme la vida honradamente, y regresé a casa para comprobar si aún podía tener esperanzas.

—Y yo te estuve esperando todo ese tiempo —dijo una suave voz junto a su hombro, pues Polly se sentía emocionada por los esfuerzos de Tom por hacerse merecedor de ella.

—No pretendía hacerlo inmediatamente, sino ver cómo estaban las cosas y asegurarme que a Syd no le importaba. Pero la noticia de Fan disipó las dudas que podía tener, y ahora la expresión de mi Polly aclara la otra. No podía esperar un minuto más ni dejarte en ascuas, por lo que no pude contenerme y tuve que tender mis brazos hacia mi amada, aunque bien sabe Dios que no la merezco.

La voz de Tom se fue debilitando a medida que hablaba, y su rostro revelaba una emoción de la que no debía sentirse avergonzado, pues el amor sincero le ennoblecía y le hacía parecer humilde, mientras que un afecto menos profundo le hubiera hecho sentirse orgulloso de su triunfo. Polly comprendía todo aquello, y consideró las palabras honestas y sinceras de su amante mucho más elocuentes que la propia poesía. Llevó su mano hasta la mejilla de él y apoyó la suya en el basto abrigo mientras decía con su franqueza habitual:

—Tom, querido, no digas eso. No soy la mejor mujer del mundo. Tengo muchos defectos, y quiero que los conozcas todos y me ayudes a remediarlos, como has curado los tuyos. La espera no nos ha hecho daño alguno, y te quiero más por tus esfuerzos. Pero creo que tu año ha sido mucho más duro que el mío. Pareces mucho mayor y más serio que cuando te fuiste. Aunque nunca te quejabas, creo que sufrías mucho más de lo que podemos sospechar.

—Reconozco que al principio me resultó duro. Era todo tan nuevo y extraño que no podía haberlo soportado si no hubiera sido por Ned. Él se reiría si me oyera decir esto, pero te aseguro que es un gran chico y que me ayudó a superar los primeros seis meses como un... bueno... como un hermano. No había motivos para que se apartara de su camino para ayudar a un descarriado como yo. Sin embargo, lo hizo, y me facilitó muchas cosas que me habrían resultado muy duras y peligrosas si hubiera tenido que hacerlas yo solo. Solo puedo explicármelo pensando que se trata de una característica familiar y que es algo tan natural en el hermano como en la hermana.

—Lo mismo se puede decir de los Shaw. Pero háblame de María. ¿Es cierto que Ned se ha comprometido con ella?

—Completamente. Mañana recibirás su carta. No tuvo tiempo de dármela en persona, pues partí apresuradamente. María es una chica sensata y muy hermosa. Ned será muy feliz con ella.

—¿Por qué nos hiciste creer que eras tú?

—Tan solo me reía un poco de Fan. Me gustaba María, ya que a veces me recordaba a ti, y es una mujercita compasiva y simpática cuya compañía me resultaba muy agradable después de un duro día de trabajo. Pero Ned se puso celoso, así que le dejé el camino libre, y prometí no decir nada a nadie hasta que su María le dijera que sí o que no.

—Me gustaría haberlo presenciado —suspiró Polly—. ¡Los enamorados hacemos muchas tonterías!

—Es verdad, pues ni tú ni Fan nos disteis la menor indicación sobre Syd, y durante todo este tiempo no he hecho más que inquietarme por el hecho de que mantuvierais una relación.

—Nos lo merecemos. Los hermanos no deberían tener secretos.

—No volveremos a tenerlos. ¿Me has echado mucho de menos?

—Sí, Tom, muchísimo.

—¡Mi paciente Polly!

—¿De verdad sentías algo por mí antes de irte?

—Mira esto si no me crees. —Y, con gran orgullo, Tom hizo aparecer una cartera llena de documentos de aspecto importante, abrió un compartimento privado y extrajo un papel de aspecto usado que desplegó con gran cuidado y de cuyo interior sacó un objeto que despedía una suave fragancia.

—Es la rosa que pusiste en el pastel de cumpleaños, y la semana que viene tendremos otra en otro delicioso pastel que harás para mí. La encontré en el suelo de mi refugio la noche que conversamos, y la he guardado desde entonces. ¡Ya ves cómo es mi amor!

Polly tocó la pequeña reliquia, atesorada durante un año, y sonrió al leer las palabras escritas bajo las hojas marchitas: «La rosa de mi Polly».

—No sabía que fueras tan sentimental —dijo ella. Polly parecía tan complacida que Tom no se arrepintió de haberle confesado su pequeño secreto.

—Nunca lo fui, hasta que empecé a amarte, querida mía, y aún no lo soy mucho, pues no llevo la flor junto a mi corazón, sino donde puedo verla todos los días para no olvidar jamás a la persona por la cual trabajo. No me asombraría que esto me haya hecho más ahorrativo, pues al abrir la cartera pensaba siempre en ti.

—Eso es adorable, Tom. —Y Polly se sintió tan conmovida que buscó su pañuelo, pero Tom se lo arrebató y la hizo reír en lugar de llorar, diciendo en tono burlón:

—No creo que tú hicieras algo parecido. ¿A qué no?

—Si prometes no reírte, te mostraré mis tesoros. Yo empecé primero, y los he llevado más tiempo.

Tras decir aquello, Polly sacó su relicario, lo abrió y le mostró la fotografía que le dio Tom junto con el paquete de cacahuets. Al otro lado, había un rizo rojizo y un botón negro. ¡Cuánto rio el muchacho al verlos!

—¡No me digas que has guardado a ese muchacho todo este tiempo! ¡Polly! ¡Polly! Eres la «amante», como dice Maud, más fiel que existe en el mundo.

—No crea que los he llevado encima todos estos años, caballero. Los puse la primavera pasada porque no me atreví a pedir otros. El botón te cayó de aquella chaqueta vieja que insististe en usar después de la quiebra, como si tuvieras la obligación de parecer lo más desaliñado posible, y el rizo se lo robé a Maud. ¿No somos ridículos?

Tom no parecía opinar lo mismo y, tras una breve pausa, Polly se puso seria y dijo en tono ansioso:

—¿Cuándo debes regresar a tu trabajo?

—Dentro de una o dos semanas, pero ahora no me parecerá tan duro, pues me escribirás todos los días y sabré que trabajo para ofrecerte un hogar. Eso me dará fortaleza, y pagaré mis deudas para empezar de nuevo, y después Ned y yo nos casaremos y nos haremos socios. Así seremos las personas más felices y trabajadoras de todo el oeste.

—Me parece un futuro prometedor, ¿pero no te llevará mucho tiempo?

—Solo unos cuantos años, y no es necesario que esperemos mucho después de haberle pagado la deuda a Syd, siempre y

cuando no te importe empezar desde abajo, Polly.

—Prefiero trabajar contigo desde abajo que estar ociosa mientras tú trabajas por tu cuenta en otra parte. Así lo hicieron papá y mamá, y creo que fueron muy felices a pesar de la pobreza y el duro trabajo.

—Entonces lo haremos dentro de un año, pues debo ganar un poco más antes de privarte de una buena casa aquí. Me gustaría, oh, Polly, cómo me gustaría tener la mitad del dinero que he gastado para poder instalarte cómodamente.

—No importa. No lo quiero. Prefiero tener menos y saber que lo has ganado tú mismo —exclamó Polly mientras Tom se golpeaba la rodilla con una mano por los remordimientos.

—Es muy propio de ti que lo digas, y no me lamentaré después de haber sido tan estúpido. Trabajaremos juntos, mi valiente Polly, y ya verás cómo llegarás a sentirte orgulloso de tu marido, aunque no sea más que «el pobre Tom Shaw».

Polly estaba tan segura de aquello como si lo hubiera anunciado el oráculo, y no se engañó, pues su corazón, que siempre confió y se esforzó por mejorar los impulsos de Tom, recibió su recompensa en la felicidad de los años venideros.

—Sí —dijo llena de esperanza—, sé que triunfarás, pues lo mejor que puede tener un hombre es un trabajo con un propósito definido y la voluntad de hacerlo con sinceridad.

—Hay algo mejor, Polly —repuso Tom, asiéndola por la barbilla para ver su inspiración en los ojos de la joven.

—¿El qué, querido?

—Una buena mujer que lo ame y lo ayude toda la vida, como lo harás tú, si Dios quiere.

—Aunque sea anticuada —susurró Polly con los ojos húmedos y felices mientras miraba al joven que, por ella, había encaminado sus pasos por el sendero del éxito y no se avergonzaba de reconocer que debía esto al amor y al trabajo, dos cosas anticuadas que empezaron en el albor de los tiempos, con la primera pareja del Edén.

A fin de que ninguno de mis jóvenes lectores que han honrado a Maud con su interés sientan insatisfecha su curiosidad con respecto a su futuro, añadiré que la niña no se casó con Will, sino que se

quedó soltera toda la vida, dedicándose a cuidar de su padre de manera muy satisfactoria.

Will llegó a cumplir su sueño de llegar a ser ministro del Señor, y su casa parroquial estuvo a cargo de una damita muy gentil y de ojos brillantes a quien el reverendo Will llamaba su «pequeña Jane».

La pluma de la autora no se atreve a adentrarse más en el futuro y se detiene aquí, concluyendo con las palabras de los viejos cuentos de hadas: «Y se casaron y fueron felices toda la vida».

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**